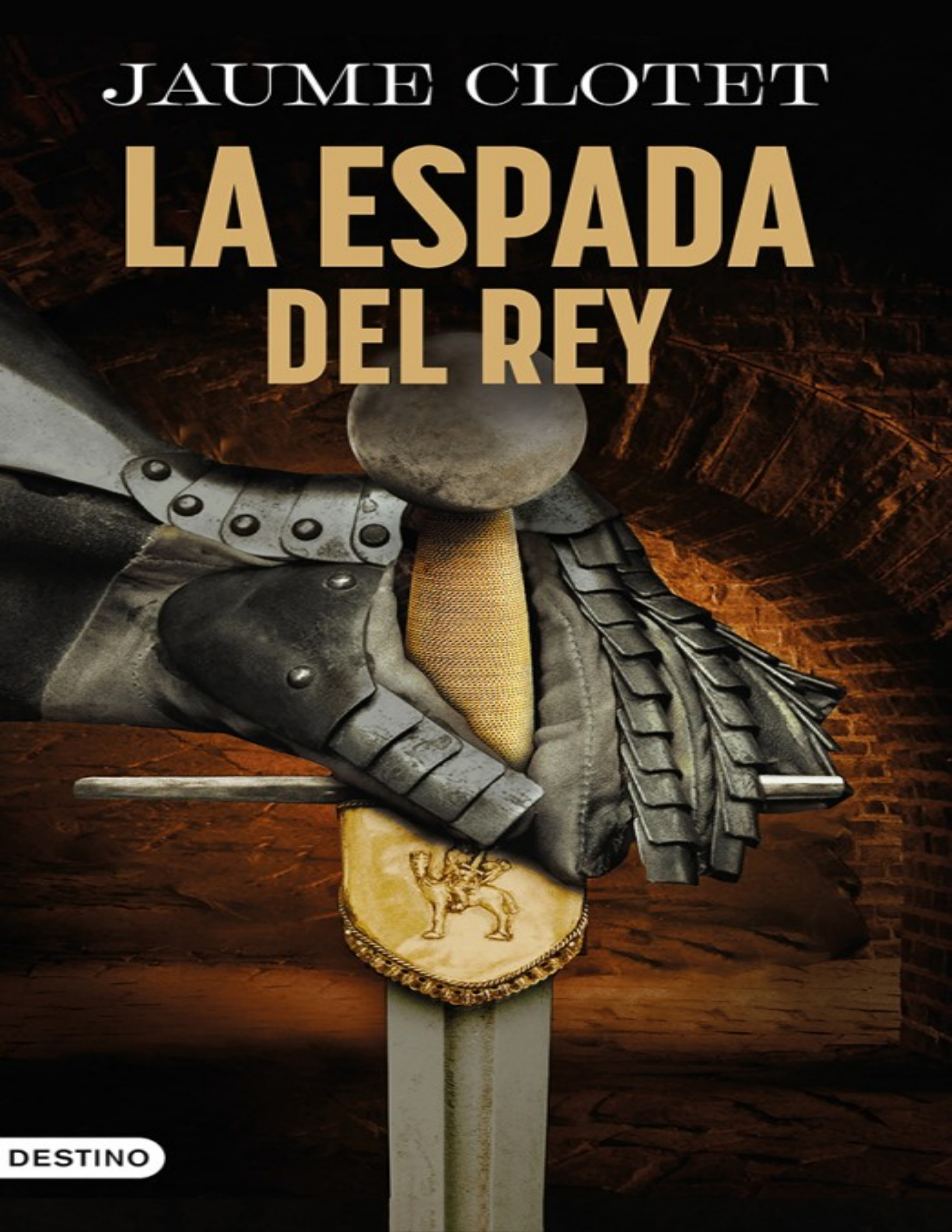
JAUME CLOTET

LA ESPADA DEL REY



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Primera parte

1
2
3
4
5

Segunda parte

6
7
8
9
10

Tercera parte

11
12
13

14
15

Cuarta parte

16
17
18
19
20

Quinta parte

21
22
23
24
25

Sexta parte

26
27
28
29
30

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

La espada del rey

Jaume Clotet

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín
Volumen 1732

Primera parte



Fallaires[1] lo siguen, buitres y cuervos
que ya de carne humana olfatean el hedor.
El conde dice al verlos: «Para todos habrá».

JACINT VERDAGUER,
Canigó

1

A las afueras de Santa Pau, año 1000

Una flecha pasó silbando a un palmo de su oreja y se clavó en el tronco de una encina con un golpe seco, haciendo saltar un trozo de corteza. Siguió corriendo colina arriba sin girarse. No necesitaba mirar atrás para saber que aquella cuadrilla de sarracenos no abandonaría a su presa. Capturar o matar a un conde era una oportunidad que no se presentaba cada día, y de ningún modo la dejarían escapar.

El conde Bernat había salido de Besalú hacía dos días, acompañado por un par de caballeros y una decena de hombres de su hueste. Unos viajeros que habían llegado a la villa aseguraron haber visto una partida de musulmanes por los alrededores del camino que unía Mieres con Santa Pau. En cuanto lo supo, Bernat salió de la capital del condado para averiguar si aquella información era cierta y, en caso de serlo, expulsarlos de sus tierras cuanto antes. Quizá solo se trataba de una avanzadilla de exploradores, pero en cualquier caso era mejor expulsarlos antes de que avisasen a un grupo más numeroso y llevaran a cabo una razia contra las masías de la zona o incluso contra alguna población. Era extraño que se adentraran tanto en tierras cristianas, y aún más estando el otoño tan avanzado. Hacía muchos años que no habían tenido ningún encontronazo, y estos siempre se habían producido durante el

verano. Ahora la frontera quedaba cada vez más lejos y no daba demasiados quebraderos de cabeza, pero aun así el conde había previsto esa eventualidad y siempre estaba preparado para la guerra. «El sarraceno nunca duerme, y por tanto nosotros debemos tener siempre un ojo bien abierto», le había repetido a menudo su madre, Ermengarda. Y a fe de Dios que él seguía ese consejo al pie de la letra.

Cuando estaban llegando a Santa Pau tras recorrer el valle del Ser sin ver nada extraño, fueron atacados a la altura del mas Patxet por una partida sarracena que apareció de la nada, emboscada tras una pequeña arboleda situada a la izquierda del camino, con la villa a la vista y justo cuando los hombres de Bernat empezaban a confiarse. El caballo del conde se asustó y salió al galope a través de un campo de cebada que había a la derecha, pero no llegó demasiado lejos: una flecha disparada con pericia se le clavó en la pata trasera, y el animal y el conde se fueron al suelo. El escudo con el emblema del condado —la bandera catalana y la cruz patriarcal de Besalú— quedó atrapado bajo el caballo herido.

Bernat se levantó a toda prisa y desenvainó su espada. Sus hombres se defendían valerosamente en medio del camino, formando un pequeño círculo mientras los musulmanes los acorralaban. Uno de sus caballeros yacía muerto o herido en el sendero, y un caballo sin jinete galopaba como poseído en dirección a Santa Pau. Los atacantes, no más de veinte, chillaban como demonios para atemorizar a los cristianos. Un grito más cercano le hizo volver la mirada y vio entonces un segundo grupo de musulmanes más reducido corriendo hacia él a través del campo, con sus cimitarras desenvainadas y los escudos pequeños y redondos preparados para la carga. Uno de ellos se detuvo y comenzó a tensar su arco; seguramente era el que había abatido a

su caballo. Sin duda lo habían identificado como un noble por su ropa y sus adornos, y no lo dejarían escapar.

El campo de cebada no era grande: terminaba en un pequeño bosque que ascendía hacia lo alto de la colina. Si lograba llegar allí, estaría en una posición más favorable para el combate que en campo abierto, rodeado de árboles que dificultarían el tiro del arquero y en una posición defensiva elevada. Echó a correr por la tierra blanda, dejando sus huellas claramente marcadas, y aprovechando su ventaja inicial, pronto llegó al bosquecillo. No dudó en trepar cuesta arriba, esquivando encinas y piedras, y con cuidado de no pisar el musgo húmedo que crecía aquí y allá: un resbalón cuesta abajo habría sido fatal.

Se detuvo un instante para tomar aire y observar a sus perseguidores. Ascendían a toda velocidad, pero aún los tenía lo bastante lejos. Decidió que no les plantaría cara dentro del bosque. Disponía de más tiempo del que le había parecido en un primero momento, y se le ocurrió una idea mejor, por lo que siguió ascendiendo, ignorando una segunda flecha que pasó por encima de su cabeza. Conocía aquellas tierras como la palma de su mano y, pese al cansancio creciente, sabía muy bien adónde se dirigía. A cada paso se sentía más fatigado y las piernas comenzaban a fallarle. Los musulmanes iban más ligeros que él y llevaban un calzado de cuero más adecuado. Su cota de malla y su casco, en cambio, le pesaban como un muerto.

El conde dejó atrás el pequeño bosque y salió al claro. Tenía delante un prado abierto frente a la iglesia de Sant Martí Vell. Recordaba perfectamente el día que la habían consagrado hacía diez años, en una ceremonia presidida por el obispo de Girona y el abad de Ripoll, su hermano Oliba. Que su propio hermano consagrase una iglesia dentro del territorio condal había sido un hito histórico y

familiar que le había llenado de emoción. Era un templo más bien pequeño, de una sola nave, presidido por un campanario de espadaña desproporcionadamente grande sobre la portada. Vio que la puerta de madera estaba cerrada y, mientras daba las últimas zancadas, rezó a Dios para que no tuviera el cerrojo echado. Estaba agotado. Sentía cada vez más cerca los gritos de los musulmanes, que chillaban exaltados al ver que una pieza de caza mayor estaba a punto de caer en sus manos. El conde empujó la puerta, que se abrió de par en par, pero iba tan deprisa que tropezó con el escaloncito de piedra y cayó al suelo de la iglesia. Enseguida se incorporó de un salto para retroceder hacia la puerta, y tuvo el tiempo justo de cerrar con llave antes de que llegara el primer perseguidor. Apoyó la espalda contra las tablas de madera mientras escuchaba los insultos de aquellos musulmanes, que golpeaban furiosamente la puerta con la intención de echarla abajo.

Bernat de Besalú se tranquilizó un poco, aunque el corazón aún le latía desbocado. No les resultaría fácil derribar aquella puerta de madera, pero si se lo proponían lo acabarían consiguiendo, y a saber si llevaban consigo algún hacha que les facilitara el trabajo. Conocía bien la iglesia y sabía que, por suerte, no tenía ningún otro acceso, pero la ayuda desde Sant Pau podía tardar bastante en llegar. Dejó de hacer fuerza contra la puerta y se adentró en la nave, que desde la entrada hasta el final del único ábside no medía más de veinte metros, iluminada a duras penas por la escasa luz que entraba por un par de ventanas de arco de medio punto, pequeñas y estrechas, situadas a cada lado.

El conde se sentó en el suelo para descansar y considerar su situación. Por lo que había visto durante la persecución, fuera debía de haber media docena de sarracenos, quizá incluso más. Tenía que ser realista: no había ninguna posibilidad de derrotarlos. Si pensaba

con la cabeza fría, era evidente que su mejor opción era rendirse, y de hecho no tenía ninguna duda de que el objetivo de los musulmanes era capturarlo vivo para liberarlo más adelante a cambio de un buen rescate. Podría salvar la vida, pero pasaría años de cautiverio, malos tratos y humillación en algún calabozo del califato. Aquella posibilidad lo hacía estremecerse. Era un conde valiente y orgulloso, y por nada del mundo se dejaría esclavizar. Antes prefería morir que ser capturado y vilipendiado por aquella panda de salvajes. Oyó unos fuertes golpes de hacha contra la puerta y respiró hondo. De rodillas, comenzó a rezar pidiendo a Dios que le concediera una muerte rápida y honorable, suplicándole que le diera coraje y firmeza, y que su final fuese cantado durante siglos por los juglares. Su linaje debía recordarlo con orgullo y afecto, y su pueblo también.

Los hachazos resonaban por toda la iglesia y la puerta temblaba cada vez más. El cerrojo aún resistía, pero era evidente que más pronto que tarde acabaría cediendo ante la presión. El conde se levantó y se situó en medio de la nave, de cara a la entrada del templo. Agarró la espada con ambas manos y la alzó. Había perdido el escudo, pero la cota de malla y el yelmo detendrían algunos golpes antes de la herida mortal que irremediablemente le esperaba. Tenía muy claro que se disponía a librar su último combate. Al menos moriría en un lugar sagrado, dentro de los límites de su condado, con el hierro en la mano y derramando la sangre de los enemigos de Dios. ¿Podía existir una muerte más honorable? A medida que las sacudidas contra la puerta se volvían más intensas, sus dedos aferraban con más fuerza la empuñadura de la espada.

De repente, el ruido enmudeció y toda la iglesia se iluminó con una luz cálida y suave, como si un millar de velas invisibles se hubieran prendido de golpe. La puerta seguía retemblando con cada

hachazo, pero no emitía ningún sonido. «Conde Bernat», oyó que decía una voz pausada a su espalda. El conde giró la cabeza y, sobre el altar de piedra, flotando a un par de palmos sin llegar a tocarlo, vio una figura humana que lo miraba fijamente. Detrás, dos grandes alas blancas desplegadas. No se movían, pero aun así aquella criatura se mantenía milagrosamente suspendida en el aire. Llevaba una coraza plateada, con un yelmo también de plata; sobre la armadura, una banda de tela azul como el cielo, y colgada de un cinturón, también azul, una espada envainada. Llevaba protecciones de cuero en los brazos y las piernas, pero tenía las manos y los pies desnudos. La figura levantó lentamente el brazo derecho hacia el conde, con la palma abierta, como si lo invitara a acercarse.

Aterrorizado, el conde se giró del todo, alzando la espada hacia aquella aparición. La figura alada sonrió y extendió aún más la mano abierta.

—Acércate sin miedo, conde Bernat.

Sin bajar la espada, el noble dio un par de pasos hacia delante, incapaz todavía de creerse lo que veían sus ojos.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—Soy Miguel, arcángel del Señor y capitán de los ejércitos celestiales. Ven hacia mí.

El conde dejó caer la espada y se arrodilló. Con la mano derecha sobre el corazón, bajó la cabeza temblando y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos. Era evidente que aquel ángel había venido a llevárselo. Quizá incluso ya estaba muerto y aún no lo sabía.

—Bernat, levántate y acércate a mí. No tienes mucho tiempo. Date prisa.

El conde alzó la mirada, se armó de valor respirando profundamente y se levantó poco a poco. A continuación se acercó

al arcángel, que seguía flotando inmóvil sobre el altar.

—El Señor me ha enviado porque ha visto tu situación y se ha compadecido de ti. Eres un buen hombre, un buen conde y un buen creyente, y Él ha decidido que aún no ha llegado tu hora. No morirás hoy ni tampoco aquí. Aún te quedan grandes gestas que realizar y has de seguir sirviéndole a Él y a tu pueblo.

El conde estaba tan abrumado que apenas podía hablar. Tampoco sabía qué debía decir. El arcángel había guardado silencio y lo observaba, como si esperara una respuesta antes de continuar. No había venido para llevárselo, sino para ayudarlo. Bernat tragó saliva y respiró hondo antes de hablar.

—Os doy las gracias, y os juro que de ahora en adelante me esforzaré todavía más por servir a Dios y al condado del mejor modo que pueda. Nunca os arrepentiréis de haberme salvado hoy.

—No tenemos ninguna duda. Sabemos que eres un hombre de palabra. —Y, desenvainando lentamente su espada, añadió—: Acércate más, no tengas miedo.

El conde avanzó lentamente, aún sin tenerlas todas consigo. No podía apartar los ojos de aquella espada que brillaba con luz propia dentro de la nave: era de hoja larga y robusta, terminada en una punta afilada y refulgente. En contraste, la empuñadura era pequeña, recubierta de hilo dorado y rematada abajo por una esfera. La cruceta era simple y lisa, en forma de cruz. Justo encima había un pequeño brocal dorado que cubría los primeros centímetros de la base de la hoja. En un lado había un relieve de san Martí de Tours a caballo, partiendo su capa. En el otro lado estaban las cuatro barras de sangre sobre el fondo de oro.

El arcángel se movió por primera vez desde que había irrumpido en la iglesia y descendió casi hasta el suelo, sin agitar las alas y sin ningún esfuerzo. Se detuvo un instante antes de tocar el pavimento,

como si sus pies pudieran corromperse al entrar en contacto con el mundo de los mortales. El arcángel le tendió el arma con ambas manos.

—Toma esta espada y enfréntate a tus enemigos. No te alarmes si te superan en número ni tengas temor de que te venzan en odio, porque por muchos que sean nunca te superarán en fuerza ni en destreza. Quien blande esta espada no puede perder el combate. Es para ti, y para los hijos de tu linaje después de ti. Es una espada de virtud. Es la mano de Dios la que la empuña a través de tu mano.

El conde Bernat se estremeció. Como todo el mundo, había oído muchas historias, canciones y leyendas sobre las espadas de virtud, y no eran pocos los trovadores que habían compuesto versos sobre aquellas armas legendarias, pero en su condado nadie había visto nunca ninguna. Siempre había quien decía que conocía a alguien que había visto una de cerca, pero casi nunca se daban detalles, y quien lo afirmaba lo hacía sin duda solo por bravuconear. A pesar de ello, nadie dudaba de su existencia, porque algunas batallas y combates se habían ganado tan milagrosamente que solo podía explicarse si se daba por hecho que alguien había empuñado una de aquellas armas. Por esta razón, además, los duelos de honor quedaban invalidados si se descubría que uno de los caballeros había empleado una espada de virtud. Solo los hombres justos y piadosos podían empuñarlas; por eso eran espadas de virtud, porque no podían servir al mal.

Cogió el arma con ambas manos y el arcángel retiró las suyas suavemente. Le pareció más ligera de lo que había supuesto a primera vista; la sostuvo por el mango y recorrió con la mirada toda la hoja, de abajo arriba. Era tan sencilla como perfecta, equilibrada y afilada, tanto en la punta como en el filo. La mano encajaba a la perfección en la empuñadura. Pesaba tan poco que tenía la

sensación de estar sosteniendo un cuchillo, más que una espada. Alzó los ojos y miró al arcángel, que lo observaba complacido.

—Sé digno de esta espada —le dijo antes de elevarse ligeramente —. Y recuerda siempre que solo puede ser blandida por un hombre justo y compasivo. Si dejas de serlo, la espada perderá su poder.

—Os juro por mi sangre que seré digno —respondió el conde.

Sin añadir nada más, el arcángel Miguel alzó las manos hacia arriba y un estallido de luz iluminó toda la nave, cegando momentáneamente al conde. Bernat de Besalú se cubrió los ojos con el brazo. Cuando lo bajó y recuperó la visión, comprobó que el arcángel ya no estaba. Se había ido tal como había llegado. La nave de la iglesia volvió a quedarse casi a oscuras, iluminada únicamente por la luz del sol que se filtraba por las dos pequeñas ventanas, y también volvió el sonido, y el crujido de la puerta a cada hachazo.

El conde echó a correr hacia la entrada, con la espada a punto, justo cuando el cerrojo saltaba por los aires y los sarracenos abrían la puerta de una patada. Sus siluetas se recortaron contra la luz del sol, pero apenas tuvieron tiempo de adaptarse a la oscuridad y mirar hacia dentro, porque el conde los embistió sin dudarlo como un león, llevándose por delante a los dos primeros enemigos que iban al frente. Los demás lo atacaron casi simultáneamente, convencidos de que su superioridad numérica doblegaría a aquel hombre obstinado y suicida. Pero el conde luchaba como nunca habían visto hacerlo a nadie, con una ligereza y una habilidad con la espada que ellos no podían igualar. Uno tras otro fueron cayendo muertos, heridos mortalmente en el cuello, en el corazón o en la cabeza: la espada cortaba brazos y piernas como si fueran de mantequilla, y Bernat la blandía sin ningún esfuerzo. Casi parecía al revés, como si la espada actuara sola y él se limitase a sujetarla.

Por su parte, las acometidas de los musulmanes eran inútiles: el noble catalán no tenía escudo, pero esquivaba con habilidad las estocadas de las lanzas y las cimitarras, o las desviaba con un golpe de espada. Cuando vieron aterrorizados que el conde cortaba sus escudos y sus armas de hierro como si fueran juguetes de madera, los sarracenos comprendieron que estaban perdidos.

No pasó mucho tiempo antes de que todos los musulmanes yacieran muertos sobre la hierba, a los pies de la iglesia, en medio de un gran silencio. El conde contabilizó ocho. Tenía la armadura, el rostro y las manos manchados con la sangre de aquellos desgraciados. Solo entonces aflojó la mano sobre la empuñadura de la espada. La había agarrado con tanta fuerza que el brazo le temblaba. Levantó la espada ante sí y vio cómo una gota de sangre resbalaba por la hoja hasta la cruz. Un escalofrío le recorrió la espalda al contemplar aquella espada extraordinaria. Entró en la iglesia, se arrodilló y se santiguó. Dio gracias a Dios por haberle enviado al arcángel Miguel con aquella arma que le había salvado la vida, y prometió que solo la desenvainaría para defender causas justas y siempre al servicio de Dios. Después salió del templo y bajó por el bosquecillo en el que se había internado hacía solo un rato huyendo de aquellos infieles. Llevaba la espada de virtud en la mano.

Salió del bosque y entró en el campo de cebada para llegar hasta el camino. Sus hombres también habían derrotado a los musulmanes, pero a un precio muy elevado: uno de los caballeros había muerto y el otro estaba gravemente herido; dos peones también yacían muertos sobre el camino y dos más habían quedado malheridos. Tres musulmanes habían caído prisioneros. Los vendería como esclavos y el dinero que obtuviera lo entregaría a las viudas de sus soldados muertos, como era costumbre en el condado. Estaba

orgulloso de sus hombres, que habían luchado como fieras. Al verlo llegar, lo llamaron, y dos de ellos salieron a su encuentro.

Mientras se acercaba a los suyos, el conde iba pensando en cómo contaría a todo el mundo aquel milagro. Se sentía invencible y su cabeza era un torbellino de pensamientos. De pronto, aquella espada lo cambiaba todo. Su condado no perdería más combates, y él mismo podría comandar expediciones contra los sarracenos en tierras del califato. Se habían cambiado las tornas. Inevitablemente, se convertiría en uno de los nobles catalanes más poderosos. Y, por supuesto, tendría que encontrar un apodo que hiciese honor a su poder. De repente, le vino a la cabeza como un relámpago: «Bernat Tallaferro». Lo repitió en voz baja unas cuantas veces, sonrió y echó a correr hacia sus hombres.

2

Belfegor apretó los puños con fuerza en un intento de contener su rabia. Era la tercera vez que planteaba abiertamente la necesidad de asumir que quizá Satanás nunca volvería y que, por tanto, tarde o temprano habría que encontrarle un sucesor. Si todo reino necesitaba un rey, en el caso del inframundo esa necesidad se había convertido en una urgencia. Hacía demasiado tiempo que nadie mandaba y nada se decidía. No había orden ni concierto, y cada vez más todo el mundo hacía lo que le parecía mejor, sin recibir órdenes ni consultar nada. Ninguna decisión tenía consecuencias, y los castigos, antes tan frecuentes, se habían vuelto rarezas cada vez más excepcionales. El infierno se iba transformando lentamente en un reflejo desdibujado de lo que había llegado a ser. Y sin un monarca absoluto no habría manera de enderezar la situación. La desaparición de Belcebú no había hecho sino agravar aquel estado tan precario, y la autoridad que hasta entonces habían conservado los otros diablos mayores se resquebrajaba cada día un poco más. El tiempo de esconder la cabeza bajo el ala y fingir que no pasaba nada debía terminar. Había llegado el momento de tomar decisiones, por dolorosas y drásticas que fueran. Había que dar un puñetazo sobre la mesa.

Los otros cinco lugartenientes lo habían escuchado con atención sin decir nada, pero los conocía lo bastante bien como para leerles el pensamiento. Le bastaba con mirarlos a los ojos. Algunos se

observaban entre ellos. Otros apartaban la mirada. Nadie respondió, ni siquiera cuando Belfegor les pidió su opinión. Eran una panda de cobardes que se movían en un lodazal de envidias, miserias, codicia y amargura. No encontró ni una sola mirada de apoyo, ni tan siquiera de comprensión. Todos eran conscientes de la gravedad del momento y, sin duda, debían de pensar exactamente lo mismo que él, pero no solo no lo admitirían jamás, sino que le pondrían todos los palos en las ruedas que pudieran. La cuestión no era si había que designar un sucesor de Satán, sino que cada uno de ellos haría todo lo posible para que el elegido no fuera ninguno de los otros. Su poder individual se sustentaba, precisamente, en la falta de un soberano supremo. Cuando nadie mandaba, menuda paradoja, todos mandaban un poco. Con eso tenían suficiente. Y mañana será otro día.

Belfegor había sacado el tema al final de la reunión que habían mantenido para decidir algunos asuntos más o menos perentorios. Se reunían de tiempo en tiempo, cuando no había más remedio, con poco entusiasmo y con ganas de acabar cuanto antes. Como siempre, se habían encontrado en el gran salón del trono, capaz de albergar a legiones enteras de demonios, ogros de las cavernas e incluso a los gigantes colosales de los abismos. Aquel día, como casi siempre, estaba totalmente vacío. Los techos eran tan altos que ni siquiera se podían distinguir sus límites. La penumbra y el silencio reinaban en aquella sala inmensa, como en todo el averno. Solo el fuego de algunos fanales colgados de las paredes ofrecía un poco de luz aquí y allá, escasa y poco generosa. Lejos quedaban los tiempos en que miles de antorchas iluminaban aquel salón tan intensamente que parecía que estuvieran en el exterior en un día soleado.

Miró de reojo el trono vacante de Satanás, situado en lo alto de una gran escalinata. Aquel sitial no tenía nada de especial. Era de

piedra negra primigenia, extraída de las simas más profundas, a las que a duras penas llegaban los mineros más valientes. Hacía siglos que nadie se sentaba allí arriba. Ningún diablo hubiera osado hacerlo, ni siquiera cuando el salón estaba vacío. Las paredes tenían ojos; los pasillos tenían oídos. Todo el mundo espiaba a todo el mundo, y unos conspiraban contra otros con el mismo afán con que estos confabulaban contra aquellos. El silencio denso y pegajoso, casi palpable, no era más que la calma que anunciaba la tormenta. El resentimiento impregnaba muros y paredes. El averno incubaba una guerra civil soterrada que estallaría en cualquier momento, en cuanto saltara la chispa incendiaria. Por eso era necesario que alguien ocupara el trono y sometiera a todas las criaturas de la oscuridad con puño de hierro. La fuerza sin control era demasiado peligrosa. Los humanos podían dar buen testimonio de ello.

Como las otras dos veces que había intentado abordar la cuestión, la reunión terminó sin ninguna conclusión ni ningún atisbo de continuidad, y sin que ni él ni ningún otro diablo la diera formalmente por clausurada. Sencillamente, la conversación murió de inanición porque nadie ofreció ninguna respuesta. El silencio se volvió cada vez más incómodo hasta que los demonios mayores se retiraron casi sin despedirse, cada uno por una galería distinta en dirección a sus respectivos palacios y fortalezas, el único lugar donde se sentían verdaderamente seguros, rodeados de sus guardias privadas y fidelísimas. Belfegor fue el único que se quedó en el gran salón. Estaba claro que no encontraría ningún aliado para su objetivo, pero se consolaba pensando que, al menos, los otros cinco lugartenientes tampoco estaban unidos. Solo estaban conjurados en su contra. Al margen de eso, cada uno velaba por sí mismo, para no perder ni un gramo de poder e intentar sobrevivir

mientras el trono siguiera vacío. Se temían unos a otros y se despreciaban mutuamente.

Era evidente que, si no cambiaba de estrategia, no lo lograría. Nunca los convencería solo con palabras, y tampoco podría comprarlos con tesoros y prebendas. Bien mirado, quizá debería ir más lejos. Aunque finalmente lograra su objetivo y alcanzara el trono vacante, nadie dejaría de hacerse preguntas ni de cuestionar su legitimidad, por mucho que no se atrevieran a decir nada en voz alta. El murmullo de las protestas resonaría por los pasillos, desde los grandes salones hasta las habitaciones más pequeñas, desde el palacio imperial hasta los baluartes más profundos. Y el rumor y la difamación eran siempre los pasos previos a la conjura, que era la antesala inevitable de la traición. Le harían la vida imposible hasta derrocarlo. Buscarían sin descanso la manera de hacerlo caer. Tendría que dormir para siempre con una daga de fuego en la cama y un cíclope en la puerta de su estancia.

Mientras daba vueltas por el gran salón con pasos rápidos y furiosos, Belfegor intentaba mantener la cabeza fría y recapitular. No podía dejarse llevar por la rabia; debía ser racional. Tenía ante sí tres retos, y cada uno de ellos podía poner en riesgo su propia existencia. El primero era conseguir el poder supremo y que lo coronaran emperador del infierno en aquella misma sala, delante de todos. Si no podía contar con los lugartenientes de Satanás, buscaría una alianza con los comandantes de las legiones, que desde siempre habían mostrado una tendencia innata a la intriga y la conspiración, y que llevaban tanto tiempo inactivos que en muchos casos estaban ansiosos por tener un poco de acción. De los seiscientos sesenta y seis comandantes, Belfegor pensaba que fácilmente podría comprar la voluntad de la mitad. No se trataba, naturalmente, de poner en valor su lealtad, sino que lo resolvería con sobornos y promesas. O

con la amenaza y el chantaje, ya lo decidiría caso por caso. Con trescientas legiones se veía capaz de perpetrar un golpe, porque los otros comandantes, divididos y atemorizados, no se atreverían a plantarle cara. Y con todas las guarniciones de su parte, los demás demonios mayores no tendrían más remedio que arrodillarse ante él y jurarle fidelidad públicamente.

El segundo reto que tendría que afrontar sería el afianzamiento de su poder y la eliminación de la disidencia. Aquí debería ser expeditivo: no podría permitirse ninguna disonancia ni crítica, especialmente durante los primeros tiempos; tendría que cortar de raíz cualquier oposición, por pequeña que fuera, pues una semilla descuidada podía crecer hasta convertirse en un nido de problemas. La sangre fétida de los traidores y de los indiferentes volvería a correr por las escaleras de su trono, a la vista de todos. «Mi trono», dijo en voz baja. Le gustaba cómo sonaba aquella expresión. Incluso le excitaba. Implantaría un régimen de terror donde no habría lugar para las medias tintas: o con él o contra él. Todos tendrían que tomar partido y los enemigos serían eliminados uno tras otro. También los lugartenientes tendrían que jurarle lealtad. Tal vez debería ejecutar a alguno para atemorizar a los demás, o quizá enviaría a todos a las mazmorras más negras, bajo los océanos de lava perpetua, donde no hacía falta apostar guardias porque eran los dominios del gran gusano.

Con todo, el tercer reto que tenía por delante era el peor de todos. De hecho, no se trataba de un reto, sino más bien de una amenaza. En estos escenarios que imaginaba, Satanás no debía volver nunca al infierno, porque si lo hiciera jamás le perdonaría que hubiera ocupado su lugar, y la venganza sería implacable y devastadora. Naturalmente, los demás lugartenientes se apresurarían a señalarlo a él como único culpable y se deleitarían

con su caída, y todos los que lo habían aplaudido le darían la espalda. Satanás lo mataría o lo arrojaría a las profundidades insondables, allí donde la piedra ya no es piedra, allí donde el aire ya no es aire. Allí donde la oscuridad es tan espesa que se puede tocar con los dedos. Allí donde no hay nada, ni siquiera tiempo.

Y resulta que esa posibilidad, ese cabo suelto, estaba en manos de un monje de Montserrat y del pacto al que habían llegado. El acuerdo dejaba claro que él no intentaría liberar a Satanás e impediría que cualquier otro demonio pudiera hacerlo, y a cambio aquel fraile benedictino se comprometía a que la Hermandad del Ángel Caído no lo soltaría jamás, bajo ninguna circunstancia. En principio, Belfegor podía estar tranquilo, porque la Iglesia no tenía ni debería tener ningún motivo para liberarlo; de hecho, por eso mismo lo habían capturado y encarcelado. Pero le atormentaba pensar que algún día Roma pudiese cambiar de opinión. O que la Iglesia llegara a un acuerdo con Satanás. O que se les escapara. Era un riesgo demasiado grande como para no tenerlo muy en cuenta. A él le gustaba tenerlo todo siempre bajo control, y le inquietaba dejar una cuestión de tanta trascendencia en manos de alguien más, sobre todo cuando ese alguien era precisamente la institución que representaba a su gran enemigo y contra la que llevaban batallando desde hacía milenios. Qué difícil es todo, suspiró. Bien pensado, quizá debería abandonar su sueño. Tal vez todo aquello era una quimera. O quizá debía seguir el ejemplo de Belcebú y liberar a Satanás para convertirse en su favorito. O, quién sabe, tal vez había una tercera solución. Sí, había un tercer camino; arriesgado, sin duda, pero definitivo. Su cerebro empezó a esbozar un escenario. Lo importante era no precipitarse. En el infierno, cualquier error, cualquier desliz, podía ser el último. Debía encontrar una solución

bien fraguada y definitiva a aquel problema, y entonces su camino hacia el trono quedaría despejado.

3

Bernat salió del Banco de Barcelona casi de la misma forma en que había entrado, con las manos vacías en los bolsillos, pero con la sensación de haberse quitado una mochila de piedras de la espalda. Era el segundo lunes del mes de junio y, como todos los segundos lunes de cada mes, había ido a la sede del banco más antiguo de la ciudad y había abierto la caja de seguridad número 666 para comprobar si Belfegor le había dejado algún mensaje. Hacía más de un año que cumplía puntualmente con el ritual. Aunque casi se había convertido en una rutina, en los días previos notaba cómo se ponía más nervioso a medida que se acercaba el momento exacto de introducir la pequeña llave en la cerradura y extraer la caja. Y, en cambio, la sensación de alivio lo inundaba por completo cuando comprobaba, una vez más, que la caja estaba vacía.

Tras salir del banco se dirigió con paso rápido a una cafetería escondida en el pasaje de la Banca, un nombre que no podía ser más apropiado, teniendo en cuenta que recorría la parte trasera del edificio central del Banco de Barcelona. Allí también estaba el Museo de Cera, que resistía con tenacidad el paso de los años en un mundo cada vez más digitalizado, y en el que cualquier persona podía ver y hablar con réplicas virtuales de sus ídolos sin necesidad de observarlos perpetuamente inmovilizados por la cera. A aquella hora del mediodía de un día laborable no había casi nadie en la cafetería,

excepto Berta, a quien el camarero le acababa de servir un vermut blanco y unas aceitunas.

—¿Cómo ha ido? ¿Nada? —preguntó ella expectante al verlo llegar.

—Nada de nada —respondió Bernat dejándose caer sobre el sillón de terciopelo rojo mientras, con un gesto, pedía al camarero que le sirviera lo mismo que le había traído a ella.

—¡Muy bien! Ya te dije que tengo la convicción de que nunca más volveremos a oír hablar de Belfegor.

—¡Dios te oiga!

El monje respiró hondo y sonrió. Daría todo lo que tenía por no volver a saber nunca más de Belfegor, como decía Berta. De hecho, lo daría todo para que nada cambiara, ahora que todo iba bastante bien. Satanás seguía recluido en su prisión de madera, situada justo debajo de la capilla de la Santa Cueva, y desde que lo tenían allí parecía ausente: los frailes guardianes hacían sus tareas de vigilancia de manera ordinaria, el abad Francesc Maria casi nunca hablaba del asunto y el resto de los monjes vivían completamente al margen de aquella presencia. En Montserrat nadie hacía preguntas y, por lo tanto, no había que inventar mentiras. Pero, por encima de todo, lo que le hacía verdaderamente feliz era que el cardenal Hwang volvía a estar en Roma. Había recuperado enseguida su papel de principal confidente del pontífice, y la explicación oficial de su larga ausencia, una misión secreta encomendada por el propio papa, parecía haber convencido a todo el mundo. Se había recuperado por completo, excepto de la ceguera, y había recobrado la sagacidad y la energía, hasta el punto de que se entrenaba casi cada día en el gimnasio de la Athletica Vaticana. Además, el coreano volvía a ser el maestro comandante de la Sagrada Hermandad de Guardianes del Ángel Caído. Bernat le había devuelto el cargo, que

él había ocupado de manera provisional, como si fuese solo el masovero, y ya volvía a ser únicamente un maestro guardián más de aquella orden secreta. Si tenía que ser sincero consigo mismo, en realidad eso no era del todo cierto, porque seguía siendo el principal responsable de la custodia ordinaria del diablo en Montserrat, pero le gustaba volver a estar bajo las órdenes del cardenal Hwang.

También en el plano más íntimo Bernat estaba viviendo un momento de armonía, e incluso sentía que, de algún modo, empezaba a hacer las paces consigo mismo en lo referente a la terrible muerte de su hermana Montserrat. No lo había hablado con nadie ni había buscado ayuda, pero la sensación de culpa que arrastraba desde hacía tantos años se estaba transformando lentamente en un sentimiento de aceptación de la fatalidad, de la cual él no podía ser culpable porque solo era un niño. Bernat había ido a descolgar el teléfono cuando había llamado su abuela, y durante aquellos fatídicos minutos de conversación su hermana se había ahogado en la bañera. Tampoco era culpa de su madre, que los había dejado solos un rato. Era, simplemente, una tragedia que había sabido encontrar el momento oportuno y el lugar exacto. Hacía esfuerzos por borrar aquel instante de su mente e intentaba recordar a Montserrat en momentos felices, cuando creían tener muchos años por delante y todavía no sabían que la vida era, con demasiada frecuencia y por sorpresa, un valle de lágrimas. Esto lo ayudaba a vivir en paz, y a veces se sorprendía a sí mismo con una sonrisa en los labios cuando recordaba a la pequeña Montserrat jugando con sus muñecas o dibujando castillos sobre la alfombra.

Berta dio un sorbo de vermut y se dejó caer hacia atrás en el sillón aterciopelado. Ella también estaba contenta. El robo de los restos arqueológicos de Sant Pere de Rodes había quedado archivado tras el suicidio en prisión del único sospechoso del crimen.

Como no había llegado a determinarse el valor de los objetos robados, el caso se había convertido en un estorbo que un día un juez desganado decidió guardar en un cajón para siempre. Por su parte, la investigación del incendio de Sant Martí del Canigó también se había cerrado sin consecuencias. La Iglesia había presionado discretamente para acelerar el archivo del caso y todo el conjunto monumental estaba ahora en plena reconstrucción. Paradójicamente, las llamas habían servido para hacer renacer aquel lugar, hasta entonces dejado de la mano de Dios. Harían «borrón y cuenta nueva», había llegado a decir el obispo de Perpiñán cuando anunció a la prensa que antes de un año la abadía volvería a abrirse al público e incluso ofrecería alojamiento a peregrinos y excursionistas. Los únicos que seguían investigando algo eran los abnegados policías franceses, que todavía buscaban a los autores del robo de la Biblia de Sant Pere de Rodes en la Biblioteca Nacional de Francia. De vez en cuando se ponían en contacto con ella para saber si había alguna novedad, y Berta les respondía invariablemente, no sin remordimientos, que no habían encontrado nada digno de mención. Aquel robo a punta de pistola se convertiría, irremediablemente, en uno de esos enigmas que nunca llegan a resolverse. Eso, claro está, si Roma seguía manteniendo en secreto que la Biblia de Sant Pere de Rodes estaba bien guardada en la Biblioteca Apostólica Vaticana, justo al lado de la que ya custodiaban desde hacía siglos. Que hubiera llegado hasta allí gracias a un robo con fuerza era un detalle que no parecía quitarle el sueño a nadie. La Iglesia se había construido sobre grandezas y miserias, y a esas alturas no era necesario hilar tan fino.

Desde el punto de vista personal, Berta tampoco se podía quejar. En el trabajo todo iba bien, la relación con su madre había mejorado y Martí, poco a poco, parecía dejar atrás los problemas escolares. El

cambio de escuela que ella había decidido e impuesto por encima de la voluntad del niño había sido todo un acierto. Su rendimiento estaba mejorando, las malas compañías habían quedado atrás e incluso empezaba a ir con ganas a la escuela. Además, para acabar de rizar el rizo, ella al fin había conocido a un chico que, al menos a primera vista, parecía tenerlo todo. Era un cabo del cuerpo que habían trasladado a su comisaría y con el que enseguida había congeniado. Claro que, si ella pudiera elegir, nunca escogería a otro policía como pareja. De hecho, si hubiera podido escoger libremente, tenía muy claro quién habría sido. Pero las circunstancias hacían que esa opción fuera imposible, por lo que más valía sacársela de la cabeza. La vida era una teleserie en la que cada capítulo era una sorpresa, y era mejor no generar falsas expectativas ni esperar nada. Además, como los médicos, los maestros y los periodistas, la mayoría de los policías acababan emparejándose con otros policías. Resultaba casi inevitable. Era el corporativismo llevado al extremo: la profesión y la vida personal se mezclaban de manera ineludible y cada hogar se convertía en una pequeña comisaría.

Solo había una cuestión que inquietara a Berta, un hecho concreto que le venía a la cabeza una y otra vez, sobre todo en los momentos en que intentaba relajarse y no pensar en el trabajo. A menudo, mientras nadaba, conducía la moto por la ciudad o veía una serie en la televisión antes de irse a dormir, se veía asaltada por un pensamiento recurrente. Ella nunca había matado a nadie y, de hecho, pese a ser policía, jamás había pensado que pudiera llegar a hacerlo. Naturalmente, era una posibilidad que todos los *mossos d'esquadra* podían llegar a afrontar en algún momento —al fin y al cabo, llevaban una pistola y estaban entrenados para utilizarla correctamente—, pero la inmensa mayoría terminaban su carrera profesional en el cuerpo sin haber disparado jamás a nadie y, por

supuesto, sin haber matado a ninguna persona. A lo largo de todos sus años de servicio, nunca había conocido a ningún agente que le hubiera dicho que tenía ganas de disparar a alguien. Era evidente que existía gente con ese deseo, pero afortunadamente las pruebas psicotécnicas a las que se sometían los aspirantes a policía ya identificaban y descartaban esos perfiles, que confundían ser *mosso d'esquadra* con ser un pistolero del salvaje Oeste.

Por eso vivía con angustia el hecho de haber disparado contra varios lazaristas durante el rescate de la Biblia de Sant Pere de Rodes. Recordaba nítidamente haber apuntado dos veces a la cabeza de dos miembros de la Orden de San Lázaro, y no tenía ninguna duda de que había acertado el tiro. De hecho, visualizaba perfectamente aquellos dos instantes; los tenía grabados en la memoria y con frecuencia los reproducía en sueños. A otros les había disparado en las extremidades o en el tronco y también los había herido, quizá mortalmente. Aquella noche de Navidad, en Sant Martí del Canigó, casi había vaciado el cargador. La secuencia de los hechos, que no había durado más de un minuto, le venía a la cabeza una y otra vez. Sin embargo, Berta se aferraba a una pregunta que le permitía pensar que quizá no había matado a nadie en aquel monasterio. Si todos esos hombres ya habían muerto y habían resucitado, ¿los había matado realmente? ¿Se podía matar a una persona dos veces? Incluso dudaba de que los lazaristas fueran realmente personas como las demás, como Bernat o ella misma. Claro que aquel pensamiento la llevaba a considerar que el cardenal Hwang tampoco era ya una persona normal, y eso la perturbaba mucho. «No pienses en eso», le decía Bernat cada vez que ella se lo comentaba. «Tú no mataste a nadie, porque esas personas eran criaturas malignas, resucitadas contra la voluntad de Dios. No eran personas; eran monstruos. Y, en todo caso, siempre disparaste en

defensa propia y nos salvaste la vida a los dos», añadía el monje. Qué fácil era decirlo, pero qué difícil creérselo y olvidarlo. Tal vez con el tiempo sería capaz de asumirlo, quién sabe si incluso de borrarlo de su memoria. Levantó ligeramente su vermut y dijo:

—Por nosotros, Bernat; por todo lo que hemos vivido y para que a partir de ahora todo vaya bien.

Sin ni siquiera darse cuenta de que a él todavía no le habían traído la copa, ella vació la suya ante la sonrisa del monje.

4

Ese mismo día a la misma hora, en el centro de París, estaba previsto que los gobiernos catalán y francés, de forma conjunta y con la mayor solemnidad, anunciaran algo importante. Un aniversario tan redondo como el del Tratado de Corbeil merecía un año entero de actos y celebraciones, y ambos gobiernos estaban dispuestos a tirar la casa por la ventana. Aquel tratado internacional, firmado en 1258 entre los monarcas Jaime I y Luis IX para fijar las fronteras definitivas entre los dos reinos, no era cualquier cosa, y Barcelona y París se habían unido para convertir la efeméride en un hito histórico que renovase la amistad y la concordia que reinaban entre ambos pueblos.

Naturalmente, detrás del relato mediático y la pompa oficial, todos tenían otras razones —que rara vez se explicaban— para promover una conmemoración como aquella. Para los catalanes, era una oportunidad inmejorable para sacar pecho de las profundas raíces institucionales del país y demostrar que Cataluña ya se comportaba con un incipiente sentido de Estado desde tiempos medievales. Para los franceses, que desde siempre habían albergado el deseo tácito de convertir Cataluña en una especie de protectorado bajo influencia francesa, era la ocasión perfecta para llevar a cabo un desembarco sin precedentes de su cultura en tierras catalanas y acaparar titulares de prensa. No era ningún secreto que la lengua y la cultura eran el vehículo encubierto con el que la diplomacia del Hexágono

libraba su particular guerra global, y los altos funcionarios de la Quinta República pretendían aplicar ese mismo guion a este caso concreto.

Las dos ministras habían comparecido juntas en el Palacio Real, la pomposa sede oficial del Ministerio de Cultura francés. Nadie se había planteado hacer aquella presentación en Barcelona. El pez grande siempre se comía al pequeño, también en estos casos. Además, nadie podía superar a los franceses a la hora de exhibir simbología y escenografía. Eran los auténticos maestros del protocolo, y no habrían aceptado que se hubiera celebrado en ningún otro lugar que no fuera París. Tampoco habían permitido que la parte catalana opinara sobre los detalles de la organización. El acto se celebraba en su casa y se haría como ellos decidieran. Como dice el chiste recurrente que circula por las entrañas de cualquier administración, la diferencia entre un terrorista y un jefe de protocolo es que con un terrorista siempre se puede negociar. «Siempre se ha hecho así» era la sentencia definitiva ante la cual no cabía recurso posible.

Mostrando en todo momento una buena sintonía, las dos mandatarias habían desgranado la lista casi interminable de actos, conciertos, seminarios, conferencias y exposiciones que tendrían lugar a ambos lados de la frontera a lo largo de todo el año. Decenas de periodistas seguían atentamente la rueda de prensa, muchos de los cuales habían viajado con la ministra catalana desde Barcelona en el avión oficial del Gobierno catalán. Incluso estaba prevista la firma de un memorándum para renovar el compromiso de cooperación y hermanamiento entre los dos países. El lugar elegido para rubricarlo sería la pequeña ciudad de Corbeil, no muy lejos de París, el mismo sitio donde los enviados de los reyes Jaime I y Luis

IX habían firmado el tratado. Todo estaba muy bien planificado y ningún detalle se había dejado al azar.

Uno de los acontecimientos más importantes de la conmemoración sería una gran exposición en el Museo Nacional de Arte de Cataluña sobre la historia militar que a veces había acercado y otras veces separado a los dos países a lo largo de los siglos. Abriría sus puertas al público en menos de un mes y sería el pistoletazo de salida de todos los actos de celebración. Entre los episodios bélicos que los habían unido estaba la expedición de voluntarios catalanes que habían luchado junto a Francia durante la Primera Guerra Mundial, así como una activa y heroica participación catalana durante la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la resistencia contra la ocupación alemana. Pero estos episodios no dejaban de ser excepciones: la mayoría de las veces, los catalanes y los franceses se habían relacionado a porrazo limpio. El número de guerras, batallas y escaramuzas en las que unos y otros se habían enfrentado era tan elevado que la exposición requeriría pabellones adicionales: desde la cruzada contra Cataluña hasta la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, pasando por la guerra de los Segadores, la guerra de Sucesión o la guerra del Francés. Bien mirado, más que guerras habían sido siempre invasiones de Cataluña por parte de Francia, pero ese día no era necesario mencionar ese extremo, y menos aún en una comparecencia conjunta en un ambiente de fraternidad. Además, la ministra catalana era de Girona y por tanto un poco afrancesada, y sentía un placer casi físico cada vez que podía soltar alguna frase en un francés tan correcto como ensayado.

La exposición, más allá de rememorar batallas y refriegas, también mostraría todo tipo de armas, uniformes, artefactos militares, armaduras y dispositivos de asalto de todas las épocas conservados en los museos de ambos países. Sería la primera vez

que lo mejor de cada catálogo —la *crème de la crème* del patrimonio militar de cada país, según la ministra francesa— se exhibiría conjuntamente. Un hito histórico que seguramente nunca más volvería a repetirse, según confirmó la ministra catalana. Quien quisiera ver todo aquel despliegue de utensilios para matar concentrados en un único espacio solo tendría esa oportunidad.

Uno de los objetos que se expondrían, y que sin duda sería uno de los platos fuertes de la muestra, era una espada única y especial que había sido propiedad del Casal de Barcelona desde tiempos inmemoriales. Decían las crónicas medievales que era una espada de virtud y, por lo tanto, quien la empuñaba no podía perder ningún combate. En algún momento había sido bautizada como Vilardella, aunque también recibía el nombre de San Martín, porque tenía un pequeño brocal con una imagen de este santo y porque, según la leyenda, había sido encontrada en la pequeña iglesia garrochina de Sant Martí Vell, cerca de Santa Pau, por el conde Bernat Tallaferro. Fuera verdad o fuera leyenda, ese sería el texto que acompañaría la exhibición de la espada.

Lo que sí estaba bien documentado era que el arma había sido comprada hacia 1888 por Josep Estruch, empresario, fundador del Banco de Barcelona y refinado coleccionista, a la cofradía del gremio de algodoneros de la capital, que la había custodiado durante siglos tras la muerte sin descendencia del rey Martín el Humano. Sin embargo, años más tarde, toda la colección de Estruch fue adquirida por un ciudadano francés y, con el tiempo, pasó a engrosar los fondos del Musée de l'Armée de París, donde se había exhibido hasta entonces sin pena ni gloria en una galería secundaria. Sería la primera vez en más de un siglo que la espada regresaría a Cataluña, aunque temporalmente, para poder ser contemplada y admirada por el público catalán.

El servicio de prensa del ministerio francés había incluido dos imágenes de la espada en el dosier que se repartió a los periodistas, junto con fotografías de otros objetos que también viajarían a Cataluña. En la primera imagen, la Vilardella aparecía tal como era cuando había sido comprada, hacía más de cien años, y como había sido expuesta en el Musée de l'Armée: oxidada, oscurecida y con el filo ligeramente deformado, especialmente en la punta; la mitad del mango había perdido el hilo dorado. Parecía más bien un trasto encontrado en la buhardilla de una masía abandonada. En la segunda fotografía la espada parecía nueva. Había sido pulida, limpiada y afilada. Toda la empuñadura estaba recubierta de hilo de oro, y la esfera del pomo brillaba como el sol. La espada resplandecía con la fuerza del primer día. Alguien podría haber dicho que se trataba de otra espada, pero era fácilmente reconocible por el pomo redondo y por el inconfundible brocal de San Martín de Tours, restaurado con todo detalle. En los últimos meses, los servicios de recuperación del patrimonio cultural de Francia habían sometido la espada a un intenso proceso de restauración antes de emprender viaje a Barcelona. Si la iban a exponer ante el público catalán, no querían que pareciera que no la habían cuidado lo suficiente; había que evitar por todos los medios que se alzara alguna voz reclamando que la Vilardella se quedara definitivamente en Barcelona y no regresara a París. Eran tiempos convulsos, y muchos países querían recuperar su patrimonio cultural y vaciar los importantes museos históricos y etnográficos de las grandes metrópolis.

Un periodista preguntó, con tono y ademanes serios, si el Gobierno de Francia había tenido en cuenta que era una espada de virtud y si el proceso de restauración habría podido mermar ese gran poder. Algunos de sus colegas se echaron a reír, pero la ministra

francesa respondió con actitud circunspecta que su ministerio había sido consciente en todo momento de lo que tenían entre manos y había llevado a cabo la restauración con el máximo cuidado y el asesoramiento de los mejores especialistas, sin añadir prácticamente ningún material nuevo para no menoscabar sus extraordinarias atribuciones de origen divino. La ministra catalana observaba de reojo a su homóloga, a medio camino entre la admiración y la estupefacción, intentando asimilar que una ministra de una república que había hecho bandera de la laicidad diera por buena la leyenda que confería un poder sobrenatural a una espada de virtud. «Son la república más monárquica del mundo y son los laicos más devotos que conozco», pensó.

Finalmente, los periodistas empezaron a hacer preguntas relativas a otras cuestiones que no tenían que ver con el motivo de la comparecencia y la ministra francesa dio por concluida la rueda de prensa con tanta simpatía como firmeza. Como no podía ser de otro modo, a continuación invitó a los reporteros a pasar a una sala adjunta donde se les serviría un pequeño refrigerio a base de productos regionales. En París sabían muy bien que un periodista con la barriga llena siempre tiene la pluma menos afilada. En Barcelona también lo sabían, por supuesto, pero la administración catalana confundía a menudo la austeridad con la tacañería y nunca los invitaba ni a un triste café. Así pues, los periodistas catalanes guardaron inmediatamente sus ordenadores portátiles y se dejaron guiar con docilidad hasta la mesa generosamente cubierta de cruasanes de mantequilla y bandejas de quesos.

5

Las gotas de lluvia que caían sobre el lago Albano apenas formaban ya círculos concéntricos. Eran los últimos pellizcos de agua de la tormenta que había azotado la villa y los campos de Castel Gandolfo; nada que ver con la fuerza de los goterones que se habían precipitado furiosamente desde el cielo hacía tan solo un rato. Simplemente se dejaban caer mientras las nubes se deshacían lentamente, vacías y exhaustas. El papa observaba cómo el cielo se despejaba poco a poco desde la ventana de su despacho, que tenía unas vistas espléndidas sobre el lago. Los rayos de sol más audaces empezaban a perforar las nubes y a iluminar pequeños fragmentos de la región como los focos de un gran teatro. El pontífice tenía el radiador justo delante; le gustaba colocar las manos encima para sentir el calor vivo del hierro caliente.

—Ya se aclara la tarde —dijo en voz alta—. Dentro de un rato, si te parece bien, podemos dar un paseo por los jardines antes de cenar.

—Me parece perfecto, santidad, incluso necesario. Hoy el día nos ha jugado una mala pasada y no hemos podido salir ni un solo momento.

Hwang estaba sentado en el sofá del despacho privado del papa, en el Palacio Apostólico de Castel Gandolfo. Pablo VII se giró para observarlo. El cardenal estaba tomando un té casi hirviendo, que humeaba abundantemente. Llevaba gafas oscuras para disimular las

cuencas vacías de los ojos y vestía de calle, con un jersey oscuro de cuello alto. El pontífice aún no podía creerse que lo tuviera allí delante, como si nada hubiera pasado. Había llegado a convencerse de que no volvería a verlo. De hecho, había perdido la esperanza. Qué ironía, viniendo de él, que predicaba cada domingo en la basílica de San Pedro para que nunca nadie la perdiera, ni siquiera en los momentos más difíciles.

De vez en cuando, Pablo VII le pedía a Hwang que lo acompañara a su residencia de vacaciones. Ya había sido su principal consejero antes del traslado de Satanás a Montserrat, pero después de su secuestro y su resurrección se había convertido en más que un amigo; si es que un pontífice podía tener amigos, claro. Resurrección. Cada vez que pensaba en esa palabra, un escalofrío le recorría la espalda. La Iglesia llevaba dos milenios rememorando que Jesús había resucitado, y ahora el milagro se había vuelto a producir. Él mismo había autorizado aquella resurrección, pero a veces pensaba que quizá no debería haberla permitido. ¿Quién era él para jugar a ser Dios? ¿Quién era él para obrar milagros?

Y, sin embargo, ¿cómo podía dejarlo morir teniendo en sus manos la posibilidad de devolverle la vida? Si había salvado a Hwang de la muerte, ¿por qué no podía salvar a otras personas? Todas estas preguntas lo asaltaban a menudo, sobre todo en las largas noches de insomnio, en la inmensa soledad del Palacio Apostólico. Y él no tenía las respuestas, por más que rezara para que Dios se las proveyera de un modo u otro.

Uno de los motivos por los cuales había accedido a devolver la vida al cardenal era intentar averiguar algo sobre el infierno y los demonios que lo habitaban; al menos, ese había sido uno de los argumentos de Bernat cuando le pidió su autorización. Había pasado en el infierno más de dos años, una cantidad enorme de tiempo. Y

había salido vivo, al menos durante unos minutos, antes de ser asesinado por Belcebú. La Iglesia tenía una larga memoria, pero no conservaba registro de nadie más que hubiera vivido una experiencia tan increíble como aquella. No podían de ningún modo dejar escapar la oportunidad. Todo lo que pudieran saber sobre el Mal, con mayúscula, debía servir necesariamente para hacer progresar el Bien, también con mayúscula. «Quien conoce al enemigo y se conoce a sí mismo en cien batallas no correrá ningún peligro», había escrito Sunzi en *El arte de la guerra*. Precisamente había sido Hwang quien, muchos años atrás, justo cuando él había sido elegido papa, le había recomendado que leyera aquel libro. «El ejercicio del poder siempre tiene las mismas reglas, y valen tanto para un emperador chino del siglo V antes de Cristo como para un papa del siglo XXI», le había dicho el surcoreano mientras le regalaba un ejemplar.

El pontífice se sentó junto al cardenal, en un sillón tan cómodo como antiguo. Tenía setenta y siete años, y se acercaba ya a los setenta y ocho. Se encontraba bien y con ganas de seguir ejerciendo de santo padre, pero cada año que pasaba era como si le añadieran una nueva piedra en el bolsillo. Cada día le parecía más pesado que el anterior. Sin embargo, se cuidaba mucho de decirlo en público, porque cada vez que un papa comenzaba a flaquear, la curia vaticana se transformaba en un nido de víboras. Los consejeros de un pontífice debilitado empezaban a distanciarse y todos hacían apuestas, impulsaban conspiraciones y elaboraban aproximaciones interesadas. La prensa, casi siempre desinformada sobre los asuntos vaticanos, podía convertir una chispa en un incendio. No solo hay que ser fuerte, pensaba Pablo VII, sino también parecerlo, en todo momento y en todas partes.

—No sabes cuánto celebro que estés aquí, amigo Hwang. Te eché muchísimo de menos.

El cardenal le dio un sorbo al té y las gafas de sol se le empañaron por el vapor de la infusión caliente, pero no se dio cuenta y dirigió el rostro hacia el pontífice con los cristales empañados. Pablo VII sí se fijó y lo miró con una mezcla de piedad y admiración.

—Sí, yo también os eché mucho de menos. Rezaba cada día para poder volver a sentir el calor del sol. Nunca dejé de confiar en Dios, y eso me dio la fuerza necesaria para sobrevivir a aquel calvario.

El pontífice se armó de valor y respiró hondo antes de ofrecerle una confesión que hacía tiempo que quería hacerle:

—Cardenal, debo decirte que admiro la fuerza de voluntad y la determinación que mostraste durante tu cautiverio. Y tu fe, sin la cual seguramente te habrías hundido en la desesperación. Yo, y lo digo con gran dolor, confieso que muchos días perdí la esperanza. Y me arrepiento de ello y es algo que me avergüenza, puedes creerme. ¿Cómo podía yo, desde la comodidad del Vaticano, pensar que no volvería a verte, que seguramente ya estabas muerto, mientras tú, encerrado en una celda oscura en las profundidades del infierno, conservabas aún la esperanza de regresar con vida? Qué vergüenza la mía; qué indignidad.

El cardenal lo escuchó sin decir nada mientras sujetaba la taza con ambas manos para calentarse los dedos. Era la primera vez que el papa le hacía aquella confesión.

—Santidad, no debéis lamentaros; al contrario. Es normal tener momentos de debilidad, de falta de fe. ¡Le ha pasado a todo el mundo! Incluso le ocurrió a Jesucristo clavado en la cruz. No quiero que le deis más vueltas ni que os mortifiquéis. Es más, os pido que no volváis a pensar en ello.

—Se dice rápido, que no vuelva a pensar en ello.

—Pues os lo pido. Y os pido, por favor, que no os comparéis conmigo. Yo tenía fe porque, sinceramente, allí abajo, en la

oscuridad más funesta, no podía tener nada más. Solo tenía eso, y con eso me bastó para querer vivir cada minuto y cada hora.

El papa asintió. Aquel hombre, a quien ya admiraba antes, había regresado convertido casi en un santo. Cualquier otra persona habría enloquecido o, en caso de conseguir salir con vida de allí, no habría querido saber nada más de la Hermandad del Ángel Caído ni de ningún otro problema; lo más normal habría sido pedir retirarse a algún monasterio alejado de la vida mundana, en algún lugar montañoso de esos que tanto le gustaban. El cardenal, en cambio, había vuelto disciplinadamente a su puesto y seguía al servicio de Dios como el primer día. Solo había pedido pasar unas semanas en Corea del Sur, con sus hermanas, para recomponer una relación que siempre había dado por supuesta pero que, con la muerte de su madre durante su largo cautiverio, había corrido el riesgo de romperse.

Pablo VII y el cardenal Hwang habían hablado durante horas y horas sobre el infierno, sobre las condiciones de su reclusión y sobre sus conversaciones con Belcebú y Belfegor, y habían intentado analizar y comprender cómo estaba gobernado, cuántos demonios había y qué actividades llevaban a cabo. Había que aprovechar esa oportunidad de oro para entender, si era posible, cuál era la estrategia, las debilidades y las fortalezas de la maldad. Al papa, sin embargo, lo que más le interesaba era el contacto que el cardenal había tenido con los dos demonios mayores. Los mejores tratados de demonología coincidían en que Satanás tenía siete lugartenientes, y Hwang había conocido a dos. No era poca cosa. Le impresionaba pensar que su hombre de confianza había conversado con ellos, que le habían hecho confidencias y que había sido lo suficientemente hábil para evitar que lo mataran durante todo el cautiverio en las profundidades del infierno, en una situación de total debilidad e

indefensión. Lo impresionaba y despertaba en él una profunda admiración. Él mismo no lo habría logrado, de eso no tenía ninguna duda. Carecía de la sangre fría, la inteligencia y la paciencia del coreano. Solo de pensar en ello se le ponían los pelos de punta.

Que Belcebú estuviera muerto le tranquilizaba y, por qué no decirlo, le producía una gran satisfacción. Pero le aterraba pensar que Belfegor no solo estaba vivo y ya había matado a Hwang una vez, sino que además él mismo, Pablo VII, había avalado un pacto con aquel demonio. Y, por supuesto, si él había pactado con Belfegor, era la Iglesia entera la que lo había hecho. Él era, ni más ni menos, el vicario de Dios, de modo que podía considerarse que había llegado a aquel acuerdo en Su nombre. Mejor no pensar demasiado en esas derivadas. El mal ya estaba hecho y no había marcha atrás. Pactar con el diablo era algo que jamás habría pensado que pudiera hacer, pero a través de Bernat había llegado a un acuerdo explícito con una criatura que había convertido todo lo que él detestaba en sus divisas personales. Cargaría con ese pacto maldito sobre sus hombros hasta el final de sus días, y cuando llegara el momento ya sería Dios quien decidiría si había sido un acierto para garantizar un bien mayor o una estupidez provocada por su irresponsabilidad.

A pesar de que el cardenal ya le había explicado detalladamente todo lo que recordaba de su tiempo de cautiverio, el papa no podía dejar de preguntarle a menudo por detalles concretos o por algún matiz nuevo que pudiera haber pasado por alto. A veces aprovechaba la menor oportunidad para volver a sacar el tema. Y aquel día, en Castel Gandolfo, tenía la excusa servida en bandeja.

—Bernat me ha enviado un mensaje para decirme que ha ido al banco y, como siempre, no había ningún mensaje de Belfegor.

Supongo que tú también lo has recibido. Así pues, tenemos treinta días más de tranquilidad.

—Afortunadamente —respondió el cardenal con una sonrisa—. Y que sea por muchos años.

El papa esperó unos instantes antes de hablar de nuevo:

—¿Crees de verdad que no volveremos a saber nunca más de él? Solo tú lo conociste y puedes intentar adivinar sus intenciones.

Hwang dio otro sorbo de té y apoyó la espalda en el sofá. Respiró hondo antes de responder:

—Me cuesta hacer un pronóstico. Mi impresión es que Belfegor es más inestable, inconsistente e irascible que Belcebú. Este era un cínico y un despiadado, pero al menos tenía cierto sentido de la lealtad y del orden; por eso intentó liberar a Satanás. Tenía muy claro el lugar que ocupaba. No son palabras que me guste usar cuando nos referimos a los demonios, pero a menudo he pensado que Belcebú era más noble, más íntegro. Tenía un código de comportamiento, algo que probablemente lo hacía más previsible. Y eso nunca podría decirlo de Belfegor.

El pontífice lo escuchaba atentamente, con los brazos cruzados, quizá porque tenía un poco de frío o quizá para protegerse instintivamente de la sensación de terror que le invadía cada vez que Hwang le hablaba de Belfegor. Era un sentimiento contradictorio: aquel demonio le despertaba una gran atracción y, al mismo tiempo, le producía un gran pánico. No podía evitarlo.

—Pienso que Belfegor —prosiguió el cardenal— tiene una mentalidad más táctica y menos estratégica. Se adapta mejor a la realidad cambiante, es pragmático y realista, y por lo tanto es mucho más peligroso, porque puede dar giros inesperados. Al mismo tiempo, tiene una ambición desmesurada y una gran seguridad en sí mismo que pueden cegarlo y llevarlo a cometer errores que,

evidentemente, podemos acabar pagando nosotros. No olvidemos que en su escala de prioridades nosotros ocupamos el último escalafón y que no dudará en aplastarnos para alcanzar sus objetivos. Él juega su partida en el infierno, y nosotros solo estamos en uno de los campos de batalla y, en todo caso, somos víctimas colaterales. Para él, nuestra vida no vale absolutamente nada.

Aquella última frase no dejaba de ser una obviedad, pero la pequeñez de la vida humana parecía quedar mucho más en evidencia cuando se verbalizaba.

—Si al menos fuéramos capaces de bloquear para siempre las puertas del infierno y que nunca más pudieran escapar de ahí... Ni siquiera hemos descubierto cómo Belfegor pudo entrar y salir por Sant Pere de Lavern, y eso que hemos registrado la iglesia de arriba abajo varias veces.

—Como ya os dije, santidad, no recuerdo nada de lo que ocurrió desde que Belcebú me capturó hasta que me desperté en aquella habitación. Y tampoco recuerdo cómo aparecí en Sant Pere de Lavern. Doy por hecho que la manera que tienen de entrar y salir del infierno es, precisamente, la información que no quieren que sepamos nunca, y por eso en esos desplazamientos debieron de sedarme o aplicarme algún maleficio. Por más que lo he intentado no puedo recordar nada, más allá del tiempo que pasé en la celda.

Dio un sorbo al té antes de continuar.

—Lo que más me perturbaba era la pérdida del sentido del tiempo. Encerrado en aquella mazmorra de piedra perdí por completo la noción del paso de los días y las noches: dormía cuando tenía sueño y comía cuando tenía hambre, y después de dormir ni siquiera era capaz de determinar si había pasado un rato corto o muchas horas. No ver el sol ni la luna, ni poder saber si era de día o de noche, casi me volvió loco. Era muy consciente de que aquello

podía hacerme perder la cabeza. Suerte tuve de Dios y de mi familia, en quienes pensaba en todo momento.

—Pues estuviste más de dos años ahí abajo... —dijo el papa, levantando las cejas.

—Cuando Bernat me lo dijo no podía creérmelo. Ya imaginaba que había pasado mucho tiempo, unos cuantos meses o quizá incluso un año, pero cuando supe que había estado preso durante dos años largos me quedé helado. Por eso ahora quiero recuperar el tiempo, vivir intensamente cada minuto, y valoro la vida más que nunca.

Desde su asiento, el papa miró por el gran ventanal y vio un cielo limpio y de un azul intenso. Sin embargo, no tardaría en oscurecer. Mejor no seguir removiendo aquellos recuerdos. Se levantó e invitó al cardenal a hacer lo mismo para salir a estirar las piernas por los jardines del Palacio Pontificio. Hwang apuró el último sorbo de té y se incorporó de un salto. Detestaba pasar un solo día sin hacer ejercicio, y dar un paseo, por corto que fuera, era lo que más le apetecía en ese momento. Salieron al pasillo y el cardenal condujo la conversación hacia derroteros más banales, dispuesto a dejar todos aquellos malos recuerdos tras la puerta del despacho.

Segunda parte



Estando en Valencia, vino a vernos Jaime Alarich con los tártaros y otro mensajero de Grecia que estaba allí. Y nos dijeron de parte del gran kan, que era rey de los tártaros, que tenía la intención y la voluntad de ayudarnos.

JAIME I,
Libro de los hechos

6

Acre, noviembre de 1269

El día llegaba a su fin sin ninguna novedad. De hecho, desde que habían desembarcado, cada jornada terminaba de la misma manera: el sol se ponía lentamente sobre el mar, y el astro ardiente y el agua fría se fundían en una mezcla de colores que pasaba del amarillo al naranja y del naranja al rojo, antes de que la última luz fuera engullida por el mar y se hiciera de noche casi repentinamente. Llevaban días embelesándose con aquel espectáculo, y no parecían cansarse de él. A aquellos catalanes les costaba acostumbrarse al hecho de que el sol se pusiera sobre el mar, y cada tarde se congregaban en la playa para admirar aquella obra de Dios.

Ferran Sanxis y Pere Ferrandis no eran una excepción, y se sentaban juntos sobre la arena para contemplar el crepúsculo. Estaban al lado de la ciudad de Acre, donde habían desembarcado hacía ya más de quince días, y pasaban horas observando el mar a la espera de ver aparecer en el horizonte, en cualquier momento, la flota del rey Jaime, su padre, con los estandartes reales y las banderas catalanas desafiando la fuerza del viento. Sin embargo, cada tarde constataban que el resto de la flota real, que debía transportar al ejército catalán al completo para reforzar la cruzada cristiana en Tierra Santa, no llegaba, y con toda probabilidad nunca lo haría. Cada día se desanimaban un poco más. Los dos habían

llegado a Acre al frente de una docena de naves, transportando casi trescientos caballeros, junto con un millar de peones y marineros. Era una partida militar notable y previamente experimentada en combate, pero constituía solo una pequeña parte de la fuerza original que Jaime I había preparado y embarcado en medio centenar de naves, la cual superaba con creces los cinco mil hombres.

Los dos hijos del rey contemplaron cómo los últimos rayos de sol se hundían irremediablemente en el mar y la bóveda celeste, llena de estrellas, tomaba posesión del cielo con rapidez. No había ni una nube, y las estrellas dibujaban unas figuras enigmáticas que, desde hacía siglos, los buenos marineros interpretaban para navegar sobre las olas. Empezaba a hacer frío. Una estrella fugaz cruzó la noche durante unos instantes antes de desvanecerse en la oscuridad. Ferran y Pere se levantaron y se encaminaron hacia una de las grandes hogueras que sus hombres encendían cada noche para calentarse, cenar y contarse historias antes de acostarse en las grandes tiendas que habían montado un poco tierra adentro, a resguardo de las murallas de Acre, capital provisional del Reino Latino de Jerusalén desde la caída de la ciudad tres veces santa, hacía casi cien años. Algún día, juraban los cruzados, recuperarían la ciudad, que volvería a ser la capital del reino que llevaba su nombre.

Los dos hermanos se llevaban pocos años, y quien no los conociera no habría sabido decir cuál era el mayor y cuál el menor. Ferran era el de más edad. Tenía veintisiete años y era de complexión robusta y compacta. De carácter reservado, le costaba aceptar que era hijo ilegítimo del rey, a pesar de los beneficios que había obtenido de ello. Había pasado la infancia y la juventud junto a su madre Blanca, en la baronía que su padre había creado y les había otorgado, al sur de la Ribagorza. Pere, por su parte, tenía

veinticuatro años recién cumplidos y era alto y fuerte como su padre. Amante de la guerra y listo como una comadreja, tenía una ambición tan amplia como mesurada. A diferencia de su hermano, no ser hijo legítimo del monarca no le quitaba el sueño ni un minuto. Su padre también les había concedido, a él y a su madre, una baronía de su propiedad no muy lejos de Alcañiz. Todo el mundo sabía que el rey Jaime no podía evitar tener hijos aquí y allá, pero no era menos cierto que nunca los descuidaba y siempre los tenía en consideración: a sus hijos nunca les faltaría de nada. Y quién sabe si, al hacer testamento, también repartiría sus distintos reinos entre ellos, algo que, por otra parte, no podía traer nada bueno. *Divide et impera*, decía el proverbio latino.

Al verlos llegar, un caballero se levantó y con un gesto los invitó a sentarse a su lado frente al fuego. Era Galcerán de Pinós, un noble veterano que había combatido contra los musulmanes en Valencia y Murcia, siempre junto al rey. Varias heridas marcadas para siempre en la piel daban testimonio de su valentía. Hijo de un linaje antiguo, tenía castillos, baronías y tierras al sur de la sierra del Cadí. Llevaba el nombre de su padre, razón por la cual era conocido en todas partes como Galcerán el Joven, para distinguirlo de Galcerán el Viejo, claro está. Apreciaba sinceramente a los infantes Ferran y Pere, a pesar de que ambos eran bastardos, hecho que despertaba recelos y burlas entre algunos miembros de la nobleza catalana y aragonesa, siempre a escondidas y con cobardía. A él, en cambio, le parecían dos jóvenes valientes, prudentes y con la voluntad de hacerse respetar por todos, empezando por su propio padre. Ser hijo del rey no era nada fácil, y a menudo cerraba más puertas de las que abría. El propio monarca le había pedido que los acompañara en su nave y velara por sus hijos durante la cruzada, encargo que Galcerán había aceptado de buen grado, como todos los que el rey

le encomendaba. El servicio de su casa a la corona era una tradición familiar de la cual se sentía particularmente orgulloso.

—Infantes Ferran y Pere, venid a sentaros conmigo —les dijo cuando llegaron—. Comed, bebed y entrad en calor, que en este país cada día que pasa hace más frío. Nos habían dicho que era un desierto árido, ¡pero os aseguro que el clima es más gélido aquí que en el Cadí!

Los dos hermanos se sentaron con él, uno a cada lado, en un banco largo de madera frente a la hoguera. Otros nobles y caballeros catalanes, sentados también delante del fuego, cenaban y bebían mientras charlaban animadamente. Les sirvieron vino, pan y tocino, y unos cuantos dátiles para endulzar la cena. A Galcerán le bastó verles la cara para comprobar que no estaban muy animados. Los conocía desde que eran pequeños; los dos eran para él como un libro abierto.

—Amigos míos, sé que nada deseáis más que ver llegar la flota de vuestro padre con él al frente. Yo también lo espero con todas mis fuerzas y rezo cada día para que así sea. Pero no quiero engañaros: creo que esperamos en vano y que nuestro rey no vendrá.

El infante Ferran no dudó en salir en defensa de su padre, en una conversación que ya se había repetido en otras ocasiones.

—Salimos todos juntos de Barcelona el 4 de septiembre y, si bien es cierto que los vientos no nos fueron favorables y tuvimos que recalar en Aigüesmortes y en Agde, su voluntad era que llegáramos a Tierra Santa. De hecho, buena parte de la flota volvió a zarpar y nosotros conseguimos llegar. ¿Por qué razón el resto no ha navegado hasta aquí?

—Eso que decís es muy cierto, pero a veces ni siquiera los reyes pueden luchar contra el destino y la fuerza de la naturaleza. Tened en cuenta que vuestro padre ya pasa de los sesenta, y ya no tiene ni

la fuerza ni el ímpetu de cuando era joven. El paso de los años lo ha vuelto más ponderado y sensato, y quizá ha visto que la cruzada no podía llevarse a cabo tal como él la había previsto, o al menos no con él al frente.

—Querido Galcerán —le interrumpió el infante Pere—, vos sabéis tan bien como nosotros que el rey sigue fuerte como un roble, y que si no ha venido ha sido contra su voluntad. Tal vez las olas han engullido al resto de la flota y nuestro padre reposa para siempre en el fondo del mar. ¡Y nosotros aquí, abandonados a nuestro infortunio!

Galcerán no pudo evitar una media sonrisa.

—Pere, os aseguro que si la nave real se hubiera hundido ya lo sabríamos. Nuestro rey no navegaba solo, y si hubiera naufragado otras naves habrían llegado hasta aquí, nos lo habrían comunicado y ya habríamos zarpado de vuelta a casa. Además, quiero recordaros que la mano de Dios ha guiado siempre las decisiones de vuestro padre, y del mismo modo que él consideró que Nuestro Señor deseaba esta cruzada, quizá las tempestades le hicieron pensar que Dios se había echado atrás. En cualquier caso, hablamos por hablar. Más temprano que tarde tendremos noticias de Barcelona con instrucciones concretas y sabremos qué hacer. De momento, mi consejo es permanecer en Acre y ayudar a los cristianos de aquí en todo lo que podamos.

El infante Ferran optó por no decir nada más y siguió comiendo mientras observaba cómo las llamas lamían con deleite los troncos de palmera. Pere, sin embargo, se resistía a creer que el rey los hubiera abandonado de aquella manera.

—Dudo que mi padre piense que Dios no quería esta cruzada. Además, os recuerdo que tenemos una alianza con el rey de los

mongoles. ¿Qué dirá el gran kan cuando llegue aquí con su gran ejército y vea que el rey no está?

El noble interpelado arrugó la nariz y alzó ligeramente las cejas.

—Ya me perdonará nuestro rey, pero creo que, en verdad, esta gesta ya empezó con mal pie. El pacto con el kan Abaqa, rey de los mongoles, para llevar a cabo una cruzada conjunta contra los musulmanes y recuperar Jerusalén, siempre me pareció incierto e impreciso, a pesar de que vuestro padre tenía puestas en él todas sus esperanzas.

—Galcerán —le atajó Pere—, permitidme que os interrumpa. ¿Decís que el pacto era incierto e impreciso? Nada más lejos de la realidad. El papa Clemente avaló la expedición con sus bendiciones, y el propio rey Luis de Francia le dio su visto bueno. Los embajadores del gran kan vinieron a Perpiñán y nuestro embajador Jaime d'Alarich viajó hasta Persia para acordar todos los detalles.

—Eso que decís es muy cierto, Pere. Es verdad que los embajadores mongoles se comprometieron. Sin embargo, ¿por qué creéis que el rey de Castilla no aportó otra cosa que dinero, ni caballeros ni peones? ¿Por qué creéis que el rey de los francos apoyó la cruzada, pero sin comprometer ni un solo barco? Yo os lo diré: porque los mongoles no son gente de fiar. Solo los reinos, villas y ciudades de nuestro rey aportaron dinero, hombres y caballos. Queridos Ferran y Pere, podemos discutir cuanto queráis, pero el hecho cierto es que estamos en Tierra Santa y no hemos encontrado ningún ejército mongol. Ni un solo soldado del gran kan. ¡Ni siquiera tiene un emisario en Acre! Sobre la arena de esta playa no estamos más que nosotros, y la mayor parte de nuestro ejército ni siquiera ha logrado llegar hasta aquí. Estamos solos en esta cruzada.

Los dos hermanos guardaron silencio. Carecían de argumentos frente a una evidencia como aquella. Cuando el rey les había pedido

que lo acompañaran a hacer la guerra santa contra los musulmanes, ellos habían aceptado entusiasmados. No solo eran jóvenes y tenían ganas de pasar a la acción, también deseaban con todas sus fuerzas que su padre pudiera sentirse orgulloso de ellos. La guinda del pastel era la concesión de bulas papales por participar en una cruzada, unas indulgencias que siempre eran bienvenidas. Galcerán de Pinós los observó y se sintió mal. Quizá había sido demasiado duro con ellos. Pero allí les faltaba una figura paterna, y él estaba más que dispuesto a asumir ese papel mientras durara la cruzada. Más valía que tuvieran los pies en el suelo y procurar que salieran lo mejor parados posible de aquello.

—Acabemos de cenar y retiraos a descansar —dijo, haciendo un esfuerzo por suavizar el tono de voz—. Mañana nos reuniremos en Acre con el gran maestre del Templo, fray Thomas Bérard, para decidir cuáles serán los próximos pasos. Y la decisión tendréis que tomarla vosotros, que sois los hijos del rey y la máxima autoridad de la hueste real. Yo me quedaré aquí un rato más, con la primera guardia.

Los dos hermanos siguieron comiendo en silencio, y después se levantaron y se despidieron de Galcerán. Se sentían frustrados, pero lo apreciaban mucho y la sangre no llegaría al río. Al día siguiente sería otro día, y con la luz de la mañana las cosas siempre se veían de otra manera. Mientras caminaban hacia su tienda, el infante Pere puso la mano sobre la empuñadura de la espada, que llevaba enfundada en el costado izquierdo y que nunca perdía de vista. Era la Vilardella, la preferida del rey, la espada de virtud que el arcángel Miguel había otorgado a Bernat Tallaferro y que había pasado a manos de la casa de Barcelona cuando el condado de Besalú se integró en ella, hacía ya mucho tiempo. Su padre le había encomendado que la llevara a Tierra Santa en su barco. «Si mi nave

se hunde, que se salve esta espada; y si tu nave se hunde y la espada se pierde, que al menos se salve el rey, pero no podemos perder las dos cosas a la vez», le había dicho. «No se la dejes a nadie, ni siquiera a tu hermano; tú eres más justo y compasivo que él», había añadido. Esa era su lógica; por eso mismo había dejado en Barcelona al infante Pere, su heredero, fruto del matrimonio legítimo con Violante de Hungría, por si no regresaba de la cruzada. Y ahora él se encontraba en Acre con aquella arma extraordinaria y sin el rey. Como había dicho Galcerán, cada vez estaba más claro que aquella expedición no tenía ni pies ni cabeza.

7

La fragua de Ainet de Besan hundía sus raíces en las profundidades del tiempo, hasta el punto de que nadie podía decir con certeza cuándo se había fundado. Era la única fragua que seguía en funcionamiento en el valle, de las muchas que había habido desde tiempos inmemoriales. Durante la Edad Media, en el valle había habido al menos cinco a pleno rendimiento, que producían cientos de toneladas de hierro que llegaban a todos los rincones de la Corona de Aragón y que daban trabajo a muchos hombres del Pallars Sobirà. Por eso esa tierra era conocida como Vall Ferrera, nombre que conservaba con orgullo. Sin embargo, aquella industria había ido perdiendo peso con el paso de los años, y llegó un día en que la extracción manual de hierro en las minas de las montañas y la producción de carbón vegetal en condiciones muy duras no podían competir con las producciones industriales de otros lugares. Las fraguas, una tras otra, fueron cerrando sus puertas y los fuegos se fueron apagando. Todas se extinguieron, excepto la pequeña fragua de los hermanos Roger y Valença, que seguía en funcionamiento. Se habían especializado en objetos ornamentales, en obras de arte, en chimeneas de hierro forjado y en ferretería diversa para las casas de veraneantes, pero todo el mundo sabía que eran capaces de forjar cualquier cosa y su reputación llegaba muy lejos. Lo llevaban en la sangre. Pertenecían a una estirpe de herreros que habían ido pasando la fragua de padres a hijos a lo largo de los siglos, tantos

que ni siquiera ellos mismos eran capaces de decir cuántas generaciones les habían precedido. Como les gustaba explicar a menudo, parafraseando a Gustav Mahler, la tradición no era la veneración de las cenizas, sino la preservación del fuego.

Roger era metódico y ordenado. Ejecutaba los encargos a la perfección, siempre en los plazos previstos y sin aumentar ni un céntimo el presupuesto fijado. Por sus manos, su yunque y su martillo pasaban llares, balaustres, cierres, balcones y cerraduras. No había pieza que no pudiera hacer. Valença también sabía hacerlas, pero ella era la artista de la familia. Cuando podía, se dejaba llevar por la imaginación y forjaba esculturas, artefactos imposibles y objetos cotidianos de hierro, como fundas para teléfonos móviles, gafas o joyas. Nada se le resistía cuando se le metía algo en la cabeza. Roger y Valença formaban la combinación perfecta, y por eso recibían encargos aburridos de propietarios de segundas residencias y pedidos estimulantes de artistas más o menos conocidos.

Aquel miércoles por la mañana, Ainet de Besan temblaba bajo una fuerte tormenta de finales de primavera. A media mañana la temperatura se había desplomado de golpe y el cielo se había nublado muy deprisa. A veces, en el Pallars, las transiciones meteorológicas iban a cámara rápida. Enseguida había descargado un aguacero intenso que en las horas siguientes engrosaría el caudal de la Noguera de Vallferrera, que a su vez haría crecer sucesivamente la Noguera de Cardós, la Noguera Pallaresa, el Segre y el Ebro. La cortina de lluvia que caía en aquel rincón del Pirineo terminaría en el delta del Ebro y en el mar Mediterráneo.

Ajenos al largo viaje que estaban a punto de emprender aquellas gotas de agua que repiqueteaban sobre el tejado de pizarra de su taller, los dos hermanos trabajaban en la fragua. Tenían sintonizada

la Radio Nacional, aunque no podían escucharla: los golpes de martillo y el ruido habitual del trabajo con metales en la forja hacían imposible seguir el hilo de ningún programa. Aun así, cada mañana, al llegar allí, encendían la radio para tener compañía y no sentirse aislados del mundo en aquel valle pequeño y remoto alejado del bullicio global.

La puerta del taller se abrió haciendo tintinear una campanilla, que naturalmente no oyeron. Roger martilleaba una gruesa pieza de cobre mientras su hermana manipulaba un soplete para soldar dos pequeñas piezas de hierro. Un hombre entró en el taller y saludó sin obtener respuesta. Dejó el paraguas empapado en el cubo que había al lado de la entrada y se frotó los zapatos en la alfombra. Era un hombre de estatura media, de edad indeterminada y con unos rasgos del todo ordinarios. Sin demasiado pelo, tampoco se podía decir que fuera calvo. El único rasgo distintivo eran unas gafas finas de color verde, tras las cuales dos ojos marrones se movían ágilmente por el taller para captar todos los detalles. No tenía prisa, y se quedó inmóvil hasta que Valença alzó la mirada y lo vio plantado ante la puerta.

—Perdone, no le hemos visto entrar —se disculpó mientras apagaba el soplete y se acercaba.

—Buenos días. Me han dicho que sois los mejores herreros del país. ¿Me equivoco?

Valença dejó el soplete junto al mostrador de la entrada y sonrió.

—Usted no se equivoca al repetirlo si así se lo han dicho, pero quizá quienes se lo han dicho sí que se equivocan. La verdad es que mi hermano y yo sabemos lo que hacemos, pero nunca me atrevería a decir que somos los mejores.

El hombre la observó con curiosidad.

—Buena respuesta —dijo—. Querría saber si seríais capaces de hacer una réplica exacta de una espada. Tiene que ser perfecta, como si fueran dos gotas de agua.

—Podríamos intentarlo. No sería la primera vez que forjamos espadas, ¿verdad, Roger?

Su hermano había dejado de golpear y se acercó al mostrador de la entrada del taller.

—Así es. Curiosamente, aún hay personas que nos encargan espadas; de hecho, se sorprendería de las cosas que nos piden. Pero para poder trabajar de manera óptima necesitaremos que nos traiga la espada original y nos la deje aquí.

El hombre se encogió de hombros y contrajo ligeramente las mejillas.

—He ahí el problema: no tengo la espada ni puedo tenerla, lo siento. Pero pensaba que quizá con la información necesaria tendríais suficiente.

Sacó una pequeña carpeta de la mochila que llevaba al hombro y escogió algunas fotografías y un par de ilustraciones con las medidas detalladas.

—Ya le aviso que sin el modelo original será más difícil, claro —dijo Roger mientras tomaba el pequeño fajo de papeles y fotografías y los extendía en abanico sobre el mostrador.

Él y su hermana estuvieron un rato examinando a conciencia las fotografías, los bocetos y las medidas. El visitante los observaba pacientemente, sin decir nada.

—Yo creo que sí que podremos hacerla. Quizá tendremos que encargar alguna pieza especial, como el pomo, pero nada que no podamos resolver.

—Esta espada me suena —dijo Valença, llevándose la mano a la barbilla—. ¿Puede ser que la haya visto antes? ¿Qué espada es?

El hombre mantuvo el rostro inalterable.

—Es posible que os suene porque quizá haya más como esta. No creo que hicieran solo una. En concreto, esta espada pertenecía a un familiar mío que vive en el extranjero y que le tenía mucho aprecio desde hacía muchos años. Es un coleccionista aficionado de este tipo de cosas. Hay gente para todo, ¿verdad? El caso es que la perdió en un incendio en su casa y, cuando venga a visitarnos, queremos darle una sorpresa.

—¿Un coleccionista? —preguntó Roger—. En las fotografías, la espada parece muy nueva; casi diría que está por estrenar.

Por primera vez, el visitante alzó un poco las cejas, pero hizo un esfuerzo por mantener la sonrisa.

—Ah, pues eso ya no lo sé. Quizá también las fotografías se hicieron hace mucho tiempo, cuando la compró. No sabría decirlo con precisión, la verdad.

Valença recogió todas las fotografías y los papeles y los guardó en una carpeta.

—No se preocupe. Nosotros haremos el trabajo lo mejor que podamos, y seguro que le fabricaremos una buena espada. Puede que no sea idéntica a la otra como dos gotas de agua, pero como el original se ha perdido, nadie podrá compararlas y no notará ninguna diferencia.

El hombre sonrió.

—Perfecto. Esa es exactamente la idea: que no se note ninguna diferencia. Veo que no se equivocaban cuando me dijeron que sois los mejores herreros.

—Ya nos lo dirá cuando la tengamos lista. Calculo que, si todo va bien, podremos tenerla dentro de unas tres semanas, o quizá un mes.

—Tendrían que ser dos semanas, como máximo —replicó el visitante.

Valença frunció el ceño.

—Un poco justo. Tenemos bastante trabajo pendiente que hemos de terminar antes de ponernos a forjar la espada. Podemos intentarlo, pero no se lo podemos garantizar.

—Creo que sí que pueden garantizármelo —respondió el hombre mientras se sacaba la cartera del bolsillo—. Todo tiene un precio, y entiendo que la urgencia debe pagarse como corresponde.

Sacó diez billetes de doscientos euros y los puso sobre el mostrador, uno tras otro.

—Quizá esta paga y señal pueda acelerar mi encargo.

—Por supuesto —dijo Roger con una sonrisa mientras recogía el dinero y lo guardaba en un cajón.

—Cuando recoja la espada, les daré esta cantidad multiplicada por cinco. Siempre he dicho que los buenos profesionales deben estar bien pagados.

Valença lo miró extrañada mientras cogía un pequeño bloc y un bolígrafo.

—¡Pero si todavía no le hemos dicho el precio! La cantidad que dice es más de lo que cuesta hacer esta espada...

—Eso es indiferente. Un regalo como este no tiene precio, y lo que quiero es que hagáis una gran espada y que la tengáis lista en el plazo que os he pedido.

—Ojalá todo el mundo tuviera familiares como usted, créame —dijo Valença tras recuperar la sonrisa—. Si me dice su nombre, le hago el recibo de la paga y señal.

—No necesito ningún recibo, ya se ve que sois gente de confianza. Volveré dentro de dos semanas exactas para recogerla.

Y sin añadir nada más, se dio la vuelta, cogió su paraguas del cubo y salió del taller haciendo tintinear la campanita. Todavía llovía a cántaros. A través del cristal de la puerta, los dos hermanos vieron cómo abría el paraguas y desaparecía bajo la lluvia.

Roger y Valença se miraron sin poder evitar esbozar una media sonrisa.

—¡Qué personaje tan extraño! —exclamó ella.

—Muy extraño, sí. Pero ya has visto que nos ha dado dos mil euros como si nada. Quizá sea un hombre raro, pero seguro que será un buen cliente.

Justo en ese momento, la radio emitió las señales horarias del mediodía, que daban paso a un boletín informativo. Los dos hermanos volvieron al trabajo, ahogando la voz de la locutora bajo los martillazos. Cerca de allí, en la carretera, el hombre encendía el coche con el que había viajado hasta Ainet de Besan y tomaba el camino de regreso a Barcelona bajo una intensa lluvia. Estaba satisfecho.

8

El móvil de Berta volvió a vibrar, desplazándose ligeramente sobre la mesa empujado por el temblor que él mismo producía. El mayor del cuerpo de Mossos d'Esquadra miró el aparato un instante y rápidamente alzó la vista para clavar la mirada en los ojos de la subinspectora.

—Si es urgente, responda. Es la tercera vez que llaman en menos de dos minutos.

Ella agarró el móvil con un movimiento apresurado y mantuvo pulsado durante unos instantes el botón que apagaba el dispositivo. La primera vez lo había silenciado, pero era evidente que no bastaba con eso.

—No es urgente, mayor, no se preocupe. Lo apago y ya llamaré después. Podemos continuar, disculpe.

Aunque el mayor había sido amigo personal de su padre y la conocía desde que era una niña, cuando ambos vestían el uniforme le hablaba siempre de usted, incluso estando a solas. Y ella también lo trataba del mismo modo, en justa correspondencia y por respeto al rango. Al principio le había sorprendido, pero con el tiempo había entendido que las relaciones personales, en la policía, debían quedar fuera de la comisaría. Dentro de los cuarteles de los Mossos d'Esquadra todos eran compañeros y la jerarquía era sagrada. Las órdenes no se discutían; se acataban, gustasen o no. Obedecer y hacer obedecer. Y menos aún se contradecían, porque eso solo

generaba confusión. Como decía el famoso dicho policial, orden y contraorden siempre resultaba en desorden. Por eso las filias y las fobias personales eran del todo incompatibles con los uniformes. Allí dentro, los números de identificación policial y los galones de cada cual eran suficientes para funcionar con eficacia. Los nombres y los apellidos eran accesorios. La propia denominación oficial de la fuerza policial catalana ya lo decía todo, y no era por casualidad: en el cuerpo de Mossos d'Esquadra todos los agentes formaban parte de un único organismo y, en consecuencia, debían actuar de manera ordenada, coordinada y solidaria, como las células de un cuerpo humano. Allí dentro no había espacio para la autonomía, y menos aún para la independencia.

Ambos siguieron despachando los casos abiertos en la unidad que ella dirigía, que con el tiempo había acabado consolidándose dentro del organigrama del cuerpo. Tal como decía la placa clavada en la puerta de su despacho, Berta estaba al frente del Grupo Operativo de Investigaciones Singulares (GOIS), la nomenclatura que el propio mayor había escogido y que definía a la perfección la especialización de su escuadrón policial. Cualquier investigación extraña o imposible de clasificar en alguna de las tipologías habituales terminaba inevitablemente sobre la mesa de Berta. Todo lo que se saliera de lo común, los casos extravagantes o cualquier investigación inexplicable, siempre encontraba el modo de llegar a aquel despacho. Por descontado, con este tipo de casos, su unidad era muy popular dentro del cuerpo policial, aunque nadie sabía exactamente qué se cocía allí dentro. A la subinspectora le venía bien esa aura de misterio. Todo el mundo hablaba de ello, pero, a la hora de la verdad, casi nadie le preguntaba nada a la cara. Y si alguien le preguntaba algo, respondía con evasivas y vaguedades. Ella reportaba directamente al mayor de los Mossos, y eso protegía

su actuación de cualquier injerencia, ya fuera bienintencionada o no. Con el tiempo había reclutado un grupo de agentes tan singulares como la propia unidad, que habían encontrado en aquellas investigaciones insólitas e inusuales su verdadera vocación. Sus agentes eran metódicos, discretos y leales. Berta no podía pedir más.

Ya hacía tiempo que el mayor no le hacía ninguna pregunta sobre el robo de los restos arqueológicos de Sant Pere de Rodes, ni sobre sus contactos con la policía francesa relacionados con el robo de aquella biblia escrita en Ripoll y sustraída a punta de pistola en la Biblioteca Nacional de Francia. Ambas investigaciones se habían ido diluyendo, y quién sabe si el jefe de los Mossos se había cansado de obtener siempre la misma respuesta negativa. O quizá se había olvidado de ellas. Fuera como fuese, Berta agradecía que todo aquello no se removiera más y que el mayor, aparentemente, hubiese pasado página con respecto a esos dos casos.

Berta lo puso al día del último caso que llevaba entre manos y cerró la carpeta de las investigaciones abiertas. El mayor se recostó en el respaldo de la silla y le preguntó a la subinspectora por las vacaciones de verano, pues ya estaban bien entrados en julio. Él pensaba irse con la familia a Noruega quince días durante el mes de agosto. El calor estival le resultaba insoportable y siempre buscaba destinos con temperaturas más suaves y precipitaciones frecuentes. Incluso habría querido ir a Islandia, en busca de más frío y más lluvia, pero su mujer le había parado los pies.

—En el trabajo soy el mayor, pero en cuanto entro en casa pierdo los galones y paso a ser el menor —rio.

Berta le respondió que todavía no había tenido tiempo de pensar en las vacaciones, pero que seguro que se escaparía unos días con Martí a alguna zona de montaña. Hacía tiempo que querían ir a las

montañas de Prades, y quizá había llegado el momento. A su superior le pareció una buena idea y le dijo, mientras se levantaba para irse, que le enviaría algunas recomendaciones de restaurantes. Como buen excursionista y amante del país, conocía las comarcas de montaña como la palma de su mano. Después se despidió y salió del despacho.

En cuanto el mayor cerró la puerta, Berta cogió el móvil y lo encendió. Mientras el aparato se tomaba su tiempo antes de estar totalmente operativo, la subinspectora se preguntó por qué motivo Bernat la había llamado con tanta insistencia. Normalmente le escribía mensajes y solo de vez en cuando la llamaba, así que aquella impaciencia la había sorprendido. Aún la sorprendió más que él respondiera casi de inmediato.

—Bernat, ¿estás bien? —le preguntó sin esperar a que él dijera nada—. ¿Qué pasa?

—Belfegor me ha enviado un mensaje. Al buzón 666.

Solo en ese momento Berta se dio cuenta de que era el segundo lunes de julio. No había caído en ello en ningún momento, y de pronto la invadió un fuerte sentimiento de culpa.

—¿Cómo dices? Ostras, perdona, tienes razón. Hoy he estado tan ajetreada que no he recordado que te tocaba ir al banco. Perdona.

Bernat comprendía perfectamente que ella tuviera otras cosas en la cabeza, y no pretendía que mantuviera con la Hermandad un grado de implicación como el suyo, pero aun así no pudo evitar que le doliera un poco aquel descuido. Por supuesto, no pensaba reprochárselo.

—No te preocupes, ya sé que no das abasto.

—¿Y qué dice ese malnacido? ¿Qué quiere ahora?

—Me cita el sábado de la semana que viene, por la tarde, en el parque del Tibidabo. Justo delante del carrusel que hay cerca de la

entrada.

—¿Te cita en un parque de atracciones? ¡Qué cosa más extraña! Me parece una broma de muy mal gusto.

—A mí al principio también me ha extrañado, si te soy sincero. Pero, bien mirado, ya nada de lo que pueda hacer ese desgraciado puede sorprenderme.

—Mierda... —añadió ella en voz baja, casi como si fuera un pensamiento que se le hubiera escapado en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó el monje.

—Me parece que el sábado de la semana que viene, por la tarde, tengo un compromiso que no puedo saltarme. Mierda, mierda... Martí juega un partido importantísimo y, para variar, su padre no estará. Y no quiero que sea el único niño de su clase al que no va a verlo ninguno de sus padres.

Sin dejar tiempo a que Bernat pudiera abrir la boca, dijo «un momento» y apartó el móvil de la oreja. Abrió la aplicación de la agenda del dispositivo y consultó ese día. Como había intuido, su hijo tenía un partido de fútbol a las cinco y media de la tarde, contra el equipo de una de las escuelas más conocidas de la ciudad. De hecho, era el único evento del día, y el partido no acabaría hasta casi las ocho de la tarde. Se volvió a acercar el móvil a la oreja y confirmó su temor. No solo quería estar allí, también quería evitar la enésima discusión con su exmarido, que no dejaba pasar ninguna oportunidad para reprocharle que no estuviera con Martí cuando le tocaba a ella quedarse con el niño.

—No te preocupes, de verdad —respondió Bernat—. Tú ve al partido con Martí, ¡solo faltaría! Ya iré solo, a ver qué demonios quiere Belfegor esta vez. Piensa que en el parque, un sábado de julio por la tarde, habrá muchísima gente. No temo por mí. No creo que tenga ninguna mala idea en mente.

—¡Lo siento! Si quieres, le pido a mi madre o a mi hermana...

—Berta, ¡que no! No pidas favores, no hace falta. Además, aunque pudieras venir, te pediría que no lo hicieras. Todos tus encuentros con diablos, primero con Belcebú y después con Belfegor, han acabado de la peor manera posible. No quiero que vuelvas a sufrir ni que tengas que revivir momentos terribles.

—En eso tienes razón —respondió ella.

De hecho, casi cada día recordaba el momento en que Belcebú le disparó a quemarropa frente a la basílica de Montserrat. Y si no lo recordaba ella, la cicatriz que llevaba en el pecho ya se encargaba de hacerlo, justo después de ducharse o cuando se vestía frente al espejo. También recordaba a menudo el momento espeluznante en que Belfegor había degollado al cardenal Hwang en Sant Pere de Lavern.

—Pues no se hable más del asunto, Berta. Iré yo solo y te llamaré enseguida para contártelo.

—¿Ya has informado a Roma de la cita con Belfegor?

—He llamado hace un rato al cardenal Hwang para decírselo.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Ya lo conoces —respondió el monje en un tono casi divertido—. Doy por hecho que se habrá quedado preocupado, claro, pero su habilidad para quitarle hierro a las cosas y racionalizarlas con prudencia siempre es un consuelo.

—Sí, tienes razón. Supongo que se lo trasladará al papa.

—Así hemos quedado. El pontífice debe estar al corriente en todo momento.

—¿Y se lo dirás también al abad?

Bernat guardó unos instantes de silencio al otro lado del teléfono.

—No tengo más remedio que hacerlo. No porque tenga ganas ni porque piense que puede ayudarme en algo; al contrario, solo le

haré sufrir y eso no me gusta, pero es mi deber como monje de Montserrat y como miembro de la Hermandad.

—Te entiendo perfectamente, pero harás bien en decírselo.

A continuación se despidieron y Berta pulsó el botón que finalizaba la llamada. Dejó el móvil sobre la mesa, junto a las carpetas y dosieres de los casos que había repasado con el mayor del cuerpo, y se dejó caer sobre su silla ergonómica. Solo le faltaba que Belfegor volviera a aparecer en su vida, ahora que todo aquello parecía haber quedado atrás. Por encima de todo, sin embargo, no podía dejar de preocuparse por Bernat, el hombre sobre quien parecía recaer todo el peso de aquella historia. Ella, como el cardenal Hwang o el propio papa, solo podían ayudarlo y darle apoyo, pero al fin y al cabo era siempre Bernat quien tenía que enfrentarse con los diablos cara a cara.

9

Bernat aceleró el paso para alcanzar al abad Francesc Maria justo cuando este llegaba a su despacho cargado de carpetas y documentos.

—Reverendísimo padre, precisamente lo estaba buscando —dijo cuando llegó a su lado.

—¡Hola, Bernat! Salgo de una reunión aburridísima que ha durado media mañana. Tengo la cabeza como un bombo, si te he de ser sincero.

El abad se inclinó un poco y, con el codo, accionó el picaporte de la puerta de su oficina, haciendo gala de unas sorprendentes dotes de equilibrista. La puerta se abrió ligeramente y Francesc Maria la empujó para entrar, pero lo hizo tan deprisa que estuvo a punto de tropezar. Bernat lo sujetó por el brazo, pero no pudo evitar que una carpeta se le resbalara y cayera al suelo, provocando que los papeles se esparcieran bajo el umbral. El abad entró en el despacho procurando no pisar ninguno y se dirigió a su mesa haciendo equilibrios para no perder el resto de los documentos.

El monje se agachó para recoger la carpeta y los papeles desperdigados por tierra. Con un vistazo tuvo suficiente para constatar que eran documentos sobre la contabilidad y las finanzas del monasterio, llenos de letra pequeña, cifras y todo tipo de tablas. En aquel preciso instante sintió compasión y una profunda empatía por el abad. Francesc Maria no solo era miembro de la Hermandad

del Ángel Caído y custodiaba al Maligno en el monasterio que dirigía —unas circunstancias que no había buscado ni reclamado—, sino que su cargo lo obligaba a resolver también un sinfín de cuestiones más peregrinas y mundanas que no podía desatender. Él, en cambio, era un monje normal y corriente que solo impartía algunas clases en la universidad, sin más preocupación que la de su condición de guardián de la organización secreta de la que ambos formaban parte. En aquel momento lamentó haber ido a buscarlo para comunicarle la mala noticia, que sin duda recibiría como un jarro de agua fría. En su día había vivido con mucha angustia el traslado de Satanás hasta Montserrat y con desasosiego la resurrección del cardenal Hwang, un proceso que él no habría aprobado si se lo hubieran consultado antes.

—Gracias, Bernat —le dijo mientras le cogía los papeles desordenados y la carpeta y los dejaba de cualquier manera sobre su escritorio—. Siéntate y cuéntame lo que hayas venido a decirme. No tengo mucho tiempo, he de llamar al director general de Asuntos Religiosos del Gobierno. Por lo visto quiere comunicarme la enésima ocurrencia de nuestros gobernantes, que seguramente tendrá más que ver con otras confesiones que con la nuestra, pero qué le vamos a hacer. Son los tiempos que nos ha tocado vivir, bien lo sabes.

—Me temo que no traigo buenas noticias, reverendísimo padre —dijo Bernat mientras ambos se sentaban en las butacas situadas frente a la mesa del despacho.

El abad no necesitó nada más para adivinar lo que el monje quería comunicarle. De hecho, desde que lo había visto venir por el pasillo ya lo había intuido. A diferencia de Berta, él tenía muy presente que aquel día era el segundo lunes de julio. Los tenía todos bien marcados en el calendario, y cada víspera rezaba a la Virgen de Montserrat para que al día siguiente no hubiera nada dentro de

aquel maldito buzón. Nunca se lo había dicho a Bernat para no inquietarlo, pero siempre había estado convencido de que, tarde o temprano, llegaría el día fatídico en que se produciría la conversación que estaban a punto de mantener.

—¿Te ha dejado una nota? —se adelantó el abad, mirándolo fijamente.

—Sí. Lo lamento, pero así es —respondió Bernat, apretando la mandíbula.

—Mmm... —suspiró el abad, con el rostro serio—. No te lamentes, no es culpa tuya. ¿Y qué dice la nota?

—Me cita el sábado de la semana que viene por la tarde, en el parque de atracciones del Tibidabo.

—¿En serio? —exclamó el abad, visiblemente extrañado.

—Sí. A mí también me ha sorprendido, pero, de hecho, prefiero que sea en un lugar lleno de gente y a plena luz del día.

—Sí, tienes razón. Es más seguro para ti.

El abad apoyó la espalda en el sillón y echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba un largo suspiro. Era evidente que la noticia le había caído encima como una pedrada, por mucho que hubiera previsto esa posibilidad. Permaneció un momento en silencio mirando al techo, como si estuviera ordenando sus pensamientos. Finalmente se incorporó y dirigió la mirada hacia Bernat.

—Escúchame, Bernat, lo afrontaremos como siempre lo hemos afrontado: con serenidad y con firmeza, y con toda la confianza puesta en Dios. Hasta ahora hemos conseguido salir bastante bien parados, y esta vez también lo lograremos.

El monje agradeció de corazón aquellas palabras. Sabía que el abad había quedado tocado por la noticia y que la procesión iba por dentro, pero agradecía que, al menos hacia fuera, intentara

sobreponerse y le demostrara que no estaría solo ante aquel encuentro. Francesc Maria prosiguió:

—¿Has informado ya a Roma?

—Sí, justo antes de venir a verle he llamado al cardenal. Me ha dicho que vaya a la cita con serenidad y que inmediatamente después informe de ella al Vaticano. Me ha dicho que él mismo hablaría con el santo padre.

—Perfecto, pues. Sigamos las indicaciones del comandante de la Hermandad y ya tomaremos las decisiones que debamos tomar cuando sepamos exactamente lo que quiere Belfegor. —Y, agarrándole las manos por encima de la mesa, añadió—: Bernat, siento que tengas que enfrentarte otra vez a esto, ahora que parecía que toda aquella pesadilla empezaba a quedar atrás.

—Se lo agradezco, pero no sufra por mí. No estoy solo, al contrario; la Hermandad siempre está ahí, y créame que es reconfortante. Y sé también que esta misión exige un gran sacrificio, pero al mismo tiempo es el mejor servicio que podemos ofrecer a Nuestro Señor. No tengo ningún miedo.

El abad asintió, esbozó una sonrisa un tanto forzada y dijo:

—Tienes razón, pero tampoco hemos de adelantar acontecimientos. Al fin y al cabo, todavía no sabemos lo que quiere Belfegor, y no tenemos por qué ponernos en el peor escenario. Hace tiempo que no sabemos nada de él; quizá solo necesite confirmar que por nuestra parte nada ha cambiado. ¿No?

Mentir no era su fuerte, y Bernat entendió enseguida que en aquellas palabras había más intención que convicción, pero las recibió con una sonrisa porque demostraban una vez más la voluntad del abad de Montserrat de confortarlo.

—Seguramente tenéis razón, padre. Quizá no ha cambiado nada y el encuentro se limitará a un interrogatorio desagradable y a pasar

un mal trago, sin más consecuencias.

Francesc Maria asintió con la cabeza y los dos se quedaron unos instantes en silencio. La situación era casi cómica: los dos benedictinos pensaban exactamente lo mismo y tenían un mal presentimiento idéntico, pero los dos hacían de tripas corazón y restaban importancia a la cita para no desanimar al otro.

Bernat estaba a punto de levantarse y despedirse del abad cuando su superior tomó aire y dijo:

—Yo también quiero hacerte saber algo que me ronda por la cabeza desde hace un tiempo, Bernat. Más bien es una confesión. Necesito soltarlo, y seguramente tú eres la persona idónea.

—Decid, por favor.

—Como sabes bien, pronto cumpliré setenta años. Llevaré exactamente veinte al frente del monasterio de Montserrat, desde que la comunidad me escogió como abad. Es el mayor honor que jamás podría haber soñado; para mí no hay cargo más relevante en el mundo ni que pudiera honrarme más. Estoy muy agradecido a la comunidad y al Espíritu Santo de haber podido ser abad. Siempre he cumplido con devoción mis atribuciones, tanto las más agradables como las más ingratas, entre las cuales, como sabes perfectamente, está esta misión que el santo padre nos encomendó a ti y a mí, y que creo que hemos respetado con creces y con un gran sacrificio para nosotros y para toda la comunidad. También nuestra Berta ha pagado un precio muy alto por ello.

Bernat asintió y apretó los dientes. No le gustaba el rumbo que tomaban aquellas palabras, impulsadas suavemente por el tono amable de Francesc Maria. El abad continuó:

—Pero también sabes que todo este asunto me ha afectado mucho, seguramente demasiado. Intento sobreponerme y que no ocupe mis pensamientos, ni de día ni de noche, pero no puedo

evitar pensar en ello a menudo, sobre todo por la noche. De hecho, siempre había dormido como un niño, pero desde que tenemos al Maligno en casa tomo medicación para poder conciliar el sueño, y muchas noches ni siquiera lo consigo. Vivo angustiado, lo reconozco. No puedo dejar de temer por nuestra comunidad, porque tengo miedo de que un mal día Satanás consiga escapar y se vengue de todos nosotros. Y no lo digo por mí, como puedes imaginar, sino por todos vosotros y, sobre todo, por los niños de la escolanía. Cuando los veo y los escucho cantar no puedo evitar pensar que tenemos al diablo a pocos metros de ellos. ¡Qué temeridad!

—Pero, justamente, lo tenemos encerrado y bajo vigilancia...

—Sí, claro, pero ¿quién puede garantizar que nunca saldrá de esa caja de madera? Vivimos bajo una maldición y no queremos ver el riesgo que eso comporta. Ya estuvimos al borde del desastre cuando Belcebú intentó liberarlo; ¿acaso no lo recordamos? Me resulta insoportable, Bernat. Por eso...

Tragó saliva y enmudeció durante una fracción de segundo, como si todavía dudara de verbalizar aquella idea que llevaba meses acariciando.

—... por eso he decidido renunciar al cargo de abad y proponer a la comunidad que elija a alguien más adecuado. Yo no me siento con fuerzas para continuar; Montserrat necesita un abad fuerte y decidido.

—Pero, padre abad... —empezó a decir el monje.

Francesc Maria alzó la mano para detenerlo.

—Bernat, déjame terminar, por favor. La decisión está tomada, pero no tengo ninguna prisa ni tampoco una fecha decidida. Por supuesto, no haré nada hasta que sepamos qué quiere ahora Belfegor. Afrontaremos lo que tengamos que afrontar y le dedicaremos el tiempo que haga falta. Después, cuando lo hayamos

resuelto, haré lo que tenga que hacer. Quiero participar en el proceso de transición, ayudar a escoger a mi sucesor y llevar a cabo un traspaso ordenado, siempre de acuerdo con el papa. Esto no es una huida ni un arrebato; es una decisión muy meditada por el bien de la comunidad, de la Hermandad del Ángel Caído y de mí mismo. Entiendo que no es fácil de asumir para ti, pero te pido que no me juzgues y que me acompañes en esta decisión. Eres el primero a quien se lo he dicho, y te ruego que no hables de ello con nadie. Me corresponde a mí hacérselo saber al santo padre cuando llegue el momento, y entonces decidiremos entre todos cuándo es mejor hacer efectiva la renuncia.

Bernat se quedó sentado y abrumado, en silencio. No sabía qué responder. Estaba desconcertado. El abad aprovechó aquel silencio para dar por terminado el encuentro. Los dos habían dicho lo que querían decir y no hacía falta alargarlo más.

—Ahora no hablemos más de todo esto. Ve a la cita con ese monstruo. Rezaré para que no sea nada grave y pronto podamos olvidarlo.

El abad se levantó de la butaca y, al instante, Bernat hizo lo mismo. El monje se despidió, cerró la puerta lentamente y se quedó unos instantes plantado delante del despacho, intentando asimilar lo que acababa de confesarle el abad. Por supuesto, le dolía que Francesc Maria renunciara al cargo, pero al mismo tiempo le reprochaba internamente la falta de coraje que siempre había mostrado. Aun así, era un sentimiento injusto. El abad no era un hombre de acción, sino un tipo reflexivo y sereno que se había visto arrastrado por unas circunstancias extraordinarias, y las había afrontado del mejor modo que había sabido. Por eso, en el fondo de su corazón, Bernat comprendía sus razones y no podía evitar preguntarse si él, en su lugar, no habría tomado la misma decisión.

10

El Museo Nacional de Arte de Cataluña era, en sí mismo, una obra de arte monumental. Aquella mañana de verano brillaba aún con más fuerza bajo un sol radiante y un intenso cielo azul, presidiendo majestuosamente la ciudad de Barcelona desde su trono en la montaña de Montjuïc. Como la ciudad de Roma, la capital catalana también tenía siete colinas, situadas todas entre Montjuïc y Collserola, aunque la mayoría de los barceloneses no lo sabían y no habrían sido capaces de identificar ni siquiera la mitad. A diferencia de Roma, Barcelona era una ciudad donde cada generación olvidaba las victorias y las derrotas de la generación anterior. La capital vivía únicamente en el presente, desprovista por completo de memoria y, por lo tanto, condenada para siempre a repetir los mismos errores y los mismos aciertos. Era la ciudad de Sísifo, pero precisamente por esa razón sus habitantes no eran conscientes de ello y creían vivir en la mejor ciudad del mundo.

Montjuïc no era tan alta ni tan larga como la sierra de Collserola, pero era la primera montaña de Barcelona desde tiempos inmemoriales, y lo sería siempre. Era como el primer amor, que nunca dura demasiado pero resulta inolvidable. Aquel cerro había servido para dominar la ciudad y para defenderla, para proveerla de piedras y sillares, como lugar de esparcimiento y de pasión, como punto de vigilancia y refugio. Había ayudado a los marineros a no perderse en el mar y había guiado a los piratas en sus incursiones

costeras de saqueo y secuestro. Había sido un lugar de vida y de muerte; sobre todo de muerte. Había sido el escenario de la batalla de Montjuïc, en la que cientos de soldados borbónicos habían regado las laderas de la montaña con su sangre en el año 1641. Había albergado el castillo y la prisión donde centenares de catalanes habían sido recluidos y fusilados. Había acogido durante siglos el cementerio judío que daba nombre al promontorio, cuando los hebreos de la ciudad representaban más del diez por ciento de la población. Aquel cementerio había sido destruido y saqueado, y sus piedras y lápidas, aprovechadas para hacer nuevas casas y nuevos caminos. Con la necrópolis había desaparecido también su memoria, y muy pocos barceloneses habrían sabido decir que Montjuïc significaba *montaña de los judíos*.

Aquel día, ajenos a la historia y a los sentimientos profundos de la montaña, los periodistas preparaban sus cámaras y micrófonos mientras las dos ministras recitaban al unísono la cuenta atrás. «¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno!» Tiraron de la tela de terciopelo rojo que cubría la vitrina y dejaron al descubierto la espada de virtud de los reyes catalanes, perfectamente sujeta en posición vertical tras un cristal blindado y conectado a una alarma. Una pequeña placa, situada justo delante y en varios idiomas, contaba la historia de la espada, detallando su gran poder y enumerando todos los nombres con los que era conocida: espada de San Martí, Tisó, Triveta o Clareta, pero, sobre todo y por encima de cualquier otro, Vilardella.

Las dos ministras guardaron silencio mientras los fotógrafos buscaban el mejor ángulo de una imagen que al día siguiente ocuparía las portadas de los pocos diarios en papel que aún se publicaban en la ciudad. Cuando el último fotoperiodista disparó la última fotografía, las dos ministras tomaron la palabra para renovar los votos de amistad entre los dos países y expresaron su confianza

en que el futuro no podía ser más prometedor si ambos gobiernos seguían comprometidos a trabajar conjuntamente. Todos sonreían y los periodistas tomaban notas de las explicaciones. Cuando terminaron los parlamentos, las dos mandatarias invitaron a los reporteros a acompañarlas en un breve recorrido por la exposición junto con su comisario, que ofrecería las explicaciones técnicas pertinentes.

Mientras recogían los ordenadores y las cámaras, uno de los periodistas más veteranos del grupo se acercó a un compañero más joven y le susurró al oído: «Ya veremos cuánto dura esta amistad con los franceses. Cuando no nos necesiten o tengan otros intereses, nos la jugarán, no lo dudes». Su colega sonrió y asintió mientras escribía las últimas notas en su tableta digital. No le faltaba razón. No habría suficientes cementerios para enterrar a todos los catalanes y franceses muertos en las guerras que habían librado unos contra otros a lo largo del tiempo. El título de la exposición ya lo decía todo: «Francia y Cataluña, hermanos de paz, hermanos de guerra».

A unos cuantos kilómetros de distancia del Museo Nacional de Arte de Cataluña, un hombre con unas gafas verdes se tomaba un cortado en la barra de un bar, en pleno corazón del Eixample barcelonés. Hacía unos instantes se había terminado un bocadillo de butifarra de huevo. Era una de sus debilidades. Lo comía durante todo el año, no solo el Jueves Lardero, como hacía casi todo el mundo. A aquella hora de la mañana de un día laborable, el local estaba lleno hasta los topes, algo que revelaba por sí solo el talante y los hábitos de la población autóctona. El televisor colgado en una pared, junto a la barra, sintonizaba el canal de noticias de la televisión pública, que retransmitía en directo la inauguración de la exposición. El ruido de las conversaciones, de los cubiertos de

quienes daban cuenta de un desayuno de cuchillo y tenedor, y del constante ir y venir de la clientela impedía que se oyera la noticia, pero las imágenes hablaban por sí solas. Se veía a las dos ministras paseando por las distintas salas de la exhibición y el descubrimiento de la espada Vilardella en un lugar central como plato fuerte.

Al hombre de la barra no le hacía falta escuchar la información para saber qué estaban diciendo. Habría acertado la mayoría de las palabras que se habían pronunciado. El periodista debía de haber preparado una pieza acrítica y elogiosa sobre la exposición mientras las ministras alababan mutuamente a sus respectivos países. El hombre pensó que la hoja de la espada Vilardella sin duda había despedazado a incontables franceses, pero ese era un detalle menor que, con toda seguridad, las ministras habían pasado por alto y sobre el cual ningún periodista había preguntado. Cuánta hipocresía y cuántos intereses en juego, pensó mientras se terminaba el cortado de un sorbo y dejaba el vasito de cristal sobre el plato.

Se metió la mano en el bolsillo para buscar algunas monedas con las que pagar aquel cortado y el bocadillo de butifarra de huevo que lo había precedido. Nunca pagaba con tarjeta de crédito ni con el teléfono móvil, solo en metálico y en mano. No quería dejar rastro de su paso, ni allí ni en ningún sitio. En su sector profesional, la seguridad no era una recomendación, sino una obligación. Cualquier pequeño descuido podía conducir a la cárcel o, en el peor de los casos, a la muerte. Y él no tenía previstas ninguna de las dos opciones.

Las monedas tintinearon cuando el hombre las dejó caer sobre el mostrador. Después recogió la americana que tenía colgada de un diminuto gancho situado en la misma barra. Echó un último vistazo a la pantalla del televisor. Ya no hablaban de la exposición. La presentadora del boletín daba paso a una noticia sobre la aparición

de nutrias en el delta del Llobregat. Le gustaba mucho ese animal. Era implacable y territorial, y siempre se movía con sigilo y discreción. Podía llegar a sentirse identificado con él. Mientras salía del bar, el hombre de las gafas verdes sonrió al pensar que era la única persona del mundo que había captado la noticia oculta que se escondía bajo aquella pieza informativa.

El cambio se había llevado a cabo sin que nadie se hubiera dado cuenta. El generoso soborno de los tres guardianes de la pieza había funcionado como un reloj. Él mismo había subido al tren que llevaba la espada de París a Barcelona como un pasajero cualquiera. A la hora acordada, había acudido al compartimento reservado y, tras dar la contraseña pactada, le habían abierto la puerta. Allí recibió la espada original y les entregó la copia. Sería la primera y última vez que las dos armas estarían juntas, una al lado de la otra. La copia tenía un parecido extraordinario. Sin perder un minuto, había guardado la espada de virtud en la bolsa que llevaba consigo y, delante de aquellos hombres, había realizado la transferencia del segundo pago a las cuentas que habían abierto con una identidad falsa en un paraíso fiscal. Después había regresado a su asiento para permanecer allí hasta la llegada a la estación de Perpiñán, donde se había apeado y el tren había continuado rumbo a Barcelona. La espada falsa había seguido su curso hasta ser depositada con cuidado en la vitrina blindada, ante la cual las dos ministras se habían hecho un montón de fotografías y habían regalado sonrisas a troche y moche. Y así ocurriría también en el viaje de regreso a París, no le cabía ninguna duda. Y si alguien llegaba a darse cuenta algún día, ya sería demasiado tarde.

Su cliente estaría satisfecho. Era una lástima no haberle pedido más dinero. Pero ya era tarde. Él nunca aceptaba rebajas, ofertas ni sobrecostes. Era un profesional de los pies a la cabeza. Como nunca

nadie dejaba nada por escrito, la palabra dada y la confianza eran sagradas en aquel nicho de negocio. Siempre le había gustado esa expresión tan precisa como tétrica, que encajaba perfectamente con su profesión. Por cierto, pronto tendría una nueva cita con su enigmático cliente. Así se lo había indicado en una nota dejada en una caja de seguridad del Banco de Barcelona, concretamente en la número 667. Era su único canal de comunicación con aquel hombre tan extraño. Pero eso no tenía ninguna importancia. De hecho, le gustaba. Era directo, daba órdenes claras, pagaba muy bien y no hacía preguntas innecesarias. Con eso tenía más que suficiente. Ojalá todos sus clientes fueran como él. Miró a ambos lados de la calle y empezó a caminar lentamente por la acera. Pronto se fundiría con la gente, ayudado por su aspecto anodino y sin ninguna particularidad, en medio de una trama urbana cuadriculada que invitaba a no fijarse en nada en concreto.

Tercera parte



Angelicus iuvenis senibus satanizat in annis.
[Con el paso del tiempo, un joven angelical
se convierte en un viejo diabólico.]

Hexámetro latino

11

Acre, diciembre de 1269

Tal como había predicho el gran maestre de la Orden del Temple, la llegada de los cruzados catalanes no había pasado desapercibida para los espías del sultán Baybars, que tenía ojos y oídos en las calles, en las posadas y en los mercados de los baluartes cristianos y le hacían llegar cualquier información que pudiera serle útil. Y su furiosa respuesta no había tardado en llegar: un ejército musulmán había salido de Jerusalén y, tras cuatro días de marcha, había acampado no muy lejos de Acre. No se trataba de una fuerza capaz de tomar la capital provisional del Reino Latino; no tenía ni suficientes hombres ni suficientes máquinas de asedio para conquistar una ciudad tan bien amurallada y defendida como aquella, que además disponía de un puerto bien protegido por el que llegaban suministros y refuerzos regulares desde los reinos cristianos de Europa. El sultán lo sabía; se había limitado a enviar una expedición de castigo para dejar claro, tanto a los propios cruzados como a Roma, que no toleraría ninguna cruzada más en Tierra Santa. Cada nueva llegada de tropas cristianas sería combatida por las armas. Haría todo lo posible por honrar el epíteto que él mismo había escogido para sí: *abu al-Futuh*, el padre de las conquistas.

Las fuerzas musulmanas habían acampado hacía unos días a una distancia prudencial de Acre. No era un asedio formal, pero habían obligado a los catalanes y a cientos de peregrinos a refugiarse tras los muros de la ciudad. Los hombres del sultán tocaban grandes trompetas y hacían sonar inmensos tambores constantemente para provocar el pánico entre los cristianos y recordarles que Baybars no descansaría hasta que fueran expulsados para siempre de aquella tierra. La situación corría el riesgo de alargarse más de la cuenta, y, viendo el limitado número de soldados enemigos, los comandantes de los ejércitos cristianos decidieron plantarles cara en campo abierto. La caballería pesada de las órdenes militares ya había demostrado muchas veces que nada ni nadie podía oponérseles en un choque frontal. Además, en la expedición catalana había un contingente notable de almogávares, muchos de los cuales habían luchado en el Reino de Valencia y en Murcia bajo los estandartes reales de sangre y oro del rey Jaime. Eran guerreros duros y experimentados que preferían combatir cuerpo a cuerpo antes que esperar tras los gruesos muros de la ciudad de Acre. Las posibilidades de ganar aquella batalla no eran pocas si atacaban al enemigo en campo abierto.

Durante dos días, los cristianos se prepararon y diseñaron el plan de batalla. El día previsto, a primera hora de la mañana, abrieron la puerta de San Antonio y el ejército cruzado salió para desplegarse ante la ciudad mientras las trompetas sonaban desde todas las torres de Acre. Los árabes apenas tuvieron tiempo de agrupar a sus tropas. Cuando las trompetas callaron, los cruzados lanzaron el ataque frontal. El choque, precedido por una lluvia de flechas en todas direcciones, fue de una gran violencia. «¡Despierta, hierro, despierta!», gritaban los almogávares mientras corrían hacia el enemigo. Cientos de caballeros de diversas órdenes militares

cargaron por la izquierda mientras la caballería catalana, con los hijos del rey al frente, lo hacía por la derecha. El inmenso mar azul, situado detrás de los catalanes, asistía mudo y expectante a la batalla mientras miles de cristianos observaban el combate desde las murallas de la ciudad, rezando a Dios para que los ayudara y alentando al ejército cruzado.

Los árabes lucharon bien, pero no pudieron sostener las líneas mucho tiempo ante la presión combinada de la caballería acorazada y la agilidad y experiencia de los almogávares. Los sarracenos sabían por experiencia que, si caían heridos, serían degollados allí mismo, y que aquel día en Tierra Santa no habría prisioneros. Los ojos de los cristianos reflejaban la moral de la victoria y la voluntad de matar; sus adversarios empezaron a flaquear lentamente y los comandantes musulmanes no tardaron en ordenar una retirada táctica. Ya sabían de antemano que aquella expedición militar de castigo no los llevaría a la victoria, pero tampoco podían permitirse una derrota humillante. Baybars sería indulgente si salvaban buena parte del ejército, pero no les perdonaría un descalabro deshonroso.

Tras ver que la batalla se decantaba, Galcerán de Pinós se había apartado del grueso de la caballería catalana y se había dirigido a una colina para ganar perspectiva y campo de visión. Espoleó a su caballo y el animal, casi exhausto, hizo un último esfuerzo para alcanzar la cima del cerro. El caballero comprobó con sus propios ojos que las tropas del sultán se retiraban del campo de batalla, tal como había intuido en pleno combate. Estaba contento y satisfecho. Era el primer choque armado con los infieles y, aunque los catalanes habían sufrido unas cuantas bajas, podían atribuirse la victoria de manera indiscutible. Así lo recogerían las crónicas, para mayor gloria de Dios y del rey Jaime.

Mientras observaba cómo los mamelucos se replegaban ordenadamente, se dio cuenta de que no estaba solo en aquella colina pelada y solitaria. A su derecha, a cierta distancia, había un muchacho enclenque que también contemplaba la escena embelesado. Llevaba un bastón en la mano, vestía harapos y calzaba unas sandalias sencillas. Galcerán supuso que sería un pastor de los alrededores, aunque allí arriba no veía ninguna oveja ni ninguna cabra. Fuera quien fuera, estaba claro que era un chico muy imprudente. Aquel promontorio estaba muy cerca del campo de batalla, y no hubiera sido extraño que algunos exploradores enemigos hubieran subido al mismo montículo, donde sin duda lo habrían sodomizado, matado o se lo habrían llevado para venderlo como esclavo. Era muy joven, pero no tanto como para no saber que corría un gran riesgo estando solo allí arriba.

Desmontó y se acercó sujetando el caballo por la brida. El muchacho giró la cabeza un instante para ver quién se aproximaba, pero no se inmutó y siguió observando los movimientos del ejército mameluco, que cada vez estaba más lejos. Los soldados cruzados habían dejado de perseguirlos y celebraban la victoria mientras remataban a los enemigos heridos antes de robarles cualquier cosa de valor que llevaran encima. El rugido de los gritos llegaba con claridad a lo alto de la colina, aunque se amortiguaba a medida que el combate llegaba a su fin. Galcerán inclinó ligeramente la cabeza a modo de saludo y le habló en latín para preguntarle quién era y qué hacía allí.

—Podemos hablar tu lengua, caballero. No hace falta que utilicemos una que nos es ajena a ambos y que, más pronto que tarde, los hombres olvidarán como las hojas de otoño.

Aquellas palabras impropias de un crío sorprendieron a Galcerán.

—¿Cómo es que hablas mi lengua? ¿Eres catalán?

—Hablo tu lengua y muchas más —dijo el muchacho antes de volver a fijar la mirada en la batalla—. Pero no, no soy catalán. De hecho, no soy de ninguna parte y soy de todas a la vez.

El caballero no acabó de entender aquella afirmación, pero, bien mirado, casi ninguno de los peregrinos de la ciudad era de allí. Al fin y al cabo, él mismo tampoco lo era. Tierra Santa era a menudo un lugar de llegada del que no siempre se salía.

—¿Qué haces solo aquí arriba? ¿Dónde están tus padres?

El muchacho volvió a girarse para mirarlo y sonrió, mostrando unos dientes blancos como la espuma del mar.

—¿Padres? Eso os lo dejo a vosotros. Si me lo permites, me gustaría seguir viendo la matanza absurda en la que has participado y que tanto placer me produce. No es algo que vea cada día, aunque no soy del todo ajeno al hecho de que haya acabado produciéndose.

Estas palabras indignaron a Galcerán de Pinós.

—¡Esta batalla no debería causarte ningún gozo! Hoy han muerto hombres buenos y valientes para mantener la fe en esta tierra áspera, y muchos más morirán hasta que recuperemos Jerusalén y el Santo Sepulcro. Es cierto que es una lucha honorable al servicio de Dios, pero en ningún caso debería provocarte alegría ni placer.

—No te irrites tanto, caballero. Cada uno lo ve a su manera. Para ti las cruzadas son una cuestión militar y religiosa, casi mística. Un deber sagrado, si lo prefieres. Y es muy normal que así sea, porque no puedes verlo de otro modo. Para mí, en cambio, son simplemente una consecuencia inevitable de mis decisiones y acciones, de las cuales estoy muy orgulloso.

Galcerán no daba crédito. ¿Quién se creía que era aquel mocoso impertinente? Sin duda debía de padecer algún trastorno de locura o sufría alucinaciones provocadas por algún mal espíritu, o tal vez había comido alguno de esos hongos que hacían soñar despierto.

—¿Obra tuya, dices?

—Claro. Fíjate bien. ¿No te parece extraño que dos ejércitos se enfrenten con tanto odio y crueldad desde hace tanto tiempo, cuando los mundos a los que pertenecen son las dos caras de una misma moneda? Desde dentro de la batalla quizá no pueda verse con claridad, pero desde aquí arriba es tan evidente como que ahora es de día.

—Tendrás que explicarte mejor si quieres que te entienda —respondió el caballero, a medio camino entre la curiosidad y la incredulidad—. Si es que en verdad hay algo que deba entenderse, claro.

El muchacho le dirigió una mirada de reprobación antes de continuar.

—Hay tres grandes religiones que creen en un solo Dios, comparten profetas y consideran santa la misma ciudad, y las tres tienen un libro sagrado. Y esas tres religiones se pelean entre sí para disputarse un pedazo de tierra que todas consideran suyo. Por si fuera poco, estamos sobre una tierra que no es precisamente la más fértil ni la más rica del mundo conocido. ¿No te parece una absurdidad?

—No me parece para nada absurdo. Al contrario, hay que expulsar a los infieles de esta tierra sagrada, y por eso hemos venido hasta aquí y nos dejaremos la piel si hace falta. Si a ti te parece absurdo quizá es porque eres musulmán...

El muchacho levantó las dos manos.

—¿Musulmán, yo? No, no lo soy, pero el hecho de no serlo tampoco me convierte en cristiano ni en judío. Yo estoy por encima de todo eso, no me gusta perder el tiempo con tonterías.

—Todo el mundo cree en un Dios y sigue una religión. ¡No pretendas convencerme de que tú no crees en nada!

—A ti eso que dices te parece razonable, y a mí en cambio me parece un gran fracaso de los hombres. No sois capaces ni de poneros de acuerdo para creer en un único Dios. Pero este desbarajuste no es solo mérito vuestro; yo he ayudado, no puedo negarlo, aunque solo no lo habría conseguido. Crear discordia y cizaña entre vosotros hasta el punto de que os matéis los unos a los otros por las mismas ideas no ha sido fácil, pero sin vuestra estupidez, vuestro fanatismo y vuestra ceguera no lo habríamos logrado. Pero, sobre todo, es un fracaso de vuestro Dios, que es el mismo para esas tres religiones.

—¿El mismo Dios para tres religiones? ¡No digas sacrilegios! —exclamó Galcerán, estallando en una sonora carcajada—. Por un momento pensaba que podía tener algún sentido eso que decías, y ahora veo que no estás en tus cabales, muchacho. Pero vigila lo que dices en estas tierras; si vas difundiendo esas herejías, te pueden cortar el cuello sin demasiadas contemplaciones.

El chico se encogió de hombros, lanzó una última mirada a la batalla, que ya terminaba, y comenzó a descender la colina por la ladera opuesta a la que había utilizado Galcerán de Pinós para subir.

—¡Detente un momento! —exclamó el caballero cuando el muchacho ya había dado unos cuantos pasos. Pese a su advertencia, de pronto había sentido lástima por aquel chico y había temido que pudiera ocurrirle alguna desgracia de verdad—. ¿Vives por aquí cerca? Si quieres te acompaño.

—Al lugar donde vivo no puedes acompañarme. Pero subo aquí de vez en cuando. Quizá un día volvamos a encontrarnos y, si tienes voluntad de escuchar, quién sabe si podrás entender algunas cosas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el caballero.

—Tengo muchos nombres, pero en esta tierra me llaman Iblís.

Cuando pronunció aquel nombre, los ojos le brillaron fugazmente, como si una ráfaga de aire hubiera encendido dos brasas, y sin añadir nada más reanudó el camino entre piedras y matorrales. Galcerán permaneció un rato en lo alto del cerro, pensativo, antes de echar una última mirada al campo de batalla, montar en su caballo y bajar a celebrar la victoria con sus hombres.

12

Por el camino, cuando ya llegaba a Ainet de Besan, Bernat se cruzó con un coche fúnebre. Era imposible no fijarse en un vehículo como aquel, negro como boca de lobo, en un entorno tan verde y luminoso. Aparcó en el margen de la carretera, junto a un bloque de apartamentos. El pueblo, acurrucado en el fondo del valle, era pequeño como un puño. Había varios vehículos policiales, una ambulancia y un segundo coche fúnebre estacionados de cualquier manera en el lado izquierdo de la vía principal, allí donde se arremolinaba el casco antiguo. Salió del coche y enseguida notó una bofetada de calor. Eran casi las doce del mediodía y el bochorno era intenso en la Vall Ferrera. Un mastín del Pirineo movió ligeramente la cola al ver a Bernat, pero sin ninguna intención de levantarse del rincón sombrío donde yacía medio adormilado.

El monje cerró la puerta del vehículo y cruzó la carretera a grandes zancadas. Justo en ese momento, un par de policías y dos sanitarios salieron de un callejón cargando a pulso un ataúd que empezaron a meter dentro del coche fúnebre. Los acompañaban dos funcionarios judiciales encorbatados con pinta de estar muy acalorados. Bernat se santiguó y llegó a las primeras casas del pueblo.

Un cordón policial cerraba la estrecha calle empedrada que daba acceso al núcleo antiguo, en cuyo límite un par de vecinos

intentaban averiguar qué estaba ocurriendo. Un agente poco atlético y muy sudoroso custodiaba la línea de seguridad.

—Buenos días... —empezó a decir Bernat.

—No se puede pasar —respondió el policía con sequedad y con cara de no tener ganas de discutir.

—Eso ya lo veo. Pero me espera la subinspectora Bosch. Soy Bernat Balaguer.

El *mosso d'esquadra* arqueó las cejas con un punto de incredulidad y agarró la radio que llevaba sobre el chaleco, a la altura del pecho. Se apartó un par de pasos para evitar que Bernat lo oyera y regresó al cabo de unos instantes.

—Puede pasar. Suba por esta calle y gire a la derecha. La subinspectora lo estará esperando.

El agente levantó el cordón con la mano y Bernat se deslizó por debajo. Subió la veintena de metros del callejón y luego dobló la esquina. En medio de la calle había una casa grande que destacaba por encima de las demás, con paredes de piedra y techo de pizarra. Un rótulo de hierro perpendicular a la fachada indicaba con toda claridad de qué negocio se trataba: «Fragua», decía sin más explicaciones. Justo frente a la puerta había otro *mosso d'esquadra*. A su lado, dos agentes rurales esperaban sentados en el único banco de la calle mientras miraban distraídamente la pantallita de un teléfono móvil. En el Pallars Sobirà los servicios de emergencia contaban con efectivos muy limitados y, cuando había una urgencia, se movilizaba todo el mundo. Un gato se restregaba contra las piernas de uno de ellos.

Berta salió por la puerta justo cuando el monje estaba a punto de llegar. Sobre el uniforme llevaba un equipo de protección individual de color blanco, sin ninguna identificación. Aquel mono que se ponía cuando estaba en la escena de un crimen no dejaba ver el distintivo

de las tres puntas de flecha que la identificaba como subinspectora, pero al agente de la puerta no le hacía falta ver la insignia para saber que era una superior; la saludó con formalidad y ella le devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza casi imperceptible. Llevaba una mascarilla quirúrgica bajada y unos guantes de plástico finísimos en las manos.

—Bernat, ya has llegado —le dijo mientras le daba la mano después de quitarse el guante derecho—. Gracias por venir tan deprisa.

Le habría dado un beso, como hacía siempre que se reencontraban, pero se refrenó a tiempo. No solo estaba de servicio, también tenía al lado un policía y unos agentes rurales. Además, Bernat vestía el hábito negro del monasterio, y no quería dar motivos para que alguien cotilleara en la comisaría de Sort. Le hizo un gesto y se apartaron tres o cuatro metros.

—Antes de entrar, te pongo en situación, porque lo que vas a ver no es agradable. Esta mañana han encontrado muertos a los dos propietarios de esta forja, que además eran hermanos. Los han asesinado golpeándolos varias veces en la cabeza con un objeto contundente, y a uno de ellos le han abierto completamente el cráneo. Ha sido la hija adolescente de uno de ellos quien los ha encontrado esta mañana, cuando les llevaba el desayuno. La chica ha sufrido un ataque de ansiedad y ahora mismo está recibiendo atención psicológica, pobrecilla.

—Madre mía, qué desgracia...

—Sí. Además, los dos hermanos son muy conocidos en la comarca y pertenecen a una saga de herreros muy arraigada en el pueblo. El alcalde estaba destrozado. La gente de la zona quedará muy tocada cuando la noticia se extienda. Hacía muchos años que aquí no se vivía una desgracia como esta.

—¿Y quién ha podido cometer el asesinato?

—No lo sabemos. Lo estamos investigando, pero no tenemos muchas pistas. Los policías de la científica llevan aquí horas y han recogido bastantes muestras. No creo que tarden demasiado en terminar. A ver si en el laboratorio pueden identificar algunas huellas, pero el local era muy frecuentado por clientes y amigos, y por tanto costará separar el grano de la paja. Como puedes imaginar, ni en el taller ni en ningún otro punto del pueblo hay cámaras de seguridad.

—¿Y nadie ha visto nada?

—Solo una vecina, bastante mayor, ha visto a un forastero que subía apresuradamente a un coche y se marchaba a primera hora de la mañana. No se ha fijado mucho y nos ha dicho que no tenía ningún rasgo particular. Solo ha dicho que llevaba unas gafas verdes. Ya ves tú, qué pista... A efectos prácticos, es casi como si nadie hubiera visto ni oído nada.

Bernat apretó la mandíbula antes de formular la pregunta obvia:

—¿Y por qué me has hecho venir a mí?

—Tienes razón, discúlpame. Hemos encontrado algo dentro de la herrería que me preocupa y que afecta al monasterio de Montserrat —dijo Berta. Y sacando del bolsillo del mono un par de cubrezapatos y unos guantes doblados, añadió—: Ponte esto. Entremos en la fragua y no te separes de mi lado en ningún momento.

Bernat se puso los guantes de plástico y los cubrezapatos elásticos y se dirigieron hacia la entrada. El *mosso* que estaba delante abrió la puerta y entraron juntos. El contraste entre la luz radiante de un mediodía de verano y la iluminación artificial del taller hizo su efecto, y Bernat tardó unos instantes en adaptar la vista al interior. Aunque el lugar estaba desordenado, como correspondía a un taller, con todo tipo de objetos y chatarra por todas partes, también era

evidente que allí se había producido una pelea. Una silla y un taburete habían rodado por el suelo, donde también había un martillo, unas tenazas y un punzón junto a dos grandes manchas de sangre, aún húmeda, sobre el suelo de madera vieja.

Dos *mossos d'esquadra* de la policía científica, bien enfundados en sus equipos de protección individual, tomaban fotografías y buscaban muestras a ras de suelo con una lámpara forense de luz ultravioleta. Un tercero recogió con cuidado un martillo del suelo, lo introdujo en una bolsa opaca y lo guardó en una maleta metálica especialmente preparada junto a la puerta. Luego se incorporó y se dirigió a ellos.

—Subinspectora, nosotros ya estamos terminando. Llevarán los cadáveres al Instituto de Medicina Legal y Forense para practicarles la autopsia. Es posible que no sea hoy mismo; ya se sabe que en verano hay bastante personal de vacaciones. Nosotros analizaremos todas las muestras en el laboratorio y nos pondremos en contacto con usted en cuanto tengamos los primeros resultados.

—Muchas gracias, sargento.

Mientras hablaban, Bernat dio un par de pasos hacia delante. Berta lo detuvo suavemente con la mano.

—No podemos avanzar más para no comprometer la escena del crimen.

—Disculpa —dijo el monje, retrocediendo.

—Solo quiero que veas el lugar de los hechos para que te hagas una idea de la situación y enseñarte una cosa.

Berta se dirigió al mostrador del taller y cogió un sobre de plástico transparente, del tamaño de un folio. Dentro había un plano doblado de tal modo que cada una de las dos partes era visible a cada lado del sobre. Bernat se acercó, sin tocarlo, para verlo bien.

—Es un plano de Montserrat... —dijo aproximándose un poco más.

Era un mapa bastante detallado de la zona del monasterio y de sus alrededores. Estaban trazadas las curvas de nivel, todas las edificaciones de la abadía y los anexos, así como todas las carreteras, las vías del cremallera y del aéreo y los caminos secundarios, además de las fuentes y cualquier otro elemento relevante. Parecía uno de esos mapas para excursionistas que había en tantas casas del país.

—Sí —respondió Berta—. Pero no es un plano cualquiera. Fíjate en que hay zonas subrayadas y marcadas, especialmente la Santa Cueva.

Bernat fijó la mirada en la capilla y se quedó helado. La pequeña iglesia estaba marcada con un par de círculos de color rojo y, al lado, con el mismo rotulador, estaba escrita la letra S, también subrayada dos veces. El camino hasta el monasterio se señalaba con el mismo color. Junto al sendero aparecía escrito «1 km», que era la distancia casi exacta del recorrido hasta la Santa Cueva.

Aquel mapa podía referirse a otras cosas, pero Bernat solo podía relacionarlo con una. Para él, aquella letra S solo podía designar a Satanás, y si la Santa Cueva estaba marcada de manera tan específica, era porque se trataba del lugar preciso donde lo tenían recluido. Su mente no admitía otras opciones ni posibilidades. Miró a Berta en busca de una respuesta.

—¿Qué significa esto? ¿De quién es este mapa?

—No lo sabemos, pero lo hemos encontrado justo bajo la puerta, prácticamente en el umbral. Podría ser de alguno de los dos hermanos, pero es poco probable. Los *mossos* que investigan el caso, a la espera de analizar bien todas las muestras y plantear más hipótesis, se inclinan por pensar que se le cayó al asesino cuando huía de la escena del crimen.

—Quien haya escrito esto —dijo Bernat bajando la voz— sabe que Satanás está en la Santa Cueva. ¡Es muy grave!

—Yo también he pensado lo mismo, pero no nos precipitemos. Si algo he aprendido como policía es que las coincidencias existen. Quizá el plano se refiera a otra cosa. Te he hecho venir para que seas consciente y estés alerta, pero te pido que no hagas nada en concreto ni hables de ello con nadie.

—¿Quieres que me quede de brazos cruzados después de ver esto? —respondió el monje en voz baja, aunque con un punto de indignación.

—Solo quiero que tengas paciencia y nos dejes trabajar. Hoy mismo llevarán el plano al laboratorio para analizar las huellas dactilares que han encontrado y contrastarlas con las de las víctimas. Si no coinciden, y tengo la intuición de que no coincidirán, tendremos un hilo del que tirar en las bases de datos.

Bernat volvió a observar de cerca el plano de Montserrat, como si el hecho de mirarlo obsesivamente pudiera modificarlo y dejar de provocarle aquella angustia, en especial la letra S escrita en color rojo. Finalmente dejó el sobre de plástico sobre la mesa y se giró hacia Berta.

—¿Y a ti por qué te han hecho venir aquí? —preguntó Bernat—. Tú no llevas investigaciones ni homicidios, y mucho menos en el área básica policial del Pirineo.

—Tienes toda la razón. Pero hace tiempo que conozco al sargento que lleva el caso provisionalmente y ha considerado que debía avisarme. Dentro del cuerpo, no es ningún secreto que investigué el robo de los restos arqueológicos de Sant Pere de Rodes y que viajé a París con motivo del asalto a la Biblioteca Nacional de Francia, de donde se llevaron aquella biblia. Desde entonces, cada vez que encuentran alguna pista o algún elemento de carácter religioso en

una investigación me llaman a mí. Tampoco es ningún secreto que recibí un impacto de bala en Montserrat, y el sargento, cuando ha visto el plano del monasterio y la Santa Cueva, me ha avisado enseguida.

—Visto así, tiene todo el sentido del mundo.

—Exacto. Y es mejor que me llamen a mí que vete tú a saber a quién.

Los *mossos* de la científica empezaron a recoger sus instrumentos y guardaron todas las muestras en la maleta. Berta hizo un gesto con la cabeza a Bernat y ambos salieron a la calle. Los agentes rurales ya se habían marchado y ahora el gato se restregaba contra las piernas del *mosso d'esquadra*. El monje se sentó en el banco de madera y se quitó los cubrezapatos y los guantes. Berta se quitó el equipo de protección individual e hizo con él un ovillo junto con los guantes y la mascarilla. Miró a Bernat y constató que su cabeza era un auténtico torbellino de pensamientos.

—¿Quieres que demos una vuelta por los alrededores? Quizá te vaya bien airearte un poco —le dijo, acercándose y poniéndole la mano en el hombro.

—Sí, por favor.

13

El ternero apartó la cabeza de la ubre de la vaca con poca delicadeza y dirigió la mirada hacia el camino que bordeaba el inmenso campo de hierba donde pastaba el rebaño. Una valla electrificada separaba el mundo de los humanos del mundo de los animales. Dos personas caminaban despacio mientras conversaban. Los ojos del animal siguieron su movimiento durante unos metros, pero enseguida perdió el interés y volvió a centrarse en la ubre de su madre, una imponente vaca parda de los Pirineos que soportó el golpe con la sufrida resignación de los rumiantes. El cencerro que llevaba atado al cuello repicaba con cada embestida del ternero, mientras cientos de grillos emitían su cricrí como si el mundo hubiera llegado a su fin.

Berta conocía lo bastante bien a Bernat como para intuir que estaba abatido. Era consciente de que las anotaciones en aquel plano le habían perturbado, pero sabía que el asesinato de los dos hermanos herreros, a quienes no conocía de nada, también debía de haberle afectado profundamente. Por si no fuera suficiente, llovía sobre mojado. El monje ya estaba intranquilo ante el encuentro con Belfegor de la semana siguiente; solo le faltaba un foco de preocupación adicional. Aun así, la subinspectora no tenía ninguna duda de que había hecho lo correcto al llamarlo de urgencia. Por eso le había propuesto dar un paseo por los alrededores de Ainet de Besan, para que no tuviera que regresar enseguida, solo y lleno de

inquietud. Habían tomado un camino que cruzaba la Noguera de Vallferrera y ascendía hacia el bosque de Virós. El agua del río, a pesar de ser verano, bajaba con la fuerza que tienen los ríos de montaña en los tramos más altos. Ella había recorrido aquel sendero muchas veces con familiares y amigos, y pensó que a él le iría bien pasear un rato entre prados soleados y bosques sombríos.

Bernat también conocía bien a Berta. Era consciente de que se preocupaba por él y sabía por qué le había propuesto dar un paseo. Decidió anticiparse.

—Has hecho bien en llamarme. Tal vez sea una casualidad y tal vez no volvamos a saber nada del plano, o tal vez quien lo garabateó aparezca algún día en Montserrat y entonces conozcamos sus motivos, que con toda seguridad no serán buenos. Sea como sea, has hecho bien en avisarme y quiero agradecértelo.

—No tenía más remedio que hacerlo, aunque soy consciente de que solo te he generado más angustias y quebraderos de cabeza.

Él asintió mientras sus ojos se mantenían fijos en el camino. No tenía sentido negar una evidencia como esa.

—¿Quieres que hable con el mayor del cuerpo para ponerte protección policial, al menos durante un tiempo? —añadió ella.

Bernat giró la cabeza y la miró con sorpresa.

—Te lo agradezco, pero no sé qué dirían mis escoltas cuando me vieran bajar al sótano de la Santa Cueva para comprobar que Satanás no se ha escapado.

Berta sonrió y le dio un codazo.

—Hombre, tampoco hace falta que te los lleves a todas partes, pero quizá estés más tranquilo si en algunos momentos vas acompañado. Yo, desde luego, sufriría menos por ti si llevaras escolta.

—No creo que sea una buena idea, pero te lo agradezco.

Caminaron un rato en silencio. La orquesta de grillos seguía con su concierto incesante mientras un mirlo posado en una rama silbaba su canto acelerado. Una ardilla cruzó el camino a toda velocidad por delante de ellos y trepó rápidamente a un pino silvestre. Berta miró a Bernat de reojo. El monje caminaba despacio, con la mirada fija en el camino, como si examinara cuidadosamente el terreno antes de decidir dónde dar el siguiente paso. Ella apretó los labios, como si quisiera evitar decir algo que, en realidad, tampoco tenía pensado decir. Sabía que no había nada que pudiera aliviar su sufrimiento, y esa sensación la mortificaba.

Entre el mapa que habían encontrado en aquella fragua y su próximo encuentro con Belfegor, Bernat no tenía la cabeza para nada más. No podía dejar de darle vueltas a todo aquello y de anticipar escenarios cada vez más siniestros. La gota que colmaba el vaso era la confesión que le había hecho el abad Francesc Maria. Que quisiera renunciar al cargo era un problema añadido a una situación ya de por sí angustiosa. Tenía que romper aquella dinámica como fuera, aunque fuese por un instante, pero lo cierto era que no sabía cómo hacerlo. Además, no quería preocupar a Berta más de lo necesario, aunque la conocía lo bastante bien como para saber que ese era un objetivo casi imposible.

Solo un pensamiento podía consolarlo: la certeza de que su papel en todo aquello respondía al plan de Dios. Él no era más que un peón del Señor y su destino estaba sellado, ya fuera para bien o para mal. Tenía que confiar y aceptar su situación sin hacerse mala sangre, sin desfallecer, sin dudar. Al fin y al cabo, la presencia palpable del Maligno recluido en Montserrat era la mejor garantía de la existencia de Dios y, en consecuencia, de la vida eterna. Si aquella misión le costaba la vida, no sería más que para ir a sentarse a la mesa del Señor. ¿Y acaso él, un monje benedictino, podía tener

miedo de ese futuro? Claro que no, pensaba mientras caminaba por el bosque de Virós.

Ese pensamiento lo hacía sentirse mejor. Hizo un esfuerzo por sobreponerse e intentar llevar la conversación a terrenos menos trascendentales y más distendidos. Berta se lo merecía. Respiró hondo, cambió el tono de voz y sonrió.

—Por cierto, ¿cómo te va con aquel cabo que ha entrado en la comisaría y que te hacía gracia? Ya habéis quedado un par de veces para ir a tomar una copa, ¿no? ¿Progresas adecuadamente?

Berta dejó escapar un suspiro antes de responder, aunque agradecía de todo corazón el giro inesperado de la conversación.

—¡No me hables de ese personaje! Resulta que, mientras me daba cuerda y flirteaba abiertamente conmigo, hacía lo mismo con una sargento de la división de asuntos internos de la cuarta planta. El tío jugaba a dos bandas, ¿te lo puedes creer? ¡Y no te lo pierdas, se llama Fidel! Menos mal que allí dentro nos conocemos todos y por la comisaría corren más cotilleos que en una verdulería. El caso es que la conozco bastante bien y las dos empezamos a sospechar que se estaba riendo de nosotras, y lo confirmamos cuando nos envió el mismo mensaje a ambas invitándonos a hacer una escapada a una casita que tiene en el Montseny. Le respondimos abriendo un grupo de chat los tres y diciéndole que podía irse él solito a pasar un fin de semana romántico...

Bernat no pudo evitar reír por lo bajo.

—Ya puedes reírte, ya. La verdad es que más vale tomárselo con humor, porque la cosa no tiene desperdicio. En fin, un desastre. Ahora cuando me lo cruzo gira la cara como si no me conociera de nada para no tener que aguantarme la mirada.

—Bueno, no le des más vueltas. La vida es así y todos cometemos errores, y no me refiero precisamente a ti, sino a él.

—Tú ahora no lo defiendas, eh, Bernat.

—No, no, en absoluto. Dios me libre. Yo estas cuestiones me las miro desde lejos.

—De demasiado lejos te las miras. Sinceramente, creo que podrías acercarte un poco más y abrir los ojos. Quizá encontrarías algo interesante...

Bernat frunció el ceño y estuvo a punto de decir algo, pero se calló justo cuando empezaba a abrir la boca. A Berta no se le pasó por alto.

—Exacto, mejor no digas nada, Bernat, que la cosa podría acabar mal.

Lo miró de reojo mientras le sacaba la punta de la lengua en un gesto de burla. «Venga, volvamos», dijo antes de darse la vuelta para regresar al pueblecito. El monje hizo lo mismo, un poco desorientado y torpe. Deshicieron el camino y volvieron a pasar por delante del prado donde pastaba el rebaño. El ternero ya había terminado de mamar y ahora fijaba su atención en un topo montañero que había asomado fugazmente la cabeza entre la hierba antes de regresar a su galería subterránea en busca de bulbos y raíces que devorar. Un cernícalo común que sobrevolaba aquel rincón del mundo también lo vio, pero el topo se zambulló enseguida bajo tierra, ignorando por completo que su impaciencia le había salvado la vida, al menos un día más.

14

Belfegor observaba con orgullo la hilera formada por aquella veintena de comandantes de los ejércitos infernales. Había escogido a los más fieles entre los más fieles y los había convocado en secreto en su fortaleza, situada en los confines más remotos del averno, al borde de los grandes abismos que se precipitaban hacia las profundidades insondables. Él mismo había arrojado a muchos desgraciados por aquellos precipicios. Era la forma más eficaz de hacer desaparecer a quienes estorbaban o planteaban preguntas incómodas. Ya lo decía san Agustín: «Dios creó el infierno para aquellos que hacen preguntas inoportunas». En el averno, como en la superficie, mantener la boca bien cerrada era la manera más eficaz de sobrevivir.

Nunca nadie había regresado de allí y nunca nadie había descendido voluntariamente por aquellos barrancos abisales. Encaramado sobre una roca, el gran castillo de Belfegor era inexpugnable. Estaba vigilado desde torres y atalayas por diablos de su guardia elegidos uno a uno por él mismo. La gran puerta de hierro la custodiaba una desconfiada vibria gigantesca que solo inclinaba la cabeza sumisamente cuando su amo entraba o salía. Cualquier otro se arriesgaba a ser devorado sin que nada ni nadie pudiera evitarlo.

Los comandantes de las legiones no entendían muy bien por qué habían sido convocados, y menos aún que se les hubiera pedido que

no lo comentaran con nadie. Ninguno de ellos supo qué otros generales habían sido llamados hasta que todos se encontraron en el castillo. Seguían sin entenderlo incluso después de escuchar las primeras palabras de Belfegor. Eso sí, al menos su orgullo se sentía satisfecho. Hacía demasiado tiempo que nadie los convocaba ni les daba instrucción alguna. Sin Satanás, el infierno no tenía emperador y nadie parecía ocuparse de nada, más allá de vigilar sus propias parcelas de poder y observarse de reojo los unos a los otros. Por eso habían acudido a la llamada de uno de los siete lugartenientes del Maligno con curiosidad pero esperanzados; aunque quizá ya deberían empezar a contarlos como seis, dada la desaparición de Belcebú, de quien nadie sabía nada desde hacía ya demasiado tiempo. Algunos decían que había abandonado el infierno para vivir para siempre en el mundo de los hombres, mientras que otros afirmaban que un ángel exterminador lo había matado. Como nadie sabía nada, todo el mundo hablaba.

Belfegor los había recibido en su salón de honor, situado en lo alto de la altísima torre del homenaje que presidía la fortaleza. Había ordenado que los dejaran solos, por lo que todos sus esclavos y servidores se habían retirado. Los hizo formar ante él y se sentó en su trono, hecho con miles de cráneos de los primeros cristianos. Dedicó un rato a observarlos en silencio. Los conocía a todos y los conocía bien, desde hacía milenios. Casi todos habían caído de los reinos celestiales, junto con Satanás y él mismo; habían combatido contra el arcángel Miguel y su hueste refulgente; habían sido derrotados y humillados. Todos habían sido ángeles antes que demonios, todos habían irradiado luz antes de esparcir las tinieblas. Todos habían amado a Dios antes de odiarlo. Antes habrían dado la vida por Él; ahora, si pudieran, lo matarían.

Dedicó buena parte de su intervención inicial a elogiar la lealtad y la abnegación de aquellos comandantes al servicio del Maligno, que siempre habían obedecido a Satanás sin cuestionarlo y sin dilación, incluso cuando les había encomendado las misiones más difíciles. Habían arrasado civilizaciones enteras y habían atormentado a millones de humanos. Belfegor les recordó una de sus grandes victorias: cuando destruyeron la Atlántida para siempre. Asolaron aquella isla gigantesca y mataron a todos los hombres y a todas las bestias que la habitaban, a pesar de que algunos ángeles descendieron del cielo para ayudar a aquellos mortales condenados. Cuando la Atlántida no era ya más que una gran roca calcinada y muerta, Satanás no tuvo suficiente y ordenó a Caribdis, la ninfa monstruo, que derrumbara sus cimientos para hacerla desaparecer bajo el mar para siempre. Ni siquiera Dios pudo evitar aquella victoria aplastante y tuvo que ver cómo sus humanos más devotos eran pasados a cuchillo uno tras otro, sin distinción de edad ni condición. Belfegor lo relataba con orgullo. Ellos eran los guerreros más valientes, la élite de las tropas del Maligno. Algunos comandantes sonrieron; otros soltaban gruñidos de satisfacción. Lo recordaban con añoranza y ansiaban llevar a cabo otra campaña de aniquilación como aquella.

Belfegor se detuvo satisfecho. Los conocía bien y les había dicho exactamente lo que querían oír. Sabía encontrar el punto preciso para envanecerlos. Pero debía ser prudente. Eran demonios veteranos, rudos y toscos, pero no eran estúpidos, como sí lo eran muchos otros diablos, ogros y duendes. Entre todos los generales de las legiones infernales, ellos eran los comandantes más leales a Satanás, y algunos incluso habían formado parte de su guardia imperial. Precisamente porque eran los más fieles al Maligno, su lealtad era la primera que había que sellar. Sin ellos y sus legiones,

Belfegor no lo lograría. Y su plan no requería su neutralidad, sino su colaboración decidida. Aquellos oficiales tenían ascendencia sobre muchos otros comandantes y, llegado el momento de la verdad, el bando por el que apostaran sería la facción hacia la que se decantarían decenas y decenas de legiones, que caerían de su lado una tras otra como las piezas de un gigantesco dominó.

Se levantó del trono y bajó los diez escalones que lo separaban de la fila de generales. Notaba a cada paso cómo cuarenta ojos atentos lo seguían. Se quedó de pie frente a ellos, a su misma altura. Tras halagarlos, necesitaba que abandonaran su castillo con una impresión, más que con una idea concreta. Si algo había aprendido durante las soterradas luchas de poder era que la percepción siempre era más importante que la verdad. Era crucial escoger bien las palabras para transmitirles la sensación adecuada y empezar así a inclinar la balanza, aunque fuera de manera imperceptible.

Belfegor comenzó a caminar despacio a lo largo de la fila, mirándolos uno tras otro a los ojos; unos ojos amarillentos de pupilas negras como una noche sin estrellas. Su piel era áspera y rugosa, marcada por el peso de los arneses oscuros y las correas gastadas, lacerada por heridas tan antiguas como el propio tiempo. Quienes aún conservaban mechones de pelo los tenían tiñosos y revueltos, enredados en la base de los cuernos, cortos y redondeados. A diferencia de lo que decía el imaginario humano, ninguno de ellos tenía cola, y si alguna vez la habían tenido la habían perdido en algún momento olvidado en los remolinos del tiempo. Solo los colmillos y las garras mostraban una tonalidad más clara, que contrastaba con su apariencia oscura.

Cuando llegó al último comandante se detuvo, retrocedió un poco y volvió a situarse en el centro. Entonces se dirigió de nuevo a ellos,

esta vez en un tono más suave, casi como si les hiciera una confidencia.

—Precisamente por vuestra lealtad a nuestro amo y señor, Satanás, quiero haceros saber que estoy preocupado.

Hizo una pausa, durante la cual sintió casi de forma física cómo todas las miradas se le clavaban como agujas curiosas. Respiró hondo antes de continuar:

—No sé si debería deciros lo que voy a deciros, pero no puedo seguir callando por más tiempo. Con todo, vosotros sois los soldados predilectos de Satanás, y decíroslo a vosotros es casi como si pudiera decírselo a él mismo.

Aquellas palabras produjeron el efecto que buscaba.

—Señor, creo que podéis explicarnos cuanto consideréis oportuno. Somos servidores de Satanás, pero también somos vuestros servidores —dijo uno de los comandantes—. Vuestras inquietudes son también las nuestras.

—Tenéis razón. Todos somos soldados al servicio de nuestro amo, y nos debemos a él incluso en su ausencia. Su trono está vacío, pero no está vacante. Y es precisamente de su trono de lo que quiero hablaros. Hay diablos, mayores y menores, que empiezan a decir en voz baja aquí y allá, a quien quiera escucharlos, que ya es hora de ocupar el trono. Afirman que nuestro amo lleva demasiado tiempo ausente y que el desgobierno se extiende por el averno.

—¡Eso no es cierto! —saltó uno de los comandantes—. ¡Nosotros somos los garantes del orden, y vos y los demás lugartenientes gobernaréis hasta que regrese nuestro rey!

—Eso es exactamente lo que yo les respondo cuando alguien me hace llegar esas ideas tan peligrosas. Entonces se hacen los despistados, como si lo que hubieran dicho no fuera más que un exabrupto o una mera ocurrencia. Pero ya me lo han insinuado en

varias ocasiones, y por eso mi preocupación va en aumento. Temo que ese pensamiento esté cuajando y que esas palabras dejen pronto de ser un rumor para convertirse en una conjura.

—¿Y a quién quieren sentar en el trono? —exclamó el general situado en el extremo de la fila—. ¡Hay que detenerlo inmediatamente!

Sus camaradas asintieron en voz baja, agitándose indignados.

—No lo sé, y tampoco sé siquiera si ya lo tienen decidido. Pero no me cabe duda de que hay alguien que inspira este complot y mueve los hilos amparado por la penumbra.

Uno de los generales con mayor autoridad dio un paso al frente, saliendo de la fila.

—¡Todo esto es intolerable! ¡Seguro que vos tenéis vuestras sospechas, monseñor Belfegor! ¡Hablad claro! ¡La traición es un crimen que se paga con la muerte!

Varios comandantes lo secundaron ruidosamente mientras el que había hablado regresaba a su sitio.

—Os comprendo, y yo también me rebelo ante tanta vileza. Pero no puedo acusar a nadie, porque quienes conspiran nunca hablan claro. Lanzan insinuaciones y comentarios ambiguos aquí y allá, sin duda para hacerme dudar primero y ganarse después mi favor para su conjura...

—¡Traición! —gritó uno de los comandantes alzando el puño. Otros respondieron del mismo modo. Empezaban a exaltarse.

Belfegor sonrió de forma casi imperceptible antes de continuar.

—Tenéis toda la razón. Es una traición con todas las letras. Pero, queridos generales de los ejércitos de las tinieblas, no puedo acusar a nadie, al menos por ahora. Lo que sí quiero es poneros en alerta. Por eso os he hecho llamar, para compartir con vosotros mi preocupación y para conjurarnos todos juntos contra quien pretenda

ocupar el trono de nuestro amo y señor. Supongo que puedo contar con todos vosotros.

Los generales estallaron en una mezcla de rabia y excitación.

—¡Viva Satanás! ¡Viva Belfegor!

—¡Si alguien intenta arrebatar el trono de nuestro rey, lo combatiremos y lo mataremos!

—¡Dad la orden y saldremos a buscar a los conspiradores!

—¡Mueran los traidores!

Belfegor dejó que se desahogaran unos instantes antes de levantar las manos para pedirles que moderaran sus pasiones.

—No os pido nada de momento. Solo quiero que estéis atentos y cortéis de raíz los rumores y las conjuras en vuestros cuarteles.

Belfegor hizo una pausa larga, alzando la mano para acariciarse la barbilla, como si meditara si todavía quería decirles algo más. Los comandantes lo miraban embelesados, con la atención del perro que observa a su amo.

—Eso es todo lo que quería deciros por ahora. Espero que sepáis ser discretos. Regresad a vuestros cuarteles y tened vuestras legiones a punto. Mantened la boca bien cerrada y los oídos bien abiertos. Auguro que se avecinan tiempos convulsos; quién sabe incluso si una guerra civil entre nosotros. Podéis iros.

Los generales se inclinaron ante Belfegor y se dirigieron ordenadamente hacia la puerta del gran salón. El senescal principal del castillo, escoltado por seis lacayos, los acompañaría hasta el portal de la fortaleza y se despediría de ellos observándolos hasta perderlos de vista en la distancia, tal como dictaba la tradición de la hospitalidad. Los comandantes regresarían a sus cuarteles, donde esa noche y las siguientes meditarían sobre todo lo que Belfegor les había expuesto. Algunos estaban desconcertados y unos pocos albergaban dudas, pero a la mayoría les hervía la sangre. Que

alguien pudiera llegar a pensar en traicionar a Satanás los sacaba de quicio. Aquello no podía quedar así. De ningún modo. Aunque solo fueran habladurías, alguien tendría que pagar el precio. Era una suerte que un diablo mayor y con autoridad como Belfegor se mantuviera leal a Satanás. Y estaban orgullosos de que les hubiera hecho aquella confidencia. Ellos y sus legiones estarían a su lado si algún día Belfegor decidía poner fin a aquella conjura. Sus espadas de hierro negro y sus hachas de piedra ígnea cortarían y despedazarían a quien él les ordenara. Fuera quien fuera. Sin duda, eso era lo que Satanás querría que hicieran.

15

Bernat compró la entrada en la taquilla del parque de atracciones. A esa hora de la tarde no había cola para acceder y era más la gente que salía que la que entraba. Hacía muchos años que no iba al Tibidabo. De pequeño subían a menudo, con sus padres o con sus abuelos, siempre con su hermana Montserrat. De hecho, todos sus recuerdos del parque eran invariablemente con ella, riendo, corriendo y montándose en todas las atracciones que podían. La recordaba especialmente fascinada en el museo de los autómatas, haciendo funcionar una y otra vez las figuras articuladas y las maquetas mecánicas. También recordaba cómo disfrutaban en el tranvía azul, convertido en su imaginación en una atracción más de aquel parque extraordinario. En la caja de fotografías que guardaba en su habitación había muchas imágenes de aquellos tiempos felices que quedaron truncados de la noche a la mañana. Desde la muerte de Montserrat no había vuelto, y por eso ahora entraba con el corazón atravesado por una añoranza triste que se mezclaba con la angustia de volver a encontrarse con Belfegor.

Se dirigió directamente al carrusel de dos pisos, con su cubierta en forma de carpa de circo amarilla y azul. Era una de las atracciones más icónicas del parque y no había nadie en la ciudad que no se hubiera subido a ella al menos una vez en la vida. Para mucha gente, aquel artilugio tenía un aire extemporáneo. Era como si estuviera fuera de su lugar y de su tiempo. Sin proponérselo,

transportaba a muchos visitantes a una época antigua, elegante y centroeuropea, muy alejada de la Barcelona mediterránea que hacía bandera de un cosmopolitismo más impostado que verdadero. Echó un vistazo a las familias que observaban cómo sus hijos daban vueltas y más vueltas sin marearse mientras intentaban capturar con la cámara del teléfono móvil el instante exacto en que pasaban delante de ellos.

Bernat iba vestido de negro y con el alzacuellos blanco, tal como indicaba la nota con los detalles de la cita que había encontrado dentro de la caja 666. Por suerte, el sol ya no caía a plomo sobre la ciudad y el calor era soportable. Esperó un rato frente a la atracción disciplinadamente, hasta que de pronto notó una mano sobre el hombro.

—Puntual a la cita. Así me gusta —dijo una voz grave y pausada a su espalda.

Bernat se giró y vio a un hombre con sombrero panamá y gafas de sol, un poco más bajo que él, pero visiblemente más fuerte y corpulento. Más hecho, como habría dicho su abuela. Llevaba una camisa blanca sobre unos vaqueros oscuros y unas zapatillas deportivas modernas de esas que sirven para cualquier ocasión y que tanto gustan a los barceloneses. Debía de ser algo mayor que Bernat, pero las gafas oscuras y el sombrero le impedían apreciar con detalle el paso del tiempo en su rostro.

—¿Tú quién eres? Esperaba a otra persona —dijo Bernat. Y acto seguido se dio cuenta de lo absurdo de lo que acababa de decir; no esperaba a una persona humana, aunque los demonios mayores podían adoptar el aspecto que quisieran. Aun así, recordaba a Belfegor tal como lo había visto en las dos ocasiones en que se habían encontrado, y aquel hombre no se le parecía en absoluto.

—Quién sea yo es irrelevante —respondió el hombre del sombrero panamá—. Yo solo hago de mensajero entre mi cliente, al que me parece que conoces bien, y tú, simplemente para traerte un encargo...

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no ha venido él mismo a traerme ese encargo?

—No lo sé, y tampoco se lo he preguntado. Tendrá sus razones, supongo. Él paga y yo obedezco; es así de simple.

—¿Y cómo puedo saber que eres quien dices ser y no un impostor?

—Porque mi cliente me ha dicho algo que solo tú puedes entender. Ni yo mismo comprendo su significado.

El hombre invitó a Bernat a alejarse un poco del enjambre de padres encandilados y se dirigieron al mirador sobre la ciudad, junto a la noria.

—Me ha dicho que eres la única persona que ha sido capaz de hacer el mismo prodigio que Jesucristo, y que te tiene un gran respeto por ello.

Bernat lo miró estupefacto, incapaz de decir nada, pasando de la sorpresa al espanto en milésimas de segundo. Si bien era cierto que con el poder extraordinario de aquella Biblia de Sant Pere de Rodes había resucitado al cardenal Hwang, nunca habría imaginado que aquel prodigio pudiera haber llegado a oídos de Belfegor. De hecho, solo un puñado de personas, que podían contarse con los dedos de una mano, sabían que el purpurado surcoreano había estado muerto durante un año y había vuelto a la vida. Por lo tanto, de algún modo los agentes y espías de aquel diablo habían sabido que Hwang estaba vivo y se lo habían contado. Y si estaba vivo solo podía ser porque había resucitado. Bernat pensaba a menudo en la posibilidad de que Belfegor los espiara, pero ahora aquella sospecha había

dejado de ser una posibilidad para convertirse en una certeza aterradora.

El hombre del sombrero panamá rio en voz baja.

—Veo que he dado en el clavo, ¿eh? Supongo que ya no tienes ninguna duda de quién me envía.

Bernat no tuvo más remedio que aceptar que aquel hombre era quien decía ser. La alternativa habría sido marcharse de allí, un escenario que de ningún modo podía permitirse.

—De acuerdo, démoslo por bueno y vayamos al grano. ¿Cuál es el mensaje que tienes que darme?

Un grupo de niños pasó corriendo a su lado. Llevaban anudado al cuello un pañuelo amarillo y blanco, identificativo de uno de los *esplais* más populares de Sarrià. «Los colores de la bandera de la Santa Sede», pensó instintivamente Bernat mientras los observaba. Un par de monitores muy jóvenes caminaban pausadamente detrás de ellos, con un ojo puesto en los niños y el otro en la persona que tenían al lado. La mezcla de juventud y hormonas estivales generaba invariablemente un torrente imposible de contener.

El hombre del sombrero panamá esperó a que los monitores de aquel grupo se alejaran antes de responder.

—Lo que tengo que decirte debo decírtelo en un lugar reservado y fuera del alcance de oídos indiscretos.

—Pues ya me dirás por qué me has citado en un parque de atracciones lleno de gente...

—Te he citado aquí porque la gente como yo se mueve bien entre las multitudes: cuanta más gente hay, más desapercibido pasas. De hecho, es la estrategia de los bancos de peces. En cambio, la quietud siempre juega en nuestra contra. Pero este parque lleno de gente tiene, paradójicamente, un lugar con un nivel de aislamiento insuperable.

Señaló con el dedo la atalaya del Tibidabo, una máquina casi única que permitía que seis personas subieran dentro de una cesta a cincuenta metros de altura, para detenerse allí unos minutos y que la gente pudiera disfrutar de unas vistas que, en los días claros y despejados, permitían divisar la isla de Mallorca. Hacía más de un siglo que se había inaugurado, pero conservaba todo el vigor y la dignidad del primer día.

—También tengo que pedirte que saques la batería del teléfono móvil.

Bernat lo miró con un gesto que ya no disimulaba su creciente enfado. Respiró hondo, sacó el dispositivo del bolsillo y le extrajo la batería.

Se dirigieron al acceso de la atalaya. Esperando para subir solo había una pareja de jóvenes turistas japoneses, que no dejaban de tocarse y hacerse arrumacos delante de la trabajadora pelirroja y pecosa que operaba la atracción. Tal vez estaban de viaje de novios y daban rienda suelta a su amor lejos de casa, donde las muestras de afecto en público no estaban tan bien vistas como en Barcelona. La cabina tocó tierra al cabo de menos de un minuto. De ella salió una familia ruidosa y, acto seguido, la operadora invitó a la pareja de enamorados a entrar. La maquinaria se puso en marcha con un resoplido mecánico y los dos japoneses empezaron a elevarse. Durante unos instantes gloriosos, su amor reinaría por encima del de todas las parejas de la ciudad, como el sol de fuego de la bandera de su país.

Bernat y el hombre del sombrero panamá esperaron sin decirse nada. Media docena de niñas llegaron corriendo a la atalaya y se colocaron detrás de ellos, bien pegadas para evitar que nadie se les colara. Hablaban por los codos todas a la vez, formando una nube sonora del todo incomprensible. La atalaya se tomó su tiempo hasta

que una de las dos cabinas tocó el suelo y de ella salieron cuatro adolescentes con los móviles encendidos en la mano y sus ocho ojos clavados en las pantallas como imanes.

Los dos hombres entraron en la cabina de la atalaya. La chica pecosa cerró la puerta y se aseguró de que quedara bien trabada. Después pulsó un botón en el panel de control y la atracción empezó a moverse lentamente. Mientras el gigantesco brazo metálico comenzaba a elevarse, la operaria los observaba y se preguntaba quiénes serían aquellos dos hombres y qué relación tendrían. No todos los días subía a la atalaya un sacerdote acompañado de un hombre con gafas de sol y un sombrero panamá. Claro que, a esas alturas, ya lo había visto casi todo en las atracciones del parque. Giró la cabeza hacia la cola y dedicó una sonrisa de oreja a oreja al corrillo de niñas que, excitadas, no veían el momento de subir hasta el cielo.

Mientras la cabina ascendía lentamente y la ciudad de Barcelona se abría como un desplegable ante sus ojos, Bernat recordó con claridad por qué razón siempre había evitado subir a la atalaya. Tenía la convicción, desde muy pequeño, de que la sencillez mecánica de aquella atracción la hacía menos segura que las demás. No era algo racional, desde luego, pero no podía evitar esa sensación. De hecho, la atalaya tenía más de cien años, tal como el parque recordaba orgullosamente en todos los paneles, y el mecanismo seguía siendo esencialmente el mismo. Estar dentro de una cabina descubierta a más de quinientos metros sobre el nivel del mar era una experiencia que lo atraía y lo asustaba al mismo tiempo. Nunca se había considerado una persona con vértigo, pero aquella sensación de fragilidad e impotencia le exacerbaba la impresión de mareo. Por si eso no bastaba, estaba con un hombre al que acababa de conocer y que aseguraba ser un enviado de

Belfegor. Seguramente debería haberse negado a subir con él, pero ahora, a media altura y con los visitantes del parque convertidos en diminutos habitantes bajo sus pies, ya no había marcha atrás.

Su compañero de cabina no decía nada; se limitaba a observar con avidez la capital, como si intentara retener todas las imágenes con el máximo detalle posible para guardarlas en la memoria.

—Hacía un par de años que no subía —dijo—. Vista desde aquí, Barcelona es una ciudad magnífica. Cuando estás dentro, sin embargo, ves todas sus impurezas y todos sus defectos.

—Como ocurre con todas las grandes ciudades del mundo, supongo —respondió Bernat.

—Seguramente tienes razón, pero cuando es la ciudad en la que has nacido te lo tomas de otra manera y lo sufres más.

En eso tenía toda la razón del mundo. Barcelona ya no era lo que había sido, como resultaba evidente a los ojos de cualquiera que la considerara suya. Muchos barceloneses, en algún momento de euforia, habían llegado a creer que su ciudad era una especie de urbe hanseática situada a orillas del Mediterráneo; una ciudad que combinaba el *seny* centroeuropeo con la *rauxa* latina; una ciudad muy catalana y al mismo tiempo abierta al mundo. Pero no. Era una ciudad más del sur de Europa, con todas sus limitaciones e imperfecciones, con su tendencia natural al desorden y a la picaresca. El sueño novecentista había sido tan efímero como audaz.

La cabina alcanzó el cénit de la atracción, se detuvo y, tras balancearse unos instantes, quedó inmóvil y envuelta en un silencio absoluto. Ni siquiera los pájaros volaban tan alto.

—Mi cliente necesita que hagas una cosa —dijo el hombre del sombrero panamá.

—¿Tu cliente? Me hace gracia que hables de él así. Tu cliente es Belfegor, uno de los grandes diablos del infierno. Supongo que lo

sabes.

—Una de las reglas básicas de mi profesión es hacer solo el número imprescindible de preguntas; ni una más de la cuenta. Solo pido que el encargo sea preciso, que la discreción sea extrema y que se me pague lo que pido. Nada más. Si esas tres normas están claras, no me interesa en absoluto si mi cliente es un ángel o un demonio, para serte sincero. Y este cliente no solo las cumple, sino que me paga tres veces más de lo que le pedí. Por lo tanto, pongo tres veces más interés y atención de lo habitual.

Bernat lo miró con ojos inexpresivos. Años atrás, aquellas palabras llenas de cinismo lo habrían sublevado, pero su capacidad de sorpresa había disminuido considerablemente en los últimos tiempos. Había dejado atrás la inocencia, y solo de vez en cuando la miraba con nostalgia por el retrovisor de su vida.

—Mi cliente quiere que, con la espada que te entregaré, mates al prisionero que tienes recluido desde hace un tiempo en Montserrat.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Traigo una espada que tiene el poder de matar a tu prisionero. Según mi cliente, es una espada de virtud, y debes ser tú quien se la clave.

—¡Ni hablar! ¿Estás loco? —lo interrumpió Bernat, dando un paso atrás hasta el límite de la cabina—. No pienso hacerlo, ¡de ninguna manera!

—Yo no tendría ningún problema en matarlo, pero mi cliente quiere que seas precisamente tú. No sé por qué, pero como te decía antes, no hago preguntas cuando me pagan bien.

La cabeza de Bernat era un batiburrillo de pensamientos que pasaban de la indignación a la frustración y de la rabia al abatimiento a gran velocidad. Aquella propuesta no era ninguna de las que hubiera podido imaginar. ¿La crueldad y la traición de

Belfegor no tenían límites? El hombre del sombrero panamá rompió el silencio.

—Veo que tendremos un problema, entonces. Tengo que decir que a mí toda esta historia me resulta bastante sorprendente. Es el encargo más extraño que me han hecho nunca.

La atalaya volvió a ponerse en marcha con un chirrido y comenzaron el lento descenso hacia la base describiendo media circunferencia.

—Yo ya tengo un pacto con Belfegor: él no interfiere en nada y la Hermandad se compromete a no liberar jamás a Satanás. Así de simple. Y a fe de Dios que mantendré ese pacto inicial. Cualquier modificación debe ser de mutuo acuerdo, no puede dejarse al capricho de una de las partes.

—No sé de qué acuerdo me hablas ni me interesa —dijo el enviado de Belfegor, levantando ambas manos—. Tampoco me interesa si hay que matar a Satanás o a cualquier persona al azar. Yo solo tengo el encargo de hacerte esta propuesta.

—Pues ya puedes decirle a tu cliente —respondió Bernat lleno de irritación y subrayando esa última palabra— que nuestro pacto no puede romperse solo porque él lo quiera, y que no pienso hacerlo. La respuesta es no.

Estaban justo a mitad del descenso. Bernat pudo ver a las seis niñas en la cabina contraria, subiendo hacia arriba. No paraban de alborotar. Era la primera vez que subían solas, y aquel viaje vertical era la aventura de su vida. Ellas subían y ellos bajaban. Ellas eran felices y Bernat se precipitaba hacia el abismo una vez más.

El monje estaba furioso. Por mucho que se negara en redondo, era evidente que Belfegor no se daría por vencido ante la primera negativa. No sabía cómo, pero tenía que abortar su plan como fuese.

—¿Belfegor no sabe que Satanás es inmortal? —preguntó al hombre del sombrero panamá—. Me sorprende que no lo sepa, la verdad.

—Yo creo que no hay nada ni nadie que sea inmortal; al menos esa es mi experiencia, te lo aseguro. En todo caso, debo admitir que de estas cuestiones teológicas no entiendo demasiado. Pero mi cliente asegura que sí es posible matar a tu prisionero con la espada que tengo en mi poder.

Cada vez que aquel hombre se refería a Belfegor como cliente, Bernat tenía que contenerse para no perder los papeles. Justo en ese momento unas nubecillas cubrieron el sol y todas las sombras desaparecieron. Ya habían dado las ocho y no hacía tanto calor. El hombre se quitó las gafas de sol y las guardó en una funda que llevaba en el bolsillo, de la que sacó otras de color verde. Mientras se las ponía, la cabina llegó abajo y la atracción se detuvo. Bernat no podía dejar de mirar fijamente a su interlocutor mientras su cerebro ataba cabos.

—¡Tú mataste a los dos herreros de Ainet de Besan! —exclamó mientras la operadora de la atalaya les abría la puerta.

—No sé de qué me hablas —respondió el hombre sin mirarlo, mientras salía de la cabina y bajaba apresuradamente los peldaños de la plataforma de acceso a la atalaya.

Bernat lo siguió y lo alcanzó al final de la escalera. Lo sujetó del brazo para detenerlo y se encaró con él.

—Sabes perfectamente de qué hablo. ¡Mataste a los hermanos de la fragua de Ainet! Les encargaste esa espada de la que hablas y luego los asesinaste, ¿verdad? ¡Por eso tenías un mapa de Montserrat!

—Déjame en paz —replicó el hombre, apartándole el brazo de un manotazo—. No sé quiénes son esos hermanos ni sé nada de ningún

mapa. No tenemos nada más que decirnos. Informaré a mi cliente de tu negativa a cooperar y él ya decidirá la respuesta.

Se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia el acceso principal del parque de atracciones, que estaba ahí al lado, mientras Bernat empezaba a correr tras él para darle alcance.

Cuarta parte



... y lo habían derribado del caballo, y su señera yacía en el suelo a sus pies, y llevó la mano a su espada, que lleva por nombre Vilardella, y, seguidamente, sus enemigos se dieron por vencidos y emprendieron la huida.

PEDRO III EL CEREMONIOSO,
Crónica

16

Acre, enero de 1270

El gran maestre de la Orden del Temple permaneció un rato en silencio después de escuchar el relato de Galcerán de Pinós. Fray Thomas Bérard era un hombre más joven de lo que aparentaba, pero la precariedad del Reino Latino y la pérdida de varias fortalezas a manos de los musulmanes lo consumían por dentro y por fuera, y eso le había provocado un envejecimiento físico prematuro. Tenía el cabello blanco y estaba muy delgado, casi en los huesos, lo que acentuaba la sensación de fragilidad. Tenía la convicción de que dirigía la orden en un momento de gran debilitamiento. Y no le faltaban motivos para creerlo. Pocos años atrás había caído la ciudad de Safed y el sultán Baybars había mandado decapitar a todos los templarios que había encontrado a su paso. Aquella tragedia lo atormentaba y aún le provocaba pesadillas por la noche. Después habían caído también las fortalezas de Antioquía y Beaufort. El poder del sultán crecía lentamente, mientras que el poder de la cruz retrocedía. ¿Por qué Dios no ayudaba a sus fieles en Tierra Santa? Era la pregunta que le hacían cada día los cristianos de Acre, para la cual él no tenía respuesta.

Las envidias y las luchas con las otras órdenes militares no es que ayudaran, precisamente, y tampoco podía contar demasiado, por no decir nada, con el monarca del Reino Latino de Jerusalén. El rey

Hugo lucía dos coronas, pero no las amaba con la misma intensidad: no era ningún secreto que prefería el trono más confortable, estable y seguro del reino de Chipre al trono menguante y peligroso del reino de Jerusalén. Este hecho, naturalmente, generaba una inquietud cada vez mayor entre sus súbditos y espoleaba la confianza de los sarracenos, que no veían la hora de expulsar a los cristianos de Tierra Santa para siempre. Bérard enviaba cartas desesperadas al papa y a los grandes monarcas europeos, incluido el rey de su Francia natal, en las que exponía la debilidad de los territorios cristianos en la tierra donde nació Jesús, en busca de una ayuda que siempre llegaba tarde y mal.

Mientras el gran maestre cavilaba, Galcerán observó un instante a los hijos del rey, a quienes ya había relatado su encuentro con aquel extravagante muchacho en lo alto de la colina, y que habían querido acompañarlo hasta el cuartel general que los templarios tenían en la parte más alta y protegida de Acre, casi sobre el mar. Los cuatro estaban sentados alrededor de una gran mesa de madera, en las dependencias privadas del máximo comandante de la orden. Un tronco de pino bastante grueso ardía en la chimenea situada en un rincón de la sala. Fray Bérard tosió levemente antes de tomar la palabra.

—¿Podéis decirme por qué razón no me lo habíais contado antes? —preguntó mirándolo fijamente.

La pregunta, verbalizada con frialdad y vista con cierta perspectiva, se le clavó como un puñal.

—Tenéis razón, disculpadme —respondió el caballero catalán—. Debería haber acudido a vos antes. Pero este encuentro tan extraño se produjo el día de la batalla. Como sabéis, hemos estado muy ocupados estos últimos días, sobre todo enterrando a nuestros hombres, curando a nuestros heridos y haciendo inventario de los

bienes de los caídos para entregarlos a sus viudas cuando regresemos a casa.

Al ver que el gran maestre templario no decía nada, Galcerán de Pinós continuó justificándose:

—Además, si me lo permitís, tampoco sé si se le ha de dar demasiada importancia. A veces pienso que el muchacho no estaba del todo en sus cabales, si he de seros sincero. Las cosas que decía no tenían mucho sentido...

—O quizá sí lo tenían... —intervino el templario—. No es la primera vez que alguien se encuentra con este chico, siempre en lo alto de esa misma colina, y quienes han conversado con él siempre han regresado turbados y nerviosos, impresionados por sus palabras.

Fray Bérard se levantó de la silla y se dirigió a una pequeña ventana. Miró al horizonte, justo allí donde el mar y el cielo se unían en una línea recta, más allá de la cual estaban Chipre, Roma, Europa y todo un mundo de seguridades y certezas. Un mundo de recuerdos felices, de conventos e iglesias que hacía siglos que no temían la garra de los infieles, de castillos encaramados y mercados abundantes, de noches alegres amenizadas por juglares y acróbatas ambulantes. Qué lejano le parecía todo aquello desde Acre. Sin girarse hacia sus interlocutores, el gran maestre retomó el hilo:

—Cada vez estoy más convencido de que ese jovenzuelo no es quien parece ser, sino otra cosa mucho más peligrosa y mucho más temible.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el infante Pere, levantándose también de la silla.

—No quiero precipitarme ni tampoco asustaros, pero no os engañaré —dijo Bérard, que se giró para mirar a Galcerán antes de añadir—: todo lo que digamos aquí quedará entre nosotros, y por

tanto os pido que seáis sinceros. Yo también lo seré. ¿El muchacho dijo que se llamaba Iblís? ¿Estáis seguro?

—Completamente. ¿Por qué lo decís?

—Quisiera que hicierais memoria para no equivocaros. La respuesta a esta pregunta no es menor, puesto que el nombre de Satanás, en árabe, es Iblís.

Un escalofrío recorrió la espalda de los tres catalanes, que se miraron entre ellos, a medio camino entre la confusión y la incredulidad. Al gran maestre no le sorprendió su reacción. Todos los cruzados que viajaban desde toda Europa hasta Tierra Santa lo hacían completamente exaltados, con una pasión por Dios que superaba con creces el fervor de los propios cristianos de aquellas tierras. Llevaban la fe a flor de piel, dispuestos a matar o morir por Jesús. Sin embargo, su ímpetu se basaba únicamente en lo que habían leído o les habían predicado, en aquello que habían imaginado; pero tan pronto como ponían los pies en las playas de aquella tierra, su percepción empezaba a cambiar. Cuando algunos de aquellos cruzados tenían que enfrentarse a la realidad descrita en las Sagradas Escrituras, cuando veían con sus propios ojos que algunas de las cosas escritas en la Biblia no solo eran ciertas sino también tangibles, les costaba asimilarlo. Una cosa era saber que los milagros existían, y otra muy distinta ver cómo sucedían ante sus propios ojos. En Tierra Santa, la religión era mucho más que la fe, el misterio, el dogma y la misa dominical; parecía que allí el tiempo transcurriese más lentamente y que todo lo que se contaba en la Biblia siguiese todavía ahí, adherido a las piedras, oculto entre las rocas, susurrado por el viento, esperando el momento oportuno para volver a manifestarse a los ojos de los mortales. Y eso era así tanto para las cosas buenas como para las malas, incluidas las diabólicas, naturalmente. El gran maestre prosiguió:

—Sin embargo, es la primera vez que el muchacho responde a la pregunta de quién es. Otros le habían preguntado cuál era su nombre, pero nunca antes había respondido. Ahora, por desgracia, no solo he confirmado mis temores, sino que nos encontramos ante el peor escenario de todos los posibles. Ya intuía que era un ser maligno, un mago o un hechicero, quizá incluso un pequeño demonio, pero no me atrevía ni a pensar que pudiera ser el propio Satanás. Ahora, ese miedo que anidaba en el fondo de mi alma ha pasado de ser una mera hipótesis a ser una probabilidad.

Galcerán y el infante Ferran también se levantaron. El caballero avanzó hacia el gran maestre rodeando la mesa.

—¿Lo decís en serio? ¡Fray Bérard, no podéis considerar de verdad que ese chico sea el demonio en persona!

—¿Por qué no podría serlo? He visto cosas increíbles que ni siquiera vosotros creeríais si os las contara. Venís de Europa, pero ahora estáis en Tierra Santa y debéis entender y aceptar que aquí todo es distinto, radicalmente distinto. Comprendo vuestro escepticismo, y no os culpo por ello: yo mismo, cuando llegué aquí desde el Reino de Francia, hace ya muchos años, también me quedé sorprendido ante lo que vi y me costó admitir algunas cosas. ¿Acaso no creéis en la existencia de Satanás del mismo modo en que creéis en la existencia de Dios? ¿O en la de Jesús mismo? Si el Hijo de Dios caminó por esta tierra, ¿pensáis que Satanás no lo ha hecho y que no puede volver a hacerlo?

Los tres catalanes asintieron. No podían hacer otra cosa ante aquel argumento absolutamente incuestionable, formulado nada menos que por el gran maestre de la Orden del Temple. El monje guerrero continuó:

—No estoy afirmando de manera categórica que ese muchacho sea la encarnación misma del demonio, solo digo que no puedo

seguir fingiendo que no pasa nada. Las personas que han hablado con él ya no son ni una ni dos, sino que se cuentan con los dedos de ambas manos, y todas coinciden. No puedo seguir mirando hacia otro lado. Otros quizá podrían, pero yo no.

El maestre templario guardó silencio unos instantes. Necesitaba tiempo para pensar, para ordenar el torbellino de pensamientos que asaltaban su mente. Tenía la convicción de hallarse ante un hecho extraordinario, y sentía el pesado deber de estar a la altura de aquel momento. Tal vez se encontraba ante una prueba de Dios. Como él mismo había dicho a aquellos tres catalanes que lo miraban con asombro, no podía seguir ignorando la situación. Finalmente apretó la mandíbula, respiró hondo y empezó a abrir los labios muy poco a poco, prestando la máxima atención a cada una de las palabras que estaba a punto de pronunciar, quizá porque era consciente de que, una vez dichas, abrirían un camino de recorrido y resultado inciertos.

—Creo sinceramente que, si Dios o el destino nos ha puesto en contacto con Satanás, no debemos dejarnos dominar por el miedo y hemos de aprovechar esta oportunidad. Debemos ser capaces de discernir si podemos obtener de ello algún beneficio para la Iglesia y para el Reino de Jerusalén.

Los dos infantes dirigieron la vista hacia Galcerán, desconcertados por aquellas palabras del gran maestre templario. El caballero no les devolvió la mirada. Observaba a Thomas Bérard, intentando leerle el pensamiento.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué oportunidad? ¡Hablad con mayor transparencia, por el amor de Dios!

—Todavía no lo tengo claro, os pido disculpas. Pero estoy convencido de que el origen de las desgracias y las vicisitudes de los cristianos en esta tierra, y por extensión de nosotros mismos, reside al menos en parte en la acción maligna del diablo. No tengo ninguna

duda de ello. Los musulmanes también son responsables, por supuesto, pero quién sabe hasta qué punto no son más que su instrumento.

—Puedo confirmaros que esa percepción que tenéis es del todo cierta. Él mismo me dijo, como ya os he explicado, que desde hace mucho tiempo no descansa con el único objetivo de borrarnos de Tierra Santa para siempre.

—Precisamente, y eso confirma mi conclusión. Por tanto, pienso que quizá podamos intentar llegar a algún tipo de avenencia o acuerdo para que Iblís detenga este proyecto y permita que la huella de Jesús no se borre nunca de esta tierra. Debemos convencerlo de algún modo para que nos permita recuperar Jerusalén o, en el peor de los casos, para que nuestro reino en esta tierra se perpetúe en las plazas que ahora controlamos, como testimonio imborrable de nuestra fe y de nuestra misión. Si no podemos vencer a nuestro enemigo, quizá haya llegado el momento de buscar un acuerdo. Recordad que antes de vuestra cruzada ya ha habido más de una veintena, y ninguna ha tenido un éxito rotundo y permanente. Para evitar más derramamiento de sangre prefiero alcanzar un mal acuerdo que abocarnos a todos a la derrota final.

Galcerán dio un paso más hacia el maestre templario.

—¿Convencer al diablo? ¿Estáis diciendo que queréis hablar con él y llegar a una especie de pacto?

—¡Sí! ¿Por qué no deberíamos hacerlo, si eso nos permite salvar el reino? Tal vez sea nuestra única oportunidad de conseguirlo. ¡La última, incluso! ¿No veis que apenas ocupamos y defendemos una estrecha franja de tierra y algunas ciudades fortificadas? Habéis visto con vuestros propios ojos a quién nos enfrentamos. Muchos de vuestros compañeros catalanes ya han muerto o han resultado

heridos en el campo de batalla. ¿Cuánto tiempo creéis que podremos resistir? ¿Años? ¿Meses?

—¡Pactar con el diablo es un pecado! ¡Habéis perdido la fe en Dios, en la victoria!

—¡Por supuesto que no he perdido la fe! Pero en ningún lugar de las Sagradas Escrituras queda claro eso que decís. Es cierto que en algunos pasajes concretos se hace referencia a ello, pero el caso es que en ningún lugar se afirma claramente que sea un pecado. Hace tiempo que estudio esta cuestión, como podéis comprender. Tengo un dominio de los textos bíblicos muy superior al vuestro y, por tanto, hablo con conocimiento de causa. En cualquier caso, creo que el beneficio que Dios obtendría sería muy superior al mal que podría caer sobre nosotros. Yo, personalmente, estoy dispuesto a arder en el infierno a cambio de salvar la verdadera fe en la tierra que la vio nacer. Muchos otros se han sacrificado antes por nosotros; tal vez nos ha llegado la hora de dar este paso.

—No sé si eso es pecado o no lo es: yo no soy templario, ni obispo ni teólogo. Pero soy un creyente fervoroso, y me parece que lo que planteáis no puede ser nada que complazca a Nuestro Señor. Vuestras intenciones son buenas, no lo pongo en duda, pero no sé si esta es la manera de alcanzar nuestro objetivo. Tierra Santa seguirá siendo santa gracias a la espada, no mediante un pacto con el diablo. Dejando de lado, además, que corremos un riesgo personal muy grande si nos acercamos a Satanás. Podemos perder la vida y el alma, y no obtener nada a cambio.

El gran maestre del Temple lo dejaba hablar para que se desahogara. Bien mirado, el caballero catalán, desde su punto de vista, tenía razón. Y era perfectamente comprensible que pusiera objeciones a una idea como aquella, que acababa de conocer.

—Querido Galcerán, lo que decís es cierto. El peligro es muy alto; lo admito y soy consciente de ello. Por esta razón no quiero forzaros a participar en esta idea. No quiero exponeros al peligro sin que todos seamos plenamente conscientes de ello. Es normal que tengáis miedo, y por eso sois libres de marcharos y olvidar cuanto hemos dicho. No os guardaré ningún rencor ni cambiará la buena opinión que tengo de vos, al contrario.

El infante Pere dio un puñetazo sobre la mesa que resonó en toda la estancia.

—¡Nosotros no tenemos miedo! Hemos venido hasta aquí para participar en esta cruzada, cuyo objetivo es afianzar la verdadera fe en esta tierra y evitar que caiga en manos de los infieles. Y si vos creéis que merece la pena intentar este encuentro, nosotros no nos acobardaremos.

El hijo del rey miró a Galcerán antes de proseguir, con una mirada en la que le pedía comprensión.

—Y, si me lo permitís, añadiré que estoy convencido de que mi padre, el rey Jaime, tampoco dejaría pasar una oportunidad como esta. No solo porque siempre ha sido un gobernante audaz y valiente, sino porque siempre ha tenido una confianza absoluta en la Orden del Temple. Recordad que el maestre templario Guillem de Montrodon se hizo cargo de él en el castillo de Monzón, desde los seis hasta los nueve años, después de que quedara huérfano de padre y madre.

El infante Ferran también se adelantó para hablar por primera vez. Lo hizo con menos determinación que su hermano, y en el tono de su voz se adivinaba que aquella idea le provocaba más escalofríos que entusiasmo.

—¿Y si las cosas se tuercen? ¿Y si Satanás se toma vuestra propuesta como una ofensa? ¿Quién nos asegura que, en lo alto del

cerro, no se transformará en una bestia y nos matará a todos?

—Para empezar, querido Ferran, permitidme que os diga que mi idea es que esta negociación con Satanás, o con Iblís, como él se hace llamar en Tierra Santa, la llevemos a cabo aquí mismo, en la fortaleza de la orden. Quiero darle la máxima solemnidad para que resulte creíble, no reducirla a una conversación en la intemperie. Dicen los tratados de demonología que el diablo es muy arrogante y vanidoso, y será necesario tratarlo con gran deferencia si queremos salirnos con la nuestra.

El infante Ferran se llevó las manos a la cabeza.

—¿Hasta aquí? ¿Queréis hacer entrar al diablo en el castillo de los templarios, en el corazón mismo de Acre...?

—¡Sí! Dejad que os lo explique. Él ha de acudir aquí sabiendo que viene a tratar con nosotros; no debemos engañarlo en ningún momento. Ha de recibir la invitación con toda la consideración posible. Si no le parece bien, ni siquiera se tomará la molestia de venir. Además, pienso que aquí, precisamente, tendremos más garantías de seguridad que a campo abierto.

Galcerán de Pinós tomó la palabra:

—No veo mucho la diferencia, si os he de ser franco. En su colina o aquí mismo nos destruirá si así lo quiere. No veo qué posible incentivo podría tener para llegar a un acuerdo con nosotros.

—Si procedemos con astucia e inteligencia, eso no ocurrirá. Estoy convencido de que vendrá atraído por la sola idea de negociar con nosotros; su curiosidad será más fuerte que la desconfianza. Y creo que aceptará el trato si somos capaces de encontrar un acuerdo beneficioso para ambas partes; también para él.

—¿Un trato beneficioso para ambas partes? —preguntó el infante Pere—. ¿Qué queréis ofrecer a Satanás a cambio de nuestra petición?

—Debemos ofrecerle algo que esté a la altura de lo que le pedimos. No puede ser cualquier cosa y, sobre todo, él no puede creer en ningún momento que queremos burlarnos de él o que no valoramos en su justa medida aquello que le exigiremos. Es orgulloso y no puede sentirse ofendido ni insultado en ningún momento.

—Estoy de acuerdo —dijo Galcerán—. No podemos darle riquezas ni tesoros, pues debe tener el infierno lleno de ellos. Pero entonces no sé qué podría interesarle.

—Tengo algunas ideas en mente, pero necesito un poco de tiempo para meditarlas bien. Lo que podamos darle se lo llevará para siempre; conviene tenerlo presente. Debo reflexionarlo detenidamente y quiero rezar para que Dios me ilumine en esta decisión.

—Naturalmente, fray Bérard. Tomaos todo el tiempo que necesitéis. A nosotros tres también nos vendrán bien unos días para hablar y reflexionar sobre esta idea, pero ya puedo anunciaros que podéis contar con nosotros. Tengo una duda, no obstante: ¿cómo pensáis atraer al diablo hasta aquí?

—He ahí una buena pregunta. No podemos cometer ningún error y, sobre todo, no podremos engañarlo, tampoco en este punto que mencionáis. Tengamos siempre presente que es mucho más astuto que nosotros. Creo que, dado que él ya os conoce a vos, Galcerán, debéis ser vos mismo quien vaya a su encuentro de nuevo y lo invite a venir hasta aquí para abordar un posible trato. Tengo la intuición de que será receloso, pero también creo que su curiosidad lo llevará a aceptar el encuentro.

Los cuatro permanecieron un rato en silencio. El único sonido que podían oír era el crepitar del fuego mientras devoraba la madera lentamente, sin prisa, casi saboreándola. El cerebro de Galcerán era

una espiral de pensamientos. La prudencia inicial había cedido paso a la excitación. Sus objeciones debían quedar necesariamente en un segundo plano, si el gran maestre de la Orden del Temple no consideraba que fueran lo bastante importantes como para abortar aquel proyecto.

—Si no hay nada más que tratar ahora, ya nos convocaréis dentro de unos días, cuando tengáis novedades. Nosotros nos mantendremos a la espera y también rezaremos para que esta empresa tenga éxito y salgamos airosos con la ayuda de Dios. Ni que decir tiene que no hablaremos con nadie de esta conversación.

—Por supuesto. El secreto es fundamental si queremos tener alguna posibilidad de éxito —respondió el gran maestre, que con un gesto los invitó a abandonar la sala y los tres catalanes se dirigieron hacia la puerta.

Justo cuando Galcerán ya cruzaba el umbral, fray Bérard sujetó levemente el brazo del infante Pere.

—¿Podéis quedaros un momento, por favor? Quisiera hablar con vos en privado de vuestra madre.

—¿De mi madre? —preguntó el joven, sorprendido ante aquella petición. Sus acompañantes se detuvieron muy asombrados.

—Sí. Conocí a vuestra madre, Berenguera Ferrandis, en un viaje que hice a Barcelona con motivo de diversos encargos que realicé para la orden en aquellas tierras, hace ya muchos años. Yo entonces era solo un caballero templario. Cuando fui nombrado gran maestre del Temple, vuestra madre me envió una carta muy amable y llena de buenos deseos a la que nunca respondí, ocupado como estaba. Dado que el destino os ha puesto ante mí, creo que ha llegado el momento de responderle, pero antes quisiera hablarlo con vos.

—¡Eso sí que es una sorpresa, y muy agradable! Mi madre es muy devota y reza mucho por Tierra Santa. De hecho, ella misma me

animó a participar en esta cruzada cuando mi padre me lo propuso. Debe de estar sufriendo mucho estas semanas sin tener noticias nuestras.

—Os dejamos con vuestros asuntos, entonces —dijo Galcerán con una sonrisa mientras daba un golpecito afectuoso en el hombro del hijo del rey—. Cuando nos convoquéis, volveremos aquí para seguir pergeñando nuestro plan.

Tan pronto como Galcerán de Pinós y el infante Ferran salieron de la estancia, el gran maestre se acercó sigilosamente a la puerta de la sala para asegurarse de que había quedado bien cerrada. Después se giró y se acercó a Pere, que seguía muy sorprendido por el hecho de que fray Bérard conociera a su madre.

—Ya me perdonaréis, querido Pere, pero debo confesaros que os he mentido. Nunca he conocido a vuestra madre ni ella me ha enviado ninguna misiva. Os pido perdón de todo corazón.

—No os entiendo... —empezó a decir el hijo del rey, sin llegar a terminar la frase.

—Quería hablar con vos en privado y no he tenido más remedio que inventarme esta historia para no poneros en un compromiso. Lo lamento.

Pere no salía de su asombro. Jamás habría imaginado que todo un gran maestre de la Orden del Temple fuera capaz de mentir de un modo tan descarado.

—Acepto vuestras disculpas, naturalmente —respondió, intentando contener su indignación—, pero también debo deciros que no me ha gustado en absoluto esta maniobra. Si queríais hablar conmigo en privado, podríais haberlo expresado sin reservas. Mis compañeros lo habrían entendido y aceptado perfectamente.

El gran maestre lo miró con una mezcla de comprensión y condescendencia.

—Es posible; vos los conocéis mejor que yo. Pero sois muy joven y quizá aún no podéis comprender cuán a menudo la envidia y la vanidad han echado a perder los mejores proyectos. ¿No habéis visto que vuestro hermano es muy receloso de vos?

—Eso que decís es muy cierto, por desgracia, pero creo que la manera de afrontarlo no es mediante engaños ni mentiras.

—Quizá tengáis razón, pero ahora ya está hecho. Cuando os diga lo que he de deciros, seguramente sabréis disculpar este exceso que he cometido y por el cual vuelvo a pediros perdón.

Pere respiró hondo para intentar sacudirse de encima la irritación, volvió a sentarse frente a la mesa y se dispuso a escuchar a fray Bérard, procurando comportarse como si no hubiera pasado nada. Al fin y al cabo, aquel asunto debía de ser muy relevante si el templario había decidido recurrir a la mentira para quedarse a solas con él.

—Os escucho.

—Ante todo, necesito que os comprometáis a no revelar el contenido de nuestra conversación ni a Galcerán ni a vuestro hermano. Ellos ya lo sabrán más adelante, pero ahora es necesario mantener el secreto. Es muy importante, y enseguida comprenderéis el motivo de esta petición.

—No puedo decir que me agrade esto que me pedís, pero lo acepto. Esta conversación quedará entre vos y yo; tenéis mi palabra.

—Gracias, Pere. Antes, durante nuestra discusión, el caballero Galcerán ha puesto sobre la mesa la posibilidad de que Satanás nos ataque durante nuestro encuentro.

—A mí también me preocupa. El riesgo que correremos si conseguimos atraer al diablo hasta aquí será muy grande —dijo el joven, con la mosca detrás de la oreja.

—Por supuesto. Esta preocupación no es menor, y yo también la albergo en mi interior. Estaría loco si no fuera así. Sin embargo, creo

que la solución a vuestro temor la tenéis vos mismo. Si no me equivoco, habéis traído hasta aquí el instrumento que nos permitiría afrontar con seguridad este peligro.

Pere permaneció impasible, pero comprendió al instante por dónde iba el gran maestre. Fray Bérard prosiguió:

—Juraría que habéis traído a Tierra Santa una espada de virtud. Deduzco que se trata de la célebre Vilardella, ¿verdad? No hace falta que me preguntéis cómo he llegado a esta conclusión. Yo mismo os lo explicaré.

El gran maestre, que seguía de pie, volvió a sentarse en su silla.

—No es ningún secreto que el rey, vuestro padre, posee una espada de virtud. Tal vez más de una, incluso. De estas armas extraordinarias existen muy pocas. Y sé que la principal recibe el nombre de Vilardella, porque así lo recogen algunas crónicas y porque la espada se menciona en el testamento de cada conde de Barcelona, junto con otras armas memorables. De hecho, no tengo ninguna duda de que el éxito de las conquistas de vuestro padre en Valencia y Mallorca no se habría producido si él mismo no hubiera blandido esta espada en el campo de batalla. ¿Por qué creéis que el rey Jaime ha estado siempre tan convencido de que Dios lo guiaba en estas conquistas? Porque sabía mejor que nadie que la espada que blandía en su mano era Dios quien en realidad la empuñaba. Algunos, de haberlo sabido, habrían entendido que el rey nunca fue temerario en combate, sino que se sabía invencible.

El hijo del rey podía confirmar palabra por palabra todo lo que decía el gran maestre del Temple. De hecho, esa era la razón por la cual el rey catalán había decidido llevar la Vilardella a la cruzada de Tierra Santa. Algunos nobles y caballeros se habían opuesto, pues temían que se perdiera para siempre y no regresara jamás a Barcelona. O, peor aún, temían que aquella espada extraordinaria

pudiera caer en manos de los sarracenos, lo que habría condenado para siempre el destino de los cristianos del reino de Jerusalén. El monarca había rebatido con ira aquella falta de confianza, no solo en su rey, sino en Dios mismo. Según lo que le había dicho el arcángel Miguel al conde Bernat de Besalú cuando le entregó la espada, solo podía ser blandida por alguien justo y piadoso. «¿Y acaso hay algún infiel que pueda ser justo y piadoso?», había exclamado el rey mientras sus barones y consejeros bajaban la mirada.

Fray Bérard prosiguió con su relato:

—Naturalmente, pensaba que era muy probable que el rey la llevara consigo en esta cruzada, pero cuando vi que no había logrado hacer la travesía hasta aquí dejé de pensar en ello y me olvidé del asunto. Hasta que mis comandantes me dijeron que, durante la batalla del otro día, vos os enfrentasteis con gran coraje a decenas de enemigos y los matasteis a todos con cierta facilidad. Me lo contaron maravillados. Fue entonces cuando comprendí que la espada ya estaba aquí, y si no me equivoco es esta que señalo ahora mismo.

El gran maestre del Temple se levantó y señaló con el dedo la espada que el infante llevaba envainada y colgada del cinturón. Instintivamente, Pere llevó la mano al pomo que remataba la empuñadura y la aferró con fuerza, como si temiera que el templario pudiera arrebatársela.

—No os preocupéis, no tengo ninguna intención de tocarla, ni siquiera de verla de cerca.

El infante Pere relajó la presión de su puño sobre la empuñadura y dijo:

—¿Estáis insinuando que esta arma es capaz de herir a Satanás?

—No solo lo insinúo. Creo que incluso puedo afirmarlo. Dicen las crónicas que esta espada es capaz de vencer a cualquier enemigo,

incluidos los más imponentes, como el propio diablo. Estoy convencido de que podemos llegar a herirlo si somos capaces de clavarle bien adentro este hierro milagroso. No olvidéis que fue entregada por el propio arcángel Miguel, que ya hirió repetidamente a Satanás durante su caída del cielo al infierno.

—¡Si realmente pensáis que podemos herirlo, quizá también podamos matarlo! ¿Por qué no intentarlo si se nos presenta la oportunidad, si lo tenemos al alcance? —exclamó Pere, excitado por la idea. Era un joven impetuoso y ambicioso, y por un instante contempló extasiado la leyenda que se construiría a su alrededor si lograba matar a Satanás. Todos los demás condicionantes y eventualidades quedarían en nada, incluida su ilegitimidad real.

—Veo que vais muy lejos —respondió el templario—. A nosotros no nos corresponde ni siquiera intentar esa posibilidad que mencionáis. Para empezar, en ningún lugar está escrito que se le pueda matar, ni siquiera con esta espada. Sí se le puede hacer daño, mucho daño, pero no tengo la certeza de que se le pueda llegar a matar. Y, aun en el caso de que eso fuera posible, veo en ello una objeción dogmática; o religiosa, si lo preferís. Si Dios decidió que sus ejércitos no mataran al ángel caído cuando podían hacerlo, ¿quiénes somos nosotros para intentar una acción tan audaz? ¿Quiénes somos nosotros para corregirlo? No somos nadie.

El infante Pere se quedó un rato en silencio, reflexionando detenidamente sobre todo lo que le había dicho fray Bérard.

—Seguramente tenéis razón. ¿Y por qué me decís todo esto a mí en privado? ¿Por qué motivo no pueden saberlo Galcerán de Pinós y mi hermano Ferran?

—Es muy sencillo. Estoy casi convencido de que Satanás es capaz de leer el pensamiento de los mortales. Si Galcerán fuera consciente de que sé que tenéis la espada y de que quizá la utilizaremos contra

el diablo, el Maligno podría leerlo en sus ojos y negarse a venir hasta aquí. O incluso podría matar a Galcerán allí mismo, en lo alto de la colina.

—Pero Galcerán sabe que tengo la espada...

—Sí, pero desconoce que la Vilardella tiene el poder de herir a Satanás. Por eso es vital que no lo sepa, para protegerlo a él y facilitar que el diablo venga hasta aquí.

El gran maestre tenía razón, y Pere lo entendió enseguida.

—De acuerdo. Haré lo que me pedís y no diré nada a mis compañeros.

—Os lo agradezco de corazón. Aseguraos de llevarla con vos ese día y actuad siempre como yo os indique, sin dudar en ningún momento.

El hijo del rey esbozó una sonrisa burlona y añadió:

—No me desprendo de ella ni para dormir, no os preocupéis.

Fray Bérard esbozó una sonrisa. Su intuición no le había fallado. Aquel hijo del rey era valiente como un león y astuto como una comadreja. Llevaba el espíritu de su padre en las venas.

—Pues por hoy ya hemos terminado. Os convocaré a los tres dentro de unos días.

—De acuerdo. Y no os preocupéis: les diré a Galcerán y a mi hermano que he podido leer la carta que mi madre os envió y que juntos hemos escrito la respuesta.

Fray Bérard le correspondió con una mirada de complicidad y lo acompañó hasta la puerta. En cuanto la hubo cerrado, se apresuró hacia su cámara privada, donde con gesto resuelto tomó una capa negra coronada por una amplia capucha que cubriría su hábito blanco templario para pasar desapercibido por las calles de Acre. Era importante que nadie lo reconociera, teniendo en cuenta el lugar al que se dirigía. Que el gran maestre de la Orden del Temple acudiera

a la casa del único sacerdote zoroástrico de la ciudad era una noticia que a ninguno de los dos les convenía que se supiera.

17

—¡Detente! —gritó Bernat corriendo tras él. Y al ver que se dirigía al acceso del parque lanzó un grito para advertir a los vigilantes—: ¡Eh, vosotros, detenedlo!

Los dos chicos que vigilaban el acceso al recinto, dos jóvenes todavía adolescentes enfundados en unos polos rojos con el logotipo del parque, se quedaron contemplando la escena sin mover un dedo, ni siquiera cuando el hombre de las gafas verdes pasó tan deprisa por delante de ellos que el sombrero panamá salió volando y dio un par de vueltas en el aire antes de caer al suelo.

Tampoco movieron ni una ceja cuando, pocos segundos después, pasó ante ellos un sacerdote persiguiendo al primer hombre. Su sorpresa era inversamente proporcional a su capacidad de reacción. Algunos visitantes que habían observado la escena enseguida volvieron a fijar la atención en las atracciones y en sus niños. Justo en ese momento, la megafonía del parque anunció que el recinto cerraría sus puertas en una hora, de modo que todos los que se encontraban allí en ese preciso instante empezaron a moverse como si alguien hubiera pulsado el botón de aceleración. Había que aprovechar cada minuto y subir a todas las atracciones posibles.

El hombre de las gafas verdes echó a correr hacia la gran escalinata de piedra que conducía al templo expiatorio del Sagrado Corazón. La iglesia, situada en el punto más alto de la sierra de Collserola, había comenzado a construirse a principios del siglo xx,

en el marco de una fiebre europea que llevó a que se erigieran templos dedicados al Sagrado Corazón de Jesús en muchas grandes ciudades del Viejo Continente. Todo el mundo quería tener su basílica de Montmartre, y Barcelona no podía ser menos. Por eso se pusieron manos a la obra y se construyó un templo neogótico que dominaba la ciudad, presidido por una estatua del Cristo redentor de siete metros de altura que contemplaba la capital y sus pecados con aire compasivo, ofreciéndole su amor y su perdón. No dejaba de ser una paradoja que aquella figura piadosa dominara la montaña y fuera visible desde todas las azoteas de la ciudad, pues el propio nombre de Tibidabo era un recordatorio permanente de la tentación de Jesús por parte de Satanás, tal como había recogido el Evangelio de Mateo: «Finalmente, el diablo lo llevó a lo alto de un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: "Todo esto te daré si te postras y me adoras"». En algún momento remoto y olvidado, alguien había bautizado la montaña a partir de este fragmento en latín: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*.

Bernat conocía de memoria este pasaje, pero mientras subía corriendo las escaleras no lo tenía en mente. Sabía bien que no podría atrapar al fugitivo: este no solo llevaba un calzado más adecuado para una huida a toda prisa, sino que además era más ágil que el monje. Estaba claro que el hombre de las gafas verdes pasaba tantas horas en el gimnasio como Bernat en la biblioteca del monasterio de Montserrat. Pero el monje no tenía ninguna intención de desistir y lo perseguiría hasta el último instante. Tal vez el hombre acabaría tropezando y podría alcanzarlo, o quién sabe si algún buen samaritano se interpondría en su camino. Si algo había aprendido en la Hermandad era que nunca debía perder la esperanza.

El fugitivo entró en la cripta, la zona de la basílica más próxima al parque de atracciones, situada bajo la iglesia. Como buena parte del resto del templo, la cripta estaba construida con piedra de Montjuïc, lo que no dejaba de ser la enésima demostración de vasallaje de aquella montaña atormentada situada sobre el mar frente a la soberbia Collserola. Bernat lo siguió al interior de la cripta y, al instante, sufrió un shock visual, térmico y auditivo. En fracciones de segundo había pasado del calor al frío, del bullicio al silencio y de la luz a la penumbra.

Se detuvo en la entrada y giró la cabeza frenéticamente buscando a aquel hombre. Algunos turistas, en su mayoría asiáticos, paseaban en silencio entre los bancos tomando fotografías. Bernat avanzó por el pasillo central, más bien corto, y se situó frente al altar, detrás del cual había un inmenso mural que representaba a una multitud de ángeles rodeando y loando la basílica, que aparecía suspendida sobre un mar de nubes, mientras el Cristo redentor irradiaba un haz de luz sobre los hombres de buena voluntad. El interior de la cripta estaba formado por cinco naves divididas por columnas, lo que dificultaba la visión del conjunto, a pesar de que el recinto no era muy grande. Bernat caminó apresuradamente por los pasillos buscando al emisario de Belfegor, sin apartar la vista de la puerta en ningún momento, por si intentaba salir por el mismo lugar por el que había entrado. Recorrió la cripta entera dos veces, pero no encontró ni rastro del fugitivo. Tampoco estaba en la capilla de la Adoración Perpetua, donde un grupo de fieles rezaba de rodillas. De pronto, sus ojos se fijaron en un confesionario de madera oscura, excesivamente decorado con ornamentaciones doradas, en consonancia con el estilo neobizantino que envolvía toda la cripta. Se acercó deprisa pero con sigilo y abrió la portezuela de golpe, con el corazón latiéndole a mil por hora. Estaba vacío.

Justo en ese momento giró la cabeza y vio, al fondo de la cripta, el pequeño pasillo que conducía al ascensor que conectaba aquel espacio con la iglesia superior y con el mirador. Bernat recordó que el elevador realizaba dos paradas: primero en la azotea de la basílica, arriba de todo, y después en la iglesia, antes de volver a la cripta. Había subido en él hacía muchos años con su madre. El hombre solo podía haber huido por allí. Se dirigió hacia el pasillo a grandes zancadas sin prestar atención a una señora menuda y frágil que le preguntó si podía confesarse, y llegó al final justo cuando el ascensor se detenía. Las puertas se abrieron y la ascensorista lo saludó con una sonrisa mientras el monje entraba sin dilación.

—¿Ha visto a un hombre que llevaba unas gafas verdes? —le preguntó en cuanto puso ambos pies dentro de la cabina del elevador.

La mujer, lejos de mostrarse sorprendida, se explayó en la respuesta:

—¿Que si lo he visto? ¡Claro que lo he visto! ¡Ha subido al ascensor de malas maneras, resoplando y sin pagar! Cuando le he dicho que tenía que comprar el billete incluso me ha amenazado. Como había otras personas no he querido montar un escándalo y hemos subido al mirador, pero ya le digo ahora que cuando ese maleducado vuelva a entrar en el ascensor para bajar me va a oír.

La mujer echó un vistazo para comprobar si llegaba alguien más. El acceso al elevador estaba vacío, así que pulsó el botón que cerraba las puertas. El ascensor se puso en marcha con un resoplido.

—¿Cree que el hombre sigue en el mirador?

—¡Sin duda! Solo se puede bajar con este ascensor, aparte de una escalera de emergencia a la que solo se puede acceder en caso de urgencia.

Bernat respiró hondo. Aún podía intentar atraparlo, aunque esa posibilidad lo angustiaba profundamente. No solo era más rápido que él, sin duda también era más fuerte. El ascensor subía muy despacio, y se dio cuenta de que la mujer lo miraba como quien contempla a un santo.

—Por cierto, yo tampoco he pagado el billete —le dijo.

—Hombre, usted no hace falta que pague, ya veo que es sacerdote.

—Monje. De Montserrat, para ser exactos —la corrigió Bernat.

—Monje o sacerdote, tanto da.

El ascensor llegó al mirador y las puertas se abrieron automáticamente. Una pareja de visitantes de la basílica esperó a que Bernat saliera antes de entrar. Una vez fuera, el monje se quedó quieto hasta que la operadora cerró las puertas, dedicándole una última sonrisa.

En lo alto del mirador, casi en la cima del santuario, corría el aire y no hacía tanto calor. Desde allí se contemplaba la torre de comunicaciones de Collserola. Incluso vista desde la cima de la basílica, aquella columna de hierro cargada de antenas seguía siendo más alta, pero la distancia entre aquellas dos obras humanas con propósitos tan distintos casi las igualaba a ojos de los barceloneses. Barcelona tenía dos vigilantes encaramados: uno conectaba la ciudad con el mundo tangible; el otro, con el mundo espiritual.

Bernat permaneció inmóvil mientras decidía cuáles serían sus siguientes pasos. Recordaba que la azotea del santuario era rectangular. En el centro del rectángulo estaban las escaleras que conducían a lo más alto, donde había un espacio exterior diminuto a los pies de la estatua del Cristo Redentor. En algún lugar también estaba la escalera de emergencia, tal como le había dicho la

operadora del ascensor, pero el monje no sabía dónde exactamente. Empezó a caminar deprisa para dar la vuelta al rectángulo y localizar al hombre de las gafas verdes. Pasó junto a una aspirante a *influencer* muy joven que se hacía fotos mientras arqueaba el cuerpo al límite del contorsionismo circense, y recorrió el perímetro tan rápido que, antes de un minuto, se encontró de nuevo en el mismo punto, junto al ascensor. Solo se había cruzado con algunos turistas, entre ellos una pareja de chinos vestidos de novios que se hacían un reportaje fotográfico mostrando sonrisas de oreja a oreja, con el único objetivo de ponerles los dientes largos a los familiares y amigos con las fotos de su viaje de luna de miel al otro lado del mundo. La envidia y el exhibicionismo no tenían banderas ni fronteras, y estaban arraigados con la misma fuerza tanto en el sistema comunista como en el capitalista.

Bernat se dirigió a la escalera interior que conducía arriba de todo y la subió saltando los peldaños de dos en dos. El corazón empezó a latirle aceleradamente. El hombre al que perseguía solo podía estar allí arriba. Durante el ascenso no se cruzó con nadie y, cuando salió al exterior, no tuvo tiempo ni de buscar al hombre de las gafas verdes ni de contemplar la ciudad que se extendía ante él como una alfombra de mil colores; solo alcanzó a ver fugazmente cómo un puño se dirigía a toda velocidad hacia su rostro antes de recibir un golpe que lo hizo caer al suelo y darse un segundo golpe en la cabeza contra la barandilla de piedra. No había pasado ni un segundo cuando recibió una patada en el estómago que le provocó una arcada y náuseas.

No habría sabido decir con precisión cuánto tiempo permaneció en el suelo, pero en cualquier caso no llegó a medio minuto. Una avalancha de adrenalina y rabia lo puso en pie al cabo de pocos segundos y lo lanzó escaleras abajo para intentar dar alcance a su

agresor. Salió a la azotea principal como un poseso. La joven *influencer* estaba junto a la salida de la escalera, mirándolo fijamente. Abrió los ojos y levantó las cejas mientras, con la punta de un dedo, señalaba tímidamente una dirección. Sin duda había atado cabos y le indicaba el camino por el que había huido el hombre de las gafas verdes.

Bernat dobló la primera esquina del rectángulo de la azotea y observó, por primera vez, una pequeña puerta de emergencia medio abierta. Se detuvo. No tenía tiempo que perder. No podía dudar. La abrió del todo y empezó a bajar por una escalera metálica de caracol que se le hizo eterna. Al final de la escalera, una puerta abierta le dio acceso a la iglesia principal de la basílica, situada entre la cripta y la azotea. El conjunto, de planta cuadrada, era de un estilo sobrio y frío, con grandes vitrales en los que se representaba a diversos santos. No tenía el carácter ni la gracia de la cripta, y su única particularidad era haber sido construida con piedra gris de Girona, casi azulada, que le otorgaba un aspecto celestial acentuado por unos techos altísimos.

El monje dio dos pasos hacia el centro de la nave y tuvo el tiempo justo de ver cómo el hombre de las gafas verdes salía por la puerta principal del templo. Echó a correr hacia allí a toda velocidad. Si se mezclaba con la gente, lo perdería definitivamente. Salió de la iglesia tan deprisa que durante un instante quedó cegado al pasar de la penumbra del interior a la intensa claridad de una tarde de verano. Esa fracción de segundo fue suficiente para no ver a una turista norteamericana de mediana edad que entraba en el templo y chocar con ella, aunque no llegaron a rodar por el suelo porque Bernat afianzó un pie en el suelo y la sujetó. La mujer se asustó, pero enseguida se fijó en el alzacuellos blanco de Bernat, lo que pareció tranquilizarla. A la fuerza tenía que ser el párroco de la basílica,

pensó. Esa posibilidad generó tal expectación, tanto en ella como en el numeroso grupo que la acompañaba, que todos se acercaron para asegurarse de que ninguno de los dos se había hecho daño. De repente, el monje se vio rodeado de señores y señoras amabilísimos pero sudorosos y rojos como pavos, con un sinfín de manos calientes que lo sujetaban y trataban de levantarlo. Al comprobar que no se habían hecho daño, aquella tropa de visitantes empezó a hacerle todo tipo de preguntas. ¿A qué hora era la misa? ¿La oficiaban en inglés? ¿Podía hacerles una visita guiada y contarles algunos secretos de la basílica? Alguno incluso le acercó el teléfono móvil a medio metro y le hizo varias fotos. Bernat logró zafarse como pudo de aquella hidra de brazos y cabezas que parloteaban sin parar, felices de tener una anécdota más que contar al regresar a casa, y cuando consiguió librarse del último turista corrió hacia la barandilla de piedra, situada entre dos grandes escalinatas que descendían a la plaza del Tibidabo. Sus ojos buscaban desesperadamente al hombre entre la gente que desfilaba arriba y abajo, pero un vendedor de globos de mil colores le tapaba buena parte de la visión, y dudó entre bajar a la plaza o rodear la basílica. No sabía qué hacer mientras buscaba ya sin demasiada esperanza a aquel emisario de Belfegor. De pronto, sintió un fuerte dolor en la cara; la adrenalina se disipaba y los efectos del puñetazo empezaban a aflorar. Furioso, golpeó la barandilla con la mano. A su espalda, presidiendo la portada de la basílica, justo en el vértice del arco de la entrada, había una estatua del arcángel Miguel. Tenía la espada desenvainada y las alas desplegadas, para recordar a todos los que allí entraban que el combate contra el Maligno era una guerra eterna sin vencedores ni vencidos.

18

Bernat miró al abad de Montserrat con los ojos llenos de una culpa involuntaria, consciente de que lo que acababa de contar solo podía ser recibido de la peor manera posible. Era un auténtico jarro de agua fría, casi helada. A su lado, sentada en una de las butacas del despacho abacial del monasterio, Berta también había encajado la noticia con una sensación de abatimiento y frustración, pero intentaba recomponerse manteniendo la cabeza fría.

—Esto, sin duda, lo cambia todo —dijo la voz un tanto distorsionada del cardenal Hwang.

Los tres giraron ligeramente la cabeza y fijaron la mirada en la pantalla del ordenador portátil de Bernat, situado sobre la mesa del abad. El maestro comandante no se había desplazado a Montserrat, se había conectado directamente desde su despacho en el Palacio Apostólico de Roma, justo un piso por debajo del despacho del papa. El pontífice tenía la agenda muy apretada aquel día, como todos los días del año, y no podía participar en aquella reunión imprevista que Bernat había convocado con tan poco margen de tiempo. En cualquier caso, si el cardenal asistía, era casi como si lo hiciera el propio Pablo VII.

—Tenemos que reconsiderarlo todo —prosiguió—, empezando por las actuales medidas de seguridad y por la propia ubicación de nuestro prisionero. Aquí ya han ocurrido demasiadas cosas. Debemos repensarlo todo desde cero.

El abad aprovechó el momento:

—Cardenal, ni que decir tiene que Montserrat está al servicio de la voluntad de Dios y del Santo Padre, y que haremos lo que sea necesario en todo momento, como siempre hemos hecho. Pero no puedo dejar de decir que ahora nuestro monasterio está muy expuesto, y creo que no podemos poner a la comunidad en peligro durante más tiempo, y menos aún a los niños de la escolanía.

—Reverendísimo padre, somos conscientes de la perturbación que esta situación supone para la comunidad y para usted mismo, pero ahora hemos de mantener la cabeza fría y no dejarnos llevar por el nerviosismo. No debemos precipitarnos ni tomar decisiones en caliente.

—Veamos —empezó Bernat, haciendo un esfuerzo por mostrarse optimista—. Es posible que, sin mi concurrencia, congelen su plan o incluso que lo abandonen.

—Es una posibilidad, sí —respondió el cardenal—, pero creo que ese pensamiento es casi un acto de voluntarismo. Debemos siempre ponernos en el peor escenario posible para estar bien preparados, especialmente cuando nos las hemos de ver con diablos de la talla de Belfegor.

Bernat asintió. Hwang tenía toda la razón del mundo. Ni siquiera entendía cómo había podido soltar aquel comentario a esas alturas, y se sintió un poco avergonzado. El cardenal lo percibió a cientos de kilómetros de distancia y salió en su ayuda.

—No obstante, es cierto que tú cumples con el perfil idóneo para matar a Satanás con la espada de virtud. No les resultará fácil encontrar a otro ejecutor que reúna todas las condiciones necesarias. Y no solo hay que cumplir los requisitos adecuados; también hay que tener en cuenta que casi nadie en el mundo sabe

que tenemos a Satanás en Montserrat. Esa circunstancia nos proporciona, al menos, cierto margen de tiempo.

—Eso es verdad, pero en la comunidad, en principio, debería haber muchos monjes que también podrían resultar adecuados —objetó el abad.

Berta los observaba sin entender nada. Su mente aún le daba vueltas a la conversación que había mantenido con Bernat la víspera, en la que él le había explicado que el hombre con el que se había encontrado en el Tibidabo era, posiblemente, el doble homicida de la herrería de Ainet de Besan. El monje no tenía ninguna prueba, pero estaba convencido de ello. Y ella pensaba en los pasos que debía dar a continuación. Para empezar, pediría a la dirección del parque de atracciones que le facilitara las imágenes de las cámaras de seguridad del acceso de aquel sábado por la tarde. Una vez identificado el sospechoso, le mostrarían la imagen a la única vecina de Ainet que lo había visto; si lo reconocía, ya tendrían una pista más sólida. Berta hizo un esfuerzo por no anticipar escenarios y volvió a la cuestión que los ocupaba en aquel momento.

—Perdonad, pero me he perdido —dijo—. ¿Qué condiciones cumple Bernat? De hecho, tampoco sé qué es una espada de virtud...

El abad de Montserrat se adelantó y tomó la palabra rápidamente.

—Tienes razón, Berta, discúlpanos. A veces lo damos todo por sabido y no somos lo bastante conscientes de que nosotros, los hombres de Iglesia, vivimos un poco en nuestra propia burbuja. Una espada de virtud es una espada con un poder tan grande que quien la empuña no perderá jamás un combate, pues es guiado por la mano de Dios. —Hizo una pausa y añadió—: Y me temo que la espada en cuestión podría ser la Vilardella, que perteneció a los

reyes catalanes y pasó de generación en generación hasta acabar en un museo de Francia.

—Esta espada fue entregada por el propio arcángel Miguel al conde Bernat de Besalú hace más de mil años —añadió Bernat—. Pero dudo que sea la misma. De hecho, ahora se expone en el Museo Nacional de Arte de Cataluña con motivo del aniversario del Tratado de Corbeil...

Él mismo se detuvo. Puso cara de sorpresa y exclamó:

—¡Quizá ese desgraciado hizo una copia de la espada en Ainet de Besan y luego mató a los dos pobres herreros! ¡Y de algún modo ha intercambiado las espadas y, efectivamente, tiene la Vilardella en su poder!

El abad de Montserrat fue el único que no se sorprendió ante aquella afirmación de Bernat, porque ya había llegado a la misma conclusión.

—¡Es imposible! Aunque realmente tenga esa espada de la que habláis, todo eso no puede ser más que una leyenda —replicó la subinspectora, mirando a sus interlocutores con los ojos muy abiertos y levantando las manos—. No puede tener ese poder. ¡Si realmente existieran las espadas de virtud, se sabría!

—Berta —respondió el abad—, las espadas de virtud son armas perfectamente documentadas por los historiadores. Hay muchas estudiadas y localizadas, empezando por la propia Vilardella. Si haces la búsqueda, encontrarás muchas referencias. Sin embargo, por desgracia, vivimos en un mundo de descreídos en el que ya nadie quiere creer en nada de todo esto.

—Estoy alucinando. ¿Tú también te lo crees, Bernat?

—Ya creía en ello antes, y ahora todavía más. Y entiendo que todo esto te parezca una fantasía, pero también creo que ya has visto

suficientes cosas extraordinarias como para saber que existe una realidad paralela a la de la inmensa mayoría de la población.

—¿Y por qué tú eres la persona idónea para matarlo? No lo entiendo.

La respuesta llegó desde la pantalla del ordenador.

—Porque una espada de virtud solo puede ser blandida por un hombre bueno, justo y piadoso. Y Bernat cumple todas esas condiciones, como todos sabemos.

Berta clavó los ojos en los de Bernat, que le devolvió la mirada levantando las cejas antes de hablar.

—Hay muchos otros con esas virtudes. La única duda que tengo es si esta espada tiene el poder de matar a Satanás. Yo tenía entendido que era inmortal.

El cardenal Hwang volvió a intervenir desde Roma.

—Es casi imposible matarlo, en efecto. Quizá ni siquiera sea posible. Pero si existe algún arma capaz de hacerlo, o de herirlo gravemente, es una espada de virtud. Y más aún si se trata de la Vilardella, porque fue forjada y entregada a los hombres por el propio arcángel Miguel, el capitán de todos los ejércitos celestiales. Quiero recordaros que fue él mismo quien expulsó a Satanás del cielo y lo persiguió sin descanso cuando cayó al infierno, y que lo hirió muchas veces con su espada durante aquella caída que duró días y días. ¡Quién sabe si aquella espada era la misma Vilardella que ahora está en poder de Belfegor!

—En cualquier caso, tanto si la espada puede matarlo como si no —se aventuró a decir Bernat—, supongo que no queremos facilitar su muerte, ¿verdad? Esa ha sido siempre la orden del papa.

El único que podía responder a esa pregunta era el cardenal, y por eso todos miraron a la pantalla.

—Por supuesto. Y no es solo la consigna de Pablo VII, sino que siempre ha sido el objetivo de la Hermandad: custodiar a Satanás, no matarlo. No somos nadie para quitarle la vida si Dios mismo no quiso hacerlo en su momento. No sabemos cuál es su voluntad y, por lo tanto, nuestra misión es mantenerlo prisionero. Así ha sido hasta ahora y así será en el futuro.

El abad de Montserrat se levantó de su butaca y se acercó a la ventana. Desde allí veía los tenderetes de los vendedores de *mató*, con los toldos blancos que los queseros colocaban para proteger el producto del sol estival. Los visitantes locales hacían cola para comprarlo, bajo la mirada curiosa de turistas de todo el mundo que se preguntaban si el *mató* resistiría el viaje de vuelta a casa. Era mediados de julio, pero los queseros ya estaban haciendo su agosto. Se dio cuenta de que toda aquella gente, al igual que la comunidad benedictina, estaba en peligro y de que había que tomar decisiones. Él seguía siendo el abad de Montserrat y no podía dejarse llevar por el miedo. Apretó los puños, se giró hacia sus compañeros de la Hermandad y levantó la mano derecha con el dedo índice extendido.

—Si el cardenal Hwang está de acuerdo, reforzaremos la seguridad de la Santa Cueva con más cámaras y más guardianes de la Hermandad —dijo. Y, mirando a Bernat con ojos interrogadores, añadió—: Quizá podamos reclutar a más monjes para la Hermandad. Ahora mismo somos seis, sin contarte a ti ni a mí, y tal vez necesitemos un par más, ¿no te parece, Bernat?

—Ya he pensado en esa posibilidad, pero no sé si merece la pena dar ese paso todavía. Solo serviría para alarmar a nuestros miembros de la Hermandad. Por ahora no tienen ninguna sensación de peligro, y quizá sea mejor que todo siga así mientras no dispongamos de más información o indicios claros de que Belfegor prepara una acción directa contra Satanás.

—Pienso exactamente lo mismo —remachó la voz metálica, casi robótica, del cardenal—. Es posible, por no decir probable, que Belfegor lleve a cabo un nuevo acercamiento a Bernat para intentar convencerlo o llegar a un nuevo acuerdo. Durante mi cautiverio traté con él lo suficiente como para entender un poco su psicología y su forma de actuar. Es evidente que no se quedará de brazos cruzados ante la primera negativa, pero tampoco veo probable, por ahora, que actúe de forma precipitada. El tiempo, para él, no es una variable. Evaluará todas las opciones antes de dar el siguiente paso.

El abad Francesc Maria volvió a sentarse en su sillón un tanto frustrado. Su propuesta había sido descartada con demasiada rapidez, sin ni siquiera considerarla a fondo. Quizá no estaba hecho para aquello. La idea de renunciar al cargo le parecía cada vez más acertada.

—Me pregunto por qué querrá matar ahora a Satanás —se cuestionó Berta, señalando sin querer la inquietud que compartían sus tres compañeros de la Hermandad y que ninguno de ellos había querido poner todavía sobre la mesa.

—Me parece bastante evidente lo que pretende Belfegor —respondió Bernat con un suspiro de resignación.

—¿Qué quieres decir? —replicó la subinspectora.

—Que Belfegor quiere el trono de Satanás, y el hecho de que siga vivo es un cabo suelto que no puede permitirse. Así de simple.

—Si finalmente se produce ese relevo, iremos a peor —dijo el cardenal Hwang—. Tenemos que impedirlo con todas nuestras fuerzas.

—Estoy de acuerdo —añadió Bernat asintiendo—. Si Belfegor aspira a convertirse en el nuevo rey del averno, no creo que sea con ninguna buena intención. Me temo que sería más bien todo lo contrario, sobre todo al principio. Para imponer su régimen y

satisfacer a todas las criaturas del infierno, estoy convencido de que desencadenaría un aluvión de maldades y desgracias sobre la tierra. Él, como tantos otros, lleva siglos deseándolo. Y debe de considerar que ahora ha llegado el momento idóneo para ejecutar el golpe.

19

El hombre de las gafas verdes entró en la coctelería más antigua de Barcelona, situada en el cuadrado de oro del Eixample de la ciudad. El Sol de Medianoche era un local anticuado y destartalado, casi anacrónico en una ciudad que luchaba incansablemente por escalar en cualquier clasificación sobre cualquier categoría. Los barceloneses se desvivían por ser modernos, y estaban dispuestos a vender su alma con tal de ser admirados en todo el mundo. En algún momento de la historia, la discreción y la humildad habían cedido su lugar a la vanidad y la falsa modestia. La gente de la ciudad parecía preferir los fuegos artificiales a la llama severa de un buen tronco. De repente, todo el mundo tenía que triunfar, y quienes no triunfaban debían aparentar hacerlo. La vida había dejado de ser una prueba de resistencia para convertirse en una serie de esprints. Todo era efímero; nada era permanente.

Buena parte del problema venía del hecho de que los barceloneses no entendían que no había nada más moderno que ser diferente. No comprendían que no había nada más revolucionario que ser tradicional. Cuando todo el mundo giraba en un mismo sentido y todos imitaban a todos en una carrera frenética sin línea de meta, la única originalidad posible era mantenerse fiel a las raíces. Algunos barceloneses, jóvenes o viejos, siempre lo habían sabido, y por eso El Sol de Medianoche tenía su parroquia militante de clientes de todas las edades y de todas las clases sociales. Los dueños del local

siempre pedían que no se los incluyera en ninguna guía turística, no tenían redes sociales y mantenían a sangre y fuego una estricta política de admisión, o más bien de exclusión, basada en la indumentaria. Por eso, aquella coctelería se había convertido en una pequeña isla en medio del mar que solo conocían los náufragos de la capital.

En la calle ya era noche cerrada, pero el hombre de las gafas verdes no habría sabido decir si estaba más oscuro dentro o fuera del local. Solo algunas luces indirectas, con pantallas color esmeralda o carmesí, iluminaban la docena de mesas y la larga barra de mármol blanquísimo tras la cual había decenas de botellas que contenían todos los licores y espirituosos de todo el mundo. El suelo era de madera vieja, oscurecida por el paso y el peso del tiempo, y las paredes estaban recubiertas de un papel con motivos animalísticos difuminados cuya intencionalidad todo el mundo había olvidado.

El hombre cruzó el local y se dirigió directamente a la mesa redonda del fondo, situada bajo la escalera que conducía a la segunda planta, donde estaban los servicios y un espacio con un sofá al que solo subían las parejas que no podían contener sus impulsos. Sentado de espaldas a la pared estaba su cliente. Siempre lo citaba en el mismo lugar, y siempre ocupaba la misma silla de la misma mesa. Nunca daba la espalda a la sala y siempre tenía una visión completa de todo y de todos. Vestía el jersey gris de cuello alto que había llevado en cada una de las tres citas que habían tenido hasta el momento. Si bien era cierto que no era de lana, sino de un algodón más bien fino, le resultaba del todo incomprensible que pudiera ir tan abrigado en pleno verano. Y, sin embargo, no lo había visto sudar jamás. A esas alturas ya tenía claro que era el cliente más peculiar que había tenido nunca, y seguramente por esa

razón el encargo también era el más extraño que jamás había recibido.

Se sentó frente a él y esbozó una sonrisa de compromiso.

—Buenas noches —dijo intentando ser amable, consciente de que no traía buenas noticias.

—¿Cómo fue el encuentro con Bernat? ¿Lo hará?

Su cliente nunca perdía el tiempo con preámbulos. El hombre de las gafas verdes ya había aprendido que no empezaba a dar vueltas y más vueltas como un buitre antes de descender hacia el suelo, sino que se lanzaba sobre lo que le interesaba como un azor.

Se disponía a responder cuando un camarero, impecablemente vestido como los de antes, los interrumpió.

—¿Qué querrá tomar el señor?

El hombre de las gafas verdes miró la mesa redonda de mármol por primera vez y vio que su cliente estaba tomando un *espresso martini*. En otras circunstancias le habría sorprendido que alguien pidiera un cóctel con tanta cafeína casi a las once de la noche, pero ya nada podía sorprenderlo de aquel individuo que parecía moverse al margen de los parámetros normales.

—Yo tomaré un gin-tonic, gracias. Clásico, por favor, solo con una rodaja de lima y dos cubitos de hielo. No hacen falta inventos.

—¿Quiere alguna marca de ginebra en especial?

—Elige tú mismo una buena ginebra, pero que sea inglesa.

El camarero asintió y se retiró hacia la barra. Servir gin-tonics en una coctelería de renombre era un poco frustrante, pero al menos había tenido la elegancia de no pedir que le añadieran fresas, arándanos o frambuesas.

El cliente esperó unos instantes y volvió a formular la pregunta:

—¿Lo hará?

—No, no lo hará.

—Ya me lo imaginaba. Pero había que intentarlo por las buenas.

—De hecho, no solo me dijo que no lo haría, sino que la cosa se torció y trató de retenerme.

—¿Dices que intentó retenerte?

—Sí. De algún modo ató cabos con el incidente de Ainet de Besan. Se puso nervioso e intentó detenerme.

Su interlocutor lo observó fijamente y con severidad durante unos segundos antes de hablar.

—El monje ató cabos porque es listo. Seguramente es más listo que tú. Ya te dije que lo de la herrería lo resolviste muy mal. Fuiste muy poco profesional.

—Sí. Vuelvo a pedirle disculpas. Aquel herrero vio una imagen de la espada de virtud en el periódico y, el día que fui a buscar la copia, empezó a hacer demasiadas preguntas. La situación se descontroló y el desenlace fue fatal. Lo lamento muchísimo. Pero, evidentemente, tampoco podía dejarlos con vida, con la información que tenían...

El cliente respiró hondo y paseó la mirada por el local antes de responder. Le gustaba observar a la gente sin prisas, deteniendo la vista aquí y allá. No tenía muchas ocasiones de hacerlo. Volvió a fijar los ojos en su interlocutor y dijo:

—En cualquier caso, lo hecho, hecho está y no podemos dar marcha atrás. Y ese Bernat no tiene remedio, pobre. Se cree un héroe que ha venido a salvar el mundo. Ha visto demasiadas películas y ha leído demasiadas vidas de santos.

El hombre de las gafas verdes apretó la mandíbula antes de hacer una afirmación que intuía que tampoco sería bien recibida.

—Pude zafarme sin problemas, pero es evidente que ahora estoy quemado a sus ojos y ya no podré volver a exponerme.

—Es obvio. Pero no te preocupes, tampoco será necesario que vuelvas a verlo —respondió, y a continuación dio un sorbo a su *espresso martini*, procurando no alterar el equilibrio perfecto gracias al cual los tres granos de café preceptivos del cóctel flotaban sobre la lámina de la superficie.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que el hombre de las gafas verdes se atrevió a sugerir algo.

—¿No puede hacerlo nadie más?

—No. Tiene que hacerlo él. Con cualquier otro no tendría ninguna garantía de que fuera a salir bien.

—Tal vez podría hacerlo yo. Al fin y al cabo, solo hay que clavar una espada en una caja, por lo que he entendido. Ya sé que me equivoqué en Ainet de Besan, pero puedo enmendar aquel error con esta acción.

—Tú no puedes hacerlo —respondió el cliente, irritado—. Ya me lo preguntaste y ya te dije que no. No insistas. Hace falta una persona especial para llevarlo a cabo, y tú no cumples los requisitos necesarios ni de lejos...

Se calló de golpe. El camarero colocó un posavasos con la imagen de El Sol de Medianoche sobre el mármol y dejó encima un gin-tonic. El hombre de las gafas verdes dio un trago a su combinado, dejó la copa sobre el posavasos y no pudo evitar expresar una idea que hacía días que le carcomía por dentro.

—Aquel monje me dijo algo extraño sobre usted —comentó lentamente, como si midiera bien cada palabra, quizá pensando que estaba metiendo las narices donde no debía.

—Soy todo oídos.

—Me dijo que usted es un diablo. Y que la espada se ha de clavar en Satanás. Es absurdo, supongo, pero lo cierto es que ya casi nada me sorprende.

—¿Un diablo, yo? Debía de ser una metáfora. Con Bernat, nuestros encuentros nunca han sido un camino de rosas, lo admito. Ya se sabe que cada cual cuenta la feria según le ha ido en ella. ¿Tú qué opinas?

El hombre de las gafas verdes dio un sorbo a su gin-tonic, quizá para ganar algo de tiempo antes de responder. El sentido común le aconsejaba una respuesta negativa, porque los demonios no existían, por supuesto. Pero aquel hombre que tenía delante le despertaba una inquietud extraña, casi siniestra. La referencia al prodigio de Jesucristo que le había mandado transmitir a Bernat no ayudaba a tranquilizarlo. Ni tampoco, por supuesto, las palabras del monje en el Tibidabo. Su cliente lo desconcertaba y le generaba al mismo tiempo un profundo rechazo y una atracción irrefrenable. Si no era un diablo, quizá se le parecía mucho. Aun así, había aprendido que a veces hay preguntas que solo tienen una respuesta posible. Y esa respuesta es siempre la que no genera una nueva pregunta.

—Que usted no es ningún diablo, naturalmente. Hace muchos años que entendí que *Els Pastorets*[1] eran un cuento para asustar a los niños.

El cliente esbozó una sonrisa fugaz y apuró el resto de su *espresso martini*, dejando los tres granos de café en el fondo de la copa.

—Por suerte, creo que hay una manera de doblegar a ese monje tan tozudo. Escúchame bien, porque te hago un nuevo encargo. Huelga decir que tendrá una remuneración adicional, y muy generosa.

—Ahora soy yo el que es todo oídos.

20

Bernat apretó el timbre por segunda vez. En esta ocasión esperó tres o cuatro segundos antes de retirar el dedo. Desde el otro lado de la puerta podía oír perfectamente aquel sonido continuo y bastante desagradable. Dejó pasar unos instantes antes de llamar por tercera vez, ahora acompañando la señal acústica con unos golpes en la puerta con los nudillos. No obtuvo respuesta. Era evidente que Berta no estaba en casa.

Se dio la vuelta y bajó por las escaleras. Justo cuando llegaba al rellano del piso inferior, una vecina salía de su vivienda con el carrito de la compra y un pequeño perro de raza indefinida que se puso a ladrar histéricamente en cuanto vio a Bernat. En un primer momento, la mujer se sobresaltó ante la presencia de un desconocido en la escalera, pero se tranquilizó enseguida al ver que el hombre llevaba alzacuellos y vestía camisa y pantalones negros.

—Buenos días, disculpe si me he asustado —dijo la señora tirando de la correa de su perrito—. Poniol, no seas pesado, ven aquí, ¿no ves que es un cura?

Bernat sonrió divertido mientras se detenía.

—No tiene por qué disculparse. Al contrario, perdone si la he asustado. Y no soy cura, soy monje de Montserrat.

—Oh, pues todavía mejor —se apresuró a decir la mujer mientras el perro olisqueaba las piernas de Bernat—. Mi marido Josep Maria y yo somos muy devotos de la Moreneta. Subimos allí la noche de

bodas y hemos ido cada año para nuestro aniversario. No hemos fallado ni una sola vez.

—Bien hecho. Con esa bendición su matrimonio debe de ser a prueba de bombas.

—¡Ya lo creo! El año que viene celebraremos las bodas de oro, fíjese.

—¡Me alegro muchísimo! —respondió Bernat.

—Oiga, ¿y qué hace usted en mi edificio? ¿Quiere entrar un momento a tomar un café con leche? Tengo unos bizcochos recién hechos.

—Muchas gracias, quizá otro día. O mejor aún: seguro que nos veremos en Montserrat, si sube cada año.

La mujer hizo ademán de insistir, pero Bernat ya había empezado a bajar el siguiente tramo de escalera tras despedirse con un «adiós». Mientras bajaba los peldaños rápidamente, añadió:

—Y le recomiendo que no invite tan deprisa a un desconocido a su casa. ¡No todo el mundo será un monje de Montserrat!

La señora pensó que aquel hombre tenía razón. Josep Maria ya se lo decía, que confiaba demasiado en la gente. Pero aquel monje tan apuesto y tan educado no podía ser de ninguna manera una mala persona. Tiró del carrito y de Poniol hacia el ascensor y pulsó el botón. En el mercado de la Concepción coincidiría sin duda con algunas de sus amigas y, mientras hacían cola en alguna parada o tomaban el café de media mañana, les contaría el inesperado encuentro en el rellano.

Bernat salió a la calle, se alejó un poco del portal y sacó el teléfono móvil del bolsillo para llamar a Berta por enésima vez. El terminal de la subinspectora seguía apagado o fuera de cobertura, como todas las demás veces que la había llamado. No le dejó ningún mensaje porque ya le había dejado media docena y este no sería

distinto de los anteriores. Su preocupación crecía a cada hora que pasaba. No sabía nada de ella desde el viernes, y ya era lunes. El viernes por la mañana le había escrito un mensaje al que no respondió. No se alarmó porque ella debía estar en la comisaría y en horario laboral no siempre contestaba. La llamó por la tarde, pero tenía el teléfono desconectado o fuera de cobertura. Tal vez estaba en algún ascensor de la comisaría, o quizá se había quedado sin batería: no sería la primera vez que se olvidaba de cargar el aparato durante la noche y le fallaba durante el día. La llamó más tarde ese mismo viernes y seguía fuera de cobertura. Le extrañó, pero no se preocupó más de la cuenta. El sábado tampoco consiguió contactar con ella y entonces sí empezó a inquietarse. Dejó pasar el domingo, pero el lunes, tras llamarla un par de veces a primera hora de la mañana, había decidido ir a su casa para intentar localizarla.

Buscó el número de teléfono de la centralita de la comisaría de Les Corts, pero dudó antes de llamar. Ya lo había hecho una vez aquel mismo día y le habían dicho que no había ido a trabajar. Pensó que una segunda llamada resultaría sospechosa y provocaría preguntas innecesarias. Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y fue a buscar la moto, que tenía aparcada en el chaflán de las calles Diputació y Roger de Flor.

Tenía los nervios a flor de piel. Precisamente la semana anterior, la había llamado para hacer con ella la terapia habitual de los días previos al segundo lunes de cada mes, que era precisamente aquel día. El segundo lunes del mes de agosto. Deseaba con todas sus fuerzas que la incomprensible desaparición de Berta no tuviera nada que ver con el horrible ritual del Banco de Barcelona, pero su cerebro no podía evitar conectar ambos hechos. Había muchas otras explicaciones posibles, por supuesto, pero Bernat siempre había pensado que la explicación más probable era la más lógica.

Se puso el casco y la chaqueta, encendió la moto y empezó a circular por la calle Diputació. Giró a la izquierda al llegar a Pau Claris y después tomó la Vía Layetana hasta el Moll de la Fusta. Recorrió el paseo hasta la estatua del almirante Roger de Llúria. Aparcó la moto sobre la acera y caminó con paso rápido hacia el banco. El personal de atención al público de la institución financiera más antigua del país ya lo conocía, y su presencia cada segundo lunes del mes había generado todo tipo de hipótesis y comentarios. Los empleados habían tardado casi un año en comprender su rígido patrón de comportamiento. Tenía a todo el mundo intrigado, pero cada vez que algún trabajador había intentado averiguar algo haciéndole una pregunta indiscreta, aquel tal Bernat Balaguer había cortado sin miramientos la conversación, lo que había generado nuevas conjeturas tan fantasiosas como infundadas. Porque, al fin y al cabo, nadie habría podido adivinar jamás, por más oportunidades que hubiera tenido, que aquella pequeña caja de seguridad con el número 666 servía para que Belfegor se pusiera en contacto con un monje de Montserrat.

Bernat se dirigió al mostrador y pidió acceso a la caja de seguridad mientras mostraba su documento de identidad. El chico que lo atendió era muy joven y no lo había visto nunca antes. Seguramente era un becario recién salido de la universidad que, por supuesto, trabajaría todo el mes de agosto. Las grandes compañías como el Banco de Barcelona tenían un funcionamiento interno casi feudal, en el que los años de antigüedad determinaban el orden social y fijaban el abanico de privilegios y salarios. Aquel muchacho tenía por delante un larguísimo recorrido de sometimiento hasta convertirse, muy lentamente, en quien somete.

Bajaron por las escaleras hasta la planta inferior, donde se encontraba la sala de las cajas de seguridad. Atravesaron la reja

dorada de siempre. Bernat saludó al vigilante con un leve gesto de cabeza. Se dirigieron a una puerta blindada y el empleado bancario introdujo el código numérico de ocho cifras en el dispositivo electrónico situado en la pared. Con un leve resoplido, el cerrojo automático se abrió y la puerta comenzó a deslizarse suavemente. Accedieron a la sala de las cajas de seguridad, presidida por una larga mesa de madera situada en el centro. El chico se quedó plantado junto a Bernat, pero de pronto recordó que él debía permanecer fuera para garantizar al cliente la máxima privacidad y salió apresuradamente mientras se disculpaba.

El monje se dirigió a la caja número 666. El corazón se le aceleraba a cada paso. Introdujo la llave en la cerradura, la giró un cuarto de vuelta y la pequeña puerta metálica se abrió. Tiró de la anilla que le permitía extraer la caja del interior y la colocó sobre la mesa. Tal como intuía, había un mensaje. Como siempre, era un sobre de papel cerrado con un sello de cera roja con la letra B. Rasgó el sello y abrió el sobre. El corazón le latía a mil por hora. Solo había una frase, que leyó dos veces:

«Tengo a la mujer policía en mi poder. Está ilesa y seguirá estándolo si todo va bien. El miércoles, a medianoche, en la cueva de San Ignacio».

Bernat dio un puñetazo sobre la mesa. No pudo evitarlo. No le importaba que las dos cámaras de seguridad lo hubieran grabado ni tampoco que el empleado del banco asomara la cabeza por la puerta blindada, sobresaltado por aquel golpe seco. El monje permaneció un rato con las manos apoyadas sobre la mesa, pensando vertiginosamente. De pronto, tomó la caja con una mano y la volvió a introducir en su hueco de la pared mientras se guardaba la nota de Belfegor en el bolsillo. Cerró la pequeña puerta con llave y salió

de la sala con tanta prisa que el chico que lo había acompañado tuvo que echar a correr para no quedarse atrás.

Quinta parte



Es propio del ángel malo,
que se transfigura en ángel de luz,
en un primer momento acomodarse al ánima fiel
y después salirse con la suya.

SAN IGNACIO DE LOYOLA,
Ejercicios espirituales

21

Acre, febrero de 1270

Galcerán de Pinós llevaba ya un buen rato en lo alto de la colina, en el mismo lugar donde había encontrado a aquel muchacho el día de la batalla. Se había sentado sobre una gran piedra y contemplaba la extensa llanura que había acogido el enfrentamiento entre los cruzados cristianos y el ejército sarraceno del sultán Baybars. Había atado su caballo a poca distancia, en uno de los pocos y raquíticos árboles que habían logrado crecer en aquel montículo pelado y rocoso. El sol descendía sobre el mar y su sombra se alargaba cada vez más. Hacía un frío intenso que empezaba a metérsele en los huesos. Era el tercer día consecutivo que subía hasta allí y se sentaba a esperar, pero el chico no había hecho acto de presencia ninguno de los dos días anteriores, y todo parecía indicar que aquella jornada tampoco aparecería. Se quedaría un rato más antes de regresar a Acre. Las puertas de la ciudad se cerraban cada día con el último rayo de sol, y no quería quedarse fuera y verse obligado a pasar la noche en el campamento catalán. Se había acostumbrado con rapidez a las comodidades que le ofrecía el castillo de la Orden del Temple, donde se había alojado junto a los infantes Pere y Ferran. La perspectiva de volver a dormir sobre una estera encima de la arena no resultaba nada atractiva.

Mientras contemplaba una caravana de una decena de camellos que apresuraba el paso hacia la ciudad, el caballero empezó a desanimarse. Tal vez aquel supuesto demonio no volvería a aparecer nunca más. Vete a saber si ni siquiera era un demonio y solo se trataba de un pastor con mucha imaginación. Galcerán de Pinós tuvo la sensación de estar perdiendo el tiempo y pensó que quizá había sido una mala idea contarle al gran maestre del Temple su encuentro con aquel muchacho en lo alto de la colina el día de la batalla. Fray Bérard se había exaltado ante la perspectiva de alcanzar un pacto con el propio diablo y los había embarcado demasiado deprisa en un plan que, visto con un poco de distancia, presentaba varios cabos sueltos y demasiadas preguntas sin respuesta. Tal vez por vergüenza o por miedo a ser acusados de cobardes, los infantes reales y él mismo se habían dejado convencer por el templario. Al fin y al cabo, ¿quiénes eran ellos para rebatir o rechazar el propósito de uno de los máximos responsables religiosos de Tierra Santa? Mientras su mente rumiaba estas ideas, un cuervo aterrizó ante él y dio unos saltitos al tiempo que lo observaba con curiosidad.

—Es el tercer día que vienes aquí, caballero de allende los mares —oyó de repente a su espalda, con una voz suave, casi al oído.

Galcerán se levantó de un salto y se dio la vuelta. Aunque precisamente había subido hasta allí con la única intención de encontrarse con el muchacho, aquellas palabras, pronunciadas prácticamente a su lado, lo habían sobresaltado. Se asustó aún más al comprobar que el chico al que esperaba se encontraba a más de una veintena de pasos de distancia y, por tanto, era imposible que le hubiera hablado en voz tan baja justo detrás de la oreja. Su caballo también se había contagiado del espanto y relinchaba inquieto mientras intentaba liberarse de la brida que lo sujetaba al árbol.

—Te he asustado. Discúlpame, no era mi intención. Al contrario —dijo el muchacho mientras se acercaba.

Era tal y como lo recordaba de la primera vez que se habían visto. Vestía de manera muy sencilla y calzaba unas alpargatas tan gastadas que parecía que fueran a desintegrarse en cualquier momento. Tenía el cabello largo, rizado y despeinado, quizá a causa del viento que soplaba en lo alto de la colina, aunque Galcerán habría apostado más bien por la falta de cuidado. El muchacho parecía más un vagabundo y un pelagatos que cualquier otra cosa.

A pesar de su aspecto miserable, el caballero no pudo evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo mientras el joven se acercaba. El gran maestre del Temple había sido tan convincente que al final él mismo había dado por buena la posibilidad de que aquel chico fuera realmente la encarnación de Satanás. Y ahora que lo tenía delante no podía evitar sentir una inquietud que dominaba cada centímetro de su piel e impregnaba cada gota de su sangre. Él, que había combatido en mil batallas contra los musulmanes y había visto la muerte con sus propios ojos, temía ahora la simple presencia de un jovenzuelo que no superaba los quince años. Hizo acopio de valor para evitar que aquella angustia pudiera percibirse, ni siquiera de forma fugaz.

—A ti te buscaba, precisamente.

—Ya me lo parecía, pero quería esperar un poco antes de venir a tu encuentro para comprobar si te dabas por vencido antes del crepúsculo del tercer día —dijo el muchacho, que esperó a dar el último par de pasos que lo situaron junto a Galcerán para añadir—: Debe de ser importante si has sido tan paciente.

—Quiero hacerte una propuesta. Necesito que nos ayudes —respondió el caballero, aunque enseguida se arrepintió de haber sido tan directo desde el primer momento.

—¿Quieres que yo te ayude, a ti? —preguntó el muchacho, alzando las cejas y esbozando una sonrisa—. Esa sí que no me la esperaba. ¿Por qué crees que puedo ayudarte yo, pobre de mí, si no soy más que un pobre chiquillo, y en cambio tú eres un caballero honorable, rico y victorioso?

El caballero catalán alzó ambas manos con las palmas abiertas en dirección al muchacho.

—No me atribuyas más méritos de los que realmente tengo, pero tú tampoco te los quites. No eres precisamente un pobre chiquillo. Ya sé quién eres, porque tú mismo me lo dijiste la primera vez que nos vimos, aquí mismo. En su momento no relacioné el nombre con su significado, pero ahora ya lo sé y, por tanto, soy consciente de a quién tengo delante. ¿Me equivoco, Iblís?

Aquellas palabras transformaron al instante al muchacho de pies a cabeza. El rostro infantil, los ojos curiosos y la sonrisa traviesa mutaron radicalmente: sin dejar de ser el chico casi imberbe que era, de pronto adoptó una expresión seria y dejó de sonreír. Incluso su cuerpo pasó a ofrecer un aspecto menos desgarbado, y el cabello revuelto pareció ordenarse un poco.

—No te equivocas. Veo que has hecho los deberes. Me gusta.

Galcerán de Pinós recibió la confirmación con una mezcla de sensaciones. De repente ya no estaba tan nervioso. Se había recompuesto y sentía que empezaba a dominar la conversación y la situación. El torrente de adrenalina que había inundado sus arterias durante los primeros instantes del reencuentro daba paso a la serenidad con la que habitualmente afrontaba las situaciones difíciles. Sabía lo que tenía que decir. Lo había ensayado muchas veces con el gran maestre templario. Y sabía cómo decirlo. Cabeza fría y corazón caliente, le gustaba repetir. La casa de los Pinós se

había edificado y fortalecido generación tras generación siguiendo esa manera de funcionar.

—Y pues, ¿qué propuesta quieres hacerme? —preguntó Iblís ante el silencio del caballero.

—El gran maestre de la Orden del Temple, fray Thomas Bérard, quiere hablar contigo en Acre para ofrecerte un pacto.

—¿Ese viejo loco quiere hacerme una propuesta? ¿Su desesperación llega al extremo de querer pactar con el diablo? ¿No sabe que esa idea está muy mal vista en Roma?

—Lo sabe perfectamente, por descontado, pero tiene sus razones. No ha sido una decisión tomada a la ligera, puedes estar seguro de ello. Quiere hablar contigo en su castillo para intentar llegar a un entendimiento.

—No sé qué entendimiento puede querer conmigo ese fanático.

—Él quiere, y yo también, que cesen los ataques y que el Reino Latino pueda perdurar para siempre, al menos en sus posesiones actuales.

Iblís no pudo contener una sonora carcajada, que a Galcerán se le hizo eterna. Aun así, se armó de valor y, cuando el muchacho dejó de reír, prosiguió:

—No sé por qué esta propuesta te resulta tan graciosa. El gran maestre solo quiere que los cristianos de Tierra Santa puedan seguir viviendo aquí en paz. Está dispuesto a renunciar a Jerusalén si hace falta, pero desea que esta guerra interminable se acabe de una vez por todas. Si cesan los ataques de los infieles, él se asegurará de que cese la llegada de nuevos cruzados.

Iblís escuchó atentamente estas palabras y adoptó una expresión seria antes de responder:

—Me has hecho reír, ya lo has visto. Pero comprenderás que no había previsto que los caudillos de las cruzadas vinieran a pedirme

ayuda. Y menos aún a suplicarme que detenga precisamente aquello que llevo tanto tiempo construyendo. Expulsaros de este pedazo del mundo que llamáis Tierra Santa, borrar a los cristianos de aquí para siempre, es un objetivo largamente deseado. He volcado en ello muchos esfuerzos y mucho tiempo. Pero bien, si realmente hablas en serio, si no me estás engañando, estoy dispuesto a considerar la propuesta de ir a ver a ese viejo desesperado.

Mientras hablaba, Iblís observaba a Galcerán con una mirada tan penetrante que el caballero empezó a sentirse incómodo.

—Y tú, caballero de allende los mares, ¿qué pretendes sacar de todo esto? Me cuesta creer que un hombre inteligente como tú se limite a hacer de mensajero de la Orden del Temple.

Aquella era una pregunta que Galcerán había previsto que Iblís podría hacerle, así que llevaba la respuesta preparada.

—Veo que no se equivocan quienes dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo. En efecto, en este pacto que el gran maestre quiere ofrecerte, yo querría que se incluyera una parte que me interesa de manera particular. Quiero que me ayudes a regresar a mi país, junto con mi hueste. Si nos quedamos aquí acabaremos todos muertos o esclavizados. Quiero volver a casa con los hijos del rey, sanos y salvos.

—Ese es, sin duda, el destino más probable que os espera. Si permanecéis aquí demasiado tiempo, esta tierra será vuestra tumba, como lo ha sido para tantos y tantos cruzados antes que vosotros. Los seguidores de la cruz tenéis los días contados en esta parte del mundo. Salvo, claro está, que fray Bérard sea capaz de convencerme y yo mismo evite que os maten a todos como a ratas.

Galcerán de Pinós tragó saliva antes de continuar. La seguridad y la confianza con las que hablaba Iblís lo impresionaban.

—Precisamente por eso necesito que nos ayudes a salir de este lodazal y a regresar a nuestra tierra. Estoy seguro de que tienes la forma de evitar que los sarracenos nos ataquen mientras negocias con el gran maestre del Temple. Necesito unas semanas para convencer al rey de Jerusalén y a sus lugartenientes de que el rey Jaime me reclama a su lado. También he de reparar algunas naves y abastecerlas de víveres para el viaje. Esas semanas, además, no nos vendrán mal: es más prudente esperar al buen tiempo y evitar la travesía en pleno invierno.

Los ojos del muchacho brillaban con más intensidad a medida que avanzaba la conversación. Era evidente que todo aquello le interesaba o, al menos, le resultaba sugerente.

—Esto que pides te lo podría conceder, caballero. No puedo negar que me has impresionado y diría incluso que me resultas simpático. Pero antes de tomar una decisión tengo una pregunta. Doy por sentado que el gran maestre del Temple habrá pensado qué puede ofrecerme a cambio de mi ayuda, ¿no? Un pacto con el diablo siempre debe conllevar beneficios para ambas partes. Los favores desinteresados no son lo mío.

—Por supuesto que lo ha pensado.

Galcerán de Pinós se detuvo antes de continuar para observar qué reacción provocaban sus palabras en Iblís. El muchacho lo miraba con extrema atención, con unos ojos que le exigían que siguiera, que no se detuviera. Satisfecho, el caballero retomó la palabra.

—El castillo de los templarios en Acre custodia un secreto que creo que podría interesarte mucho. O, al menos, lo suficiente como para despertar tu curiosidad y hacer que acudas a la llamada del gran maestre y escuches el trato que te propondrá.

—¿Un secreto, dices? —respondió Iblís con un velo de escepticismo—. A estas alturas, hay muy pocas cosas que puedan

interesarme de verdad. Veamos si eres capaz de sorprenderme.

El caballero tragó saliva. Era el momento en que se lo jugaba todo.

—El gran maestre del Temple esconde en la fortaleza de la orden el cuerpo incorrupto de Jesús, en las catacumbas del castillo, bajo una inmensa losa de mármol, en una cámara custodiada día y noche por sus caballeros más leales.

—¿El cuerpo de Jesucristo? —preguntó Iblís con un rostro que no podía disimular su estupefacción.

—Tal como lo oyes.

El semblante del diablo pasó casi de inmediato de la sorpresa a la irritación.

—¡No es posible! ¡Mentiroso! Vuestra fe reconoce la resurrección en cuerpo y alma y creéis ciegamente en ella. Vosotros creéis en la resurrección de la carne. Cuando Jesús resucitó reapareció con un cuerpo físico y no quedó nada en su tumba. ¡Nada de nada! ¡Me estás engañando!

Galcerán dio un paso atrás ante aquel estallido de cólera. Instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero enseguida la retiró. Solo tenía una posibilidad de salir airoso de aquella situación, y desde luego no era a golpes de espada.

—Eso es precisamente lo que la Iglesia ha hecho creer a todo el mundo durante más de mil años. Roma siempre ha comprendido el valor incalculable del cuerpo del Mesías y ha sido consciente del riesgo de que fuera robado, despedazado o destruido, y por eso siempre lo ha custodiado bajo el más absoluto secreto. Hasta hace pocos años estaba en Jerusalén, pero el cuerpo fue llevado a Acre para evitar que cayera en manos de los infieles. Y lo más probable es que sea trasladado a Roma, porque la situación aquí empeora cada día.

Mientras hablaba, Galcerán no descartaba del todo una acometida del diablo, que sin embargo no se producía. Iblís se limitaba a observarlo con una mirada furiosa. El caballero decidió jugar fuerte y aguijonear su orgullo.

—Me sorprende que no lo supieras. Sinceramente, pensaba que al menos tú conocerías la verdad. Fray Bérard estaba convencido de que lo sabías y de que, por tanto, podríamos negociar un pacto. ¿Seguro que eres quien dices ser?

Iblís lanzó un rugido y se abalanzó hacia él a toda velocidad mientras su cuerpo se transformaba con rapidez. Sus ojos se volvieron negros como la noche y sus dientes se afilaron mientras parecía ganar corpulencia y tamaño. Sus brazos se alargaron y sus manos crecían, con los dedos rematados en garras. La acometida solo se detuvo a escasos centímetros de Galcerán, que recibió el aliento fétido que salía de la boca de Iblís mientras resoplaba con rabia. Cerró los ojos y apretó los puños esperando, ahora sí, el ataque definitivo.

—¿Te has convencido ahora de que soy quien digo ser?

El caballero abrió los ojos y vio ante sí, plantado frente a él, al muchacho tal como era unos instantes antes. Había recuperado su aspecto, su aliento y su voz. Sin esperar respuesta, el chico se apartó ligeramente y volvió a hablar:

—No sabía nada de todo esto. Si lo que dices es verdad, tendré que admitir que la Iglesia de vuestro Dios todavía es capaz de hacer algunas cosas bien hechas y con ingenio.

Galcerán respiró hondo varias veces para recuperar el aliento y rebajar las pulsaciones. Todavía no tenía fuerzas para hablar. Tampoco habría sabido qué decir en aquel preciso instante.

—Si eres capaz de garantizarme el acceso a la fortaleza, estoy dispuesto a hablar con el gran maestre sin condiciones previas. Pero

ya te puedo adelantar que, si no me estáis engañando y realmente tenéis el cuerpo de Cristo, el trato puede interesarme. Por supuesto, puedo cumplir lo que vosotros pedís y prometer que el actual Reino Latino no será atacado nunca más. En vuestro caso concreto, también puedo aseguraros que las fuerzas del sultán no os atacarán mientras permanezcáis en esta tierra, y puedo garantizaros además un pasaje seguro por mar hasta vuestro país, sin tormentas ni encuentros inconvenientes.

El caballero se sintió satisfecho, pero de pronto frunció el ceño.

—Un momento, no corras tanto. ¿Cómo sé que puedo creer en tu palabra? ¿Qué valor tiene la palabra del demonio?

El muchacho estalló en otra carcajada. Aquellos cambios de humor repentinos del diablo, pasando de la ira a la hilaridad, inquietaban a Galcerán.

—Eres un hombre inteligente y prudente. ¡Has hecho bien en desconfiar! No te fíes nunca de un demonio, créeme, pero yo siempre cumplo los pactos a los que llego. Si no lo hiciera, no podría cerrar ninguno más, porque al final, en este mundo, todo llega a saberse.

El caballero todavía lo observaba con cierta desconfianza.

—Es verdad que las historias sobre los pactos con el diablo siempre sostienen que cumples tu palabra —dijo.

Iblís hizo una mueca de desprecio.

—Sí, pero nunca te creas del todo esas historias, o al menos no al pie de la letra. Por ejemplo, me han contado que esas leyendas dicen que los pactos conmigo deben firmarse con la sangre del contratante. ¿Te lo puedes creer? Eso no es más que una estupidez para asustar a los niños.

—Esas historias también dicen que el precio siempre es el alma de la persona que pacta con el diablo y la renuncia a Cristo. Yo no

tengo ninguna intención de renunciar a la verdadera fe, y ya te adelanto que el gran maestre del Temple tampoco tiene la más mínima intención de vender su alma.

—Eso ha ocurrido alguna vez, como en el caso de aquel obispo desgraciado y desagradecido, Teófilo de Adana. Pero en tu caso no será necesario, porque tu propuesta es bastante más interesante. Tengo el infierno lleno de almas corruptas; no necesito más. En cambio, los restos de Jesús son un tesoro de un valor inmenso para mí. A tu Dios eso no le gustará nada, estoy seguro. De hecho, no me extrañaría que te castigara severamente por ello. Por mucho que os confeséis, vuestro Dios es más vengativo de lo que pensáis. Sé de lo que hablo.

—Lo que pueda pasarme a mí no me interesa ni me preocupa. Solo quiero que los hijos del rey y mis hombres puedan volver a casa. Esta cruzada empezó mal, pero haré lo que sea necesario para que acabe bien.

Iblís se quedó unos instantes en silencio mientras asentía levemente.

—¿Tenemos un acuerdo, entonces? —preguntó Galcerán de Pinós.

—Tenemos un acuerdo —respondió Iblís.

—Dentro de una semana estaré aquí arriba con las indicaciones precisas para que puedas entrar una noche en la ciudadela y encontrarte con el gran maestre.

Sin añadir nada más, sonrió y contempló el sol, que empezaba a ponerse en el mar. No tenía tiempo que perder si quería pasar la noche dentro de Acre y no fuera de ella. Además, quería ir directamente a encontrarse con fray Bérard para explicarle punto por punto su encuentro con Satanás. Se dirigió a su caballo, que seguía inquieto, lo desató, montó en él y alzó la mano para despedirse del diablo. No le hizo falta espolear al animal para que este se lanzara

colina abajo, ansioso por poner la máxima distancia con aquel personaje siniestro.

Iblís lo observaba mientras se alejaba en dirección a la ciudad levantando una pequeña nube de polvo a su paso. Sonrió. Los humanos seguían sorprendiéndolo. Sobre todo, aquellos que supuestamente tenían más conocimientos y eran más sabios. Era cierto que había respetado muchos pactos, pero también lo era que había incumplido muchos más. Él solo velaba por sus propios intereses, ya fuera a corto o a largo plazo. Aquel caballero catalán no lo había engañado. Había penetrado en su mente y la había leído como un libro abierto. La propuesta de acuerdo parecía sincera. No perdía nada por ir a escuchar al gran maestre del Temple. De hecho, la posibilidad de entrar en la fortaleza de los templarios era un antiguo deseo que pronto se convertiría en realidad. Escucharía al templario con voluntad de entendimiento, aunque con toda probabilidad no cerrarían ningún acuerdo. Expulsar a los cristianos de aquella tierra era un deseo demasiado fuerte; llevaba demasiados siglos trabajando en ello como para renunciar ahora. Lo más probable era que el encuentro se torciera más pronto que tarde. No importaba. Tal vez estrangularía a aquel templario. Le gustaba especialmente matar con sus propias manos y captar el instante preciso en que el alma abandonaba un cuerpo, como la última gota de agua que se derrama de un cántaro. Aquel momento preciso lo excitaba. Después de matar a fray Bérard, abandonaría la ciudad con el cuerpo de Cristo. Obtendría lo que se le ofrecía sin dar nada a cambio.

22

Ya decían los manresanos que la capital del Bages era una ciudad tórrida y sofocante en verano, pero glacial y gris en invierno. Y a fe de Dios que la fama era cierta. En cuanto Bernat salió del coche notó una bocanada de calor a duras penas soportable. La canícula era intensa, a pesar de que el sol había empezado a descender y sus rayos no caían ya sobre la ciudad como espadas en llamas. Su calor se había aferrado a las piedras de los edificios y de las calles, y no tenía ninguna prisa por desprenderse de ellas. Ni siquiera la noche lograría enfriarlas del todo antes de que una nueva lluvia de fuego las volviera a dejar bien candentes.

Cerró la puerta del coche, recogió la mochila que llevaba en el maletero y se plantó frente a la iglesia que cobijaba la cueva de San Ignacio. Era un gran edificio barroco, el estilo jesuítico por excelencia, adyacente a una colosal construcción de estilo neoclásico que albergaba el centro de espiritualidad ignaciana. Bernat siempre había pensado que Cataluña era un país que adoraba el románico y el gótico, y que veneraba el modernismo, ignorando casi por completo el barroco y el neoclásico de entremedio. Algún día se haría justicia arquitectónica, se decía. Precisamente desde allí mismo podía ver, recortada contra el cielo y presidiendo la ciudad, la basílica gótica de Santa María, una de las más imponentes y bellas de todo el país. El monje nunca había entendido que Manresa, siendo una ciudad tan importante y con tanta historia a sus espaldas, no tuviera

obispo. Tal vez tenía algo que ver con el apodo con el que también eran conocidos los manresanos: *empaitabisbes*.[1]

Rodeó todo el complejo y entró en el centro de espiritualidad, donde había reservado una habitación individual. El lugar estaba muy concurrido durante el curso escolar, entre septiembre y junio. Muchas escuelas, centros de ocio y grupos parroquiales acudían allí para hacer ejercicios espirituales. También se alojaban algunas familias, y muchas empresas organizaban seminarios aprovechando sus modernas instalaciones en un entorno silencioso y de recogimiento. Pero durante el mes de agosto la actividad del centro decaía y solo había pequeños grupos que aprovechaban las vacaciones para realizar convivencias y retiros.

Bernat se registró en recepción y subió a su habitación, donde dejó la mochila sobre la cama y conectó el cargador del móvil al enchufe. La habitación era pequeña y sencilla, pero tenía todo lo que necesitaba. Un crucifijo desproporcionadamente grande presidía la pared blanca, sobre una mesa de madera. Pero lo mejor de aquella estancia no estaba de puertas adentro, sino al otro lado de la ventana. Desde allí Bernat tenía una magnífica vista de la sierra de Montserrat. No veía el monasterio, pero la visión del macizo, con sus agujas y aristas, lo calmaba. Aquella montaña imponente era como un hermano mayor, un ángel custodio que velaba por él en todo momento y lo animaba en su solitaria cruzada, especialmente en una noche como la que tenía por delante.

Salió de la habitación y bajó al comedor. Eran las ocho en punto. Comió una cena frugal al lado de unos jóvenes que conversaban alegremente y con un volumen de decibelios por encima de lo esperable en un centro de recogimiento. Mientras Bernat los observaba, no podía dejar de pensar que aquellos chicos, reunidos allí para un retiro espiritual, disfrutaban de un momento de

esparcimiento, ajenos por completo a la inminente irrupción de un diablo en el corazón mismo del complejo ignaciano. Comían y bebían sin parar para llenar ese agujero insaciable en el estómago que solo los jóvenes tienen. Él, en cambio, no tenía hambre, pero hizo un esfuerzo por no dejar nada en el plato, tal como le habían enseñado de pequeño.

Se tomó un café doble. La noche podía ser muy larga. No tenía sueño y sabía que no lo tendría, pero una dosis extra de cafeína no le vendría mal. Se lo bebió en dos sorbos, dejó la bandeja en un carrito y salió del comedor en dirección a las habitaciones. Subió a la planta de la hospedería, entró en su cuarto y se descalzó. De la mochila extrajo un ejemplar de los *Ejercicios espirituales* que había cogido de la biblioteca de Montserrat y se tumbó en la cama. No era un profundo conocedor de la obra ignaciana; era muy consciente de ello. La Iglesia, como todo en la vida, iba por barrios: los benedictinos tenían sus lecturas de referencia y los jesuitas las suyas, y lo mismo ocurría con el resto de las órdenes y congregaciones. En algunos casos, el contacto entre unos y otros era incluso inexistente, como ocurre con el agua y el aceite.

Empezó a leer aleatoriamente algunas páginas del libro, que san Ignacio había empezado a escribir cinco siglos atrás, precisamente a escasos metros de donde él se encontraba. Aquella obra siempre le había parecido muy particular, tanto por la forma en que estaba escrita como por su intencionalidad. Le fascinaba, en ese sentido, que san Ignacio la hubiera escrito durante sus infinitas horas de oración en la cueva, casi a la intemperie y al borde de la miseria, abrumado por visiones místicas y tentado por el diablo. De repente leyó un fragmento que le puso los pelos de punta. Recordaba haberlo leído muchos años antes, pero al volver a hacerlo ahora, como guardián de Satanás y justo antes de encontrarse con

Belfegor, aquel texto adquiría una dimensión completamente distinta.

«El primer preámbulo es la historia: será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos bajo su bandera, y Lucifer, al contrario, bajo la suya. El primer punto es imaginar como si el caudillo de todos los enemigos tomase asiento en aquel gran campamento de Babilonia, en una especie de cátedra grande de fuego y humo, en figura horrible y espantosa. El segundo, considerar cómo hace un llamamiento a innumerables demonios y cómo los esparce a unos en una ciudad y a otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estamentos ni ninguna persona en particular».

Cerró el libro y se quedó pensativo. Siempre había creído en el diablo, por supuesto, y desde que era miembro de la Hermandad tenía constancia física de su existencia y una prueba bien palpable. Él mismo había hablado con él y había sido tentado. Ahora era más consciente que nunca de que los demonios campaban por la tierra con libertad, cometiendo maldades y envenenando el mundo. Era tal y como advertía san Ignacio, pero el paso de los siglos ahogaba su grito de alerta. Hombres y mujeres olvidaban aquellas advertencias y se convertían de nuevo en presas fáciles de la tentación.

Las campanas de la iglesia dieron las once en punto, sacándolo de esos pensamientos. Cogió el teléfono móvil y escribió un mensaje al abad y al cardenal Hwang: «Me dirijo a la iglesia. Os informaré en cuanto pueda». Ambos destinatarios estaban en línea y respondieron de inmediato. Le dieron ánimos en aquel momento difícil y le dijeron que rezarían por él hasta tener noticias suyas. Apagó el teléfono, se levantó, se lavó la cara con agua fría y salió de la habitación. El pasillo estaba poco iluminado y no se oía ningún ruido. Incluso sintió un poco de frío, tras los gruesos muros del centro espiritual. Bajó las escaleras y se dirigió a la iglesia barroca. Salió del centro de

espiritualidad por una puerta de cristal, recorrió un pequeño patio abierto y pasó frente a una escultura del misionero jesuita Francisco Javier en su lecho de muerte, en la isla china de Shangchuan, antes de acceder a la iglesia por el extremo de la nave lateral derecha. El templo estaba oscuro, con la gran puerta del lado opuesto cerrada a cal y canto. Solo las luces de emergencia y algunas velas repartidas por las distintas capillas laterales iluminaban el interior. Todos aquellos cirios habían sido encendidos durante el día por personas piadosas, que esperaban que el poder de Dios se impusiera sobre el mal. No solo confiaban en ello; tenían fe en que así sería. Bernat sintió ese peso sobre los hombros y se dirigió al primer banco. Se arrodilló y empezó a rezar en silencio.

Sonaron las doce campanadas. Ya era medianoche. Bernat respiró hondo; el corazón le latía cada vez con más fuerza. Se santiguó, se levantó y miró a su alrededor. Algunas velas ya se habían consumido y la claridad había disminuido un poco, pero sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra. Comenzó a caminar hacia la cueva de san Ignacio. Cada paso resonaba por toda la nave. Pasó ante un mosaico que representaba a Aarón alzando el becerro de oro, seguido de hombres y mujeres que adoraban al falso ídolo. Como si fuera una premonición, toda aquella procesión de figuras avanzaba en dirección contraria a la cueva, justo hacia donde Bernat encaminaba sus pasos.

Enseguida llegó a la antesala. Era un espacio largo y estrecho, decorado a principios del siglo xx con un estilo algo ecléctico que recordaba vagamente al modernismo. A la izquierda había una serie de vitrales y, a la derecha, mosaicos alternados con relieves de bronce con figuras religiosas que la oscuridad impedía reconocer. El suelo estaba formado por diversos mosaicos que representaban el escudo del linaje de Loyola, un cañón que evocaba las gravísimas

heridas que el santo había sufrido en las piernas durante el asedio de Pamplona y un inmenso girasol que simbolizaba la posterior entrega de su corazón a Jesús y que había acabado convirtiéndose en el emblema de la Compañía de Jesús.

Bernat cruzó el recibidor sin prestar atención a nada de todo aquello y accedió directamente a la cueva. Era aún más pequeña que la antesala. Todo el muro derecho era de roca desnuda, irregular y ondulante. La pared opuesta, que tapaba la vista que desde tiempos inmemoriales la cueva tenía de la sierra de Montserrat, era de mármol oscuro y recargado. El lugar estaba presidido por un retablo de alabastro del siglo XVII que representaba al santo escribiendo sus *Ejercicios espirituales*, inspirado por la figura de la Madre de Dios que, situada a su lado, estaba suspendida en el aire entre nubecillas y tenía al niño Jesús en su brazo derecho. La pieza estaba iluminada día y noche por un foco de luz tenue algo amarillenta, casi enfermiza. Era la única luz artificial de la cueva, pero bastaba para iluminarla suavemente. Bajo el retablo había un pequeño altar levantado sobre una piedra sin labrar, abrupta. Sobre él había un par de velas encendidas que alguien había olvidado. A un lado, a la derecha de la imagen, casi imperceptible en la penumbra, se encontraba la pequeña puerta de madera de la sacristía, que Bernat recordaba que no tenía ninguna otra vía de acceso.

Allí no había nadie, salvo el propio monje. Hacía ya unos minutos que las campanas habían dado la medianoche. Belfegor llegaba tarde a la cita, pero Bernat no tenía la menor duda de que acudiría. Hacía un poco de frío en la cueva, donde desde hacía décadas no entraba el sol ardiente del verano manresano. De pronto oyó un leve crujido y sintió una fugaz bocanada de aire frío, casi glacial, que le erizó la piel.

—Buenas noches.

Las palabras resonaron en la cueva. Bernat se giró bruscamente, buscando a Belfegor. No lo veía por ninguna parte. De repente, una figura siniestra dio un paso al frente procedente del umbral de la puerta de madera.

Un escalofrío recorrió la espalda de Bernat cuando Belfegor dio un segundo paso, situándose casi bajo el foco de luz. Reconocía su rostro, que había visto por primera vez cuando aquel demonio se había presentado en su aula de la universidad. Pero, de algún modo, ahora lo veía más alto, más esbelto, más temible. El monje tampoco podía olvidar que la última vez que lo había visto había degollado ante sus ojos al cardenal Hwang. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

—Disculpa que llegue unos minutos tarde. No había utilizado esta puerta desde que tenté a aquel santito vasco y, si he de serte sincero, no recordaba que el camino fuera tan empinado y lleno de recodos. Ya entonces el sendero no me gustó, y tampoco me ha gustado ahora. Pero he considerado que era un portal que te convenía, pues está situado cerca de tu monasterio, ¿no te parece? Además, ¿te has dado cuenta de que la última vez que nos vimos, en Sant Pere de Lavern, también surgí de un recinto que vosotros consideráis sagrado? Me parece muy apropiado.

Bernat dio un par de pasos atrás para mantenerse alejado de aquel diablo. Pero no quería mostrar debilidad y le respondió alzando la voz:

—No me interesa lo más mínimo lo que dices. Yo, para salvar a Berta, iría hasta el fin del mundo. Dime qué quieres a cambio de su libertad.

Belfegor sonrió.

—Veo que estás muy enfadado. Puedo entenderlo, desde luego. Pero te lo explicaré igualmente; no debemos andarnos con prisa. En

Cataluña hay más de treinta puertas que conducen al infierno. ¡Treinta! ¿Te lo puedes creer? Creo que en ningún otro lugar del mundo hay tantas. ¿No te preguntas por qué tenéis tantas?

—¡No! No me importan tus historias, ya te lo he dicho.

—Un momento, Bernat; déjame terminar. He llegado a la conclusión de que tenéis tantas porque sois un pueblo débil. Nos resulta muy fácil tentaros. Cuando mis pequeños demonios salen por aquí, no nos lo ponéis demasiado difícil. Tengo que decirte que hay pueblos que se hacen de rogar un poco más. Cómo te lo diría... Demuestran más entereza, por decirlo de algún modo. Tal vez porque creen más en vuestro Dios y menos en las tonterías modernas. En cualquier caso, debo reconocer que tú eres una honorable excepción, como también lo fueron san Ignacio y algunos otros, lo admito. Eres un adversario admirable. Quiero que lo sepas para que puedas sentirte orgulloso.

—Muy bien, lo he entendido. ¿Dónde está Berta? ¡Si le has hecho daño, te juro que lo pagarás!

Ignorando la advertencia, Belfegor se acercó al retablo y apoyó la mano sobre el relieve del santo. Recorrió con los dedos la escena sobre el mar de nubes esculpidas y los deslizó por encima de la Madre de Dios. Sin embargo, cuando la yema de sus dedos tocó al niño Jesús, los retiró de golpe, como si se hubiera quemado o tocado algo punzante. Replegó los dedos formando un puño y lo cerró dentro de la otra mano, como si quisiera apartarlos de la vista de Bernat.

—Ya me han dicho que no tienes ninguna intención de matar a Satanás. Me resulta incomprensible que un monje benedictino, pudiendo hacerlo, no elimine al rey de los demonios, al ángel traidor que fue expulsado de los reinos celestiales por vuestro Dios. No sé si Él estaría muy de acuerdo con tu negativa.

—Por supuesto que no lo haré. Yo no soy nadie para tomar esa decisión. Y el santo padre piensa lo mismo. No te ayudaremos en tu repugnante propósito. Si quieres ser el rey del infierno tendrás que conseguirlo por tus propios medios.

—Vaya —respondió Belfegor acercándose a la pared de la cueva—. Ya me imaginaba que te reafirmarías en tu negativa, pero he venido a negociar.

—¿A negociar? Tú y yo ya teníamos un trato, ¿recuerdas? Nosotros custodiamos a Satanás para siempre y, a cambio, tú y el resto de los demonios nos dejáis en paz de una vez por todas...

Belfegor soltó una breve carcajada.

—¿En serio confiaste en la palabra de un demonio? No me decepciones, Bernat, que ya estamos casi al final del camino y hasta te he tomado un poco de cariño.

—Eres un hijo de puta...

—Cuidado con lo que dices, Bernat, que los ángeles caídos somos todos hijos de Dios.

El monje apretó los dientes. La rabia estaba a punto de dominarlo. Belfegor prosiguió:

—Ya debes de imaginar cuál es mi propuesta: tú clávale la espada de virtud a Satanás hasta matarlo y, a cambio, os devolveré a Berta.

—¿Te crees que somos tontos? También prometiste liberar al cardenal Hwang y lo mataste en el último instante. ¿Quién me asegura que no harás lo mismo? No podemos confiar en ti de ninguna manera. ¡Tú mismo acabas de decirlo!

Belfegor arqueó las cejas.

—En eso tienes razón: no tienes ningún motivo para confiar en mi palabra, pero tampoco tienes alternativa alguna si quieres recuperar a Berta. Yo solo puedo asegurarte que la dejaré libre sin hacerle ningún daño, aunque no me creas.

—Efectivamente, no te creo. Además, ya te he dicho que la Hermandad del Ángel Caído no participará en la muerte de Satanás.

—Eso ya me lo has dicho antes, sí. Bueno, creo que no hace falta que hablemos mucho más. Ya conoces mi propuesta. Piénsalo; tú mismo verás que es lo mejor para todos. Reza y consúltalo con tu Dios, porque seguramente también estará de acuerdo.

—No tengo que consultar nada con nadie. Piénsalo tú también y entenderás que ya puedes considerarte rey del infierno desde ahora mismo, porque nosotros jamás liberaremos a Satanás. ¡Suelta a Berta y retomemos nuestro acuerdo inicial!

Belfegor dejó hablar al monje, pero ignoró por completo lo que había dicho. Lo observó unos instantes en silencio antes de añadir:

—El viernes 13 de agosto, a las diez de la noche, estaré en Montserrat, frente a la Santa Cueva. Siempre me ha gustado el día 13; en cambio, a los humanos no os gusta demasiado, ya lo sé. En tus manos está la salvación de tu querida Berta, y yo me libraré para siempre de Satanás. No pongas esa cara, Bernat... Todos saldremos ganando, ¿no lo ves? Además, así podréis disolver para siempre vuestra Hermandad, porque os habré liberado de vuestro prisionero. Casi diría que salís ganando más vosotros que yo.

—¿El día 13? ¡Faltan solo cinco días! Y en verano Montserrat está lleno de gente, también por la noche.

—Haz lo que creas conveniente y coméntalo con quien quieras: con el payaso de Roma, si te apetece, o con el cardenal Hwang. Debo reconocer, por cierto, que cuando lo hiciste revivir me dejaste boquiabierto: enhorabuena, eres un hombre audaz y con recursos. En cualquier caso, yo estaré allí el día 13 a las diez de la noche con Berta. Si no estás, la descuartizaré allí mismo y dejaré todos los trozos esparcidos para las bestias. Si estás, pero sigues empeñado

en no clavar la espada dentro de la caja, también la mataré. La decisión será tuya y solo tuya, Bernat.

Nada más terminar la frase, se dio la vuelta tan rápidamente que levantó una ráfaga de aire frío, casi glacial, que hizo que el monje se estremeciera. La única luz de la cueva se apagó de golpe y las llamas de las dos velas del altar temblaron hasta casi extinguirse. Cuando la luz regresó, Belfegor ya no estaba en la cueva. Bernat miró en la antesala, pero tampoco había nadie. Se acercó lentamente a la puerta de madera del rincón y comprobó que seguía cerrada con llave. El diablo había desaparecido del mismo modo en que había llegado. Respiró hondo y empezó a caminar hacia la iglesia con paso acelerado.

23

Tendida sobre el colchón en posición fetal, con ambas manos bajo la cabeza, Berta visualizaba una y otra vez la secuencia completa. Recordaba el instante exacto en que alguien la había atacado por la espalda, la había agarrado por el cuello y le había inyectado en el brazo una sustancia que la dejó inconsciente en cuestión de segundos. Se había resistido, por supuesto, pero las fuerzas la habían abandonado como el aire que se escapa sin remedio de un globo pinchado. Había ocurrido en el rellano de su casa, el viernes anterior, cuando regresaba a su domicilio tras otra jornada agotadora y anodina en la comisaría de Les Corts. Incluso había llegado a abrir la puerta del piso. Al menos, el día anterior su hijo se había marchado de vacaciones con su padre a la Costa Brava y no volvería a tenerlo hasta al cabo de quince días. Ese pequeño detalle, aparentemente banal pero crucial para una madre sufridora como ella, fue lo último que pensó antes de perder el conocimiento.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde el secuestro hasta que se había despertado. Tal vez solo unas horas; quizá un día entero. Tenía mucha sed y un fuerte dolor de cabeza, eso lo recordaba perfectamente. Estaba en una habitación pequeña y sin ventanas, cerrada por fuera y con una pequeña cámara de vídeo sujeta al techo, sobre la puerta. El aparato tenía encendido un piloto rojo, con la clara intención de que la persona recluida allí dentro supiera que estaba siendo grabada en todo momento y disuadirla de

intentar cualquier tontería. Tal vez ni siquiera grabara nada, pero el efecto era el mismo.

Había repasado la estancia con la mirada. Solo había un colchón viejo sobre el suelo de madera, sin sábanas ni almohada. Junto a él, una botella de agua de un litro. Más allá, en un rincón, un pequeño orinal de plástico y un rollo de papel higiénico. Nada más. Las paredes estaban completamente descoloridas y todavía se distinguían los rectángulos de tonos más claros donde antes habrían colgado cuadros y retratos, ahora ausentes. Allí dentro hacía calor. Berta se había bebido medio litro de agua de un solo trago y se había vuelto a tumbar sobre el colchón. Estaba muy asustada, pero no quería que los secuestradores vieran su miedo. Se encontraba bien y llevaba la misma ropa que vestía en el momento del asalto, salvo los zapatos. Se los habían quitado y no estaban en la habitación. Se palpó el cuerpo con las manos y respiró aliviada. No habían abusado de ella mientras estaba inconsciente. En el contexto de su precaria situación, no dejaba de ser una buena noticia. Por supuesto, en los bolsillos no tenía ni el móvil, ni las llaves de casa, ni nada de nada.

El primer día de reclusión no pasó mucho tiempo antes de que la puerta se abriera y apareciera un hombre vestido de negro, con guantes y encapuchado. Ella se retiró enseguida a una esquina de la habitación y cerró los puños. Estaba dispuesta a plantarle cara. Sin embargo, el hombre se limitó a dejar una fiambrera de plástico en el suelo y se marchó sin decir nada. En cuanto oyó el sonido de la cerradura al cerrarse, se acercó para ver qué le había dejado. Había un cuenco de arroz con dos filetes de pollo a la plancha y una manzana. Tenía el estómago cerrado por la tensión, pero se forzó a comérselo todo. No sabía cuándo volvería a tener la ocasión de alimentarse, y no podía permitirse desaprovechar ninguna

oportunidad de acumular fuerzas y energía. Descartó que quisieran envenenarla, pues si hubieran querido ya podrían haberla matado. Y, al parecer, tampoco pretendían que desfalleciera de hambre.

Después de comer volvió a tumbarse sobre el colchón. Empezó a plantearse hipótesis para deducir quién la había secuestrado y con qué intención. Ninguno de los casos que investigaba su unidad podía explicar una deriva tan extrema como aquella. Su mente repasaba uno por uno los expedientes actuales y recientes, y siempre llegaba a la misma conclusión. En el fondo, su cerebro solo estaba ganando tiempo para no afrontar la explicación más evidente y angustiosa de todas. Solo había una hipótesis plausible: su secuestro únicamente podía estar relacionado con la Hermandad del Ángel Caído y su prisionero secular. Si daba por buena esa posibilidad, Belfegor aparecía de manera inevitable como su secuestrador. La consecuencia lógica de esa hipótesis era que solo había una motivación posible, y no era otra que chantajear a Bernat. Era mejor no pensar demasiado en ello, porque estaba convencida de que ni el monje ni la Hermandad cederían jamás a la presión de un demonio. Por tanto, era posible que acabaran matándola, a menos que lograra escapar o que la liberaran. De momento, estas dos últimas posibilidades le parecían más bien remotas.

Al principio había intentado seguir una pauta horaria, pero fue en vano. Sin reloj y sin luz natural, pronto perdió la noción del tiempo. Hacía flexiones y abdominales para mantenerse activa y daba vueltas por la habitación como una leona enjaulada, caminando cientos de pasos sin detenerse. No solo era lo que le pedía el cuerpo; también quería que sus captores no la vieran postrada y vencida. A ratos intentaba dormir, pero le resultaba casi imposible. La tensión la mantenía despierta y en estado de alerta. El único elemento para intentar controlar el paso del tiempo era la comida.

Aquel hombre le llevaba regularmente el mismo cuenco de arroz con dos filetes de pollo a la plancha y una pieza de fruta. Primero era una manzana, luego una naranja y más tarde una pera. Aquella era su única comida, y debía de responder a una pauta diaria. A menudo el hombre le daba también un poco de pan, que ella guardaba para comérselo más tarde, y a veces se llevaba el orinal y se lo devolvía limpio al cabo de un rato. Más de una vez pensó en abalanzarse sobre su captor, pero en el último momento desistía.

Hubo un día en que le costó más de la cuenta dormirse. Estaba mentalmente exhausta y su cuerpo no respondía, pero por alguna razón seguía despierta. No podía dejar de pensar en su hijo. ¿Cuántos días habían pasado? Sin duda la habría llamado más de una vez sin obtener respuesta. Martí estaría preocupado y su exmarido también, pero se consolaba pensando que él intentaría restarle importancia y se habría inventado cualquier excusa para que el niño no sufriera. También suponía que, a esas alturas, la policía ya debía de estar buscándola, porque alguien habría denunciado su desaparición. Tal vez Bernat, o quizá su madre o sus hermanas. Se imaginó la irrupción del Grupo Especial de Intervención en la habitación donde estaba recluida y sonrió. Fue el último pensamiento antes de quedarse dormida.

Nunca podría saber si había dormido mucho tiempo o solo un instante fugaz, pero se despertó bruscamente cuando alguien la sujetó por los brazos mientras le clavaba una inyección en el cuello. Intentó retorcerse, empujando con las piernas para liberarse, pero el intruso era mucho más fuerte que ella y notaba cómo la energía se le escapaba por momentos. El efecto del narcótico fue casi inmediato y perdió el conocimiento sobre el colchón.

Si hubiese estado consciente, habría podido ver cómo aquel hombre enmascarado acarreaba con ella en brazos y la sacaba de la

habitación. Habría visto que el resto de la casa estaba tan destartalada como el cuarto, que las paredes estaban cubiertas de pintadas y grafitis, y que la mayoría de los muebles se caían a pedazos. Había un pequeño monitor sobre una silla, y en la pantalla se veía la habitación en la que había estado recluida. Cerca había un sofá y un pequeño catre, y una mesa con restos de comida.

Si hubiese estado consciente, habría visto cómo el hombre la sacaba de la casita, situada en un claro en medio de un bosque de encinas. Era la hora del crepúsculo. Afuera había una furgoneta con las puertas abiertas. El hombre la acomodó con cuidado en el espacio de carga y le ató las manos y los pies con bridas de plástico, sin apretarlas demasiado. Había recibido instrucciones precisas de tratarla bien, y las estaba cumpliendo al pie de la letra. Después, el hombre cerró las puertas del vehículo, se quitó la capucha, se puso unas gafas verdes y regresó a la casita, donde permaneció largo rato desmontando todo aquello que pudiera hacer pensar que aquel edificio destartalado y medio en ruinas había sido una pequeña prisión provisional. Metió en una bolsa de plástico todo lo que pudiera levantar sospechas y la enterró en un hoyo profundo que había cavado aquella misma tarde, a unos cincuenta pasos de la casita, entre los árboles. Luego, bajo el cielo estrellado visible entre las ramas, subió a la furgoneta y empezó a avanzar por un camino de tierra.

El hombre de las gafas verdes estaba satisfecho. Si todo iba bien, en veinticuatro horas todo habría terminado, perdería de vista para siempre a su extraño cliente y recibiría una transferencia importante en la cuenta corriente que tenía en un banco discreto de la isla de Man, donde nadie hacía preguntas incómodas y todo el mundo lo recibía con una sonrisa. Aquel capital, bien gestionado, le permitiría retirarse definitivamente de aquella vida para la que ya empezaba a

considerarse demasiado mayor. Desde el tejado de la casita, una lechuza observaba con sus grandes ojos negros cómo la furgoneta se alejaba poco a poco.

24

El pie de Bernat no podía evitar ir dando golpecitos nerviosos casi imperceptibles contra el suelo de la furgoneta mientras ascendían por la carretera de Montserrat. Nunca había sido una persona ansiosa, precisamente, pero el secuestro de Berta lo había sobrepasado y estaba muy alterado. Aquello había colmado el vaso de su estabilidad, ya de por sí bastante precaria. Prácticamente no dormía y tomaba unos tranquilizantes que apenas le hacían efecto. Desde que había aceptado formar parte de la Hermandad del Ángel Caído se había acostumbrado a vivir en los límites de la razón y de la fe, pero había tocado fondo. No estaba preparado para afrontar aquella situación. ¿Y quién podría estarlo?, le había dicho el cardenal Hwang. Él mismo había pasado mucho tiempo en manos de Belfegor y, al final, había salido con vida. Era imprescindible que no perdiera la esperanza, y si la perdía, siempre le quedaba el recurso de la fe.

Mientras la furgoneta negra, blindada y con los cristales tintados afrontaba las últimas curvas antes de llegar a la abadía, Bernat recordó las palabras del cardenal y se reconfortó un poco al pensar que, al menos, no tendría que enfrentarse solo a aquella situación. La Hermandad había respondido como un solo hombre, lo que hacía que la responsabilidad no recayese únicamente sobre él. La prueba la tenía justo delante, donde un miembro norteamericano de la Hermandad conducía el vehículo. A su lado, otro maestro guardián de la organización no apartaba la vista de la carretera. Ambos iban

vestidos de paisano, pero llevaban la pistola bien sujeta al cinturón. Otras dos furgonetas, también oscuras y con los cristales tintados, los seguían a corta distancia. Él iba en la primera para hablar con la policía en caso de que los parasen en algún control rutinario y poder mostrarles la documentación diplomática que amparaba a la comitiva y les garantizaba el paso libre sin ser molestados en ningún momento hasta llegar a su destino.

Cuando llegaran a Montserrat se encontrarían una abadía completamente desierta. El abad Francesc Maria había organizado a toda prisa unas jornadas de reflexión sobre el futuro de la comunidad monástica en el santuario del Miracle, el monasterio benedictino situado en el Solsonés que dependía de la abadía de Montserrat. Por lo que les había comunicado, quería conocer su opinión sincera sobre la escasez de vocaciones y qué medidas podían adoptarse para incrementarlas. El monasterio tenía mil años de vida, pero había que asegurarse de que llegara a cumplir mil más. Los monjes habían sido avisados con poca antelación y algunos se habían sorprendido por aquella convocatoria precipitada, pero el voto de obediencia desactivó cualquier pregunta inoportuna y el medio centenar de monjes ya estaban lejos cuando, al caer la tarde, los tres vehículos entraron en el recinto montserratino.

Además, el monasterio y todas sus dependencias habían cerrado las puertas de manera excepcional, con el argumento, más o menos convincente, de llevar a cabo un inventario general de los museos, las tiendas, el hotel y del propio monasterio. El trasiego diario de turistas y peregrinos era tan intenso que la dirección y el personal apenas disponían de tiempo para planificar nada a medio plazo. Un par de días de pausa deberían servir para volver a ponerlo todo a punto y hacer limpieza general. Los niños de la escolanía habían recibido la noticia con alegría, contentos de poder pasar unos días

imprevistos en casa, con sus padres y hermanos. Incluso el cremallera y el teleférico habían suspendido el servicio, y la compañía aprovecharía aquel par de días de parón obligatorio para realizar una revisión a fondo de ambas líneas y de todos los trenes y cabinas. En el monasterio, aquella tarde, solo se encontraban el abad y los seis monjes que formaban parte de la Hermandad del Ángel Caído.

El vigilante de seguridad levantó las barreras en cuanto recibió en el móvil un mensaje de Bernat. Los tres vehículos cruzaron el aparcamiento al aire libre a toda velocidad, se acercaron a la abadía y giraron a la derecha para entrar en el aparcamiento subterráneo exclusivo de la comunidad, situado bajo el propio monasterio. Las tres furgonetas avanzaron lentamente por un aparcamiento casi desierto y se aproximaron al acceso a la escalera, donde los esperaba de pie el propio abad, a quien Bernat había avisado de su inminente llegada. A su lado había otros dos monjes. El vehículo en el que iba Bernat aparcó un poco más adelante para permitir que la segunda furgoneta se detuviera justo frente a Francesc Maria. El copiloto bajó de un salto y abrió la puerta corredera. El papa Pablo VII descendió del vehículo con la ayuda de la mano que le ofreció el hombre y se acercó al abad sonriendo.

—Santidad, bienvenido a Montserrat —dijo el abad, haciendo una leve inclinación mientras le tomaba la mano para besarle el anillo.

—Por favor, no es necesario —respondió amablemente el pontífice, apartando la mano y sujetándolo del brazo para incorporarlo—. No hay tiempo para el protocolo en esta visita.

Se volvió y tendió la mano para ayudar al cardenal Hwang a bajar de la furgoneta, pero el primado coreano ya había salido. El abad se acercó a él y le cogió las manos.

—Cardenal, bienvenido. Muchas gracias por venir hasta Montserrat en un momento de tanta dificultad y turbación para nosotros.

Bernat se sumó al saludo y estrechó efusivamente la mano del abad, que los invitó a subir a su despacho.

—Subamos arriba, si os parece bien, para hablar con más tranquilidad. Allí podremos cenar dentro de un rato y, en las habitaciones que les hemos preparado, podrán recuperarse un poco del viaje.

El papa comenzó a subir las escaleras junto al abad, seguidos a una distancia prudencial por dos monjes miembros de la Hermandad del Ángel Caído. Bernat y Hwang se quedaron unos instantes en el aparcamiento mientras el resto de los hombres de la organización que habían viajado con el pontífice descargaban el equipaje de las furgonetas. Junto con las maletas sacaron las bolsas negras que contenían las armas largas y las cajas de munición. Bernat no dijo nada, pero no podía evitar cierta inquietud. La presencia de hombres fuertemente armados dentro del monasterio era algo que no se producía desde que, en 1936, un destacamento de los Mossos d'Esquadra había impedido que un grupo de anarquistas incontrolados incendiara la abadía. Siempre le habían explicado —y él mismo lo había repetido a todo el mundo— que el monasterio era un santuario que seguía al pie de la letra el mensaje universal de paz y tregua de Dios ideado por el abad Oliba. Y, sin embargo, él mismo ayudaba ahora a sus camaradas a descargar un auténtico arsenal de guerra.

Pidió a dos monjes de Montserrat que acompañaran a los hombres hasta sus habitaciones y les ofrecieran algo de comer. Después tomó al cardenal Hwang del brazo y subieron las escaleras hacia las dependencias del abad.

—Me alegra mucho volver a verte en Montserrat, cardenal —le dijo Bernat mientras ascendían los peldaños—. A pesar de las terribles circunstancias, por supuesto. Para mí es un consuelo, créeme.

—Espero regresar más adelante, cuando todo esto haya pasado, para descansar unos días. Las últimas veces que he venido siempre ha sido en misión oficial de la Hermandad y, claro, nunca he podido disfrutar plenamente de la escolanía, de la oración o de los senderos de la sierra.

—Te lo mereces, cardenal. Te lo has ganado con creces.

Hwang apoyó su mano sobre la de Bernat y la apretó con fuerza.

—Tú también te lo mereces. Con un matiz añadido: tú no buscaste esta vida, sino que hicimos que la aceptaras casi por obligación. Y has pagado un precio muy alto que ni tú ni nadie había previsto. Y no solo lo has asumido de la mejor manera posible, sino que has demostrado un valor extraordinario.

Llegaron al despacho del abad atravesando pasillos vacíos y oscuros. Se acercaba el anochecer y el monasterio, inmenso, desierto y con la mayoría de las luces apagadas, parecía un castillo abandonado y encantado. Sus gruesos muros conservaban una temperatura baja y constante que contrastaba con el calor estival del exterior. Uno de los monjes de la Hermandad hacía guardia ante el despacho abacial. Bernat lo saludó y dio un golpecito en la puerta, pero la abrió sin esperar respuesta. El papa y el abad estaban sentados en los sillones de la antesala, alrededor de una mesa baja sobre la que había algunos libros y una figura de madera de la Moreneta.

El cardenal y el monje se sentaron uno al lado del otro, frente al papa. Enseguida se unieron a la conversación que mantenían el pontífice y el abad.

—Los hombres que dejaremos aquí les ayudarán en todo —dijo Pablo VII—. El cardenal también permanecerá a su lado hasta que todo haya pasado. No quiero que se sientan solos. Berta forma parte de la Hermandad, y nunca dejamos a nadie atrás ni lo abandonamos. Pueden estar seguros de ello.

—Se lo agradezco mucho —respondió el abad de Montserrat—. Nunca nos hemos sentido solos en nuestra misión de custodia, pero la situación actual es crítica. Con la ayuda de Dios saldremos adelante, como siempre. Sé que desde Roma estaréis con nosotros espiritualmente, y os mantendremos informado en todo momento.

—Se lo ruego, sí —dijo el pontífice—. Tal como hemos acordado, mañana regresaré al Vaticano. Aquí no podré ser de mucha ayuda, e incluso podría ser un estorbo. Además, por la propia seguridad de la Iglesia, es mejor que esté lejos de Satanás y de Belfegor, en caso de que las cosas se tuerzan, Dios no lo quiera.

El cardenal intervino entonces en la conversación.

—Además de rescatar a Berta sana y salva, por encima de todo es imprescindible que Satanás no muera. Es crucial que nadie clave la espada de la virtud en esa caja. Antes sería preferible que dejara de ser nuestro prisionero y regresara al infierno.

—Sé que esa ha sido la directriz desde la fundación misma de la Hermandad —respondió el abad—. Pero cada vez que pienso en ella no puedo evitar rebelarme contra esa idea.

—Reverendísimo padre, os entiendo, pero escuchadme con atención —dijo el papa—. Yo también he reflexionado mucho sobre ello en estos últimos días y siempre llego a la conclusión de que la voluntad de Dios es impedir que el diablo muera. El Maligno es nuestro prisionero, ciertamente, pero no somos nadie para matarlo. Si Nuestro Señor decidió no hacerlo y lo precipitó a los abismos del infierno, nosotros no somos quienes para ir más lejos.

—Tenéis toda la razón, y no seré yo quien ponga en duda el criterio del papa. Pero no puedo dejar de pensar que, si algún día consigue escapar, regresará al infierno y sus maldades asolarán la tierra...

—Es posible, pero así fue durante milenios—intervino el cardenal —. Y así será de nuevo en el futuro, porque tarde o temprano logrará salir de la caja. Es inevitable. Sin embargo, podemos dar gracias a Dios porque, al menos durante casi ocho siglos —y los que vendrán—, habremos conseguido retenerlo y debilitar su poder. Solo habrá sido una batalla más, esta vez ganada por nosotros, de la guerra eterna entre el Bien y el Mal.

El pontífice miró su reloj.

—Dentro de casi veintiséis horas tendremos la cita con Belfegor. Si les parece bien, el cardenal Hwang repasará ahora una vez más nuestro plan operativo. Después iremos a cenar, rezaremos juntos en la basílica y nos retiraremos a descansar. Mañana será uno de los días más importantes de la historia de la Iglesia.

25

El papa abandonó Montserrat cuando el sol se elevaba impetuosamente hacia su cénit. Pablo VII había dormido poco y mal. Había querido compartir la oración de laudes con el resto de los miembros de la Hermandad en el presbiterio de la basílica. Después habían desayunado frugalmente en el despacho del abad y se había despedido con cierto pesar. Tenía un mal presentimiento, pero hizo acopio de fuerzas para transmitir confianza y seguridad a sus compañeros en todo momento. Deseó toda la suerte del mundo a Francesc Maria y a Bernat, y les prometió que rezaría por ellos. También se despidió de Hwang. Tal como habían acordado la víspera, el cardenal se quedaría en el monasterio. Era el maestre comandante de la Hermandad y quería estar junto a sus camaradas en un momento tan difícil.

El pontífice haría el trayecto hasta el aeropuerto en dos furgonetas, acompañado por un monje de Montserrat que se encargaría de cualquier eventualidad que pudiera surgir. En el aeropuerto de El Prat lo esperaba un avión privado sin ningún distintivo exterior que lo llevaría directamente a Fiumicino. Desde allí se desplazaría a Roma en uno de los helicópteros que el Gobierno italiano ponía a su disposición. Nadie sabría jamás que había abandonado el Vaticano durante veinticuatro horas para ir a Montserrat. Bien entrado el siglo XXI, cuando todo el mundo lo sabía todo de todos y las noticias volaban como un relámpago por el

ciberespacio, pocas instituciones conservaban aún el poder de filtrar solo la información que querían, cuando querían y a quien querían. La Iglesia católica romana era una de ellas, quizá la que más destacaba en el arte de moverse fuera de los focos y en los márgenes de los informativos y las peligrosas redes sociales.

En Montserrat, el papa había dejado a cuatro de los mejores hombres de la Hermandad del Ángel Caído. Su misión era doble. Por un lado, debían proteger el monasterio y al abad, o al menos proporcionarle cierta sensación de seguridad. Los seis monjes montserratinos miembros de la Hermandad que habían permanecido en la abadía no tenían la formación militar necesaria ni el coraje para afrontar una situación como aquella. Pablo VII no dudaba de que esos hombres tenían toda la buena voluntad del mundo, pero el cementerio estaba lleno de personas con buenas intenciones. Si la situación se descontrolaba, serían más un estorbo que una ayuda.

Por otro lado, aquel destacamento bien entrenado y armado asistiría a Bernat en todo lo necesario para liberar a Berta y frustrar las intenciones de Belfegor. No solo estaban dispuestos a dar la vida para proteger a su compañero, sino que también lo harían, si fuese necesario, para defender a su prisionero. Qué ironía, pensaba el papa mientras la pequeña comitiva descendía por la carretera. Algunos miembros de la Hermandad podrían morir al día siguiente para evitar la muerte de Satanás. Pero, al fin y al cabo, la custodia del diablo encarcelado era la misión esencial de la organización, y todos ellos habían hecho la solemne promesa sobre la Biblia de salvaguardarlo por todos los medios, entregando la propia vida si fuese necesario. Pablo VII no pudo evitar emocionarse, consciente de que él mismo había hecho aquella promesa muchos años atrás.

Los hombres del papa también tenían otra instrucción secreta. Era una orden que el pontífice había acordado conjuntamente con el

cardenal Hwang. Si en algún momento de debilidad, Bernat pretendía matar a Satanás para garantizar la libertad de Berta, aquellos hombres debían impedirlo a toda costa, incluso matando a su camarada si fuese necesario. Si, por la razón que fuese, Bernat intentaba liberar a Satanás, también debían evitarlo, igualmente con todas las consecuencias. El papa quería a aquel monje casi como a un hijo y era plenamente consciente del sacrificio que se le había exigido, pero también era consciente de su condición de gran maestre de la Hermandad del Ángel Caído y de la misión que había jurado cumplir. Nadie, ni siquiera él mismo, estaba por encima del cumplimiento del deber. Bernat, naturalmente, ignoraba por completo esta orden secreta. De haberla conocido, en un primer momento se le habría helado la sangre ante la frialdad del pontífice y del cardenal, pero, al cabo de un rato, habría llegado a la conclusión de que era una instrucción necesaria. Implacable y drástica, pero necesaria al fin y al cabo.

El monje se había despedido del papa en el aparcamiento del monasterio, junto con el cardenal Hwang y el abad Francesc Maria. Los tres permanecieron en silencio durante un buen rato. Tampoco era necesario que se dijeran gran cosa. Al fin y al cabo, pensaban lo mismo y a todos los abrumaba la pesada losa de la responsabilidad y el convencimiento de que casi todo dependía de ellos. La Hermandad llevaba siglos cumpliendo con abnegación y rigor su cometido, pero aquella larguísima custodia podía acabar esa misma noche. De hecho, había muchas posibilidades de que así fuera. El papa les había dicho y repetido que, pasara lo que pasara, la culpa sería de Belfegor. Él sería el único responsable de lo que ocurriese. Sin embargo, por mucho que tuvieran aquellas palabras del pontífice grabadas en la mente, no podían evitar que un pesado sentimiento de culpa los rondara. Si aquella noche todo se iba al traste,

cargarían con la culpa para siempre. Esa percepción, a su vez, hacía crecer un sentimiento de mal agüero que empezaba a minar su determinación y que se reflejaba en sus rostros. Solo el cardenal era capaz de mantener su habitual expresión inescrutable.

Pasaron buena parte del día en silencio, paseando por el claustro del monasterio o rezando en la basílica delante del Santísimo. Ni ellos ni los monjes de la Hermandad tenían hambre. Solo los cuatro guardianes que el papa había dejado en Montserrat eran capaces de comer con avidez y de hacer incluso algunas bromas. Eran hombres fríos, rudos, entrenados durante muchos años para afrontar con serenidad situaciones como aquella.

El papa llamó un par de veces en el transcurso de aquella larguísima jornada. Nada más llegar a Roma telefoneó al abad para reiterarle su apoyo, bendecirlo y repetirle que Dios estaría a su lado aquella noche. Cada hora que pasaba Francesc Maria se sentía más y más angustiado, y el propio pontífice era consciente de ello a miles de kilómetros de distancia. Pablo VII sabía perfectamente que, de los tres hombres sobre cuyos hombros recaía aquella noche el peso de toda la Iglesia, el abad era el más débil y el que más apoyo necesitaba. La segunda llamada fue para el cardenal Hwang, a quien transmitió otro mensaje. Le recordó que era imperativo, al precio que fuese, impedir que Satanás muriera aquella noche. Estaba convencido de que el diablo no podía ser eliminado, ni siquiera mediante el uso de aquella espada de virtud, pero, por si acaso, había que evitar esa circunstancia a toda costa. Cualquier otro escenario era preferible. Un Satanás liberado y vengativo sería una calamidad de proporciones apocalípticas; forzosamente habría incubado un odio y un resentimiento inmensos, que se traducirían en toda clase de flagelos contra Roma y el resto de la Humanidad. El papa era consciente de ello, pero era necesario preservar el

equilibrio entre el Bien y el Mal. La venganza del Maligno sería el precio por no haber sabido retenerlo durante más tiempo. Y sería, al fin y al cabo, la voluntad de Dios, pues todo respondía a un plan divino dentro del cual la Hermandad del Ángel Caído solo era una pieza más; los siglos de cautiverio de Satanás no habían sido sino un instante fugaz dentro de la eternidad.

A primera hora de la tarde, el cardenal convocó en la sala de reuniones contigua al despacho abacial a todos los guardianes de la Hermandad, salvo a los dos monjes que custodiaban a Satanás. Con la ayuda de Bernat, desplegó un plano detallado del monasterio y le recordó a cada uno la posición que ocuparía aquella noche. Ubicó al mejor tirador del grupo, un polaco alto y rubio, en el Mirador de los Apóstoles. Desde allí se tenía una visión óptima de la Santa Cueva, situada a menos de dos kilómetros de distancia. Su fusil de precisión era un ArmaLite AR-50, con un alcance máximo de dos mil cuatrocientos metros y un alcance efectivo de mil ochocientos metros. Provisto de un visor nocturno y con una dilatada experiencia en las galerías de tiro de la Gendarmería Vaticana, el francotirador de la Hermandad no debería tener dificultad alguna, llegado el caso, para impactar en un objetivo situado a aquella distancia. No obstante, con un calibre 50 BMG tendría que ser extremadamente preciso y no errar el disparo, y mucho menos alcanzar a quien no correspondiera. Ningún ser humano podía sobrevivir al impacto de un proyectil de aquel calibre devastador.

Hwang situó a un hombre en los bosques cercanos a la Santa Cueva. Decidió que el abad permaneciera en la basílica, acompañado por los seis monjes benedictinos. No tenían la preparación militar de sus compañeros recién llegados y no era prudente ponerlos en peligro. Un guardián de la Hermandad, de nacionalidad sueca, sería el encargado de permanecer dentro de la cámara del Maligno.

Todos, incluidos los que se encontraban en la abadía, estarían conectados en todo momento mediante micrófonos y auriculares.

Los miembros del operativo ocuparon sus puestos a las ocho de la tarde. El abad se tomó un tranquilizante, que apenas le hizo efecto. Estaba muy nervioso. Se recluyó en el despacho con algunos monjes, ante los cuales apenas lograba aparentar serenidad. A las nueve y cuarenta y cinco en punto, el cardenal, Bernat y un miembro armado de la Hermandad salieron del monasterio y emprendieron el camino hacia la Santa Cueva. Bernat sujetaba al cardenal con un brazo mientras con la mano acariciaba, oculta bajo el hábito, el arma con la que se enfrentaría a Belfegor si las cosas se torcían. Era una noche cálida y estrellada. Al fondo del valle se veían los coches que circulaban por la carretera: las luces rojas de los que descendían y las luces blancas de los que subían. Toda aquella multitud de gente seguía con su vida, ajena a la situación dramática que se vivía en el corazón espiritual del país.

Seguramente sin ser conscientes de ello, los tres caminaban despacio, como si el hecho de avanzar con lentitud pudiera retrasar el momento del encuentro con Belfegor. Solo el corazón les latía cada vez más rápido. Incluso al cardenal, agarrado al codo de Bernat, se le aceleraban las pulsaciones. La última vez que había estado frente a aquel diablo, este le había abierto el cuello con un dedo y lo había degollado a los pies de la iglesia de Sant Pere de Lavern. Volver a encontrarse con él era lo último que deseaba.

Afrontaron el último tramo y pasaron cerca del miembro de la Hermandad oculto entre los matorrales y las zarzas, armado con un fusil de asalto. El monje los vio y se santiguó. Finalmente llegaron a la Santa Cueva. Ya era de noche y un par de farolas viejas iluminaban los alrededores de la capilla. Apenas irradiaban una luz amarillenta, casi enfermiza. A medida que se acercaban, los tres

guardianes de la Hermandad comenzaron a distinguir con mayor claridad tres figuras humanas cerca de la Santa Cueva, algo apartadas del haz de luz. Hwang, Bernat y el otro monje se detuvieron a unos treinta pasos. A pesar de la penumbra, podían ver frente a la capilla la figura tétrica de Belfegor. A aquella distancia ellos no podían apreciarlo, pero el demonio sonreía complacido. A su lado, el hombre de las gafas verdes empuñaba la espada de virtud con la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba el cabello despeinado de Berta, que estaba arrodillada ante él con las manos atadas a la espalda.

Sexta parte



Y mayormente se ha probado esto en espadas que llaman de virtud, pues cortan hierro así como si cortasen calabaza fresca, y hacen el corazón de aquel que las porta ardiente y vigoroso; y de estas tuvo una el rey Jaime de Aragón.

FRANCESC EIXIMENIS,
Duodécimo libro de *Lo Crestià*

26

Acre, marzo de 1270

Hacía ya un buen rato que era negra noche cuando una pequeña puerta en el extremo septentrional de la muralla de Acre se abrió con un leve chirrido. El gemido quedó ahogado por el estruendo de las olas al romper contra las rocas situadas al pie de los baluartes. Era el tramo del muro asignado a los templarios, y precisamente por esa razón era la única puerta que los monjes de la orden podían abrir sin que nadie les hiciera preguntas incómodas. Las órdenes del gobernador de la ciudad eran inflexibles y no se hacían excepciones. La ciudad quedaba cerrada desde la puesta del sol hasta que volvía a salir. Desde el crepúsculo hasta el alba, todos los días del año. Nadie podía entrar ni salir durante la noche. El enemigo no descansaba, y ya había demostrado su capacidad para golpear en la oscuridad. No sería la primera vez que los asesinos del sultán se colaban dentro de la ciudad para matar a todo aquel que encontraran por las callejuelas oscuras y solitarias.

Pero, por encima de la autoridad del gobernador, los caballeros templarios obedecían incondicionalmente a su gran maestre. Y aquella noche sin luna este les había ordenado que abrieran la portezuela fugazmente para dejar entrar a un muchacho que los esperaba fuera justo cuando las campanas de las iglesias tocaran las dos. ¡Dong! ¡Dong! Los dos golpes de campana resonaron por toda

la ciudad. Unos instantes después, dos templarios abrieron la puerta y uno de ellos salió al exterior, con la mano sobre la empuñadura de la espada y el escudo blanco con la cruz roja preparado para cualquier sorpresa inesperada. El otro se quedó en el umbral, protegido bajo la muralla. Movió su antorcha arriba y abajo varias veces de modo que la señal solo pudiera ser vista desde fuera, pero no desde lo alto de las torres y los baluartes. Enseguida, una sombra salió de detrás de una cabaña de pescadores y corrió hacia la muralla. Se acercó al templario que estaba fuera y le susurró la contraseña acordada. El monje guerrero lo apremió a entrar en la ciudad. Él mismo lo siguió y cerró la puerta lentamente para minimizar el golpe. Nadie había visto nada, salvo un búho que observó la escena sin demasiado interés.

El templario que llevaba la antorcha empezó a caminar rápidamente, seguido por el muchacho, que avanzaba entre los dos monjes. No dijeron nada. Parecían tener prisa por conducir a aquel extraño invitado hasta la fortaleza de la orden, como si tuvieran otras cosas más importantes que hacer o aquel encargo los hubiera distraído de sus obligaciones. Avanzaron por pasadizos subterráneos, subiendo y bajando escalones, girando a derecha o izquierda en las encrucijadas, siguiendo un itinerario que Iblís dibujaba mentalmente para poder recorrer el camino inverso en solitario si fuera preciso. Finalmente, subieron una larga escalinata esculpida en la piedra que culminaba en una pequeña puerta de hierro. Estaba abierta, y dos hombres cubiertos con capas y capuchas oscuras esperaban la llegada del visitante. Uno era Galcerán de Pinós, a quien acompañaba un monje templario.

—Has venido —dijo el caballero, sonriendo.

—¿Por qué no iba a venir? Tenemos un acuerdo. No me perdería este encuentro por nada del mundo —respondió el diablo,

devolviéndole una sonrisa que dejó al descubierto dos hileras de dientes blanquísimos que casi brillaban en la oscuridad.

Hasta que no distinguió la luz de la antorcha acercándose en la negrura de los pasadizos subterráneos, Galcerán había dudado de que Iblís accediera a entrar en Acre. No las tenía todas consigo, y ahora respiraba aliviado. Físicamente le parecía más hecho, más hombre, como si aquel joven que había conocido en lo alto de la colina hubiera crecido de golpe. Seguía siendo la misma persona, por supuesto, pero había dejado de ser un muchacho para convertirse en un hombre. Sin embargo, le sorprendía que mantuviera el aspecto desaliñado y descuidado. No es que esperara que se vistiera especialmente para la ocasión, pero llevaba la misma ropa harapienta y aquellas alpargatas medio rotas.

Los dos templarios que lo habían acompañado hasta allí regresaron por donde habían venido. El monje guerrero que escoltaba a Galcerán cerró la puerta con un sonoro golpe que resonó por toda la galería. Ya estaban dentro del castillo de la Orden del Temple, una auténtica fortaleza dentro de la ciudad, con sus propias murallas, torres y baluartes. También tenía un acceso directo al puerto por otro pasadizo excavado bajo el barrio de los pisanos. Galcerán condujo a Iblís escaleras arriba y salieron a un gran patio central, alrededor del cual se encontraban las dependencias de la orden, como si fuera un claustro. Lo cruzaron por el centro y accedieron al edificio fortificado que cerraba el castillo por poniente, justo al final de la ciudad, prácticamente encaramado sobre el mar. Subieron hasta el segundo piso, donde el caballero catalán abrió la gran puerta de madera que daba acceso al gran salón de la fortaleza templaria. Plantado en medio de la estancia, los esperaba fray Thomas Bérard. Vestía el hábito de la orden militar que comandaba, con la gran cruz roja sobre un blanco inmaculado. Llevaba la espada

ceñida al cinturón, y bajo la ropa se adivinaba una cota de malla. Dos hombres lo flanqueaban. Eran más jóvenes y también iban pertrechados y armados.

La sala había sido dispuesta para la ocasión. Justo detrás del maestre templario había una mesa redonda rodeada por media docena de sillas. El resto del mobiliario reposaba junto a las paredes. Arcones, armarios y sillas habían sido apartados para no estorbar y dejar el mayor espacio libre posible. Algunos muebles tenían candelabros encima con decenas de velas encendidas. De los muros de piedra colgaban también varias antorchas, así como un par de tapices inmensos que representaban perpetuamente escenas épicas y sagradas. No había ninguna ventana ni ningún otro acceso, aparte de la gran puerta de madera por la que habían entrado. Al fondo de la estancia, en el lado opuesto a la puerta y bajo un candelabro con doce velas encendidas, había un ataúd de madera vieja y oscurecida. Era muy sencillo, liso y sin ningún tipo de ornamentación.

Plantado en el umbral, Iblís tuvo una sensación extraña, como hacía años, incluso siglos, que no sentía. Percibía una fuerza poderosa que lo empujaba hacia atrás, pero no era capaz de determinar su origen. Tal vez fuera el cuerpo de Jesús, que debía de hallarse en aquel ataúd del fondo, pero no podía estar seguro. Su instinto le advertía de un peligro latente dentro de aquel salón y, por un instante, tuvo la tentación de marcharse. Sentía en su interior un torbellino de sensaciones contradictorias e hizo un esfuerzo por sobreponerse. Fray Bérard alzó el brazo con la palma de la mano abierta, invitándolo a entrar.

—Iblís, quiero agradecerte que hayas aceptado venir hasta aquí. No debe de haber sido fácil para ti, del mismo modo que no lo es para nosotros.

El diablo entró en la estancia despacio y se acercó al gran maestre mientras Galcerán cerraba la gran puerta con un golpe seco. Disimuladamente, echó también la llave, que se guardó bajo la cota de malla.

—A ti debe de haberte costado más que a mí. Ya hace algunos años que te observo y quería conocerte personalmente, templario — respondió Iblís, adoptando un aire casi teatral en un intento de dominar la situación.

Dirigió la mirada hacia los dos acompañantes del gran maestre con una intensidad que los puso nerviosos. Fray Bérard se apresuró a intervenir:

—Estos hombres que me acompañan son los hijos del rey Jaime, los infantes Pere Ferrandis y Ferran Sanxis. Han venido a Tierra Santa en la flota del rey, junto con Galcerán de Pinós.

—Ya sé quiénes son, templario, y también sé cómo han venido. De hecho, los he visto combatir contra las tropas de Baybars. Pero me pregunto por qué razón están aquí ahora. El caballero Galcerán me dijo que tú querías verme, pero no que también estarían presentes los hijos de un rey lejano. Hijos bastardos, por cierto...

Pere encajó aquella burla con rabia, pero el gran maestre ya les había advertido contra las provocaciones del demonio. Se mantuvo impasible y no dejó de observar a Iblís con una mirada orgullosa y desafiante. No obstante, notó cómo a su lado su hermano se empequeñecía ante aquel escarnio del diablo. Iblís había sabido encontrar la herida siempre abierta de su hermano y había metido el dedo hasta el fondo.

—Solo cuatro personas en la ciudad de Acre estamos al corriente de este encuentro. Y las cuatro estamos aquí porque lo decidimos juntos.

—Supongo, además, que te sientes más seguro en compañía de estos hombres armados que si estuviéramos tú y yo a solas.

Fray Bérard no tuvo más remedio que darle la razón.

—Supones bien, Iblís. Toda precaución es poca cuando se trata del diablo.

—Déjame decirte que ni con cuatro ni con cuarenta hombres estarías a salvo si yo tuviera la voluntad de arrebatarte la vida.

El gran maestre templario ignoró deliberadamente aquel comentario. Había ensayado el encuentro decenas de veces y había previsto todas las situaciones imaginables, y se había conjurado para mantener la cabeza fría en todo momento.

—No lo dudo, pero estoy convencido de que nos entenderemos y nadie saldrá mal parado.

Iblís observó a fray Bérard con atención mientras pronunciaba aquellas palabras. Percibía sensaciones contradictorias en aquella mente; le costaba penetrar en ella y descubrir sus secretos. Leer los pensamientos de los hombres era para él como adivinar las intenciones de un niño. Por eso aquella confusión lo desconcertaba y lo sorprendía. Lo irritaba, incluso. Ni siquiera era capaz de atribuir esa indefinición a su propia dificultad o a alguna habilidad especial de aquel mortal para levantar un muro alrededor de sus pensamientos. Los ojos del templario le sostenían la mirada sin apenas parpadear, pero no veía desafío alguno en aquel gesto. Era como una hoja en blanco. Aquel anciano era un misterio.

—Queremos proponerte un trato —prosiguió fray Bérard—. Supongo que Galcerán ya te adelantó algo, ¿no?

—Sí, tu caballero me dijo que quieres que detenga los ataques musulmanes y que garantice vuestra presencia en esta tierra para siempre.

Fray Bérard sonrió y asintió levemente con la cabeza.

—Es exactamente eso. Nuestra petición es sencilla: queremos que el Reino Latino de Jerusalén, fundado hace casi doscientos años por Godofredo de Bouillón, se perpetúe en la tierra donde Jesús nació, creció y murió. Solo queremos un pedazo de tierra para los cristianos de Tierra Santa y que el sacrificio de todos los que nos han precedido no sea estéril. Creo que no pedimos demasiado, sinceramente.

—Al contrario; no pides poco, templario. O, dicho de otro modo, eso que reclamas puedo concedéroslo con poco esfuerzo, es cierto, pero no es una decisión que me agrade tomar. Como ya le dije a Galcerán, pocas cosas podrían complacerme más que hacer desaparecer para siempre a los seguidores de la cruz de esta tierra, la más querida por vuestro Dios. ¿Qué clase de Dios sería si no fuera capaz de tener seguidores ni siquiera en la tierra donde nació su hijo? Si ni siquiera fuera capaz de defender a sus fieles en el lugar más sagrado, ¿merecería tenerlos en el resto del mundo conocido? Yo creo que quedaría demostrada su debilidad y su pequeñez. Más aún, diría que quedaría al descubierto su traición a los hombres, porque debéis saber que, por mucho que lo veneréis, él os desprecia y os ignora.

—Nada de lo que puedas decir hará que perdamos la fe y la confianza en Dios —saltó Galcerán, que tenía menos tendencia a la contención que el gran maestre templario—. Esta es nuestra petición, ni más ni menos. Si quieres negociar, tenemos una propuesta que hacerte. Si no, yo mismo te conduciré al portal por el que has entrado.

El infante Pere también adelantó un pie y se disponía a hablar, sin duda para reafirmar el mensaje de Galcerán. Enseguida, el gran maestre del Temple alzó levemente la mano para detenerlos y se dirigió a Satanás.

—Disculpa a mi compañero, tiene menos paciencia que yo. Sin embargo, Galcerán tiene razón en el fondo de lo que dice. Te he expuesto sin rodeos lo que queremos pedirte. Y también te expondré lo que creemos que puede darte motivos para aceptar este trato. Tenemos aquí, desde hace más de mil años, el cuerpo de Cristo totalmente incorrupto. Parece como si lo hubieran enterrado ayer. Es todo tuyo si nos das garantías de que cumplirás tu parte, porque, como comprenderás, no nos basta con tu palabra.

—Veo que me conoces lo suficiente como para ofrecerme aquello que sabes que no puedo rechazar. Es ciertamente muy tentador tener el cuerpo del hijo de vuestro Dios en mi poder, en las profundidades del infierno. Pero...

Se detuvo. Por un instante volvió a sentir una inquietud angustiosa. Había alguna amenaza latente en aquella cámara, un peligro desconocido que se manifestaba con mayor o menor intensidad. El diablo volvió a intentar identificar su origen, pero no lo conseguía. Forzosamente debía proceder del cuerpo de Cristo. No era una reliquia cualquiera, desde luego, y debía de contener una gran energía espiritual.

—¿Te encuentras bien, Iblís? —preguntó el gran maestre, frunciendo levemente el ceño.

El diablo recuperó la concentración.

—Sin embargo, te decía, ¿cómo puedo estar seguro de que el cuerpo que me entregas es el cuerpo de Cristo? ¿Qué garantías tengo yo? ¿Cómo sé que no eres tú quien me está engañando?

—Porque, si lo que dicen los mejores tratados de demonología es cierto, puedes leer nuestros pensamientos.

Satanás miró fijamente al gran maestre. Era evidente que no tenía delante a un monje cualquiera.

—No vas desencaminado. Aun así, ¿cómo puedo saber que a ti no te engañaron y que el cuerpo que crees que es el de Cristo en realidad no lo es?

—Si ese fuera el caso no sé cómo podríamos resolverlo, ciertamente. Pero tengo plena confianza en todos los grandes maestres de la orden que me han precedido. ¿Por qué razón habrían mentido en una cuestión tan capital?

Satanás permaneció un rato en silencio, intentando imponerse a aquella desconfianza que no lograba sacudirse de encima. No se sentía cómodo ni se sentía seguro; no quería permanecer allí por más tiempo. Volvió a hablar mientras empezaba a caminar, trazando círculos lentamente delante de sus interlocutores.

—Tal vez sí. Pero incluso si fuera el verdadero cuerpo de Cristo, aún veo más dificultades, quizá insalvables. Si acepto el trato que me propones y me llevo conmigo el cuerpo de vuestro mesías, no tendréis ninguna seguridad de que yo cumpliré mi parte. ¿Qué garantías podría ofrecerte? No lo sé. Y supongo que no pensaréis que seré tan necio como para cumplir primero mi parte y confiar después en que me entregaréis su cadáver. La palabra de los hombres vale lo mismo que una ráfaga de viento: es efímera y cambia constantemente de dirección.

Fray Bérard sonrió en un intento de mantener la confianza, pero percibía que la situación empezaba a escapársele de las manos como el agua que se escurre entre los dedos.

—Ya he pensado en eso. Y existe un término medio que podría servirnos de compromiso. Por ejemplo, podemos fijar un periodo de tiempo sin ataques por parte de los musulmanes, quién sabe si incluso alcanzando una tregua definitiva o un pacto de convivencia con el sultán. No sería el primer acuerdo al que llegamos con los musulmanes, si bien todos han sido limitados y, a menudo,

incumplidos. Una vez transcurrido el tiempo acordado, te entregaremos el cuerpo de Cristo. Por ejemplo, yo pensaba en un plazo razonable de cincuenta años...

—¡¿Cincuenta años?! —exclamó el diablo sin dejar de caminar, clavando la mirada en el templario—. ¿Crees que ayudaré a los seguidores de la cruz durante cincuenta años sin recibir nada a cambio?

—¡Déjame terminar, por favor! Si después de cincuenta años no cumplimos nuestra parte, podrás considerar roto nuestro acuerdo y desencadenar sobre nosotros todas tus maldades. ¿Qué son cincuenta años? ¡Nada! Para ti el tiempo es infinito.

—O, visto desde mi punto de vista, dentro de cincuenta años podríais entregarme el cadáver del hijo de vuestro Dios y yo, igualmente, desencadenar sobre vosotros toda mi furia. Al fin y al cabo, todo es una cuestión de confianza mutua.

—Tienes toda la razón. Y sin esa confianza no podemos avanzar ni acordar nada.

Satanás dejó de caminar y se plantó justo delante de fray Bérard. Le dirigió una sonrisa cínica, se relamió los labios con la punta de la lengua y dijo:

—He aquí la palabra que esperaba: confianza. Creo que hemos llegado al final del camino. Ni vosotros podéis confiar plenamente en mí, ni yo puedo fiarme de vosotros. Es mucho más que una cuestión de piel; es una cuestión de principios, supongo. Nuestro acuerdo es imposible, ¿no te parece?

El templario dio un pequeño paso atrás. Todo aquello avanzaba mucho más deprisa de lo que había previsto. El diablo continuó:

—Pero no he venido hasta aquí solo para constatar lo que ya preveía. No me marcharé con las manos vacías, puedes estar seguro.

En cuanto oyó aquellas palabras, el infante Pere aferró con fuerza la empuñadura de la Vilardella, aunque no la desenvainó. Aquel pequeño gesto bastó para que Satanás girara la cabeza de inmediato y le dedicara una mirada furiosa.

—¿Qué pretendes, tú? —dijo, y bajando la vista hacia el arma añadió con sorpresa—: ¿Qué poder es este que irradia de tu espada?

Pere percibió la furia del diablo en cada centímetro de su piel. Sintió cómo el corazón se le aceleraba y comenzó a desenvainar la espada lentamente. Su hermano y el caballero Galcerán se apartaron instintivamente de Satanás y también posaron las manos sobre sus armas.

—¡Deteneos todos! —exclamó fray Bérard. Y señalando directamente al diablo, añadió—: Te pido que reconsideres nuestra oferta el tiempo que sea necesario. No hace falta que decidamos nada hoy.

Iblís estalló en una carcajada siniestra que ponía los pelos de punta.

—¿Qué quieres que reconsidere, templario? Nuestro dilema no tiene solución. Además, algo me dice que me estás engañando. Lo pienso desde que he puesto los pies en esta estancia. ¿Me equivoco?

Fray Bérard comprendió que el tiempo de las palabras había terminado y que era necesario pasar a la acción. El corazón se le aceleró vertiginosamente. Buscó la mirada del infante Pere y se topó con sus ojos expectantes, a la espera de una señal. No hizo falta más que una mirada decidida y un ligerísimo asentimiento de aprobación.

El infante desenvainó la espada y sus compañeros, instintivamente, hicieron lo mismo. El gran maestre del Temple era quien estaba más cerca de Satanás y se retiró sin darle la espalda mientras su mano derecha buscaba la empuñadura de su espada.

Por fortuna, había dejado de ser el centro del interés del diablo, que se volvió hacia los tres catalanes con una sonrisa.

—Esto será más divertido de lo que pensaba —dijo, y, apuntando hacia la Vilardella, añadió—: Veo que tienes una espada de virtud. ¿Crees de verdad que con esa arma puedes llegar a herirme, insensato?

Pere dio un paso atrás, levantó la espada y se inclinó ligeramente de lado, adoptando una posición defensiva. Galcerán sujetó su espada con ambas manos mientras el infante Ferran se colocaba a su lado, empuñando también la suya.

—Soy inmortal. Creo que ya deberíais saberlo. Yo fui el ángel celestial más hermoso, el predilecto del creador de todo el universo y el más admirado de todos los serafines. Allí lo sabía todo el mundo, y por eso vuestro Dios incubó una envidia incontrolable y me precipitó hacia los abismos del infierno. Soy el señor de las tinieblas, pero mi naturaleza es sagrada. Nada puede matarme, ni siquiera una espada de virtud.

Fray Bérard terminó de desenvainar su espada y la alzó contra Satanás justo antes de proclamar:

—¿Celoso de ti, Nuestro Señor? Más bien fue al revés. Te rebelaste contra Él, y por eso el infierno es tu castigo perpetuo. Y no, no tenemos intención de matarte. Pero tampoco saldrás de aquí, si Dios lo quiere.

Mientras Satanás profería otra carcajada estremecedora, Galcerán de Pinós miró estupefacto al maestre templario. Era una mirada interrogadora. No entendía nada. El gran maestre del Temple lo observó un instante antes de volver a clavar los ojos en Satanás. Sin dejar de vigilar al diablo, exclamó:

—¡Satanás es capaz de leer nuestros pensamientos, Galcerán! Si hubieras conocido mi plan, él también lo habría sabido. No solo no

habría venido hasta aquí, sino que con toda seguridad te habría matado. ¡Ignorar mi plan te ha salvado la vida!

Galcerán no sabía qué decir. Estaba atónito, y su mente era un torbellino de sensaciones. Por un lado, se sentía engañado y herido. Había sido un simple instrumento del templario, un mero heraldo para atraer al diablo hasta la trampa. Sin embargo, era lo bastante inteligente como para entender aquella maniobra; sabía bien que, sin aquella argucia, quizá no estarían allí. A su lado, Pere entendía ahora de forma diáfana la precaución extrema de fray Bérard, y un sentimiento de orgullo lo inundó como si de un torrente se tratara. De alguna forma, se sentía incluso más implicado que el propio Galcerán en aquella conjura. Había gozado de la confianza del gran maestre del Temple y estaba exultante. Junto a él, su hermano sujetaba la espada más por inercia que por determinación, abrumado por una situación que no acababa de comprender y en la que se sentía casi como un añadido prescindible.

El diablo no podía dejar de sonreír, divertido.

—¡Esta sí que es buena! ¿No solo has osado engañarme a mí, sino que además has embaucado a tus propios compañeros? —bramó Satanás mientras su cuerpo parecía agrandarse—. ¿Tú, un monje miserable y repugnante, te has atrevido a tenderme una trampa a mí?

Fray Bérard tragó saliva y respiró hondo para intentar calmarse. La angustia le devoraba los nervios, pero no podía permitirse mostrar ningún signo de debilidad. No solo debía demostrar aplomo ante Satanás, también debía exhibir la máxima determinación ante sus compañeros, que a la fuerza estarían desorientados. Se acercaba el momento en que sabría si Dios compartía aquel plan con él y los ayudaría a culminarlo o los abandonaría a su suerte.

—¿Y a ti por qué no puedo leerte los pensamientos? —le preguntó Satanás, dando un paso adelante.

—Un sacerdote zoroastriano me ha enseñado a preservar mis secretos, a cubrirlos en la niebla de la mente con una coraza de fe impenetrable, fuera de tu alcance.

—¡Esos adoradores del fuego son la mayor escoria de la Tierra! Incluso más que vosotros. Por eso deben ser exterminados, todos y cada uno de ellos...

—¡Deja en paz a los zoroastrianos, Satanás! —lo interrumpió el gran maestre—. ¡De hecho, ya va siendo hora de que dejes a todo el mundo en paz!

Satanás dio otro paso adelante mientras abría ligeramente los brazos.

—¿Te atreves a darme órdenes, pobre mortal? Tú serás el primero en morir...

No pudo terminar la frase, porque Galcerán lo embistió con todas sus fuerzas blandiendo la espada. Satanás no se inmutó: se volvió hacia él, dejó que se acercara y esquivó el golpe del acero como si se moviera más rápido que el caballero. Acto seguido levantó la pierna derecha y le propinó una patada que lo hizo rodar por el suelo hasta estrellarse contra una de las patas macizas de la mesa.

Iblís se volvió entonces hacia el maestre templario, que lo señalaba con su espada. Su cuerpo demoníaco crecía a cada instante. No perdía su forma humana, pero se hacía cada vez más grande, más fuerte y más temible. Sus ojos se habían vuelto rojos como rubíes y brillaban como chispas.

—¡Yo te maldigo a ti, a tu orden y a todos sus monjes! Tu vida terminará hoy, pero antes de morir quiero que sepas que tu sucesor será el último gran maestre que gobernará sobre esta tierra. Morirá

por una flecha musulmana en medio de la destrucción de Acre. ¡Nunca más esta ciudad volverá a ser cristiana!

Fray Bérard lo acometió con la punta de la espada, pero Satanás detuvo la hoja con la mano, le arrancó el arma de los dedos, la empuñó él mismo y se la clavó en el vientre. Lo hizo con tal rapidez que el monje apenas fue consciente de ello hasta que la punta le penetró la carne. Afortunadamente, la cota de malla frenó el ataque y el hierro no le hirió de gravedad. El gran maestre templario cayó al suelo mientras la túnica se le teñía rápidamente de sangre.

Sacando fuerzas del mismo miedo que sentía, Ferran Sanxis se abalanzó sobre el diablo. Este vio cómo cargaba contra él y dejó que se acercara. Justo en el último instante, colocó la palma de la mano derecha frente al infante catalán y empujó ligeramente el aire, sin siquiera tocarlo. El joven salió proyectado hacia arriba, contra la pared, como si fuera un muñeco de paja, chocó contra la piedra con un golpe seco y cayó pesadamente al suelo. Satanás se le acercó lentamente mientras lo señalaba con el dedo índice.

—A ti, insensato, te dejaré vivir porque tu muerte será aún más patética. Será tu propio hermano quien te mate. Ese será tu destino...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Pere le clavó la espada Vilardella en la espalda sin ninguna dificultad y con tal rapidez que, cuando Satanás giró la cabeza, ya tenía un palmo de hoja dentro del cuerpo. Sus ojos no comprendían nada, pero enseguida lo inundó una avalancha de dolor. El hijo del rey extrajo la espada y el diablo se desplomó sobre las losas de piedra.

Satanás lanzó un grito tan intenso y ensordecedor que los muebles de la estancia vibraron y al maestre templario y a los tres catalanes les pareció que los oídos les iban a estallar. Se contrajo un instante antes de dar un salto y subirse por la pared y el techo. Un

chorro negro como la noche brotaba de la herida y salpicaba el suelo del salón. Era una sustancia viscosa, humeante, que desprendía un hedor nauseabundo.

Como si fuera un gran insecto capaz de sujetarse a los muros sin caer, el cuerpo del diablo buscaba desesperadamente una salida para huir de aquella trampa. Cada vez que pasaba por encima de la puerta intentaba abrirla, pero no tenía fuerza suficiente para mover aquel portón de madera maciza que Galcerán había cerrado con llave. Perdía sangre sin cesar y, con la sangre, perdía también la fuerza. Mezclaba gemidos espeluznantes de dolor con frases en una lengua incomprensible, pero en un tono inequívocamente amenazador.

Mientras el diablo recorría las paredes de la sala rebotando contra las esquinas y haciendo caer los tapices, el infante Pere se había desplomado en el suelo y se retorcía de dolor. Había soltado la espada y con la mano izquierda se sujetaba el brazo derecho. Galcerán se acercó para ayudarlo y quedó horrorizado: tenía la mano y el brazo completamente negros, como si se hubieran quemado de forma instantánea en el mismo momento de herir a Satanás. El joven lo miró a los ojos sin decir nada y esbozó una leve sonrisa. A pesar del intenso dolor que sentía, estaba orgulloso de haber herido al diablo.

—¡Ayudadme, Galcerán! —exclamó el gran maestre templario.

Aquellas palabras devolvieron al caballero a la intensidad del momento y se levantó de un salto. Fray Bérard estaba de pie junto a un arcón de madera vieja y oscura, sobre el cual había un pequeño candelabro con cuatro velas. Con una mano se cubría la herida y con la otra apartó de un manotazo el candelabro, que rodó por el suelo. Empujó el arcón para separarlo de la pared y lo abrió fácilmente por la parte superior, ya que no tenía ni cerradura ni cerrojo.

—Tenemos que encerrarlo aquí dentro —dijo el gran maestre templario al caballero en voz baja—. Si todo sale como he previsto, no podrá escapar de esta caja.

—Pero la destrozará sin ningún esfuerzo... —objetó Galcerán mientras sujetaba a fray Bérard por el brazo.

—¡No! Esta caja está hecha con la madera de la Vera Cruz.

—¿Cómo?

—Sí, esta caja se ha hecho con la madera de la misma cruz en la que Jesús fue crucificado.

—¿Y el cuerpo de Cristo? —preguntó el caballero catalán, aunque ya intuía la respuesta.

—El cuerpo de Jesús resucitó y ascendió al cielo, tal como lo vieron los apóstoles y otros testigos con sus propios ojos. Nunca lo hemos tenido, ni nosotros ni nadie más.

Satanás había detenido su carrera frenética y se encontraba exhausto en un ángulo de la sala, justo donde la pared se unía con el techo. Conservaba un aspecto casi humano, pero estaba adherido a la piedra de tal manera que parecía una araña en su red. Miraba fijamente a sus enemigos con rabia mientras se aferraba a las paredes y al techo artesonado con unas manos y unos dedos desproporcionados. Un hilo de sangre se desprendía de aquella masa casi informe y caía sobre las losas formando un pequeño charco negro, pegajoso y pestilente.

Los hijos del rey, doloridos, se acercaron a Galcerán lentamente. Pere se sujetaba el brazo derecho con el izquierdo y hacía un gran esfuerzo por contener el dolor que sentía. No llevaba la espada, que había quedado tendida en el suelo. Ferran lo seguía justo detrás, cojeando ligeramente. Había recuperado su arma, que empuñaba con firmeza en la mano derecha.

El techo era alto y no podían alcanzarlo ni siquiera poniendo las espadas en alto. Fray Bérard parecía haber previsto aquella posibilidad y se dirigió rápidamente a una cómoda, de la que extrajo dos frascos de vidrio tornasolado. Sin decir palabra, se acercó a Satanás, procurando no situarse justo debajo de él. Hizo un gesto a sus compañeros con la mano izquierda para que permanecieran alerta y lanzó el frasco con todas sus fuerzas contra el diablo. El vidrio estalló sobre Satanás y lo empapó con el agua bendita que contenía. El diablo lanzó otro chillido ensordecedor y despegó un brazo de la pared para sacudirse frenéticamente aquellas gotas de agua que le quemaban el cuerpo. Fray Bérard no le concedió ni un instante y le arrojó el segundo frasco, que le impactó en la cabeza y se hizo añicos, rociándolo con una nueva lluvia de agua bendita.

Satanás se balanceó ligeramente, agarrado al techo por la única garra que lo sostenía, pero enseguida se soltó y se estrelló contra el suelo de piedra. Se frotaba los ojos y el rostro con las manos, pero había perdido la energía inicial. Parecía exhausto, consumido. Poco a poco, su cuerpo recuperaba la forma del muchacho de la colina, con el cabello rizado y el cuerpo enjuto.

Fray Bérard tomó un tercer frasco del cajón y lo lanzó contra el diablo. La ampolla se estrelló sobre su cuerpo y lo impregnó aún más de agua bendita. Satanás ya no chillaba ni rugía; solo dejó escapar un lamento tristísimo que helaba la sangre. Era un silbido de resignación, apagado.

—No es solo agua bendita —susurró el gran maestre a sus compañeros sin apartar la mirada del diablo—. Es agua del río Jordán, recogida en Al-Maghtas, en el mismo lugar donde san Juan bautizó a Jesús. ¡Es el agua más sagrada!

Mientras terminaba la frase avanzó hacia Satanás con paso decidido. Sacó una pequeña cruz de madera que llevaba colgada del

cinturón y, sujetándola por la base, la colocó a escasos centímetros del rostro del diablo, que hizo un gesto de rechazo y, casi sin fuerzas, apartó ligeramente la cara. El gran maestre comenzó a recitar en voz alta, acercándole todavía más el crucifijo:

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio, contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur...*

Satanás intentó apartar la cruz de un manotazo, pero el templario la retiró a tiempo. Volvió a colocarla junto a su rostro y prosiguió:

—*Tuque, Princeps militiae caelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude.* Amén.

—Amén —repitió Galcerán de Pinós, justo detrás de él.

—Ayudadme, deprisa —ordenó fray Bérard a sus compañeros. Y señalando a los dos hijos del rey, añadió—: ¡Acercad la caja hasta aquí!

Los dos hermanos se apresuraron a mover la caja, que pesaba más de lo que parecía a primera vista. Era de madera gruesa, vieja y oscura, reforzada con láminas verticales de hierro forjado. No tenía asas ni cerradura y estaba abierta por la parte superior, con la tapa unida al resto de la caja mediante dos bisagras metálicas. La empujaron con dificultad por las heridas sufridas durante la lucha. La acercaron hasta fray Bérard y la colocaron donde este les indicó. Satanás seguía en un estado letárgico. Respiraba con dificultad y, de vez en cuando, susurraba palabras incomprensibles, como si hablara en sueños.

—Démonos prisa, me temo que pronto se despertará —afirmó el templario.

No fue necesario dar más instrucciones. Él mismo y Galcerán lo incorporaron por el torso mientras los dos infantes reales lo

levantaban por las piernas. Sorprendentemente, pesaba como una pluma, como si estuviera casi vacío por dentro. En cambio, el cuerpo estaba anormalmente caliente, casi ardía. Mientras lo levantaban, Satanás entreabrió los ojos y miró a fray Bérard. El templario se dio cuenta y apartó la mirada de inmediato para evitar el contacto visual. Había que darse prisa antes de que se despertara por completo.

Lo pusieron dentro de la caja mientras Satanás empezaba a resistirse levemente. Cada vez hablaba más y con más fuerza. Galcerán cerró la tapa de madera y la sostuvo haciendo presión mientras fray Bérard tomaba un martillo de una arquilla que había sobre la mesa y comenzaba a clavar clavos, uno tras otro, para sellar la caja. Satanás empezó a golpear la madera desde dentro, primero de forma débil y luego con una violencia creciente. Consciente de lo que estaba ocurriendo, comenzó a agitarse presa del pánico. Empezó a gritar y a maldecir a sus captores, que escuchaban sus bramidos amortiguados por los gruesos tablones de madera sagrada.

Los cuatro se abalanzaron sobre la caja para intentar inmovilizarla con todas sus fuerzas. Esta rebotaba furiosamente mientras Iblís rugía de rabia. El gran maestre comenzó a rezar en voz alta, tratando de imponerse a los alaridos del diablo, provocando una mezcla de sonidos incomprensible. Ninguno de los cuatro habría sido capaz de decir cuánto tiempo permanecieron sobre aquella caja, pero todos habrían coincidido en asegurar que aquel combate contra el diablo atrapado se les hizo eterno. El salón no tenía ventanas y, por tanto, no sabían si aún era de noche. Tal vez ya había llegado el alba y los rayos del sol acariciaban la ciudad de Acre tras una noche fría y húmeda. No les habría sorprendido; habían perdido por completo la noción del tiempo.

Con el paso de las horas, la intensidad y la frecuencia de los coletazos de la caja fueron disminuyendo. Había intervalos de quietud cada vez más largos, pero justo cuando aquellos hombres empezaban a confiarse, Satanás provocaba una sacudida que lograba desplazarla un par de palmos. Eran las últimas convulsiones de un diablo que perdía energía y se rendía lentamente a la fuerza implacable de aquella madera sagrada. Su maldad se apagaba irremediablemente y se sometía ante la Vera Cruz, tal como había previsto el gran maestre del Temple.

Estaban ya al límite de sus fuerzas cuando la caja dejó de moverse. El silencio era absoluto. Muchas de las velas que iluminaban la sala ya se habían consumido. Las que aún ardían estaban en las últimas, y convertían el titilar desesperado en su canto del cisne. Pronto quedarían en la oscuridad más absoluta. Los cuatro se miraron entre sí. No les hizo falta decirse nada para entenderse. Lentamente y de forma simultánea dejaron de presionar, pero sin apartar las manos de aquella prisión de madera. La caja seguía inerte, como si estuviera vacía. Permanecieron un rato con los cinco sentidos en estado de alerta, tratando de percibir algún sonido, un roce fugaz procedente del interior o cualquier movimiento, por imperceptible que fuera. Tampoco podían advertir ya ninguna fuerza diabólica, como habían notado durante las largas horas precedentes.

Pere dejó de hacer fuerza con las manos y se dejó caer al suelo. A pesar del agotamiento, comenzó a arrastrarse sobre las losas frías hasta alcanzar el lugar donde había caído la Vilardella. La parte de la hoja que había penetrado el cuerpo de Iblís, desde la punta hasta casi dos palmos, estaba oscurecida, impregnada de aquella sustancia viscosa que había manado de la herida. El hijo del rey la tomó por la empuñadura con la mano izquierda. En la mano y el brazo derechos

apenas tenía sensibilidad. Se volvió boca arriba y respiró hondo mientras contemplaba el techo de madera sostenido por enormes vigas de pino.

Fray Bérard permanecía aún sobre la caja mientras Ferran también dejaba de sujetarla y se sentaba en el suelo. Apoyó el hombro contra la pared, pero enseguida el dolor hizo que se apartara. Le dolía mucho la espalda. El golpe que había recibido contra el muro cuando Satanás lo había lanzado por los aires había sido más fuerte de lo que pensaba. La excitación de la lucha había camuflado un dolor que ahora se manifestaba plenamente. Tal vez tenía algunas costillas rotas. Pero no solo sentía un profundo malestar físico: la profecía lanzada por el diablo se le había clavado como una daga y resonaba sin cesar en su cabeza. ¿Moriría realmente asesinado por su hermano? ¿Por su hermano Pere? Ni aquel demonio ni nadie podía predecir el futuro. Solo se llevaría a cabo la voluntad de Dios. Entonces, ¿por qué razón le había lanzado aquella maldición? Seguramente lo había hecho para asustarlo o para enfrentarlo a su propio hermano. Sin duda, pretendía sembrar la discordia entre ellos. Y, aun así, no podía dejar de pensar en ello mientras permanecía sentado en el suelo. Siempre había tenido la convicción de ser el hijo menos querido por el rey, el hermano más arrinconado por el resto, el retoño de Jaime I que había crecido más torcido, el blanco predilecto de las ácidas y silenciosas críticas que recorrían los pasillos del palacio real mayor. Aceptaba con resignación que nunca sería tan fuerte ni tan audaz como su padre. Incluso aceptaba ser siempre considerado un hijo bastardo. Pero no soportaba que todos pensaran que era el más incapaz y el más estúpido de todos sus hijos. Por suerte, tenía a su incansable madre a su lado. Solo Blanca de Antillón lo valoraba en su justa medida. Algún día demostrarían, juntos y ante todos, que no eran menos que los demás.

Galcerán de Pinós también se apartó lentamente de la caja hasta que sus diez dedos se desprendieron de ella, como si se alejara con cautela de un niño dormido para evitar despertarlo. Retrocedió hasta el centro de la estancia y miró a su alrededor. El gran maestre del Temple, malherido, era el único que había permanecido sobre la caja, aplicando ya apenas más fuerza que el peso de su propio cuerpo, completamente exhausto. A su derecha, Pere Ferrandis yacía boca arriba. Apretaba la espada con la mano izquierda y tenía el brazo derecho sobre el pecho, con los dedos de esa mano ennegrecidos y retorcidos como alambres. Tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, como si se hubiera quedado dormido. A la izquierda, Ferran Sanxis estaba sentado sobre las losas de piedra, con las piernas cruzadas y la mirada perdida. Su cuerpo estaba allí, pero quién sabía dónde se hallaba su mente en aquel momento. Galcerán cerró los ojos mientras se arrodillaba. Juntó las manos ante el rostro y comenzó a rezar con todas sus fuerzas. Pedía a Dios que aquello que habían hecho fuera verdaderamente su voluntad y no un gran pecado mortal de vanidad. Fray Bérard también rezaba en silencio. Rogaba al Todopoderoso que tuviera piedad de ellos y que los ayudara en la nueva misión que tenían por delante. Le pedía que les diese fuerza, prudencia y sabiduría para aquella nueva tarea de carceleros del Maligno, del cual le separaba únicamente un tablón de madera de la Vera Cruz.

27

—¡Berta! —gritó Bernat mientras el cardenal Hwang lo sujetaba con fuerza por el brazo. El plan que habían trazado preveía aquel momento: era imprescindible no perder los nervios ni dejarse arrastrar por la emoción o la impulsividad.

La subinspectora alzó la mirada. A aquella distancia el monje no podía verlo, pero los ojos de la *mossa d'esquadra* brillaron por primera vez en muchos días. Para ella, la voz de Bernat y la presencia a pocos pasos de los hombres de la Hermandad suponían un resquicio de esperanza. No tenía ninguna duda de que harían lo que fuese necesario para liberarla. Pese a su debilidad física y a que tenía las manos atadas a la espalda con una brida, Berta se movió ligeramente para demostrar que estaba viva y consciente. El hombre de las gafas verdes reaccionó tirándole con violencia del cabello y la acercó de nuevo a sus piernas.

—¡Suéltala ahora mismo! —exclamó Bernat con la sangre hirviendo.

—La soltaré en cuanto hagas lo que tienes que hacer —respondió Belfegor, más calmado.

—¡Primero libérala y luego hablaremos!

Belfegor soltó una carcajada siniestra que resonó entre los riscos de Montserrat. El hombre de las gafas verdes lo observó asustado. Desde el primer momento había decidido inhibirse de cualquier asunto ajeno a su encargo. Intentaría mantener la cabeza fría y los

pies en el suelo, por mucho que todos parecieran estar locos o poseídos. Se había conjurado para cumplir con su trabajo y cobrarlo generosamente, pero cada vez veía más claro que aquel monje tenía razón y que estaba trabajando para una fuerza maligna. Por primera vez pensó que quizá se había equivocado al aceptar aquel encargo, pero ya no había vuelta atrás. Intento visualizar la enorme cantidad de dinero que recibiría en pocas horas si todo salía según lo previsto.

—No estás en condiciones de negociar absolutamente nada, monje —respondió Belfegor—. Entra en la cueva con mi sicario, toma la espada y haz lo que debes hacer. Solo entonces dejaré libre a tu amiga y nos marcharemos.

Sin soltar el brazo de Bernat, el cardenal dio un paso adelante.

—Berta es una persona inocente que no tiene nada que ver con nuestro pleito. Déjala libre y te doy mi palabra de que buscaremos una solución entre todos.

Belfegor lo miró con los ojos tan llenos de odio que Hwang sintió que un golpe de fuerza lo empujaba hacia atrás. Clavó un pie en el suelo y avanzó de nuevo.

—¡Ahí tenemos al cardenal Hwang! Intuía que no te perderías este encuentro por nada del mundo. Eres muy previsible. Y bastante insensato también. ¿No recuerdas que la última vez que estuvimos juntos te abrí el cuello? ¿No tuviste suficiente? Ten cuidado, quizá tus amigos no puedan resucitarte por segunda vez.

El hombre de las gafas verdes lo miró, cada vez más horrorizado.

—No me importa lo que pueda pasarme a mí —respondió el cardenal, esforzándose por mantener la calma—. Ya deberías saberlo. Suelta a Berta ahora mismo y podremos negociar sin condiciones ni amenazas.

—¡No tengo nada que negociar con vosotros! ¿Os creéis que podéis tratarme así, como si fuéramos iguales? Yo soy inmortal y

vuestras vidas no son más que un suspiro. Yo soy el príncipe de las tinieblas y vosotros no sois más que seres miserables y corruptos. ¡No tenéis ningún derecho a decirme lo que debo hacer!

Inmediatamente después de pronunciar estas palabras hizo una señal con la mano. El hombre de las gafas verdes levantó la cabeza de Berta y puso la hoja de la espada sobre su cuello.

—No te lo diré otra vez, Bernat. Entra en la Santa Cueva y clava la espada en la caja tantas veces como haga falta. Si no lo haces, le abriremos el cuello a Berta aquí mismo, delante de tus ojos. ¿Serás capaz de cargar con otra muerte en tu conciencia?

La *mossa d'esquadra* miró a Bernat aterrorizada. Sentía el frío del metal sobre la garganta. La hoja estaba tan afilada que ya empezaba a cortarle la piel. Belfegor sonreía mientras observaba al monje, que lo miraba lleno de furia. De buena gana habría dado en aquel mismo instante la orden de degollarla, pero antes Bernat debía matar a Satanás. Una vez que lo hubiera hecho, él mismo eliminaría a todos los testigos, incluido aquel sicario torpe que había contratado y al que detestaba cada día más.

—¿De verdad dejaréis que mate a esta chica por vuestra obcecación? —gritó Belfegor.

La situación había llegado a un punto muerto. Era uno de los escenarios previstos por el cardenal Hwang y sabía qué debía hacer en aquel instante. De hecho, no era el peor escenario, porque de ningún modo quería que nadie accediera al interior de la Santa Cueva, donde el margen de maniobra sería mucho más reducido. Casi instintivamente inclinó la cabeza para acercarla al micrófono que llevaba en la chaqueta y dijo en voz baja, casi en un susurro:

—Si tienes un tiro seguro, luz verde.

El tirador polaco de la Hermandad, a casi dos kilómetros de allí, tendido en el suelo del Mirador de los Apóstoles y con la boca del

cañón del fusil de precisión asomando entre dos balaustres de piedra de la barandilla, escuchó la instrucción. No pidió confirmación de la orden. Contuvo la respiración para garantizar la máxima estabilidad posible. No tenía tiempo que perder. A esa distancia, el proyectil tardaría más de un segundo en alcanzar el objetivo, una auténtica eternidad en aquellas circunstancias, tiempo más que suficiente para que pudiera ocurrir cualquier eventualidad. Un pequeño gesto involuntario o un forcejeo inesperado durante el vuelo de la bala podía provocar una tragedia fatal. Apretó el gatillo y absorbió el retroceso del arma contra el hombro. El proyectil salió disparado del fusil con una detonación seca.

La bala voló sobre el abismo e impactó exactamente donde el tirador quería. Atravesó la cabeza del hombre de las gafas verdes con tal violencia que le voló el cráneo. La espada cayó al suelo mientras Berta se incorporaba y empezaba a correr hacia Bernat.

El miembro de la Hermandad que acompañaba a Bernat y a Hwang desenfundó el arma y se adelantó para protegerlos, al tiempo que apuntaba a Belfegor. Unos metros más atrás, el otro guardián que estaba oculto entre los matorrales salió de un salto y avanzó rápidamente hacia sus compañeros, con el fusil de asalto en posición de ataque. Bernat avanzó para recibir a Berta y la protegió con el brazo mientras regresaba con los suyos.

Belfegor contemplaba todo aquel revuelo con estupefacción pero sin mover un dedo, como un maestro que observa las rabietas de sus alumnos antes de soltar cuatro gritos y ponerlos en su sitio. No dedicó más de medio segundo a mirar el cuerpo decapitado de su sicario. Verlo tendido en el suelo con la cabeza destrozada no le provocaba ningún sentimiento. Le resultaba del todo indiferente. Las cosas, ciertamente, no estaban saliendo como él quería, pero podría enmendar la situación si él mismo cogía el toro por los cuernos. Dio

un par de pasos hasta la espada de virtud y la recogió del suelo. Enseguida percibió su inmenso poder en la mano; era una fuerza que lo rechazaba, que intentaba deshacerse de él. Belfegor la apretó bien fuerte y se dirigió hacia Bernat. Sabía que no podía herir a ningún mortal con aquella arma, porque él no era precisamente un ejemplo de virtud, pero de algún modo arrastraría a Bernat hasta la Santa Cueva y lo obligaría a matar a Satanás. Ni por un instante se le pasó por la cabeza abandonar su objetivo.

Bernat vio a Belfegor acercarse y le salió al paso. Desenvainó la daga del Grial, oculta en el cinturón bajo el hábito, y de un salto se plantó frente al demonio. El miedo se había esfumado. En su lugar, una profunda ira hervía en su interior. Apretaba la empuñadura con tanta fuerza que casi le temblaba la mano. La hoja absorbía la claridad de la luna y proyectaba un reflejo azul grisáceo. Belfegor se detuvo, contempló la daga y alzó la mirada para clavar sus ojos negros en los del monje.

—Esta es la pieza que me faltaba para comprenderlo todo. Durante todo este tiempo me he preguntado cómo pudiste matar a Belcebú, y ahora veo que lo hiciste con esta daga. Por el poder que irradia, juraría que está forjada con el mismo metal del Santo Grial, ¿verdad?

Bernat no respondió y avanzó con cautela, señalándolo con la punta de la daga.

—Muy ingenioso, lo admito. Sin embargo, yo no soy tan estúpido como Belcebú. No me dejaré matar por un humano...

No pudo terminar la frase. El monje se abalanzó sobre él intentando clavarle la daga, pero Belfegor se movió con tal rapidez hacia un lado que Bernat no pudo reaccionar a tiempo. Apuñaló el aire que había quedado vacío y cayó al suelo empujado por su

propia inercia. Se levantó de un salto mientras el diablo lo observaba sonriendo.

—Vamos, tira ese puñal, que al final te harás daño. Y vayamos a lo nuestro, que aún no hemos terminado lo que hemos venido a hacer.

Bernat seguía sin decir nada mientras lo observaba con los ojos llenos de rabia. Miró de reojo a sus compañeros. El cardenal y Berta se habían apartado un poco, ayudados por un miembro de la Hermandad; otro se encontraba más cerca del combate, con el fusil alzado. Bernat volvió a fijar la mirada en Belfegor, levantó la daga del Grial y volvió a embestirlo.

En la segunda acometida el demonio se quedó inmóvil. Cuando Bernat estaba a punto de apuñalarlo, Belfegor movió el brazo con una rapidez sobrenatural e interpuso la espada de virtud. La hoja chocó con tal fuerza contra la Vilardella que la daga del Grial se rompió en mil pedazos. El impacto provocó un estruendo ensordecedor y una deflagración de luz tan intensa que cegó a Bernat y a todos sus compañeros. Ni el propio arcángel Miguel habría podido prever que dos armas virtuosas llegaran jamás a colisionar.

El monje cayó de rodillas al suelo mientras lanzaba un grito de dolor. El impacto de la destrucción de la daga del Grial había sido tan brutal que la mano derecha, con la que la empuñaba, y por extensión todo el brazo, parecía haber estallado también en mil fragmentos. El diablo le propinó una patada en el estómago que lo hizo retorcerse de dolor. Después comenzó a avanzar con paso decidido hacia Berta y el cardenal. El miembro de la Hermandad más cercano alzó el arma para abrir fuego, pero no tuvo tiempo de disparar. Sin dejar de caminar, Belfegor levantó el brazo y el manotazo hizo que el hombre saliera despedido hacia atrás a gran

velocidad antes de estrellarse contra el murete de piedra que marcaba el límite del camino.

A casi dos mil metros, el tirador consideró que debía intervenir sin esperar órdenes. Tragó saliva y concentró toda su atención en la mira telescópica. Belfegor se movía con rapidez y era imposible fijarlo en la diana. Aun así, tenía que intentarlo. Apretó el gatillo dos veces seguidas. Los dos proyectiles surcaron el cielo nocturno sobre las simas de Montserrat y la vía del tren cremallera. El tirador observaba por la mira telescópica con el corazón latiéndole a toda velocidad. Aquel par de segundos se le hicieron eternos. La primera bala pasó a un palmo del rostro de Belfegor y estalló contra la roca del macizo. El segundo proyectil le impactó directamente en el brazo, pero lo atravesó como si fuera un colchón. El tirador no daba crédito a lo que veían sus ojos. Una bala de aquel calibre debería haberle destrozado la extremidad y haberla hecho saltar por los aires. En cambio, aquel ser diabólico apenas se inmutó. Inmediatamente después de recibir el impacto, Belfegor giró la cabeza y clavó su mirada en el tirador, a pesar de que se encontraba a casi dos kilómetros de distancia, en plena noche. Era imposible que pudiera verlo, pero aun así sus ojos negros aparecieron con nitidez en la lente de precisión. El tirador polaco sintió una punzada intensa en el cerebro y giró sobre sí mismo para apartarse del fusil. Bajo la noche estrellada de Montserrat, necesitó unos minutos para reponerse de aquel dolor agudo que parecía estallarle dentro de la cabeza.

Aquellos disparos fallidos hicieron reaccionar a Belfegor. La venganza podía esperar. Retrocedió hasta el monje, que yacía en el suelo adolorido y se sujetaba el antebrazo derecho con la mano izquierda, como si al agarrarlo pudiera aliviar un dolor que le agarrotaba todos los dedos. Sin soltar la espada Vilardella, que

sostenía con la mano izquierda, Belfegor agarró a Bernat por el cuello y lo alzó un palmo sobre el suelo sin el menor esfuerzo. A continuación descendió rápidamente por la escalera de piedra, situada a la izquierda de la Santa Cueva, que conducía a la planta subterránea. Al fondo había una puerta estrecha y metálica con dos cerraduras. Belfegor hizo saltar los cerrojos de una sola patada y la puerta se abrió con un estrépito metálico.

Accedieron a una sala pequeña en la que había una cámara de videovigilancia con el piloto encendido y una gran cruz dorada clavada en la pared. En el lado opuesto había una pequeña puerta metálica sin cerraduras, que se abría mediante un código numérico situado en un dispositivo adyacente. Bernat apenas podía respirar mientras la mano de Belfegor le apretaba el cuello como un hierro candente.

—¿Cuál es el código que abre esta puerta? —preguntó Belfegor.

—¿De verdad crees que te lo diré? —respondió el monje con dificultad.

Belfegor lo miró con desprecio.

—Como quieras. Tardaremos más, pero entraremos igualmente.

Se acercó al dispositivo y lo observó intensamente, como si no existiera nada más en el universo. En la pequeña pantalla comenzaron a aparecer números aleatorios, primero poco a poco y después cada vez más rápido. Surgían a tal velocidad que pronto fue imposible distinguirlos. El demonio no apartaba la mirada de la pantalla mientras Bernat, abrumado por el dolor, solo pensaba en el monje sueco que montaba guardia junto al Maligno y que sería el último obstáculo entre Belfegor y Satanás. No tuvo tiempo de pensar mucho más. El dispositivo acabó marcando la combinación correcta y la puerta se abrió suavemente, emitiendo un chirrido como un lamento antiguo que atravesara las entrañas de la montaña.

28

Ante él se abría un espacio reducido, apenas suficiente para acceder a una escalera de caracol descendente. Belfegor cerró la puerta tras de sí y arrojó a Bernat escaleras abajo antes de empezar a bajar los peldaños poco a poco. Sentía que tenía a su alcance el triunfo definitivo. Comenzaba a rozarlo con la punta de los dedos. Decenas de miles de años como servidor pronto quedarían atrás para dar paso a una nueva era: la de su reinado en el inframundo, que duraría para siempre.

No era el único que lo percibía. A cada escalón sentía con mayor intensidad la fuerza de Satanás. Podía ser prisionero de aquellos hombres, pero seguía muy vivo. Belfegor notaba aquel poder penetrante y escrutador que lo interpelaba y lo juzgaba, introduciéndose en su interior como una serpiente. El Maligno, pese a su debilidad, podía leer las intenciones de quien había sido su servidor, convertido ahora en su verdugo. Había pasado de la esperanza de ser rescatado al estupor de la traición. Belfegor percibió cómo Satanás, de pronto y por primera vez, depositaba sus esperanzas en aquella ridícula Hermandad del Ángel Caído, deseando que fuera capaz de detener el golpe de espada mortal.

Cuando su pie abandonó el último peldaño y tocó el frío suelo de piedra, vio cómo un miembro de la Hermandad le apuntaba con una pistola. A su lado, magullado y maltrecho tras caer por la escalera de caracol, Bernat lo miraba aterrorizado. El guardián sueco solo tuvo

tiempo de apretar el gatillo dos veces. Mientras las dos balas atravesaban el cuerpo de Belfegor sin herirlo, este dio las tres zancadas que los separaban y, sin la menor dificultad, introdujo la mano derecha en el vientre de aquel desdichado, que de pronto parecía hecho de bizcocho. Retiró la mano de un tirón y el abdomen del hombre se abrió como si tuviera una cremallera, dejando caer las tripas y los intestinos al suelo, sobre los que se desplomó el guardián aún con vida. Todas las cruces y reliquias que colgaban de las paredes, alrededor de la inscripción AVE MARIA grabada en el muro, fueron testigos mudos de aquella escena terrorífica. Bernat la contempló horrorizado, pero aquel espanto le dio la fuerza necesaria para abalanzarse sobre Belfegor mientras su compañero de hermandad agonizaba en medio de un charco de sangre y vísceras.

Belfegor tuvo suficiente con un solo puñetazo para arrojarlo al suelo. Después levantó la losa de piedra y, por primera vez, contempló extasiado la caja en la que Satanás estaba recluido. La prisión de madera reposaba sobre cuatro pequeños pilares, encima de una pileta llena de agua bendita. El rey del infierno, el emperador de las tinieblas, el Maligno que había subyugado al mundo desde la noche de los tiempos, el eterno enemigo de Dios, no era más que un patético prisionero encerrado en una caja de madera. Belfegor no podía dejar de sonreír. ¿Tal vez había sobreestimado a Satanás? ¿Y si aquel que había gobernado el inframundo con puño de hierro no era en realidad más que un demonio como los demás, como él mismo? Quizá matarlo sería más fácil de lo que había imaginado.

Mantenía la espada de virtud bien sujeta en la mano izquierda. Solo tenía que obligar a Bernat a clavar la espada en la caja tantas veces como fuera necesario, hasta que la presencia de Satanás desapareciera para siempre. Si aquel maldito monje persistía en su

negativa, él mismo le pondría la espada en la mano y, como si fuera una marioneta, lo forzaría a matar al Maligno.

Apartó la mirada de la caja y buscó al monje con los ojos. Apenas tuvo tiempo de ver cómo Bernat le lanzaba un frasco esférico que no pudo esquivar. El recipiente de vidrio se estrelló contra su piel, salpicándolo de un líquido rojizo y denso. El efecto del contacto con aquel fluido fue inmediato: Belfegor saltó como una bestia salvaje mientras lanzaba un grito sobrecogedor. Cada gota se le clavaba como una aguja, y empezó a chillar de dolor mientras rebotaba contra las paredes como un espectro poseído, chocando aquí y allá y haciendo caer reliquias y objetos sagrados. Soltó la espada de virtud e intentó arrancarse aquel líquido de encima con las manos. Pero era inútil. Sabía que la auténtica sangre de Cristo tenía un poder sin igual. No podía desprenderse de ella porque ya la llevaba dentro del cuerpo, purificándolo.

Belfegor comenzó a transformarse, en un intento desesperado por expulsar aquel líquido que lo devoraba por dentro. Cambiaba de forma casi sin solución de continuidad, a gran velocidad. De una serpiente gigante y escamosa pasaba a un ogro de piel áspera y dura, y de un duende que no levantaba un palmo del suelo se transformaba en un lagarto antropomórfico que propinaba violentos coletazos contra las paredes. Poco a poco, su tamaño se iba reduciendo con cada transformación, sin duda con la intención de expulsar aquella sangre sagrada y minimizar el dolor que le causaba. De pronto se transformó en una araña negra, con ocho patas largas y peludas, que empezó a trepar por la pared buscando alguna grieta o hueco donde esconderse para poder rehacerse.

Bernat había asistido atónito a aquella cadena de transformaciones, agachado y pegado a la pared. El efecto de la sangre de Cristo había sido fulminante. El papa había acertado

cuando lo había llamado en privado y le había entregado aquel frasco esférico de vidrio. Le había asegurado que era sangre auténtica de Cristo. Según él, tenía que ser un arma eficaz contra Belfegor, aunque no tenía ninguna garantía de ello. Solo debía utilizarla en caso de extrema necesidad y confiar en que la sangre de Su hijo tuviera realmente el poder que el pontífice intuía. Procedía de la iglesia de Santa Maria della Scala, en Siena. Al papa no le había hecho falta pedir permiso ni dar explicaciones. Sus hombres de confianza la habían tomado del lugar y la habían sustituido por una réplica exacta. Y a fe de Dios que había sido un arma eficaz. El monje no daba crédito a lo que sus ojos habían presenciado, y si alguien se lo hubiera contado no lo habría creído. Al ver aquella araña trepando por la pared le parecía imposible que, solo un instante antes, hubiera sido Belfegor, exultante y victorioso.

De pronto, una orden retumbó dentro de su cabeza. Procedía del interior de la caja. Era una voz confusa, grave, casi distorsionada.

—¡Entrégamelo!

Bernat se levantó de un salto y se situó en el extremo opuesto de la caja. No tenía ninguna duda de que Satanás le estaba hablando, tal como había hecho durante la travesía en barco desde Italia, cuando lo llevaba cautivo a Barcelona. Esta vez, sin embargo, no se disfrazaba ni pretendía engañarlo.

—Entrégame a este traidor —insistió la voz dentro de su cabeza.

Bernat empezó a respirar aceleradamente. Casi hiperventilaba. Después de tanto tiempo sin dar señales de vida, que Satanás se comunicara con él le parecía un hecho extraordinario, casi extemporáneo, imposible. Hizo un esfuerzo inmenso por dejar la mente en blanco. El Maligno era capaz de leerle los pensamientos, y pensaba oponerle resistencia.

—Entrégame ahora mismo esa araña. Yo personalmente le daré el castigo que merece. Te doy mi palabra de que no huiré. Prefiero quedarme aquí dentro cien años más si puedo ser yo mismo quien elimine a este traidor.

Justo en ese instante, Bernat se dio cuenta de que, en aquel espacio, todo se había detenido. La araña avanzaba por la pared tan lentamente que parecía suspendida en el aire. Alzó la mano y vio cómo se movía con una lentitud extraña, como si el tiempo se hubiera espesado a su alrededor. No oía nada más que la voz potente e incitadora de Satanás. Hacía un frío intenso que le erizaba la piel.

—Al fin y al cabo, Bernat, tú y yo sabemos que un día saldré de aquí. Tal vez entonces tú ya no estés entre los vivos, pero no podréis retenerme eternamente. Puedo esperar más tiempo si hoy me entregas a este gusano cobarde y repugnante. ¡Yo soy el rey de las tinieblas, y me corresponde a mí aplicarle la justicia del averno!

Bernat sentía cómo aquella voz se le introducía en cada neurona del cerebro y en cada célula del cuerpo, en cada gota de sangre, en cada átomo de los huesos. Se tapó los oídos en un intento desesperado por acallar aquel sonido, pero sabía que eso era imposible, porque brotaba del interior de su propia cabeza. Empezó a pensar que, si accedía a su petición, quizá Satanás callaría durante cien años. Tal vez no tentaría a sus sucesores. Tal vez, por fin, él mismo podría descansar de aquella pesadilla que había empezado cuando aceptó formar parte de la Hermandad del Ángel Caído. Tal vez...

—¡No tienes mucho tiempo! ¡Entrégame a Belfegor y no volveré a manifestarme jamás ante ti!

Aquellas palabras tuvieron un efecto narcótico. Bernat se incorporó y se dirigió directamente hacia la araña, que seguía

trepando por la pared. El monje observaba sorprendido cómo su cuerpo se movía a pesar de que él no le daba la orden de hacerlo. Parecía desplazarse y actuar de manera autónoma. No se oponía ni intentaba impedirlo, pero no podía dejar de contemplarlo con cierta fascinación, como si tuviera los ojos fuera del cuerpo. ¿Se había rendido a la voluntad de Satanás? ¿O quizá había aceptado su propuesta y lo complacería si eso suponía que lo dejara en paz para siempre?

Vio cómo estiraba el brazo y agarraba la araña con la mano. Ardía y aún estaba empapada de sangre. Notó cómo lo mordía, pero apenas sin fuerzas. Se agachó y recogió la espada del suelo. Se acercó a la caja, agarró la Vilardella por la hoja, situó la punta junto a la rejilla de la caja y la hizo saltar haciendo palanca. No le costó ningún esfuerzo, a pesar de que la pieza llevaba siglos firmemente incrustada en ese lugar. La única explicación posible era el poder virtuoso de la espada, que lo ayudaba milagrosamente en todo lo que intentaba. Sin perder un instante, lanzó aquella repugnante araña por el agujero abierto mientras oía el rugido ensordecedor de Satanás. Enseguida colocó ambas manos sobre la abertura para taponarla. De pronto, el tiempo volvió a acelerarse y Bernat recuperó la noción de la realidad.

Aquel estruendo que resonaba dentro de su cabeza se convirtió en un bramido insoportable. Podía oír cómo el Maligno atacaba a Belfegor y empezaba a destruirlo. Satanás no pensaba perdonar a su antiguo servidor. En el infierno, la traición se pagaba con la muerte, y dentro de su prisión pensaba aplicar la misma ley. Belfegor había soñado con la grandeza y moriría de manera miserable, ejecutado sin piedad por su antiguo rey. Satanás no pensaba en nada más en aquel momento, ni siquiera en la posibilidad de salir de su prisión. La venganza lo guiaba. Un día, más tarde o más temprano, volvería a

sentarse en su trono y contaría a todos cómo puso fin al traidor Belfegor. Aquella muerte reforzaría su poder y engrandecería su leyenda. Los gruñidos de Satanás se mezclaban con los chillidos cada vez más apagados de un Belfegor que solo en ese instante fugaz comprendía la magnitud de su error.

Aquella ejecución quemaba las manos a Bernat, como si las tuviera en llamas. Podía sentir cómo se le consumían por dentro, cómo la carne se le deshacía por el calor procedente de la caja. Apenas se notaba ya la mano derecha, muy maltrecha por el impacto de la daga del Grial contra la Vilardella. Era consciente de que no podría resistir mucho tiempo, pero de ningún modo podía dejar abierto aquel agujero. Estiró el brazo izquierdo tanto como pudo para alcanzar la pared, de la que colgaban varias reliquias. Sus ojos buscaban desesperadamente la que pudiera tener mayor fuerza espiritual, pero sus dedos solo pudieron tocar una pequeña cruz hecha a partir de un hueso que, según se decía, pertenecía a un niño asesinado por Herodes durante la matanza de los inocentes en Belén y sus alrededores. Los restos de algunos de aquellos niños habían sido trasladados a distintos países. Algunos esqueletos se depositaron en la iglesia de San Cristóbal de Peramea, mientras que otros fueron llevados a Montserrat.

Fuese cierta o no aquella historia, Bernat no tenía tiempo para pararse a pensar en ello. Con cada segundo que pasaba, el dolor se hacía más insoportable. Tiró de la pequeña cruz, la sumergió en el agua bendita de la pileta y se detuvo un instante para encomendarse a Dios. Después colocó la mano izquierda con la cruz junto a la derecha y retiró esta última tan deprisa como pudo mientras tapaba el orificio con la izquierda. Miró su mano derecha. La tenía en carne viva y el dolor era insoportable. Los dedos estaban agarrotados y deformados, y seguramente algunas falanges estaban

rotas. Presionó la cruz con la mano izquierda. La reliquia surtía efecto y contenía no solo a Satanás, sino también su furia incendiaria, al tiempo que protegía su mano. Comenzó a rezar un padrenuestro y, al terminar, lo repitió una y otra vez con un hilo de voz.

Estaba agotado. De rodillas junto a la caja, Bernat empleó sus últimas fuerzas en mantener la pequeña cruz sujeta contra la madera. Sentía la furia del Maligno ahora amortiguada, como un bramido lejano que se iba apagando. Matar a Belfegor lo había dejado exhausto. Satanás llevaba siglos debilitado, pero Belfegor, en cambio, conservaba toda su fuerza. El monje lo oía dentro de su cabeza, formando un batiburrillo ensordecedor de gemidos lastimeros y chillidos de furia que se confundían en un único grito ininteligible. De pronto, vio a su hermana Montserrat. Su rostro puro se deformó hasta convertirse en una figura monstruosa con los ojos encendidos antes de recuperar su expresión angelical. Ya no sabía si aquellas visiones respondían a la voluntad de Satanás o si simplemente deliraba de dolor.

El monje no sabía cuántos minutos más podría resistir antes de ceder y dejar abierto el camino de huida a Satanás. Después de tantos esfuerzos y sacrificios, la Hermandad del Ángel Caído estaba a punto de fracasar en su objetivo. Bernat se consolaba pensando que, al menos, había seguido la directriz del papa y había evitado la muerte del Maligno. Una buena paradoja.

Dentro de su cabeza, en medio de la confusión estridente provocada por Satanás, comenzaron a oírse voces y pasos, primero distantes y apagados, pero cada vez más nítidos y cercanos. Le pareció distinguir algunas palabras de Berta y otras voces que también le resultaban familiares. Justo antes de perder el conocimiento, en el último instante, notó cómo dos manos fuertes se

posaban sobre las suyas para sujetar aquella pequeña cruz hecha con el hueso de un niño inocente.

29

Era el último día del mes de agosto y la multitud de turistas que paseaban arriba y abajo por la Vía de la Conciliación, soportando un sol de justicia bajo la severa mirada de la cúpula de la basílica de San Pedro, los hizo abandonar aquella avenida en busca de una calle con más sombras y menos transitada. Bernat y Berta giraron a la izquierda para encontrar el callejón del Borgo Sant'Angelo. Al llegar, torcieron a la derecha y continuaron su camino hacia el centro de Roma, siguiendo el *passeto* elevado que unía el Vaticano con el castillo de Sant'Angelo. Aquella fortaleza había sido refugio habitual de los papas durante todo tipo de invasiones y revueltas, pero ya no pertenecía a la Santa Sede, sino a la República italiana.

Eran las tres de la tarde. Habían comido en el Palacio Pontificio con el papa y el cardenal Hwang, en las dependencias privadas del pontífice. Como la última y única vez que Bernat había comido allí, les sirvieron un pescado a la plancha acompañado de algunas verduras, un par de rebanadas de pan, un poco de vino blanco y una botella de agua con gas. En esta ocasión, quizá para celebrar el final exitoso de la última aventura, les sirvieron también un par de *cannoli* con el café. En la Santa Sede no es que tiraran la casa por la ventana, precisamente, pero más valía eso que nada. Berta no se había quitado la sonrisa del rostro desde el momento en que entraron en el Vaticano hasta que salieron. No habría podido borrar aquella sonrisa ni aunque lo hubiera querido. Se sentía viva, en

todos los sentidos de la palabra. Y no era una sensación menor, teniendo en cuenta por lo que había pasado aquel agosto. Tenía unas ganas irrefrenables de vivir, de aprovechar cada instante, de no perdonarle nada a la vida. Los días le parecían más largos y más hermosos, y de repente todo le interesaba más que antes. Siempre había sido curiosa por naturaleza, pero ahora se fijaba en todo y nada pasaba desapercibido ante sus ojos. Además, había visitado Roma cuando era estudiante, pero nunca había puesto los pies en el Vaticano, y por eso durante aquella visita no había dejado de sorprenderse a cada paso. Todo le había parecido maravilloso. Si no había hecho fotografías de todo lo que veía con su móvil había sido solo por miedo a que le llamaran la atención. Sentía una paz espiritual profunda, desconocida hasta entonces, que la reconfortaba.

Se habían desplazado a Roma a petición del propio papa. Por primera vez, el pontífice no les había transmitido malas noticias ni malos presagios; al contrario. Pablo VII los había convocado por dos motivos. En primer lugar, quería agradecerles personalmente su valentía y su sacrificio. Habían servido a la Hermandad mucho más allá de lo que era razonable y esperable, poniendo en riesgo su vida al servicio de la causa común. A cambio, y el pontífice lo recalcó dos veces, ni Bernat ni Berta habían obtenido ningún beneficio personal ni podían esperar nada en compensación, salvo el cumplimiento de su sentido del deber. Según les confesó, admiraba ese hecho más que ningún otro. El brazo y la mano izquierdos aún vendados del monje de Montserrat eran una buena prueba de aquel sacrificio físico sin recompensa. El papa, sinceramente emocionado, hablaba con un semblante muy serio mientras exponía su razonamiento. Era evidente que no estaba improvisando ni halagándolos por quedar

bien, sino que expresaba algo que había estado meditando últimamente.

—Santidad, disculpadme —lo había interrumpido Bernat en cuanto tuvo ocasión—, pero creo que exageráis; cualquier persona en nuestra situación habría hecho lo mismo. Recordad que cuando nos convertimos en miembros de la Hermandad hicimos una promesa solemne, y por lo tanto nunca hemos hecho nada que no hubierais hecho vos mismo o cualquier otro guardián.

El Papa alzó la mano para detenerlo y Bernat calló.

—Sé que lo dices honestamente, y tu humildad te honra, pero créeme que una cosa es decirlo y otra muy distinta hacerlo cuando llega el momento. Por eso quiero daros las gracias a los dos y deciros que la Iglesia tiene una deuda con vosotros que jamás podrá devolver. Del mismo modo que la ha contraído, para toda la eternidad, con nuestro hermano que murió dentro de la Santa Cueva, a quien hemos enterrado con todos los honores en su Suecia natal y cuya familia ha sido indemnizada como corresponde.

Berta asintió. A diferencia de Bernat, ella sí pensaba que el pontífice tenía más razón que un santo. Podía entender las palabras del monje, porque las había dicho con el corazón en la mano, pero al fin y al cabo había sido ella quien había recibido un disparo de un diablo y quien había sido secuestrada por otro demonio. Y, por tanto, sí creía que la Iglesia estaba en deuda con ella, aunque fuera consciente de que jamás la cobraría.

En segundo lugar, el papa quería darles una noticia que no esperaban y que estaba convencido de que los haría muy felices. El tiempo de custodia de Satanás en la abadía de Montserrat llegaría pronto a su fin. Después de todos los acontecimientos ocurridos, era evidente que Montserrat había dejado de ser un lugar seguro. Por lo tanto, toda la comunidad corría peligro. Si Belcebú y Belfegor habían

descubierto dónde se encontraba Satanás, ¿cuánto tardarían los demás demonios en averiguarlo? Eso, claro está, suponiendo que no lo supieran ya. La Hermandad no tenía ninguna garantía de nada ni ningún canal de comunicación directa con el infierno. Estaban expuestos a la intemperie. Cada día que Satanás permanecía en el monasterio suponía una temeridad que no podían permitirse. Por ello era necesario tomar medidas sin dilación y con determinación, del mismo modo que se habían tomado en su momento cuando la caja se encontraba en el Vaticano.

Justo en ese instante, el papa hizo una pausa antes de admitir que la decisión de trasladar a Satanás a Montserrat quizá había sido un error. El cardenal Hwang se apresuró a exculparlo.

—De ningún modo, santidad. La decisión fue acertada, como también lo fue la operación de distracción que Bernat diseñó para desviar la atención del verdadero traslado. El único culpable de todo soy yo mismo, que no pude resistir las torturas de Belcebú y le confesé dónde se encontraba Satanás. No hay día que no me arrepienta y no pida perdón a Dios por ello. Nadie más tiene culpa alguna.

Berta tomó la palabra rápidamente para adelantarse:

—Cardenal, no digas disparates, por el amor de Dios. Los únicos culpables son los demonios y todos los demás monstruos que hay ahí abajo. En esta historia, nosotros somos los buenos. No siempre lo hacemos todo bien, es cierto, y tenemos nuestras debilidades, pero debe quedarte claro que no eres culpable de nada. ¡Al contrario!

Hwang extendió la mano sobre el mantel y la subinspectora colocó la suya encima. El purpurado coreano le agradeció profundamente aquellas palabras. Sabía que no borrarían el sentimiento de culpa que arrastraba, pero tenían un innegable efecto paliativo.

El papa desgranó un esbozo general de su plan, aunque sin entrar en demasiadas concreciones. Solo le pidió a Bernat que elaborara un operativo para preparar el cambio de ubicación y lo tuviera listo para ejecutarlo. También les informó de que la espada Vilardella se quedaría definitivamente en Roma, en una cámara blindada, junto a otros objetos poderosos. Después bendijo a Bernat y a Berta y les entregó la condecoración Pro Ecclesia et Pontifice, instituida por León XIII en 1888 para honrar a las personas que habían servido a la Iglesia de manera especial. «Lamento que esta medalla no vaya a constar en ningún registro oficial, pero es una pequeña muestra simbólica de mi agradecimiento perpetuo», les dijo mientras les estrechaba las manos.

Antes de despedirse, Pablo VII les pidió que no dijeran nada al abad de Montserrat, con quien tendría ocasión de verse la semana siguiente en el marco de un encuentro en Roma con la congregación benedictina de Subiaco-Montecassino, de la que formaba parte el monasterio catalán. Lo llamaría para que se reuniese con él unos instantes en privado y trasladarle exactamente la misma información. A partir de ese momento se pondrían en marcha todos los preparativos para garantizar que la operación se desarrollara tal como estaba planificada. La decisión estaba tomada y era irreversible. No había tiempo que perder. A continuación, se despidieron con un afecto y una complicidad poco habituales en el proceder de un papa, pero los cuatro estaban unidos ya para siempre por una amistad de hierro forjada al borde del abismo.

Mientras Bernat y Berta caminaban en silencio por la calle del Borgo Sant'Angelo, el monje no podía dejar de pensar en todo lo que había dicho el santo padre. Tenía por delante una última misión, y la cuenta atrás ya había comenzado. Se sentía animado y contento. Casi feliz, incluso. Pero por encima de todo se sentía

orgulloso de formar parte de la Hermandad, de ver cómo sus máximos responsables velaban no solo por mantener la custodia de Satanás, sino también por todos y cada uno de sus maestros guardianes. Formar parte de aquella comunidad lo colmaba por dentro, tanto o más que el hecho de ser miembro de la orden benedictina de Montserrat. Siempre llevaría en el corazón a aquellas dos familias que tanto le habían dado y por las que él lo había dado todo.

Los ojos de Berta lo observaban todo sin perder detalle: desde las fuentes de agua fresca hasta los adoquines desgastados por millones de pasos; desde las banderas de los consulados de países que no podían permitirse una ubicación más vistosa hasta los transportistas que descargaban todo tipo de paquetes y bultos mientras hablaban entre ellos casi a gritos. Pero mientras asimilaba todas aquellas visiones y sensaciones, su mente no podía dejar de pensar en lo que sentía en su interior. Tras su liberación había necesitado solo un par de días para recomponerse. Había sido un proceso mucho más rápido de lo que ella misma habría imaginado. Tal vez era más fuerte de lo que creía.

Su reaparición en la comisaría fue todo un acontecimiento y, sin duda, sería uno de los hechos más comentados durante semanas en el cuartel. Después de unos días de ausencia injustificada y muchas llamadas perdidas, la subinspectora se armó de valor y, tras entrar por la puerta de la comisaría, se dirigió directamente a la oficina de recursos humanos, situada en la primera planta del complejo policial, donde hizo llamar a la doctora de la comisaría, que se encontraba en la planta subterránea, antes de dar explicaciones. Cuando llegó la médica, Berta le explicó que el viernes anterior, justo antes de llegar a casa, se había desorientado, había perdido el bolso con la documentación y el teléfono móvil y había deambulado sin rumbo

por la ciudad durante horas y horas. Finalmente había llegado a casa sin saber cómo, se había tumbado en la cama y no se había levantado hasta casi dos días después. Luego no había tenido fuerzas ni para llamar a la comisaría ni para hacer nada más, y había permanecido en casa el resto de la semana sin hacer nada digno de ser comunicado. Pidió disculpas sinceras por aquel comportamiento.

La doctora intentó convencerla por todos los medios de que cogiera una baja indefinida de inmediato, pero la subinspectora solo aceptó un par de días. Le aseguró que ya se encontraba mucho mejor y que había sido un episodio puntual, quizá causado por un exceso de estrés mal gestionado. Discutieron y se rebatieron mutuamente, pero, en última instancia, la baja médica requería obligatoriamente el consentimiento de la persona afectada. Así que la doctora lo aceptó a regañadientes y le extendió la baja con carácter retroactivo para toda la semana anterior, mientras los responsables de recursos humanos de la comisaría asistían en silencio a la conversación entre dos mujeres de carácter.

Desde su regreso, el mayor del cuerpo había hablado con Berta en varias ocasiones. Estaba sinceramente preocupado por ella: según su percepción, la crisis había sido forzosamente consecuencia de un exceso de autoexigencia en todos los ámbitos de su vida. «Te has roto —le dijo, cogiéndole las manos—. Tienes que aflojar un poco o te volverá a pasar.» Le ofreció ayuda psicológica y la posibilidad de acogerse a una baja de larga duración hasta que se recuperara del todo, porque Berta era una pieza importante del cuerpo y el máximo responsable de la policía quería tenerla plenamente operativa; quizá haría falta otra pausa para recuperarla más adelante, cuando estuviera bien.

Ella se lo agradeció de todo corazón, porque sabía que la preocupación del mayor era sincera. Sin embargo, decidió

reincorporarse enseguida al trabajo. Sabía mejor que nadie que tener una tarea en la que focalizar su atención le permitía contener las divagaciones de su mente. Trabajar siempre había sido su válvula de escape, su medicación más eficaz. Eso sí, se comprometió a bajar un poco el ritmo.

Desde el primer día que volvió a poner los pies en la comisaría, un pensamiento le había brotado del centro mismo de su cabeza, como una semilla transportada por el viento que se aferra a un pedazo de tierra. Al principio era una idea efímera, casi una ocurrencia pasajera. No quería darle demasiada importancia, pero allí estaba, creciendo cada día un poco más y echando raíces cada vez más profundas. Quería dejar el cuerpo, ese era el pensamiento. Dejar el trabajo y dedicarse a otra cosa que la llenara más y le causara menos quebraderos de cabeza. Un proyecto propio, que sintiera verdaderamente suyo. Quería vivir con mayor intensidad y exprimir al máximo el resto de su vida. También necesitaba profundizar en aquella nueva sensación espiritual que notaba.

Estaba contenta de tener a Bernat a su lado. Bien mirado, no hacía tanto tiempo que lo conocía, pero parecía que hubiera pasado una eternidad desde la primera vez que lo vio en aquella aula de la facultad. Si entonces le hubieran contado todo lo que vivirían juntos, se habría echado a reír. Y ahora, en cambio, los dos caminaban por Roma con los cuerpos marcados por el combate. Ella llevaría para siempre la cicatriz del disparo de Belcebú; él, con toda probabilidad, no recuperaría nunca del todo la movilidad de la mano izquierda, de la que había perdido dos dedos.

Justo cuando llegaban al final de la calle y se acercaban al castillo de Sant'Angelo, el monje levantó la mirada para observar la estatua que coronaba la fortaleza. Era una representación en bronce del arcángel Miguel desenvainando la espada. O tal vez la estaba

envainando, bien mirado. Daba igual, en realidad. Lo importante era que sostenía el arma en la mano derecha, con las alas desplegadas y la cabellera al viento. La figura del arcángel daba nombre a la fortaleza. Bernat sonrió. Había sido precisamente aquel arcángel el que había entregado la espada Vilardella al conde de Besalú hacía mil años, y quien ahora los observaba desde lo alto de aquel baluarte. A veces la historia era caprichosa, y un laberinto cuya salida se encontraba exactamente en el mismo lugar donde había comenzado.

30

El tiempo pasaba muy deprisa cuando había muchas cosas que hacer, del mismo modo que los minutos se eternizaban en tiempos de inacción. Y las habían podido hacer todas y las habían hecho con entusiasmo, porque todo aquello debía ser, por fin, el preludio de un tiempo nuevo. Bernat tomó a Berta por los hombros y ella apoyó la cabeza en su brazo. Hacía apenas un instante que la portezuela del avión se había cerrado y el aparato empezó a moverse emitiendo un fuerte silbido. Era un Challenger 600, gris oscuro como la mina de un lápiz, sin más distintivo exterior que el del número de identificación escrito en letras blancas. Eran poco más de las ocho de la tarde de un día laborable de mediados de septiembre, y los últimos rayos de sol se despedían de las cumbres de las montañas que rodeaban el aeropuerto de La Seu d'Urgell. Pronto sería noche cerrada y el aparato se perdería en la inmensidad del manto nocturno con un rumbo desconocido para ellos.

El avión avanzó lentamente por la pista de hormigón hasta el final y giró para situarse en la vía de despegue. Esperó unos segundos antes de acelerar y, entonces, recorrió la pista a toda velocidad, emitiendo un bramido ensordecedor hasta que las ruedas se despegaron del suelo. Bernat y Berta contemplaban la escena desde el exterior, justo delante del hangar, en un aeropuerto casi desierto. La hora programada para aquel vuelo garantizaba que el aeródromo estaría prácticamente vacío, sin visitantes curiosos ni funcionarios

molestos. El único policía que hacía guardia en el acceso había dejado de hacer preguntas en cuanto habían mostrado los pasaportes diplomáticos para acceder al jet privado. Por si fuera poco, una subinspectora del cuerpo acompañaba a aquel grupo de hombres para garantizar su seguridad hasta el momento del despegue. El agente levantó la barrera para permitir el paso de la furgoneta oscura de cristales tintados y, tras esperar unos instantes, volvió a colocarse el auricular para seguir escuchando la radio, que siempre le hacía compañía durante las largas noches de guardia en aquel aeropuerto aislado.

Las luces de posición del Challenger 600 fueron ascendiendo hacia las estrellas que empezaban a dominar el cielo hasta que dejaron de distinguirse, sumergidas en aquella inmensidad de pequeños destellos titilantes. Bernat retiró el brazo del hombro de Berta y sacó el móvil que llevaba en el bolsillo. Buscó el nombre del abad en la agenda y le envió un mensaje: «El avión ya ha salido. Ya estamos libres de esta carga. ¿Os podéis replantear vuestra decisión de renunciar a la condición de abad?». Sin esperar respuesta, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y respiró hondo. Se habían quitado de encima una carga física y también emocional. El abad, los seis monjes montserratinos de la Hermandad del Ángel Caído y él mismo tendrían que hacer un esfuerzo por pasar página, por intentar olvidar lo que habían vivido y no pensar más en ello. Habían prestado un servicio a Dios que nadie les reconocería jamás públicamente y del que no podían hablar con nadie. Sin embargo, en ese preciso instante, se preguntó si serían capaces de recuperar por completo sus vidas anteriores, que ahora parecían tan lejanas y distintas, casi ajenas a ellos mismos. Dudaba de que él fuera capaz. Retomar la normalidad y la rutina, incluso la anhelada monotonía de su vida de siempre, le parecía de pronto un objetivo inalcanzable.

Quizá en los últimos años había desarrollado, sin ser consciente de ello, una especie de síndrome de Estocolmo inverso que lo había convertido en prisionero de su propio cautivo. Habían pasado tres días desde el segundo lunes de septiembre y, por primera vez, no había ido al Banco de Barcelona. Le había resultado extraño; había estado inquieto todo el día. Pero tendría que acostumbrarse a su nueva vida. Tal vez aquel vacío le resultaría difícil de llenar. Quién sabe si alguna vez volvería a ser completamente libre. Quién sabe si su futuro seguiría ligado a Montserrat.

Volvió la cabeza para mirar a Berta, que contemplaba cómo la Vía Láctea dividía el cielo en dos mitades como la inmensa espina dorsal de una ballena. No era una escena que pudiera observar muy a menudo en aquella Barcelona sepultada por la contaminación lumínica que lo mataba todo, desde las estrellas hasta las luciérnagas.

—¿Vamos a cenar algo? —dijo Bernat, disipando de golpe la fascinación de los ojos de Berta—. Conozco un buen restaurante en Castellciutat donde estaremos bien. Creo que nos merecemos una buena cena y una buena botella de vino.

Ella sonrió. El monje tenía toda la razón. Se lo habían ganado con creces, y nada le parecía más apetecible que una buena cena con quien se había convertido en la persona más importante de su vida, después de su hijo. Su amistad se había forjado a partir de acontecimientos tan extraordinarios como inexplicables. Nunca antes lo había pasado tan mal ni había sufrido hasta ese extremo, tanto física como emocionalmente, pero al mismo tiempo estaba convencida de que volvería a tomar todas y cada una de las decisiones que la habían llevado a esa cadena de acontecimientos. Con el despegue de aquel avión gris, todo eso había quedado finalmente atrás. Los demonios ya no condicionarían sus vidas. El

futuro solo podía traer cosas buenas. Todo dependía únicamente de ellos dos, juntos o separados. Le agarró del brazo y comenzaron a caminar sobre el hormigón, en dirección al aparcamiento, mientras una estrella fugaz cruzaba el cielo.

Cada vez más lejos de allí, los pilotos del avión también vieron el meteoro surcar el horizonte. Los hombres de la Antigüedad creían que las estrellas fugaces eran señales divinas que anunciaban acontecimientos extraordinarios. Tal vez tenían razón y aquel bólido de fuego profetizaba el éxito del viaje que estaban a punto de emprender. Sentado en su butaca, el cardenal Hwang apoyó la cabeza en el respaldo. Era consciente de que se cerraba una etapa y comenzaba otra, muy lejos de Montserrat. Las etapas pasaban, pero la misión seguía siendo la misma, desde aquel día remoto en que un puñado de valientes había capturado a Satanás. Se sucedían los papas, los guardianes de la Hermandad del Ángel Caído y las ubicaciones de la caja, pero la esencia de la misión permanecía inmutable con el paso de los siglos. Y así sería para siempre, con la ayuda de Dios y la determinación de un grupo de hombres conjurados.

En esta ocasión, sin embargo, el cambio de destino del prisionero no iba a ser menor. Por primera vez, el Maligno iba a ser trasladado al otro lado del océano Atlántico, a una tierra cuya existencia era desconocida para sus captores cuando fue encarcelado, hacía ya más de siete siglos. El jet haría una escala técnica para repostar en el aeropuerto de Ponta Delgada, en las islas Azores, que había sido bautizado con el nombre de Juan Pablo II. Precisamente el año en que ese papa falleció, Hwang fue nombrado obispo de la diócesis de Jeonju. Había sido el obispo más joven jamás designado en Corea del Sur. Recordaba muy bien que la primera misa que presidió como prelado de la diócesis la celebró en memoria de Karol Józef Wojtyła.

Al cardenal le gustaban mucho esas casualidades. O tal vez no eran para nada casualidades y el destino le reservaba aquellas pequeñas satisfacciones personales.

Desde el aeropuerto de Ponta Delgada, el Challenger 600 continuaría su viaje hasta Quebec. El trayecto duraría muchas horas y se realizaría de noche para garantizar la máxima discreción del vuelo. El secreto mejor guardado era aquel que no se conocía y, por tanto, no podía ser confesado. Por esa razón, ni el abad de Montserrat ni Bernat, ni tampoco Berta, tenían conocimiento alguno del lugar donde Satanás quedaría recluido. Ni lo habían preguntado ni se les había comunicado, por la seguridad de la misión y por la suya propia, incluida la del monasterio de Montserrat.

Cómodamente sentado en su asiento, Hwang sabía que no tardaría en dormirse. Desde la muerte de Belfegor dormía mejor que nunca. Con la desaparición de aquel demonio también se iban desdibujando cada vez más los recuerdos de su largo cautiverio. Antes de quedarse dormido, dedicó su último pensamiento a Bernat y a Berta. Ellos, más que nadie, se habían quitado un peso de encima; se habían liberado de una condena que nunca habían merecido. Deseaba, incluso más que ellos mismos, que no volvieran a saber nada ni de Satanás ni de la organización que lo mantenía cautivo. Tal como le había prometido a Bernat, regresaría a Montserrat para pasar allí unos días de descanso, pero le había advertido que durante su estancia no mencionarían al Maligno en ningún momento. Era necesario generar nuevos recuerdos, más felices, para sepultar los malos pensamientos. Debían dejar de ser camaradas para pasar a ser únicamente amigos.

A su lado, cuatro miembros de la Hermandad del Ángel Caído descansaban también en sus asientos mientras otros dos, en la parte posterior, no apartaban la vista de la caja, firmemente sujeta al

suelo de la cabina. En su interior, Satanás permanecía inerte, quién sabe si completamente ajeno al viaje forzoso que se disponía a emprender. Matar a Belfegor lo había dejado exhausto y había agotado las pocas fuerzas que le quedaban. Necesitaría años para recuperarse, quizá décadas.

Lentamente, el cardenal se quedó dormido mientras el avión surcaba la noche bajo las estrellas, ajeno a la tormenta tropical que empezaba a formarse sobre el Atlántico y que alcanzaría su máxima furia al cabo de unas horas.

Epílogo

Galcerán de Pinós subió al puente de la nave saltando los escalones de madera de dos en dos. Había dormido bastante bien pese al balanceo, había desayunado como Dios manda y se sentía lleno de energía. Estaba contento. Pronto estaría en casa. Junto al cómitre, que mantenía la mirada fija en el horizonte mientras sujetaba el timón, se encontraban los dos infantes reales. Parecían absortos en sus pensamientos, con la mirada perdida y en silencio. El caballero saludó al patrón del barco con una palmada en el hombro y se dirigió hacia los dos hermanos. Pere todavía llevaba el brazo y la mano vendados. Solo sobresalían los cinco dedos, que poco a poco iban recuperando el color rosado y la movilidad. El médico judío al que fray Bérard lo había enviado le había dicho que la herida sanaría, pero podría tardar varias semanas. Solo debía tener paciencia y confianza. Como tenía el brazo derecho inmovilizado, llevaba la espada Vilardella enfundada en ese costado. Le resultaría más fácil desenvainarla con la mano izquierda en el improbable caso de que la necesitara durante aquel viaje.

El barco navegaba en medio de una flota de naves con las velas henchidas por el viento y los estandartes de sangre y oro agitándose furiosos unos contra otros. Era un día radiante, como todos los que habían tenido desde que zarparon de Acre, hacía ya tres jornadas. A diferencia del viaje de ida a Tierra Santa, cuando la mitad de la flota del rey se había dispersado y regresado a puerto seguro, ahora todas las naves surcaban el mar a la vista unas de otras. Ninguna

escuadra de piratas sarracenos se atrevería a atacar una armada naval tan poderosa. Habían dejado atrás la costa de Chipre y ahora navegaban al sur de la isla de Creta. Pronto avistarían las costas de Sicilia, donde recalarían para descansar y abastecerse antes de emprender el resto de la travesía a Mallorca y, desde allí, a Barcelona. Estaba muy claro que Dios bendecía aquel viaje con buen tiempo, buen viento y buena mar.

Los dos infantes sonrieron al ver llegar a Galcerán, pero no dijeron nada. No necesitaban abrir la boca para saber lo que pensaban todos ellos. Cada milla que los alejaba de Acre era como si se quitaran un peso de encima, y cada milla que los acercaba a casa les ensanchaba un poco más el corazón. Estaban felices, pero aun así los tres conservaban en su interior un velo de recelos, un poso de cierta desazón. Sus ojos no brillaban, a pesar de las sonrisas que intercambiaban y de la ilusión de estar pronto en su tierra. Ellos mismos no habrían sabido explicar por qué la euforia no los envolvía por completo después de haber sido capaces de capturar al mismísimo Satanás. La hazaña que habían logrado no tenía parangón con ninguna otra llevada a cabo jamás por ningún hombre. La felicidad y el orgullo deberían haberlos acompañado para siempre, hasta el final de sus días, pero no era del todo así. Seguramente habían cumplido la voluntad de Dios, y estaban satisfechos por ello, pero intuían que lo que habían hecho tendría tarde o temprano consecuencias negativas. Para otras personas y quizá también para ellos mismos. Y, como si esa melancolía persistente no bastara, eran muy conscientes de que aquella aventura extraordinaria caería irremediablemente en el olvido.

Su gesta jamás sería descrita por los trovadores. Tampoco sería cantada por los juglares durante las sofocantes noches de verano en medio de la plaza ni junto al fuego en las frías noches de invierno.

Nadie asociaría sus nombres a la captura y encarcelamiento de Satanás. Su participación se perdería en la noche de los tiempos y en la memoria de los templarios. Fray Bérard les había hecho jurar que jamás dirían nada a nadie de todo aquello. La caja quedaría en la fortaleza de la Orden del Temple, protegida día y noche. El gran maestre informaría personalmente al papa lo antes posible. Roma dispondría a partir de entonces lo que considerara más conveniente. Los catalanes ya habían cumplido su cometido y no volverían a saber nada más del asunto. La Iglesia se lo agradecía eternamente y, en justa recompensa, sus pecados, pasados y futuros, quedaban absueltos para siempre. Se habían ganado el cielo. Quizá mejor que fuera así, bien mirado. ¿Quién iba a creerles en Barcelona? Tal vez solo el propio monarca, que sabía mejor que nadie cuál era el poder de aquella espada y había aprendido a interpretar la voluntad de Dios. Los demás los tomarían por locos, víctimas de una alucinación religiosa o de algún veneno ingerido por error durante su fallida cruzada en Tierra Santa. Antes de zarpar, quizá todavía recelosos de lo que habían hecho, los catalanes habían sugerido la posibilidad de confesarse. No estaban del todo seguros de no haber cometido un gran pecado. El maestre templario lo descartó. Estaba convencido de que no habían pecado. Añadió además que la confesión, para ser efectiva, requería un arrepentimiento sincero. Y ninguno de los cuatro se arrepentía, ¡a fe de Dios!

En aquel barco rumbo a Barcelona, ninguno de ellos podía imaginarse en ese preciso instante lo que el destino les tenía reservado. Miraban más hacia atrás que hacia delante, del mismo modo que miraban a poniente y no a levante. De haber podido verlo, Galcerán de Pinós se habría contemplado a sí mismo con orgullo regresando lealmente al lado del rey, al servicio del cual volvería a poner su espada, su casa y su astucia. Acompañaría sucesivamente

al rey Jaime, al rey Pedro y al rey Alfonso en todo lo que pudiera. Tal vez por su experiencia en Tierra Santa, o quizá por tradición familiar, él también favorecería siempre a la Orden del Temple con donaciones y propiedades. Engendraría un total de diez hijos y moriría plácidamente en su castillo de Bagà, a los pies del Cadí, a una edad avanzada, con el corazón sereno y en paz consigo mismo. Jamás contaría a nadie que un día había participado en la captura del diablo en Tierra Santa.

Pere Ferrandis continuaría al servicio de la corona y combatiría en Murcia, en Sicilia y en Castilla bajo los estandartes reales. Encadenaría cargos en la corte y llegaría a ser procurador general del Reino de Valencia. Su padre confiaría siempre en él. Su destreza no se limitaría a los campos militar y diplomático; también reforzaría su baronía de Híjar mediante un conveniente matrimonio con la hija del rey de Navarra. Menos fortuna tendría su hermano Ferran, aunque quizá su destino no sería solo consecuencia de la desdicha o de su ineptitud. Nunca sabría prever que la maldición de Satanás se acabaría cumpliendo inexorablemente y que todas sus decisiones lo conducirían sin remedio a ella. Sería ahogado en el río Cinca por los soldados de su hermano y futuro rey Pedro, que contemplaría la escena complacido desde la orilla, sin siquiera bajar del caballo. Eran hermanastros, pero no por eso dejaría de ser un fratricidio, tal como recogerían con todo detalle las crónicas de la época.

La profecía que el diablo había dirigido a fray Bérard también se convertiría en una realidad macabra. Él sería el último maestre templario de Tierra Santa que moriría de muerte natural en Acre y con pleno dominio de la ciudadela. Su sucesor, Guillaume de Beaujeu, perdería la vida pocos años después, durante el asedio final de la ciudad, atravesado por una flecha musulmana mientras defendía las murallas con la espada en la mano y la cruz en el

pecho. Una de sus últimas órdenes sería, precisamente, la evacuación hacia Chipre de la caja en la que Satanás permanecía encarcelado. Pero esa ya es otra historia.

Agradecimientos

Quiero agradecer la colaboración, el consejo y la ayuda de mosén Francesc Romeu, de la editora Glòria Gasch, del periodista Òscar Bardají y de los *mossos d'esquadra* Anton Godall, David Goicoechea y Xavier Rojo; también quiero dar las gracias a Ramon M. Piqué por su hospitalidad. Finalmente, quiero dar las gracias a Laura Colomer y a Marta Clotet por sus consejos y comentarios.

En el proceso de redacción de esta obra se han consultado diversos libros, de los que quiero destacar la *Crònica* de Pedro III el Ceremonioso (Edicions 62), el *Llibre dels fets* de Jaime I el Conquistador (Proa), las *Llegendes històriques catalanes* de Martí de Riquer (Quaderns Crema), *L'art de la guerra* de Sunzi (Publicacions de l'Abadia de Montserrat), *Canigó* de Jacint Verdaguer (Proa) y los *Exercicis espirituals* de san Ignacio de Loyola (Fragmenta).

Este libro se ha escrito en las villas de Sarrià y de Poblenou.

Notas

1. Persona que porta una antorcha *(N. del t.).*

19

1. Representación teatral típica de la época navideña muy popular en Cataluña (*N. del t.*).

22

1. Término catalán que proviene de la unión de *empaitar* (‘perseguir’ o ‘acosar’) y *bisbes* (‘obispos’) (*N. del t.*).

La espada del rey
Jaume Clotet

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *L'espasa del rei*

© Jaume Clotet Planas, 2026

Del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Agustín Escudero, a partir de «Espada utilizada durante la coronación de Martín el Humano en 1399, Collection Georges Pauilhac (Musée de l'Armée, París) Foto: © Anne-Sylvaine Marre-Noël, Dist. GrandPalaisRmn

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.
© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana, 2026
© de la ilustración de la espada Vilardella, Laura Colomer, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.
institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-233-6943-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta